



# Balzac

LA COMEDIA HUMANA

LOS PARIENTES POBRES

2) *El primo Pons*

LOS COMEDIANTES

SIN SABERLO



TOMO XVIII

Lectulandia

*«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».*

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

**Los parientes pobres (2) & Los  
comediantes sin saberlo**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XVIII**

ePub r1.0  
Titivillus 09.11.15

Título original: *Le Cousin Pons & Les Comédiens sans le savoir*  
Honoré de Balzac, 1848  
Traducción: Antonio Ribera  
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



## **LOS PARIENTES POBRES**

### **2.—El primo Pons**



## EL PRIMO PONS

Un día del mes de octubre del año 1844, alrededor de las tres de la tarde, un hombre de unos sesenta años de edad, pero que representaba algunos más, caminaba por el bulevar de los Italianos, con la nariz en la pista y los labios plegados hipócritamente, cual comerciante que acabase de concluir un negocio excelente, o como un joven satisfecho de sí mismo recién salido de un tocador. Esto constituye, en París, la expresión más perfecta de la satisfacción personal en el hombre. Al ver desde lejos a este anciano, las personas que dejan transcurrir las horas del día en este lugar, entregadas al placer de analizar a los transeúntes, mostraban en su fisonomía ese atisbo de sonrisa peculiar de los parisienses, y que dice tantas cosas irónicas, burlonas o compasivas pero que, para animar el semblante de los parisienses, que está a la vuelta de todos los espectáculos posibles, requiere la existencia de curiosidades realmente extraordinarias. Bastará una frase para hacer comprender el valor arqueológico de aquel vejestorio y el motivo de la sonrisa que se repetía como un eco en todos los semblantes. Preguntaban a Hyacinthe, un actor célebre por sus ocurrencias» dónde encargaba los sombreros que hacían desternillarse de risa al respetable:

—No los encargo, me los quedo... —respondió.

Pues bien, entre el millón de actores que componen la gran compañía de París, se encuentran Hyacinthes sin saberlo que guardan todas las ridiculeces de una época, y que parecen la personificación de un tiempo determinado surgiendo para provocar nuestra hilaridad cuando nos paseamos afligidos por el amargo pesar que nos ha causado la traición de un ex amigo.

Al conservar en algunos detalles de su vestido una fidelidad *a pesar de todo* a las modas del año 1806, aquel viandante recordaba al Imperio sin resultar excesivamente ridículo. Para los observadores, esa finura convierte esta clase de evocaciones en algo extremadamente precioso. Pero aquel conjunto de bagatelas requería la atención analítica de que están dotados los expertos en el callejeo y, para provocar la risa a distancia, el transeúnte debía ofrecer una de esas enormidades que saltan a la vista, como se dice, y que los actores buscan para asegurar el éxito de sus entradas. ¡Aquel viejo flaco y chupado llevaba un frac sin faldones color avellana encima de un traje verdoso, con botones de metal blanco!... Un hombre que se pasee con frac sin faldones en 1844 es algo así como si Napoleón se hubiese dignado resucitar durante dos horas.

El frac sin faldones, llamado también *spencer*, fue inventado, como indica su nombre, por un lord que sin duda se envanecía de su lindo talle. Antes de la paz de Amiens, aquel inglés resolvió el problema de cubrir el busto sin cargar el cuerpo con el peso de esa espantosa levita provista de varias esclavinas, que hoy ha terminado por instalarse sobre los hombros de los viejos cocheros de simón, pero como los talles finos están en minoría, la moda del frac sin faldones no alcanzó en Francia más que

un éxito pasajero, pese a tratarse de un invento inglés. ¡A la vista del *spencer*, los hombres de cuarenta a cincuenta años revestían con el pensamiento a aquel caballero con unos pantalones de casimir verde alfóncigo con nudos de cintas y botas con vueltas, y volvían a contemplarse en el traje de su juventud! ¡Las viejas recordaban sus conquistas! En cuanto a los jóvenes, se preguntaban, por qué aquel viejo Alcibiades había cortado la cola de su paletó. Todo concordaba tan bien con aquel *spencer*, que nadie hubiera vacilado ni un momento en dar al transeúnte el calificativo de hombre Imperio, como se dice un mueble Imperio, pero únicamente simbolizaba el Imperio para aquellos que conocían, al menos *de visu*, aquella época magnífica y grandiosa, pues exigía cierta fidelidad de recuerdos en lo tocante a las modas. El Imperio ya está tan lejos de nosotros que no todos pueden representárselo en su realidad galo-griega.

El sombrero echado hacia atrás descubría casi toda la frente con esa especie de fanfarronería con que los administradores y los paisanos trataron de responder entonces a la de los militares. Por otra parte, se trataba de un horrible sombrero de seda de catorce francos, a cuyos bordes interiores unas altas y anchas orejas imprimían manchas blanquecinas, combatidas en vano por el cepillo. El tejido de seda, mal aplicado, como siempre, sobre el cartón de la horma, mostraba pliegues en algunos puntos y parecía hallarse atacado por la lepra, a pesar del esmero puesto todas las mañanas en su cuidado.

Bajo aquel sombrero, que parecía a punto de caer, se cobijaba uno de esos rostros grotescamente cómicos que únicamente los chinos saben inventar para sus extravagantes figuras de porcelana. Aquella cara ancha, acribillada como una espumadera, en la que los agujeros producían sombras, vaciada como una máscara romana, quebrantaba todas las leyes de la anatomía. Al contemplarla no se descubría en ella la menor armazón. Allí donde el trazo exigía huesos, la carne ofrecía planos gelatinosos; donde las caras suelen presentar huecos, se deformaba en bolsas lacias. Aquel rostro grotesco, aplastado en forma de calabaza, entristecido por unos ojos grises coronados por dos líneas rojas que hacían las veces de pestañas, estaba presidido por una nariz estilo Don Quijote, del mismo modo que una llanura se halla dominada por un bloque errático. Esta clase de nariz, como sin duda observó Cervantes, expresa una disposición innata a esa entrega a las grandes empresas que degenera en engaño. Aquella fealdad, extremadamente cómica, no provocaba la risa, sin embargo. La melancolía excesiva que desbordaba por sus ojos pálidos, impresionaba al burlón y helaba la chanza en los labios. Acto seguido se pensaba que la naturaleza le había prohibido a aquel hombre expresar la ternura, so pena de hacer *reír* a una mujer o de afligirla. El francés se calla ante lo que le parece la más cruel de todas las desdichas: ¡La de no poder agradar!

Aquel hombre tan poco favorecido por la naturaleza, vestía como es propio de los pobres de buena compañía, a quien los ricos tratan con harta frecuencia de imitar. Calzaba zapatos, ocultos por polainas, hechas según el modelo de las que gastaba la

guardia imperial, y que sin duda le permitían llevar el mismo calzado durante cierto tiempo. Sus pantalones, de paño negro, desprendían reflejos rojizos, y, en los pliegues, unas líneas blancas o relucientes que, lo mismo que la moda, pregonaban que hacía tres años que se habían adquirido. La amplitud de aquella vestimenta disimulaba con bastante imperfección una delgadez debida más bien a la constitución que a las consecuencias de un régimen pitagórico. El vejestorio, dotado de una boca sensual de labios bezudos, mostraba al sonreír unos dientes blancos dignos de un tiburón. El chaleco de punto, igualmente negro, pero colocado sobre otro blanco, bajo el que brillaba, en tercera línea, el borde de un chaleco de punto encarnado, recordaba los cinco chalecos de Garat. Una enorme corbata de muselina blanca, cuyo nudo ostentoso fue inventado por un petimetre para encantar a las *mujeres encantadoras* de 1809, rebasaba hasta tal punto el mentón, que la cara parecía hundirse en ella como en un abismo. Un cordón de seda trenzada, que quería representar cabellos, atravesaba la camisa, protegiendo el reloj de un imposible robo. El traje verdoso, notablemente limpio contaba unos tres años más que los pantalones, pero el cuello de terciopelo negro y los botones de metal blanco, recientemente renovados, revelaban unos cuidados domésticos llevados hasta sus más minuciosos extremos.

Aquella manera de retener el sombrero con el occipucio, el triple chaleco, la inmensa corbata en que se hundía el mentón, las polainas y los botones de metal en el traje verdoso, todos esos vestigios de las modas imperiales, armonizaban con los perfumes anticuados de la coquetería propia de los Increíbles, con el no sé qué de menudo en los pliegues, de correcto y seco en el conjunto, que evocaba la escuela de David y recordaba los frágiles muebles de Jacob. Por otra parte, se reconocía a primera vista a un hombre de buena crianza presa de algún vicio secreto, o a uno de esos pequeños rentistas, cuyos gastos se hallan en su totalidad tan claramente determinados por la mediocridad de sus ingresos, que un vidrio roto, un traje desgarrado o la peste filantrópica de una colecta, suprimen sus pequeños placeres durante un mes. Si el lector hubiera estado allí, se hubiese preguntado por qué animaba la sonrisa aquel grotesco semblante; la expresión habitual debía ser triste y fría, como la de todos aquellos que luchan en la oscuridad para resolver las triviales necesidades de la existencia. Pero al observar la precaución maternal con que aquel viejo singular sostenía con la mano derecha un objeto sin duda precioso, bajo los dos faldones de su doble traje, a fin de evitarle choques imprevistos, y sobre todo al ver el aspecto atareado que adquieren los ociosos cuando se les encarga cualquier cosa, sospecharía que había encontrado algo equivalente al perrito de lanas de una marquesa y que lo llevaba triunfalmente con la solícita galantería de un hombre Imperio, a la encantadora sesentona que aún no ha sabido renunciar a la diaria visita de su *atento*. París es la única ciudad del mundo donde se encuentran semejantes espectáculos, que convierte a sus bulevares en un drama continuo, representado gratis por los franceses en aras del arte.

A juzgar por la silueta de aquel hombre huesudo, y a pesar de su atrevido *spencer*,



hubiera sido difícil clasificarlo entre los artistas parisienses, naturalezas convencionales cuyo privilegio, bastante parecido al de los pilluelos de París, consiste en despertar en las imaginaciones burguesas las jovialidades más maravillosas, más *mirobolantes*, ya que actualmente se ha desempolvado este viejo término de la picaresca. Sin embargo, aquel transeúnte era una gran figura, el autor de la primera cantata laureada por el Instituto cuando la academia de Roma fue restablecida..., en fin, era Silvano Pons..., autor de célebres romanzas que cantaron lánguidamente nuestras madres, de dos o tres óperas representadas en 1815 y 1816, mas algunas partituras inéditas. Aquel hombre digno acabó siendo director de orquesta en un teatro de los bulevares. Gradas a su figura, era profesor en algunos pensionados de señoritas y no tenía más ingresos que sus honorarios y sus lecciones a domicilio. ¡Dar lecciones a su edad!... ¡Cuántos misterios en aquella situación poco novelesca!

Así, pues, aquel último porta-spencer llevaba sobre su persona algo más que los símbolos del Imperio: llevaba una gran enseñanza escrita en sus tres chalecos. Exhibía gratis a una de las numerosas víctimas del fatal y funesto sistema llamado oposiciones, que aún reina en Francia después de cien años de práctica negativa. Esta prensa de las inteligencias fue inventada por Poisson de Marigny, hermano de *madame* de Pompadour, que hacia 1746 fue nombrado director de Bellas Artes. ¡Trate el lector de contar con los dedos los genios que desde hace un siglo han proporcionado los laureados! En primer lugar, ningún esfuerzo administrativo o escolar reemplazará nunca los milagros del azar, al que debemos los grandes hombres. De entre todos los misterios de la generación, éste es el más inaccesible a nuestro ambicioso análisis moderno. ¿Qué pensaríamos de los egipcios que, según se dice, inventaron incubadoras para provocar el nacimiento de los polluelos, si no hubiesen dado inmediatamente de comer a estos mismos polluelos? Sin embargo, así se porta Francia, que trata de producir artistas en la cálida estufa de las oposiciones. Una vez el escultor, el pintor, el grabador o el músico, han salido del cascarón merced a este procedimiento mecánico, ya no se preocupa más, lo mismo que el dandy no piensa por la noche en las flores que se ha puesto en el ojal. Luego resulta que el hombre de talento es Greuze o Watteau, Feliciano David o Pagnest, Géricault o Decamps, Auber o David d'Angers, Eugenio Delacroix o Meissonier, a quienes importan muy poco los grandes premios y que han surgido en plena tierra, iluminados por los rayos de ese sol invisible denominado vocación.

Enviado por el Estado a Roma para completar su formación de un gran músico. Silvano Pons volvió de la Ciudad Eterna convertido en un enamorado de las antigüedades y de las obras de arte. Era un admirable experto en todas esas creaciones maestras de la mano y el pensamiento, desde hace poco comprendidas bajo una expresión popular: el baratillo. Así, pues, aquel hijo de Euterpe volvió a París alrededor de 1810, transformado en un coleccionista furibundo, cargado de cuadros, de estatuillas, de marcos, de esculturas en marfil y madera, de esmaltes, de porcelanas, etc., en la adquisición de los cuales invirtió la mayor parte del patrimonio

paterno, tanto por los gastos de transporte como por los precios de adquisición. En un segundo viaje realizado a Italia, tras los tres de estancia oficial, realizó la misma operación con el caudal heredado de su madre. Quiso visitar con tiempo sobrado Venecia, Milán, Florencia, Bolonia y Nápoles, pasando unos días en cada ciudad como un soñador, como un filósofo, con la despreocupación del artista que, para vivir, cuenta con su talento a la manera que las cortesanas cuentan con su belleza. Pons fue feliz durante aquel espléndido viaje, todo cuanto podía serlo un hombre lleno de espíritu y delicadeza, a quien su fealdad prohibía tener *éxito con las mujeres*, según la frase consagrada en 1809, y que encontraba las cosas de la vida siempre por debajo del tipo ideal que de ellas se había creado; pero adoptó su partido en lo tocante a aquella discordancia entre el son de su alma y las realidades. Aquel sentimiento de la belleza, conservado puro y vivo en su corazón, fue sin duda el principio de las melodías ingeniosas, finas y llenas de gracia, que le valieron gran reputación en la época comprendida entre 1810 a 1814. Cualquier reputación que se base en Francia sobre la boga, la moda o las locuras efímeras de París, produce tipos como Pons. No existe país que muestre mayor severidad para las grandes cosas y un desdén tan indulgente para las pequeñas. Ahogado muy pronto entre las oleadas de alemana armonía y en la producción rossiniana, si Pons era todavía en 1824 un músico agradable y conocido por algunas de sus últimas romanzas, júzguese lo que sería en 1831. Así, en 1844, año en que comenzó el único drama de aquella vida oscura, Silvano Pons tenía el mismo valor que una corchea antediluviana: los vendedores de música ignoraban completamente su existencia, aunque compusiese a bajo precio la música de alguna de las obras que se representaban en su teatro y en los de las inmediaciones.

Aquel viejo, por otra parte, hacía justicia a los famosos maestros de nuestra época; la ejecución esmerada de algunos fragmentos escogidos le hacía asomar las lágrimas a los ojos, pero su devoción no llegaba hasta aquel punto, rayano en la manía, que se daba en los Kreisler de Hoffmann; no exteriorizaba sentimientos, gozaba interiormente a la manera de los devotos del hachís o de los *tériaskis*. El genio de la admiración y de la comprensión, única facultad por la que un hombre ordinario se convierte en hermano de un gran poeta, es algo tan raro en París, donde todas las ideas se parecen a viajeros que pasan por un mesón, que Pons es digno de una estima respetuosa. La falta de éxito del viejo podrá parecer un hecho exorbitante, pero él confesaba ingenuamente que no estaba fuerte en armonía; había descuidado el estudio del contrapunto, y la orquestación moderna, engrandecida desmesuradamente, le pareció inabordable en el momento en que, mediante nuevos estudios, hubiera podido mantenerse entre los compositores contemporáneos, convirtiéndose, no en un Rossini, pero sí en un Hérold. Por último, halló en los placeres de coleccionista una compensación tan viva de la pérdida de la gloria que, si le hubiesen dado a elegir entre la posesión de sus curiosidades y el nombre de Rossini, aunque cueste creerlo, Pons hubiera optado por su amado gabinete. El viejo músico ponía en práctica el

axioma de Chenavard, el sabio coleccionista de grabados preciosos, quien pretende que no se puede experimentar placer contemplando un Ruysdaël, un Hobbéma, un Holbein, un Rafael, un Murillo, un Greuze, un Sebastián del Piombo, un Giorgione o un Alberto Durero, si el cuadro no cuesta, cuando menos, cincuenta francos. Pons no admitía adquisiciones superiores a cien francos y, para que pagase cincuenta francos por un objeto, debía de valer tres mil. Si la cosa más bella del mundo costaba trescientos francos, para él era como si no existiese. Las ocasiones fueron raras, pero poseía los tres elementos del éxito: las piernas del ciervo, el tiempo de los ociosos y la paciencia del israelita.

Aquel sistema, practicado durante cuarenta años, tanto en Roma como en París, no dejó de dar sus frutos. Después de gastar, desde su regreso de Roma, alrededor de dos mil francos anuales, Pons ocultaba a todas las miradas una colección de obras maestras cuyo catálogo alcanzaba el número fabuloso de 1907. De 1811 a 1816, durante sus correrías por París, encontró por diez francos lo que hoy se paga a mil o mil doscientos. Eran cuadros escogidos entre los cuarenta y cinco mil que se exponen todos los años en las almonedas parisienses: porcelanas de Sèvres, de pasta tierna, compradas a los auverneses, esos satélites de la banda negra, que traían en carretas las maravillas de la Francia-Pompadour. Por último recogió y reunió las reliquias de los siglos XVII y XVIII, haciendo justicia a los ingenios y a los esclarecidos talentos de la escuela francesa, esos grandes desconocidos, genios como los Lepautre, los Lavallée-Poussin, etc., que crearon los estilos Luis XV y Luis XVI, y cuyas obras se encuentran hoy en el origen de las pretendidas invenciones de nuestros artistas, constantemente inclinados sobre los tesoros del Gabinete de estampas, lo que les impide crear nada nuevo ya que sus obras no hacen sino imitar el estilo de otros. ¡Pons debía muchos fragmentos a estos trueques, dicha inefable de los coleccionistas! El placer que produce la compra de curiosidades viene en segundo término; el primero consiste en chamarilear. Pons fue el primero en coleccionar tabaqueras y miniaturas. Sin celebridad en la baratillología, pues no frecuentaba las subastas ni aparecía por las tiendas de los vendedores más ilustres, Pons ignoraba el valor venal de su tesoro.

El difunto du Sommerard hizo cuanto pudo por establecer relación con el músico, pero el príncipe del baratillo murió sin haber podido penetrar en el museo Pons, el único que podía compararse con la célebre colección Sauvageot. Entre Pons y Sauvageot había cierto parecido. Sauvageot, músico como Pons y también de fortuna menguada, procedía de la misma manera, por los mismos medios, con el mismo amor por el arte y con idéntico odio hacia esos ricos ilustres que se crean gabinetes para hacer una hábil competencia a los vendedores. Lo mismo que su rival, su émulo, Su antagonista para todas estas obras manuales, para todos estos prodigios del trabajo, Pons sentía en su corazón una avaricia insaciable, el amor del amante por una bella querida, y la *reventa*, en las salas de la calle Jeuneurs, a los golpes de mazo de los comisarios tasadores, le parecía un crimen de lesa quincallería. Poseía su museo para

disfrutar de él a todas horas, pues las almas creadas para admirar las grandes obras poseen la facultad sublime de los amantes auténticos: experimentan tanto placer hoy como ayer, no se cansan jamás y las obras maestras, afortunadamente, siempre son jóvenes. De este modo, el objeto conservado tan paternalmente debía ser uno de esos valiosos hallazgos en cuyo transporte los auténticos aficionados vierten tanto amor.

Ante los primeros contornos de este esbozo biográfico, todo el mundo exclamará: «¡Aquí tenemos, pese a su fealdad, al hombre más feliz de la tierra!». En efecto, ningún hastío, ningún esplín resiste a la cauterización que se hace al alma adquiriendo una manía. Todos los que ya no podéis beber en lo que, en todos los tiempos, se ha llamado *la copa del placer*, poned empeño en coleccionar lo que sea (¡se han llegado a coleccionar hasta carteles!), y volveréis a encontrar el lingote de la felicidad en moneda fraccionaria. ¡Una manía es el placer que ha pasado al estado de idea! Con todo, no envidiéis al viejo Pons, pues tal sentimiento descansaba, como todos los impulsos de este género, sobre un error.

Aquel hombre, lleno de delicadeza, cuya alma vivía entregada a una admiración infatigable ante la magnificencia del trabajo humano, esa hermosa lucha con las obras de la naturaleza, era la esclava de aquél de los siete pecados capitales que Dios debe castigar con menos severidad: la glotonería. Su escasa fortuna y su pasión por los artículos de baratillo, le imponían un régimen dietético tan en contradicción con su *fino paladar*, que el solterón empezó por zanjar la cuestión yendo a comer todos los días a la ciudad. Téngase en cuenta que durante el Imperio existió un culto por los hombres célebres mayor que en nuestros días, tal vez a causa de su pequeño número y de sus escasas pretensiones políticas. ¡Costaba tan poco llegar a ser poeta, escritor o músico! Pons, considerado como el probable rival de los Nicolo, los Paër y los Berton, recibía entonces tantas invitaciones que se vio obligado a apuntarlas en una agenda, tal como hacen los abogados con sus causas. Como además se conducía como un artista, regalaba ejemplares de sus romanzas a sus anfitriones, *tocaba el fuerte* en su casa, les daba palcos del Feydeau, teatro para el que trabajaba, organizaba conciertos y, a veces, incluso tocaba el violín en casa de sus padres, improvisando un pequeño sarao. Los hombres más apuestos de Francia cambiaban sablazos en aquella época con los hombres más bellos de la coalición; la fealdad de Pons recibió pues el nombre de *originalidad*, según la gran ley promulgada por Molière en el famoso pareado de Eliante. Cuando prestaba algún servicio a alguna *bella dama*, recibía a veces el apelativo de hombre encantador, pero su felicidad nunca fue más allá de eso.

Durante aquel período, que duró alrededor de seis años, de 1810 a 1816, Pons contrajo la funesta costumbre de cenar bien, de ver como las personas que le invitaban se metían en gastos, procurándose frutas tempranas, destapando sus mejores caldos, cuidando los postres, el café y los licores, y tratándole a cuerpo de rey. Aquello recordaba la época del Imperio, en que muchas casas imitaban los esplendores de los reyes, las reinas y los príncipes que entonces abundaban en París.

En aquel tiempo la gente gustaba extraordinariamente de jugar a la realeza, del mismo modo que hoy se juega a la Cámara, creando multitud de sociedades con presidentes, vicepresidentes y secretarios: sociedad del lino, sociedad vinícola, sericícola, agrícola, industrial, etc. ¡Incluso se han llegado a buscar lacras sociales para constituir a sus curadores en sociedad! Un estómago sometido a semejante educación, reacciona necesariamente en lo moral y la corrompe a causa de la elevada sabiduría culinaria que adquiere. La voluptuosidad, agazapada en todos los recovecos del corazón, lleva la voz cantante y bate en brecha a la voluntad y al honor, pues busca su satisfacción a toda costa. Nadie ha pintado jamás las exigencias del paladar, ya que escapan a la crítica literaria por la necesidad de vivir, pero nadie puede figurarse cuán numerosas son las personas arruinadas por la buena mesa. La mesa es en París y a este respecto, la competidora de la cortesana; por otra parte, es el ingreso cuyo gasto es aquélla. Cuando de invitado perpetuo pasó Pons, a causa de su decadencia como artista, al estado de gorrón, le fue imposible cambiar aquellas mesas tan bien abastecidas por el bodrio lacedemonio de un figón de cuarenta sueldos. El desgraciado se echó a temblar al pensar que su independencia exigía tamaños sacrificios, y se sintió capaz de las mayores cobardías para continuar viviendo bien, saboreando todas las frutas tempranas a su tiempo, y, en fin, *atiborrándose* (expresión popular pero expresiva), de platitos bien aderezados y condimentados. Ave a la que gustaba picotear y que huía con el buche lleno, gorjeando una melodía para dar las gracias, Pons experimentaba también cierto placer viviendo bien a expensas de la sociedad que se limitaba a pedirle que la pagase con buenas palabras. Acostumbrado, como todos los solterones a los que el horror por su casa les hace vivir en la ajena, a estas fórmulas, estas muecas sociales que sustituyen a los sentimientos auténticos, se servía de los cumplidos como de la calderilla, y, con respecto a las personas, se contentaba con la etiqueta sin hundir una mano curiosa en las bolsas.

Aquella fase bastante llevadera duró otros diez años, pero... ¡qué años! Fueron un otoño lluvioso. Durante todo aquel tiempo, Pons halló su manutención asegurada y gratuita, haciéndose necesario en todas las casas que frecuentaba. Entró en un camino fatal al cumplir una multitud de recados, al reemplazar a los porteros y domésticos en más de una ocasión. Enviado a efectuar numerosas compras, se convirtió en el espía honrado e inocente enviado de una familia a otra, pero nadie le agradeció tantas idas y venidas y tantas cobardías.

—Pons es un soltero —decían—, que no sabe cómo pasar el tiempo; está más que contento de hacer nuestros recados... ¿Qué será de él?

No tardó en declararse la frialdad que los viejos esparcen a su alrededor. Este cierzo se comunica, produce su efecto en la temperatura moral, sobre todo cuando el viejo es feo y pobre. ¿No es como ser viejo tres veces? ¡Era el invierno de la vida, el invierno de nariz enrojecida, de pálidas mejillas, con los dedos llenos de sabañones!

De 1836 a 1843, Pons recibió poquísimas invitaciones. En vez de buscar al parásito, las familias lo aceptaban como se acepta un impuesto; ya no le tenían en

cuenta nada, ni siquiera sus servicios reales. Las familias en cuyo seno realizaba el viejo sus evoluciones, no sentían el menor respeto hacia las bellas artes, únicamente profesaban una profunda veneración por los resultados obtenidos después de 1830: fortunas o situaciones sociales eminentes. Pero Pons, que no tenía bastante altura en su espíritu o en sus modales para imprimir el temor que el ingenio o el genio causan al burgués, terminó por ser menos que nada, como ya era de esperar, sin que llegasen a despreciarle por completo. Aunque experimentase vivos sufrimientos en este mundo, como todas las personas tímidas, se los callaba. Luego se habituó paulatinamente a comprimir sus sentimientos, a convertir su corazón en un santuario al que se retiraba. Este fenómeno muchas personas superficiales lo traducen por la palabra «egoísmo». ¡Es demasiado grande el parecido que existe entre el solitario y el egoísta, para que los murmuradores parezcan tener razón contra el hombre de corazón, sobre todo en París, donde nadie observa nada, donde todo es rápido como el oleaje y todo pasa como un ministerio!

Por lo tanto, el primo Pons sucumbió bajo un acta de acusación de egoísmo presentada contra él con efectos retroactivos, pues el mundo siempre termina por condenar a los que acusa. ¿Acaso sabemos hasta qué punto un disfavor inmerecido abrumba a las personas tímidas? ¡Quién será capaz de pintar alguna vez las desgracias de la timidez! Esta situación, que se agravaba de día a día, explica la tristeza impresa en el rostro de aquel pobre músico, que vivía de infames capitulaciones. Pero las cobardías que exigen todas las pasiones, son otros tantos vínculos; cuanto más exigente es la pasión, más nos ata; convierte todos los sacrificios en un ideal tesoro negativo donde el hombre ve inmensas riquezas. Después de recibir la mirada insolentemente protectora de un burgués rígido de necedad, Pons degustaba, en venganza, un vaso de vino de Oporto y la codorniz tostada superficialmente que había empezado a saborear, diciendo para sus adentros:

«¡Esto nunca estará bastante bien pagado!».

A los ojos del moralista, empero, existían en esta vida circunstancias atenuantes. El hombre, en efecto, únicamente vive para procurarse satisfacciones. Un hombre sin pasiones, el justo perfecto, es un monstruo, un medio ángel que aún no tiene alas. Los ángeles no tienen más que cabeza en la mitología católica. En la tierra, el justo es el pesado Grandisson, para quien la propia Venus de las encrucijadas no tendría sexo. Salvo las raras y vulgares aventuras de su viaje a Italia, en donde cabe achacar al clima la causa de sus éxitos, a Pons nunca ninguna mujer le prodigó una sonrisa. Son muchos los hombres víctimas de este fatal destino. Pons había nacido monstruo; nació cuando sus progenitores eran ya ancianos y llevaba los estigmas de este nacimiento tardío en su tez cadavérica, que parecía haber sido contenida en el tarro de alcohol en que la ciencia conserva ciertos fetos extraordinarios. Aquel artista, dotado de un alma tierna, soñadora y delicada, obligado a aceptar el carácter que le imponía su figura, desesperó por verse amado alguna vez. Así, el celibato fue en él una necesidad más que un gusto. La gula, pecado de los monjes virtuosos, le tendió los

brazos y él se precipitó en ellos como se había lanzado a la adoración de las obras de arte y a su culto por la música. La buena mesa y las curiosidades tuvieron para él el valor de una esposa, pues la música era su estado y... ¿qué hombre ama el estado en que vive? A la larga las profesiones llegan a ser como el matrimonio: sólo se notan sus inconvenientes.

Brillat-Savarin justifica por prejuicio los gustos de los gastrónomos, pero quizá no haya insistido bastante en el verdadero placer que el hombre experimenta a la mesa. La digestión, al emplear las fuerzas humanas, constituye un combate superior que, en los gastrónomos, equivale a los más altos goces del amor. Se experimenta un despliegue tan amplio de la capacidad vital, que el cerebro se anula en beneficio del segundo cerebro, situado en el diafragma, y la embriaguez se produce por la propia inercia de todas las facultades. Las boas que se han saciado con un toro, se hallan en tal estado de embriaguez, que se dejan matar. Traspuesta la cuarentena, ¿cuál es el hombre que se atreve a trabajar después de comer?... Asimismo, todos los grandes hombres fueron sobrios. Los enfermos convalecientes de una grave enfermedad y a los que se mide con tanta parsimonia un alimento escogido, han podido observar a menudo la especie de achispamiento gástrico producido por una sola ala de pollo. El prudente Pons, cuyos goces se hallaban concentrados completamente en el funcionamiento de su estómago, se encontraba siempre en la situación de dichos convalecientes: pedía a la buena mesa todas las sensaciones que ésta puede dar, y hasta entonces las había obtenido todos los días. Nadie se atreve a despedirse de un hábito. Muchos suicidas se han detenido en el umbral de la muerte al acordarse del café al que iban a jugar todas las noches su partida de dominó.

En 1835, el azar vengó a Pons de la indiferencia del bello sexo, dándole lo que en términos familiares se llama un bastón para su vejez. Aquel viejo de nacimiento encontró en la amistad un sostén para su vida y contrajo el único matrimonio que la sociedad le permitía: se casó con un hombre, un anciano, un músico como él. Si no existiera la divina fábula de La Fontaine, este esbozo llevaría por título *Los Dos Amigos*. Pero ¿no hubiera sido esto como un atentado literario, una profanación ante la que todo escritor auténtico retrocedería? La obra maestra de nuestro fabulista, que fue a la vez la confidencia de su alma y la historia de sus sueños, debe tener el privilegio eterno de este título. Esta página, en lo alto de la cual el poeta gravó estas tres palabras: «Los Dos Amigos», es una de esas propiedades sagradas, un templo en el que cada generación entrará respetuosamente y que el universo visitará mientras exista la tipografía.

El amigo de Pons era un profesor de piano, cuya vida y costumbres simpatizaban tanto con las suyas, que decía haberlo conocido demasiado tarde para ser feliz, pues su mutuo conocimiento, iniciado durante una distribución de premios en un pensionado, únicamente databa de 1834. Quizá nunca se encontraron dos almas tan parecidas en el océano humano manzolo del paraíso terrenal, contra la voluntad de Dios. Aquellos dos músicos no tardaron en ser imprescindibles el uno para el otro.

Dominados por una mutua confianza, en ocho días fueron como hermanos. En una palabra, Schmucke no creía que pudiese existir un Pons y Pons no sospechaba que existiese un Schmucke. Esto ya bastaría para pintar a estos dos hombres excelentes, pero la brevedad de la síntesis no es del agrado de todas las inteligencias. Será necesario una ligera demostración para los incrédulos.

Aquel pianista, como todos los pianistas, era alemán, alemán como el gran Liszt y el gran Mendelsshon, como Steibelt, Mozart y Dusseck, como Meyer, Doelher, Thalberg, Dreschok, Hiller y Leopoldo Mayer, como Crammer, Zimmermann y Kalkbrenner, como Herz, Woëtz, Karr, Wolff, Pixis, Clara Wieck, y particularmente todos los alemanes. Aunque Schmucke era un gran compositor, no podía ser más que demostrador, pues su carácter carecía de esa audacia tan necesaria para que se manifieste el genio musical. La ingenuidad de muchos alemanes no es continua, llega un momento en que cesa; la que les resta a cierta edad está tomada, como se toma el agua de un canal, de la fuente de su juventud, y se sirven de ella para fertilizar sus éxitos en todas las actividades, ciencia, arte o dinero, apartando de ellos la desconfianza. En Francia, algunas personas ladinas sustituyen esta ingenuidad de Alemania por la necedad del tendero parisién. Pero Schmucke había conservado toda su ingenuidad de niño, del mismo modo que Pons conservaba, sin sospecharlo, las reliquias imperiales en su persona. Aquel verdadero y noble alemán era el espectáculo y los espectadores, todo de una pieza, y componía música para sí mismo. Habitaba en París como un ruiseñor habita en el bosque, y allí cantaba, como único representante de su especie, desde hacía veinte años, hasta el momento en que encontró un alma gemela en Pons. (Véase *Una Hija de Eva*).

Pons y Schmucke tenían abundantemente, tanto el uno como el otro, en el corazón y el carácter, aquellas puerilidades sentimentales características de los alemanes: la pasión por las flores, la adoración de los efectos naturales, que les lleva a plantar panzudas botellas en sus jardines para ver en pequeño el paisaje que tienen en grande ante sus ojos; esa predisposición a las investigaciones que hace recorrer a un sabio alemán cien leguas con sus polainas para encontrar una verdad escondida, sentada en el brocal del pozo bajo el jazmín del patio; o, en fin, esa necesidad de prestar un significado psíquico a las naderías de la creación, que produce las obras inexplicables de Juan-Pablo Richter, las borracheras impresas de Hoffmann y las barandillas infolio que Alemania coloca en tomo a las cuestiones más sencillas, abiertas como abismos, al fondo de los cuales sólo se encuentra un alemán. Católicos ambos, iban juntos a misa, cumplían sus deberes religiosos como niños que nunca tuviesen nada que decir a sus confesores. Creían firmemente que la música, lenguaje del cielo, era a las ideas y los sentimientos, lo que los sentimientos y las ideas son a la palabra, y conversaban hasta el infinito sobre este sistema, respondiéndose por medio de orgías de música para demostrarse sus propias convicciones, como suelen hacer los amantes. Schmucke era tan distraído como atenta era Pons. Si Pons era coleccionista, Schmucke era soñador; éste estudiaba las bellas cosas morales, como



aquél salvaba las bellas cosas materiales. Veía y compraba una taza de porcelana durante el tiempo que Schmucke empleaba en sonarse la nariz pensando en algún motivo de Rossini, Bellini, Beethoven o Mozart, y buscando en el mundo de los sentimientos el posible origen o la réplica de aquella frase musical. Schmucke, cuyas economías estaban administradas por la distracción, y Pons, pródigo por pasión, llegaban ambos al mismo resultado: cero en la bolsa al llegar el día de San Silvestre de cada año.

Sin aquella amistad, Pons acaso hubiera sucumbido a sus penalidades, pero cuando tuvo un corazón donde descargar el suyo, la vida se le hizo soportable. La primera vez que confió sus pesares al corazón de Schmucke, el buen alemán le aconsejó que viviese como él, de pan y queso, y en su propia casa, en vez de ir a comer unas viandas que le hacían pagar tan caro. Mas, ¡ay!, Pons no se atrevió a decir a Schmucke que en él, el corazón y el estómago eran enemigos, que el estómago se contentaba con lo que hacía sufrir al corazón, y que necesitaba a toda costa una cena opípara que saborear, como un hombre galante una querida que... importunar. Con el tiempo, Schmucke acabó por comprender a Pons, pues era demasiado alemán para poseer la rapidez de observación de que gozan los franceses, y esto aumentó su afecto por el pobre Pons. Nada fortifica tanto la amistad como la pretendida superioridad de un amigo sobre el otro. Un ángel nada hubiera tenido que decir viendo a Schmucke frotarse las manos al descubrir la intensidad que había adquirido la glotonería en su amigo. En efecto, al día siguiente, el buen alemán adornó el almuerzo con golosinas que fue a buscar él mismo, y tuvo cuidado de renovarlas a diario para su amigo, pues, desde que se conocieron, siempre almorzaban juntos en casa.

No hay que conocer mucho París para suponer que los dos amigos no conseguirían escapar a la ironía parisién, que nunca ha respetado nada. Schmucke y Pons, al casar sus riquezas y sus miserias, concibieron la idea económica de vivir juntos, y pagaban a medias el alquiler de un piso compartido de manera harto desigual y situado en una tranquila mansión de la no menos tranquila calle de Normandie, en el Marais. Como salían a menudo junto y recorrían con frecuencia los mismos bulevares uno al lado del otro, los vagos del barrio les llamaban *los dos cascanueces*. Este remoquete nos evita la necesidad de descubrir el retrato de Schmucke: era, respecto a Pons, lo que la nodriza de Niobe, la famosa estatua del Vaticano, es a la Venus de la Tribuna.

La señora Cibot, portera de la casa, era el eje sobre el que giraba la unión de los dos cascanueces, pero desempeña un papel tan importante en el drama que desató aquella doble existencia, que conviene reservar su retrato para el momento en que haga su aparición en escena.

Lo que nos queda por decir sobre la parte moral de estos dos seres, es precisamente lo más difícil de hacer comprender al noventa y nueve por ciento de los lectores del cuadragésimo séptimo año del siglo XIX, probablemente a causa del prodigioso desarrollo financiero producido por la aparición de los ferrocarriles. Es

muy poca cosa, pero representa mucho. Se trata, en efecto, de dar una idea de la excesiva delicadeza de aquellos dos corazones. Pidamos prestada una imagen a los ferrocarriles, aunque únicamente sea para reembolsarnos los préstamos que solicitan frecuentemente. Hoy en día los trenes, al quemar sus raíles, trituran imperceptibles granos de arena. Si este grano de arena, invisible para los viajeros, se introduce en sus riñones, aquéllos experimentarán los dolores de una de las más terribles enfermedades: el mal de piedra, causa de tantas muertes. Pues bien, lo que para nuestra sociedad, lanzada en su vía metálica con una velocidad de locomotora, es el grano de arena invisible que no le causa la menor preocupación, este mismo grano, arrojado sin cesar en las fibras de aquellos dos seres les causaba como un mal de piedra en el corazón. De una excesiva ternura ante los dolores ajenos, ambos lloraban a causa de su impotencia, y, en cuanto a sus propias sensaciones, eran de una finura de sentimientos que llegaba a ser enfermiza. La vejez, los espectáculos continuados del drama parisién, nada hablan endurecido aquellas dos almas frescas, infantiles y puras. Cuanto más viejos se hacían aquellos seres, más vivos eran sus íntimos sufrimientos. ¡Ay, así suele suceder a las naturalezas castas, a los tranquilos pensadores y a los auténticos poetas que no se han hundido en ningún exceso!

Desde que aquellos dos ancianos reunieron sus vidas, sus ocupaciones, tan parecidas, adquirieron aquel sesgo fraternal que distingue en París a los caballos de los coches de punto. Tanto en verano como en invierno, ambos se levantaban a las siete, y, después de desayunar, iban a dar sus lecciones a los pensionados, donde comían en caso de necesidad. Alrededor del mediodía, Pons acudía a su teatro si había que efectuar algún ensayo, y dedicaba al callejeo todos sus instantes de libertad. Luego los dos amigos se encontraban por la noche en el teatro, donde Pons había colocado a Schmucke. A continuación veremos cómo.

Cuando Pons conoció a Schmucke, acababa de obtener, sin haberlo pedido, el bastón de mariscal de los compositores desconocidos: ¡la batuta de director de orquesta! Merced al conde Popinot, ministro a la sazón, se estipuló que esta plaza sería para el pobre músico, en el momento en que aquel héroe burgués de la revolución de Julio hizo conceder un privilegio de teatro a uno de sus amigos, de esos que hacen ruborizarse a un advenedizo cuando, yendo en coche, ve por París a un antiguo compañero de juventud, triste y a pie, sin trabilla en los pantalones, vestido con una levita de tonos inverosímiles y husmeando con la nariz asuntos demasiado elevados para capitales fugitivos.

Antiguo viajante de comercio, dicho amigo, llamado Gaudissart, fue muy útil en otros tiempos al éxito alcanzado por la gran casa Popinot. Y Popinot, una vez conde y par de Francia, después de haber sido dos veces ministro, no se olvidó del «*Ilustre Gaudissart*». Bien al contrario, quiso colocar al viajante en situación de renovar su guardarropa y llenar su bolsa, pues ni la política ni las vanidades de la corte ciudadana habían echado a perder el corazón de aquel antiguo droguero. Gaudissart, que continuaba loco por las mujeres, pidió el privilegio de un teatro entonces en

quiebra, y el Ministro, al dárselo, tuvo buen cuidado de enviarle algunos viejos, enamorados del bello sexo, lo bastante ricos para crear una poderosa comandita amorosa de lo que ocultan los trajes de malla. Pons, parásito de la mansión Popinot, fue entregado por añadidura. La compañía Gaudissart, que por cierto hizo fortuna, concibió en 1834 el propósito de hacer realidad en el bulevar esta gran idea: una ópera para el pueblo. La música de los *ballets* y de las obras fantásticas exigía un director de orquesta pasable y que poseyese cualidades de compositor. La administración a la que sucedía la compañía Gaudissart llevaba demasiado tiempo en quiebra para poseer un copista. Pons introdujo entonces a Schmucke en el teatro en calidad de empresario de las copias, puesto oscuro que requiere importantes conocimientos musicales. Siguiendo el consejo de Pons, Schmucke se puso de acuerdo con el jefe de este servicio en la Ópera Cómica y así quedó libre de sus cuidados puramente mecánicos. La colaboración de Schmucke y Pons produjo resultados maravillosos. Schmucke, que estaba muy fuerte, como todos los alemanes, en armonía, cuidó la instrumentación de las partituras cuyo canto era obra de Pons. Cuando los entendidos admiraron algunas composiciones recientes realizadas para servir de acompañamiento a dos o tres grandes obras de mucho éxito, las explicaron mediante la palabra *progreso*, sin pararse en buscar a sus autores. Pons y Schmucke se eclipsaron en la gloria, cual personas que se ahogan en una bañera. En París, sobre todo después de 1830, nadie triunfa sin empujar, *quibuscumque viis*, y muy fuerte, una masa impresionante de competidores: para eso hay que tener mucha fuerza en los riñones y los dos amigos llevaban en el corazón aquella arenilla que embaraza todos los movimientos ambiciosos.

Por lo general, Pons dirigía la orquesta de su teatro alrededor de las ocho, hora en que se representan las obras en candelero y cuyas oberturas y acompañamiento exigían la tiranía de la batuta. Esta tolerancia existe en la mayoría de los teatros pequeños, pero Pons gozaba a este respecto de mucha mayor libertad, teniendo en cuenta que en sus relaciones con la administración ponía un gran desinterés. Además, siempre que era necesario, Schmucke suplía a Pons. Con el tiempo, la posición de Schmucke en la orquesta se consolidó. El ilustre Gaudissart reconoció, sin decir nada a nadie, el valor y la utilidad del colaborador de Pons. Fue necesario añadir un piano a la orquesta, como en los grandes teatros. El piano, que Schmucke tocaba gratuitamente, se instaló junto al atril del director de orquesta, donde se situaba el supernumerario voluntario. Cuando los músicos conocieron a aquel buen alemán, desprovisto de ambición y pretensiones, todos le aceptaron de buen grado. La administración del teatro confió a Schmucke, por un módico estipendio, aquellos instrumentos que no figuran en las orquestas de los teatros de bulevar y que a menudo son necesarios: el piano, la viola de amor, el corno inglés, el violoncelo, el arpa, las castañuelas de la cachucha, los cascabeles y las invenciones de Sax, etc. Si bien los alemanes no saben tocar los grandes instrumentos de la libertad, saben tocar por naturaleza todos los instrumentos musicales.

Los dos viejos artistas, excesivamente queridos en el teatro, vivían allí como irnos filósofos. Se habían puesto una venda sobre los ojos para no ver en ningún momento los males inherentes a una compañía teatral, cuando en ésta se entremezcla un cuerpo de *ballet* con los actores y actrices, una de las más espantosas combinaciones que las necesidades de taquilla hayan podido crear para tormento de directores, autores y músicos. El gran respeto que sentía por los demás y por sí mismo, valió la estima general al bueno y modesto Pons. Por otra parte, y en todas las esferas, una vida límpida y una honradez sin tacha, inspiran una especie de admiración en los corazones más perversos. En París, una hermosa virtud obtiene el éxito de un enorme diamante o de una rara curiosidad. Ningún actor, autor o bailarina, por desvergonzados que pudiesen ser, se hubiera permitido el menor engaño o una broma de mal gusto contra Pons o su amigo. Pons se mostraba algunas veces en el salón de descanso, pero Schmucke únicamente conocía el paso subterráneo que comunicaba el exterior del teatro con la orquesta. En los entreactos, cuando asistía a una representación, el buen viejo alemán se atrevía a mirar la sala y a veces hacía algunas preguntas al primer flauta, un joven nacido en Estrasburgo de una familia alemana de Kehl, acerca de los personajes excéntricos que casi siempre adornan el proscenio. Poco a poco, la imaginación infantil de Schmucke, de cuya educación social se encargó el mencionado flautista, admitió la existencia fabulosa de la mujerzuela, la posibilidad de que se celebrasen matrimonios en el distrito XIII, las prodigalidades de un primer actor y el comercio equívoco de las acomodadoras. Las inocencias del viejo parecieron a aquel hombre digno la última palabra de las depravaciones babilónicas, y les sonreía como si fuesen arabescos chinos. Las personas hábiles deben comprender que Pons y Schmucke estaban siendo explotados, por emplear un término de moda, pero lo que perdieron en dinero, lo ganaron en consideración y en buen proceder.

Después del éxito alcanzado por un *ballet* que señaló el comienzo de la rápida fortuna de la compañía Gaudissart, los directores enviaron a Pons un grupo de plata atribuido a Benvenuto Cellini, cuyo precio exorbitante fue tema de una conversación en la sala de descanso. ¡Ascendía a mil doscientos francos! El pobre y honrado Pons quiso devolver aquel regalo. A Gaudissart le costó lo indecible hacérselo aceptar.

—¡Ah —dijo a su asociado—, si pudiéramos encontrar actores como esta perla!

Aquella doble vida, tan tranquila en apariencia, se veía turbada por el único vicio que dominaba a Pons: la necesidad feroz de cenar fuera de casa. Así, cada vez que Schmucke se encontraba en la habitación cuando Pons se vestía para ir a cenar, deploraba en buen alemán aquella funesta costumbre.

—¡*Si al menos esto le engogdase!* —exclamaba a menudo.

Y Schmucke soñaba con el medio de curar a su amigo de aquel vicio degradante, pues los verdaderos amigos gozan, en el orden moral, de la perfección de que está dotado el olfato de los perros; husmean las penas de sus amigos, adivinan sus causas y se preocupan por ellas.

Pons, que llevaba siempre en el meñique de la mano derecha un anillo con un brillante tolerado durante el Imperio, pero hoy resulta ridículo; Pons, excesivamente trovador y demasiado francés, no mostraba en su fisonomía la divina serenidad que atemperaba la espantosa fealdad de Schmucke. El alemán reconoció, en la expresión melancólica que tenía el rostro de su amigo, las dificultades crecientes que hacían cada vez más penoso aquel oficio de parásito. En efecto, en octubre de 1844, el número de casas a las que Pons iba a cenar había quedado naturalmente muy reducido. El pobre director de orquesta, limitado a recorrer el círculo familiar, había ampliado excesivamente la significación de la palabra familia, como veremos a continuación.

El antiguo laureado era primo hermano de la primera esposa del señor Camusot, el rico comerciante en sedas de la calle Bourdonnais, una tal señorita Pons, única heredera de uno de los famosos hermanos Pons, bordadores de la Real Casa, empresa de la que ambos progenitores del músico eran comanditarios, después de haberla fundado antes de la Revolución de 1789. Más tarde, en 1815, fue comprada por el señor Rivet al padre de la primera señora Camusot. La verdad es que Camusot, que se había retirado de los negocios hacía diez años, era en 1844 miembro del Consejo general de las manufacturas, diputado, etc. Acogido amistosamente por la tribu de los Camusot, el viejo Pons se consideraba como, un primo de los hijos que el comerciante en sedas tuvo con su segunda mujer, aunque no los ligara ni el más remoto parentesco, ni siquiera por alianza.

La segunda señora Camusot era una Cardot de soltera y Pons se introdujo a título de pariente de los Camusot en la numerosa familia de los Cardot, segunda tribu burguesa, que por medio de sus alianzas formaba toda una sociedad no menos poderosa que la de los Camusot. Cardot el notario, hermano de la segunda señora Camusot, contrajo matrimonio con una Chiffreville. La célebre familia de los Chiffreville, reina de los productos químicos, estaba unida a la alta droguería, cuyo gallo fue durante mucho tiempo Anselmo Popinot, a quien la revolución de Julio lanzó, como sabemos, al corazón de la política más dinástica. Pons fue entonces en pos de los Camusot y de los Cardot, para pasar luego a los Chiffreville, y de allí a casa de los Popinot, siempre en calidad de primo de los primos.

Este simple bosquejo de las últimas relaciones del viejo músico bastará para comprender como podía ser recibido, aún familiarmente en 1844, no sólo en casa del señor conde Popinot, par de Francia y ex ministro de Agricultura y Comercio, sino también en la del señor Cardot, antiguo notario, alcalde y diputado de un distrito de París; en la del viejo consejero general de las manufacturas, que iba camino de ser par, y por último, en la del señor Camusot de Marville, hijo del primer matrimonio y por tanto el único y verdadero primo de Pons, aunque fuese en segundo grado.

Aquel Camusot, que para distinguirse de su padre y su hermano del segundo matrimonio, añadió a su nombre el de la heredad de Marville, era en 1844 presidente de cámara en el tribunal real de París.

El antiguo notario Cardot casó a su hija con su sucesor, llamado Berthier; Pons, que formaba parte del patrimonio, supo conservar aquella cena, ante notario, según decía.

Éste era el firmamento burgués que Pons llamaba su familia, y en el que con tantas dificultades conservó su derecho de tenedor.

De las diez casas, aquella donde el artista recibía mejor acogida, o sea la casa del presidente Camusot, era objeto de visitas más frecuentes. Mas por desgracia, la presidenta, hija del difunto señor Thirion, ujier de cámara de los reyes Luis XVIII y Carlos X, nunca trató bien al primo de su marido. Pons perdió el tiempo tratando de dulcificar a aquella terrible parienta, ya que, después de dar gratuitamente lecciones a la señorita Camusot, le fue imposible lograr algo positivo de aquella pelirroja jovencita. Así las cosas, en aquellos momentos Pons, con la mano puesta sobre el objeto precioso, se dirigía a casa de su primo el presidente, donde al entrar creía hallarse en las Tullerías, tan grande era el efecto que en su ánimo producían los solemnes cortinajes verdes, el papel color carmelita que cubría las paredes y las alfombras de moqueta, junto con los muebles sobrios de aquella mansión en la que se respiraba la más severa magistratura. ¡Cosa extraña!, se sentía a sus anchas en la residencia Popinot, sita en la calle Basse-du-Rempart, sin duda a causa de los objetos de arte allí reunidos, pues el antiguo ministro contrajo la manía, desde que se dedicó a la política, de coleccionar cosas bellas, sin duda como oposición a la política, que colecciona en secreto las acciones más feas.

El presidente de Marville vivía en la calle de Hanovre, en una mansión comprada hacía diez años por la presidenta a la muerte de sus padres, los señores Thirion, que le dejaron alrededor de ciento cincuenta mil francos de economías. Aquella mansión, de aspecto bastante sombrío por la parte de la calle, ya que tiene la fachada expuesta al norte, goza de la exposición al mediodía en el patio, después del cual se encuentra un jardín bastante hermoso. El magistrado ocupaba toda la primera planta que, en la época de Luis XV, albergó a uno de los más poderosos financieros de entonces. El segundo piso estaba alquilado a una dama rica y anciana, y en conjunto está morada presenta un aspecto tranquilo y honorable, cual corresponde a la magistratura. Los restos de la magnífica heredad de Marville, en cuya adquisición empleó el magistrado sus ahorros de veinte años y la herencia de su madre, se componen del castillo, espléndido monumento como los que aún se encuentran en Normandía, y de una buena alquería de doce mil francos. Un parque de cien hectáreas rodea al castillo. Este lujo, hoy en día principesco, cuesta un millar de escudos al presidente, de manera que esas tierras apenas producen nueve mil francos *en efectivo*, como se dice. Estos nueve mil francos y su sueldo, proporcionaban al presidente una renta de unos veinte mil francos, en apariencia suficiente, sobre todo esperando ser heredero de la mitad de los bienes de su padre, ya que era hijo único de su primer matrimonio; pero la vida en París y las exigencias de su situación social, obligaron a los señores de Marville a gastar la casi totalidad de sus ingresos. Hasta 1834 habían pasado

bastantes dificultades.

Este inventario explicará por qué la señorita de Marville, joven de veintitrés años, permanecía soltera, a pesar de estar dotada con cien mil francos, además de sus lisonjeras esperanzas, presentadas como cebo con habilidad y frecuencia, pero en vano. El primo Pons escuchaba desde hacía cinco años las quejas de la presidenta, que veía a todos los suplentes casados y a los nuevos jueces del tribunal ya padres de familia, después de haber hecho brillar inútilmente las esperanzas de la señorita de Marville ante los ojos poco ilusionados del joven vizconde Popinot, primogénito del gallo de la droguería, y en cuyo beneficio, según los envidiosos del barrio de los Lombardos, se hizo la revolución de Julio, casi tanto como en el de la rama menor.

Llegado a la calle de Choiseul y cuando estaba a punto de doblar por la de Hanovre, Pons experimentó aquella inexplicable emoción que atormenta a las conciencias puras, infligiéndoles los suplicios que sienten los delincuentes más terribles a la vista de un gendarme. Aquella emoción era causada solamente ante la duda de cómo lo recibiría la presidenta. Aquel grano de arena que le desgarraba las fibras del corazón, no se había redondeado jamás; sus ángulos cada vez eran más agudos y las personas de aquella casa reavivaban sin cesar sus aristas. En efecto, el poco caso que los Camusot hacían de su primo Pons y su desvalorización en el seno de la familia, obraban sobre los domésticos que, sin faltarle al respeto, le consideraban como una variedad de mendigo.

El enemigo capital de Pons era una tal Magdalena Vivet, solterona seca y flaca, doncella de la señora C. de Marville y de su hija. La tal Magdalena, pese a los barros de su tez, y quizás a causa de ellos y de su longitud viperina, se afirmó en el propósito de convertirse en la señora Pons. Magdalena exhibió en vano sus veinte mil francos de economías ante los ojos de aquel soltero empedernido. Pons rechazó aquella felicidad, tachándola de excesivamente barrota.

A causa de ello, aquella Dido de antecámara, que quería convertirse en prima de sus señores, gastaba las más innobles jugarretas al pobre músico. Cuando Magdalena oía al viejo por la escalera, gritaba de forma que él la oyese:

—¡Ah, ahí viene el gorrón!

Si servía la mesa, en ausencia del ayuda de cámara, escanciaba poco vino y mucha agua en el vaso de su víctima, llenándole el vaso hasta el borde para proporcionarle la difícil tarea de llevárselo a la boca sin verter ni una gota. Se le olvidaba servir al viejo, y se lo hacía decir por la presidenta (con un tono que hacía enrojecer al primo), o bien le derramaba salsa sobre el traje. Era, en mía palabra, la guerra del inferior que se considera impune contra un superior desgraciado. Ama de llaves y doncella en una pieza, Magdalena sirvió a los señores Camusot desde el momento en que se casaron. Fue testigo de sus difíciles comienzos en provincias, cuando el señor era juez en el Tribunal de Alençon; les ayudó a vivir cuando Camusot, presidente del Tribunal de Mantes, vino a París en 1828, donde fue nombrado juez de instrucción. Así, pertenecía demasiado a la familia para no abrigar

motivos de venganza contra ella. El deseo que sentía de hacer a la orgullosa y ambiciosa presidenta la mala jugada de convertirse en la prima del señor, debía de ocultar uno de esos odios sordos engendrados por esas piedras que crean los aludes.

—¡Señora, aquí está vuestro señor Pons, que continúa vistiendo spencer! —dijo Magdalena a la presidenta—, ¡Tendría que decirme qué procedimiento ha empleado para conservarlo durante veinticinco años!

Al oír pasos de hombre en el saloncito situado entre su gran salón y su dormitorio, la señora Camusot miró a su hija y se encogió de hombros.

—Me avisáis siempre tan tarde, Magdalena, que no me dejáis tiempo para tomar una decisión —dijo la presidenta.

—Señora, Juan ha salido, yo estaba sola, el señor Pons ha llamado, le he abierto la puerta, y, como es casi de la casa, no podía impedirle que me siguiese: ahora está ahí, despojándose de su spencer.

—¡Mi pobre gatita —dijo la presidenta a su hija—, nos hemos caído! Ahora tendremos que cenar aquí. Veamos —prosiguió, viendo la expresión lastimosa de su querida gatita—, ¿debemos libramos de él para siempre?

—¡Oh, pobre hombre! —respondió la señorita Camusot—. ¡Privarle de una de sus cenas!

Resonó en el saloncito la falsa tos de un hombre que quería decir así: «Os oigo».

—¡Bien, que entre! —dijo la señora Camusot a Magdalena, volviendo a encogerse de hombros.

—Habéis venido tan temprano, primo —dijo Cecilia Camusot adoptando una ligera expresión mimosa—, que nos habéis sorprendido en el momento en que mi madre iba a vestirse.

El primo Pons, a quien no pasó desapercibido el movimiento de hombros de la presidenta, sintió una punzada tan cruel que fue incapaz de pronunciar un cumplido, y se contentó con esta profunda frase:

—Estáis tan encantadora como siempre, primita.

Luego se volvió para saludar a la madre:

—Mi querida prima, me perdonaréis que haya venido un poco antes que de costumbre, cuando veáis que os traigo lo que tuvisteis el gusto de pedirme...

Y el pobre Pons, que aserraba en dos al presidente, la presidenta y Cecilia cada vez que los llamaba *primo* o *prima*, se sacó de un bolsillo lateral del traje una deliciosa cajita oblonga de madera de Santa Lucía, divinamente tallada.

—¡Ah, lo había olvidado! —dijo secamente la presidenta.

¿No era atroz aquella exclamación? ¿No restaba todo su mérito a la atención de un pariente cuya única culpa era ser un pariente pobre?

—Pero, de todos modos —prosiguió—, sois muy bueno, primo. ¿Os debo mucho dinero por esta fruslería?

Esta pregunta produjo un estremecimiento interior al primo, quien pretendía saldar todas sus cenas mediante el ofrecimiento de aquella joya.



—Creí que me permitiríais ofrecérsela —dijo con voz ahogada por la emoción.

—¡Cómo, cómo! —repuso la presidenta—. Nada de cumplidos entre nosotros; nos conocemos lo suficiente para hacer colada juntos. Sé que no sois lo bastante rico para hacer la guerra a vuestra costa. ¿No es ya bastante que os hayáis tomado la molestia de perder el tiempo visitando anticuarios?...

—No aceptaríais este abanico, mi querida prima, si tuvieseis que pagar lo que vale —replicó el pobre hombre, ofendido—, pues es una obra maestra de Watteau, quien lo pintó por ambos lados; pero tranquilizaos, prima, que yo no he pagado ni la centésima parte de su auténtico valor.

Decir a un rico que es pobre, es como decir al arzobispo de Granada que sus homilías no valen un comino. La señora presidenta estaba demasiado orgullosa de la posición de su marido, de la posesión de las tierras de Marville y de las invitaciones que se le hacían para asistir a los bailes de la corte, para no sentirse herida en lo más vivo por semejante observación, sobre todo en boca de un miserable músico ante el que ella se daba aires de bienhechora.

—Entonces, los anticuarios a quienes compráis esas cosas son unos estúpidos —dijo vivamente la presidenta.

—En París no existen anticuarios estúpidos, que yo sepa —replicó Pons casi con sequedad.

—Eso quiere decir entonces que vos sois muy listo —dijo Cecilia para calmar el debate.

—Primita, yo soy lo bastante listo para conocer a Lancret, Pater, Watteau o Greuze, pero ante todo me animaba el deseo de complacer a vuestra querida mamá.

Ignorante y vanidosa, la señora de Marville esquivaba la sensación de que recibía algo de su parásito, y su ignorancia la ayudaba admirablemente, pues no sabía quién era Watteau. Si hay algo que pueda expresar hasta dónde puede llegar el amor propio de los coleccionistas, que ciertamente es de los más vivos, rivalizando incluso con el de los autores, es precisamente la audacia que Pons acababa de mostrar al plantar cara a su prima, por primera vez desde hacía veinte años. Estupefacto de su propia osadía, Pons adquirió de nuevo un talante pacífico al detallar a Cecilia las bellezas que encerraba la finísima talla de los brazos de aquel maravilloso abanico. Mas para estar en todo el secreto de la trepidación cordial de que era presa el viejo, será necesario hacer un ligero esbozo de la presidenta.

A los cuarenta y seis años, la señora de Marville, que antes había sido rubia, gordezuela, lozana y siempre de talla menuda, se había secado. Su frente arqueada y su boca retraída, que la juventud decoraba en otro tiempo con finas tonalidades, cambiaron entonces su porte, de natural desdeñoso, convirtiéndolo en desabrido. La costumbre de ejercer una dominación absoluta en su casa le dio una fisonomía dura y desagradable. Con el transcurso del tiempo, sus rubios cabellos adquirieron un tono castaño agrío. Los ojos, aún vivos y cáusticos, expresaban cierto orgullo jurídico saturado de envidia contenida. La presidenta, en efecto, se sentía casi pobre en medio

de la sociedad de burgueses advenedizos en la que cenaba Pons. No perdonaba al rico comerciante droguero, antiguo presidente del Tribunal de Comercio, que hubiese escalado progresivamente los puestos de diputado, ministro, conde y par. Sentía rencor hacia su suegro por haberse hecho nombrar diputado por su distrito, en detrimento de su primogénito, cuando Popinot ascendió a la dignidad de par. Después de dieciocho años de servir a la nación en París, aún no había logrado que Camusot ocupara el cargo de consejero en el Tribunal de Casación, del que, por otra parte, le excluía su incapacidad sobradamente conocida en el Palacio de Justicia. El ministro del ramo, en 1844, lamentaba el nombramiento de Camusot para la presidencia, obtenido en 1834. Le buscaron un puesto en la sala de las demandas, donde, gracias a la ratina adquirida como antiguo juez de instrucción, resultaba útil dictando sentencias. Estos desengaños no sólo minaron la salud de la presidenta de Marville, que por otra parte no se llamaba a engaño acerca del valor de su marido, sino que la hicieron terrible. Su carácter, ya despótico de por sí, se agrió. Más envejecida que vieja, se mostraba áspera y seca como un cepillo para obtener por el temor todo lo que el mundo parecía dispuesto a negarle. Mordaz en exceso, tenía pocas amigas. Imponía mucho, pues se rodeó de algunas viejas beatas de su calaña, que la sostenían para desquitarse. Por lo tanto, las relaciones del pobre Pons con aquel diablo con falda eran las de un escolar con un maestro cuyo único argumento es la palmeta. Así, pues, la presidenta no se explicaba la súbita audacia de su primo, ya que ignoraba el valor del regalo.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Cecilia examinando el abanico.

—En la calle de Lappe, en la tienda de un chamarilero que acababa de traerlo de un castillo que han desmontado cerca de Dreux, Aulnay, un castillo donde la señora de Pompadour pasó algunas temporadas antes de construir Ménars. Han conseguido salvar los enmaderados más espléndidos que conozco; son tan bellos, que Liénard, nuestro célebre tallista, se ha quedado, como el *nec plus ultra* del arte, dos marcos ovales como modelo... Había allí verdaderos tesoros. Mi chamarilero encontró este abanico en un mueblecito de marquetería que yo hubiera comprado si coleccionase esa clase de obras, pero están fuera de mis posibilidades económicas... ¡un mueble de Riesener vale de tres a cuatro mil francos! Se empieza a reconocer en París que los célebres artífices alemanes de la taracería, lo mismo que los franceses de los siglos XVI, XVII y XVIII, compusieron verdaderos cuadros de madera. El mérito del coleccionista consiste en adelantarse a la moda. Por ejemplo, dentro de cinco años se pagarán en París las porcelanas de Frankenthal, que yo colecciono desde hace veinte años, a doble precio que las de Sèvres.

—¿Qué es eso de Frankenthal? —preguntó Cecilia.

—Es el nombre de la fábrica de porcelanas del elector palatino; es más antigua que nuestra manufactura de Sèvres, del mismo modo que los famosos jardines de Heidelberg, arruinados por Turenne, tuvieron la desgracia de existir antes que los de Versalles. Sèvres ha imitado mucho a Frankenthal... Los alemanes, hay que hacerles

justicia, crearon antes que nosotros cosas admirables en Sajonia y el Palatinado.

La madre y la hija se miraban como si Pons hablase en chino, pues el lector no puede figurarse hasta qué punto los parisienses son ignorantes y exclusivistas; únicamente saben lo que les enseñan, cuando quieren aprenderlo.

—¿Y cómo se conoce el Frankenthal?

—¡En la firma! —contestó Pons con calor—. Todas esas maravillosas obras de arte están firmadas. El Frankenthal lleva una C y una T (Carlos-Teodoro) entrelazadas y rematadas por una corona de príncipe. Las viejas porcelanas sajonas muestran dos espadas y el número de orden en oro. Vicennes firmaba con un corazón. Viena, con una V cerrada y barrada. Berlín, con dos barras. Maguncia, con una rueda. Sèvres, con LL, y la porcelana de la reina tenía una A, inicial de Antonieta, rematada por la corona real. En el siglo XVIII, todos los soberanos de Europa rivalizaron en la fabricación de porcelanas. Se disputaban los obreros. Watteau dibujaba servicios para la manufactura de Dresden, y sus obras han llegado a adquirir precios increíbles. (Hay que ser un entendido, pues en la actualidad Dresden las repite y las imita). Entonces se fabricaron cosas admirables, que ya no se volverán a hacer...

—¡Ah, bah!

—¡Sí, prima, no volverán a hacerse algunas taraceas y ciertas porcelanas, como no pueden repetirse las obras de Rafael, de Ticiano, de Rembrandt, de Van Eick ni de Cranach!... Los chinos, por ejemplo, son muy hábiles y diestros, pero hoy se limitan a copiar las más bellas obras de porcelana llamada *gran mandarín*... ¡Tened en cuenta que dos jarrones de gran mandarín antiguo, del formato mayor, valen seis, ocho y hasta diez mil francos, y puede obtenerse la copia moderna sólo por doscientos!

—¡Vos bromeáis!

—Prima, estos precios os sorprenden, pero no son nada. No sólo vale cien mil francos un servicio completo de mesa para doce personas, de porcelana de Sèvres denominado pasta tierna, que no es propiamente porcelana, sino que éste es el precio de factura. Una vajilla como ésta valía cincuenta mil libras en Sèvres en 1750. He visto las facturas originales.

—Volvamos al abanico —dijo Cecilia, a quien la joya le parecía demasiado vieja.

—Ya comprenderéis que me puse en movimiento tan pronto vuestra querida mamá me hizo el honor de pedirme un abanico —repuso Pons—. He visitado todos los comercios de París sin encontrar nada que valiese la pena, pues yo quería una obra maestra para nuestra querida presidenta, y tenía la intención de regalarle el abanico de María Antonieta, el más bello de todos los abanicos célebres, Pero ayer quedé deslumbrado por esta divina obra maestra, sin duda alguna encargo de Luis XV. ¿Por qué fui a buscar el abanico a la calle de Lappe, en la tienda de un auvernés que vende cobres, hierros y muebles dorados? Yo creo en la inteligencia de los objetos de arte; conocen a los aficionados, los llaman y les dicen: «¡Ssst! ¡Ssst!...».

La presidenta se encogió de hombros mirando a su hija, sin que Pons se diese cuenta de aquella mímica instantánea.

—¡Conozco a todos esos chamarileros! «¿Qué tenéis de nuevo, papá Monistrol? ¿Tenéis algo que merezca la pena?», pregunté al chamarilero de marras, que me permite ver las cosas que ha adquirido a los grandes anticuarios. En respuesta a mi pregunta, Monistrol me contó que Liénard, que tallaba cosas muy bellas en la capilla de Dreux con destino a la lista civil, salvó en la subasta de Aulnay los enmaderados tallados de las manos de los comerciantes de París, que sólo se ocupaban de las porcelanas y los muebles incrustados. «Yo no he conseguido gran cosa —me dijo—, pero esto ya podría pagarme el viaje». ¡Y me mostró el pequeño escritorio, una verdadera maravilla! ¡Tiene dibujos de Boucher ejecutados en marquetería con un arte!... ¡Hay para ponerse de rodillas al contemplarlo! «Mirad, señor —agregó—, acabo de encontrar este abanico en un cajoncito cerrado y sin llave, que he tenido que forzar. Decidme a quién puedo ofrecérselo...». Y me sacó esta cajita de madera de Santa Lucía tallada. «¡Mirad! Su estilo es Pompadour parecido al gótico florido». «¡Oh! —le respondí yo—. El estuche es bonito y acaso me convendría, pero en cuanto al abanico, mi viejo Monistrol, no tengo una señora Pons a quien regalar esta antigualla; además, hoy día existen abanicos nuevos preciosos. Actualmente se pintan estos papeles vitela de una manera milagrosa y bastante barata. ¿Sabíais que hay dos mil pintores en París?». Y diciendo esto, desplegabá con negligencia el abanico, conteniendo mi admiración, mirando fríamente estos dos cuadritos de una soltura y una ejecución admirable. ¡Tenía *en mis* manos el abanico de *madame* de Pompadour! ¡Watteau se agotó componiéndolo! «¿Cuánto queréis por el mueble?». «¡Oh, mil francos ya me los dan!». Le menciono un precio para el abanico que corresponde a los gastos que habrá tenido en el viaje. Nos miramos entonces de hito en hito y observo que ya ha picado.

Vuelvo a guardar inmediatamente el abanico en el estuche, para que el auvernés no se ponga a examinarlo, y contemplo extasiado el trabajo del estuche, que, desde luego, es una verdadera joya, «Si lo compro —le dije a Monistrol—, lo hago sólo a causa de esto, pues lo único que me tienta es el estuche. En cuanto al mueblecito, obtendréis por él más de mil francos... ¡Ved cómo están cincelados esos cobres..., son verdaderos modelos!... Esto se puede explotar..., no ha sido reproducido, ya que *madame* de Pompadour exigía que sus obras fuesen *únicas*...». Y mi hombre, *encandilado* por el mueblecito, se olvida del abanico y me lo deja por cuatro cuartos, en pago de la revelación que le hago sobre la belleza de aquel mueble de Riesener. ¡Y ahí lo tenéis! ¡Pero hace falta mucha práctica para cerrar un trato así! Son combates de ojo a ojo, ¡y qué ojo el de un judío o el de un auvernés!

La admirable pantomima, la inspiración del viejo artista, que hacían de él, mientras refería el triunfo de su inteligencia sobre la ignorancia del chamarilero, un modelo digno del pincel holandés, todo se perdió para la presidenta y su hija, que se dijeron, cambiando miradas frías y desdeñosas:

—¡Qué original!...

—Así, ¿esto os divierte? —le preguntó la presidenta.

Pons, helado por esta pregunta, sintió deseos de pegar a la presidenta.

—¡Pero, mi querida prima —repuso—, esto es la caza de las obras maestras! ¡Y uno se encuentra cara a cara con los adversarios que defienden la pieza codiciada! ¡Es la lucha de la astucia contra la astucia! ¡Una obra maestra unida a un normando, un judío o un auvernés, es como una princesa de cuento de hadas custodiada por un dragón!

—¿Y cómo sabéis que es de Wat...? ¿Cómo decís?

—¡Watteau, prima, uno de los más grandes pintores franceses del siglo XVIII! Mirad, ¿no veis aquí su firma? —dijo indicando una de las escenas pastorales que representaba un danza en corro bailada por falsas campesinas y por pastores que eran grandes señores—. ¡Qué animación! ¡Qué inspiración y qué colorido! ¡Y está hecho todo de un trazo, como el párrafo de un calígrafo; no se nota el trabajo! Y por el otro lado, ya veis: ¡un baile en un salón! ¡El Invierno y el verano! ¡Qué ornamentos... y cómo se ha conservado! ¡Fijaos en la virola de oro, terminada a cada lado por un diminuto rubí que yo he limpiado cuidadosamente!

—Si es así como decís, primo, yo no puedo aceptar de vos un objeto de precio tan elevado. Es preferible que obtengáis una ganancia de él —dijo la presidenta, cuyo único deseo era quedarse con aquel magnífico abanico.

—¡Ya es hora de que lo que sirvió para el vicio esté en manos de la virtud! —añadió el viejo músico recuperando su aplomo—. Han sido necesarios cien años para que se operase este milagro. Estad segura de que no habrá en la corte ninguna princesa que tenga nada comparable con esta obra maestra, pues, por desgracia, es propio de la naturaleza humana esforzarse más por una Pompadour que por una reina virtuosa.

—Bien, lo acepto —dijo riendo la presidenta—, Cecilia, angelito mío, ve a ver, con Magdalena, si la cena es digna de nuestro primo...

La presidenta quería saldar la cuenta. Aquella recomendación hecha en voz alta, contraria a las reglas del buen gusto, se parecía tanto al saldo de una cuenta, que Pons se ruborizó como una jovencita sorprendida cometiendo una falta. Aquella piedra, de un grosor excesivo, le rodó durante algún tiempo dentro del corazón. Cecilia, joven pelirroja, cuyo porte, teñido de pedantería, poseía la gravedad judicial del presidente y se resentía de la sequedad de su madre, desapareció dejando al pobre Pons en lucha con la terrible presidenta.

—Es muy gentil mi pequeña Lili —dijo la presidenta empleando la abreviación infantil que antes daban al nombre de Cecilia.

—¡Encantadora! —respondió el viejo músico haciendo girar sus pulgares.

—No entiendo en absoluto los tiempos en que vivimos —prosiguió la presidenta—. ¿Queréis decirme de qué sirve tener por padre a un Presidente del Tribunal Real de París y Comendador de la Legión de Honor y por abuelo a un diputado millonario, un futuro par de Francia, el más rico de los comerciantes de sederías al por mayor?

El apego del presidente a la nueva dinastía le había valido recientemente el

cordón de Comendador, favor atribuido por algunos celosos a la amistad que le unía con Popinot. Aquel ministro, a pesar de su modestia, había aceptado el nombramiento de conde, como hemos visto. «A causa de mi hijo», decía a sus numerosos amigos.

—Hoy sólo interesa el dinero —respondió el primo Pons—, sólo se tienen atenciones con los ricos y...

—¡Qué hubiera sido de mí —exclamó la presidenta—, si el cielo me hubiese dejado a mi pobrecito Carlos!...

—¡Oh, con dos hijos, vos seríais pobre! —repuso el primo—. Es la consecuencia de la división de los bienes en partes iguales; pero tranquilizaos, mi bella prima, Cecilia acabará por encontrar un buen partido. No resulta fácil encontrar a una joven tan perfecta como ella.

He aquí hasta dónde se había rebajado Pons en casa de sus anfitriones: repetía sus ideas y hacía comentarios vulgares, a la manera de los coros antiguos. No se atrevía a entregarse a la originalidad que distingue a los artistas y que en su juventud abundaba en rasgos finos, pero que la costumbre de eclipsarse había terminado por anular casi completamente, y que además se llevaba un chasco cuando reaparecía, como acababa de suceder.

—Yo me casé con veinte mil francos de dote solamente...

—¿En 1819, prima? —dijo Pons interrumpiéndola—. ¡Y erais vos una mujer encumbrada, una joven protegida por el rey Luis XVIII!

—Pero, en fin, mi hija es un ángel de perfección y de inteligencia; es todo corazón, aportará cien mil francos al matrimonio, sin contar las más hermosas esperanzas, y se nos queda en casa...

La señora de Marville estuvo hablando de su hija y de sí misma durante veinte minutos, entregándose a las lamentaciones propias de las madres que tienen hijas casaderas. A pesar de que hacía veinte años que el viejo músico cenaba en casa de su único primo Camusot, el pobre hombre esperaba todavía que le dirigieran una pregunta interesándose por sus asuntos, su vida o su salud. Lo cierto es que Pons era en todas partes una especie de vertedero para las confidencias domésticas; ofrecía las mayores garantías a causa de su discreción, conocida y necesaria, pues hubiera bastado una sola palabra imprudente para cerrarle las puertas de diez casas; su papel de oyente exigía que diese su aprobación a todo; sonreía siempre y no acusaba ni defendía a nadie: para él, todo el mundo tenía razón. Por lo tanto, no contaba como hombre: era sólo un estómago. En aquel largo discurso, la presidenta confesó a su primo, no sin tomar ciertas precauciones, que estaba dispuesta a tomar el primer partido que se presentase para su hija, casi a ojos cerrados. Y llegó hasta considerar como un buen partido a un hombre de cuarenta y ocho años, con tal de que disfrutase de veinte mil francos de renta.

—Cecilia ha cumplido veintitrés abriles, y, si la desgracia quiere que cumpla veinticinco o veintiséis años soltera, resultará muy difícil casarla. En semejantes casos, la gente se pregunta por qué una joven ha podido permanecer tanto tiempo

esperando novio. Ya se comenta excesivamente en nuestra sociedad estas situaciones. Hemos agotado las razones vulgares: «Es muy joven aún. Quiere demasiado a sus padres para dejarlos. Se siente muy bien en casa. ¡Es exigente y quiere un gran hombre!». Me doy cuenta de que estamos haciendo el ridículo. Además, Cecilia está cansada de esperar y la pobrecilla sufre...

—¿Y por qué? —preguntó estúpidamente Pons.

—Tened en cuenta —repuso la madre con tono de dueña—, que se siente humillada al ver que todas sus amigas se casan mientras ella permanece soltera.

—Decidme, prima, ¿ha sucedido algo nuevo desde la última vez que tuve el placer de cenar aquí, para que penséis en novios de cuarenta y ocho años? —preguntó humildemente el pobre músico.

—Lo que ocurre —replicó la presidenta—, es que debíamos celebrar una entrevista con un consejero de la corte, cuyo hijo tiene treinta años y una fortuna considerable, y para quien el señor de Marville habría obtenido, por medios financieros, una plaza de magistrado contable en el Tribunal de Cuentas. El joven ya está en dicho tribunal de supernumerario, y acaban de decirnos que dicho joven ha cometido la locura de irse a Italia, persiguiendo a una duquesa del baile Mabilille... Es una negativa disimulada.

Por lo visto no quieren darnos a un joven cuya madre ha muerto, y que ya disfruta de treinta mil francos de renta, en espera de la fortuna del padre. Así es que debéis perdonarnos nuestro mal humor, primo; habéis llegado en plena crisis.

En el momento en que Pons buscaba una de esas respuestas corteses y halagadoras que siempre se le ocurrían demasiado tarde en presencia de los anfitriones que le inspiraban temor, entró Magdalena, entregó un billetito a la presidenta y se quedó a esperar respuesta. He aquí cuál era el contenido del billete:

Si fingiésemos, mi querida mamá, que mi padre nos ha enviado esta pequeña nota desde el Palacio, para decirte que vayas a cenar conmigo a casa de un amigo suyo a fin de hablar nuevamente de la cuestión de mi boda, el primo se iría y podríamos continuar con nuestros proyectos sobre los Popinot.

—¿A quién ha enviado el señor? —preguntó con presteza la presidenta.

—A un ujier del Palacio —respondió descaradamente la flaca Magdalena.

Con esta respuesta, la vieja doncella indicaba a su señora que ella había urdido aquel complot, de acuerdo con la impaciente Cecilia.

—Decidle que estaré allí con mi hija a las cinco y media.

Cuando Magdalena hubo salido, la presidenta miró al primo Pons con aquella falsa amenidad que produce en un alma delicada el mismo efecto que el vinagre mezclado con leche en la lengua de un goloso.

—Mi querido primó, la cena ya está hecha pero la comeréis sin nosotros, pues mi marido me envía una nota desde la audiencia para avisarme que el proyecto de boda

volverá a discutirse con el consejero, y vamos a cenar a su casa... Como sabéis, entre nosotros no deben existir cumplidos. Consideraos como si estuviésteis en vuestra propia casa. Ya veis la franqueza que gasto con vos, para quien no tengo secretos... Supongo que no querréis hacer fracasar la boda de este angelito.

—¿Yo, prima?... Lo que querría sería encontrarle un marido. ¡Aunque, en el círculo que frecuento!...

—Sí, no es probable —le interrumpió con insolencia la presidenta—. Así, ¿os quedáis? Cecilia os hará compañía mientras yo me visto.

—¡Oh, prima, puedo cenar en otra parte! —dijo el viejo.

Aunque cruelmente afectado por la forma en que la presidenta le echaba en cara su indignancia, aún le asustaba más la perspectiva de encontrarse solo con los domésticos.

—Pero ¿por qué?... La cena está lista; se la comerán los criados.

Al oír esta horrible frase, Pons se incorporó como si le hubiese alcanzado la descarga de una pila galvánica, saludó fríamente a su prima y fue en busca de su spencer. La puerta del dormitorio de Cecilia, que daba al saloncito, estaba entreabierta, de manera que al mirar al espejo que tenía delante, Pons distinguió a la joven presa de un loco acceso de hilaridad, haciendo señas a su madre por medio de movimientos de cabeza y visajes que revelaron un cobarde engaño al viejo artista. Pons bajó lentamente la escalera conteniendo las lágrimas: veía que lo echaban de aquella casa, sin que alcanzase a comprender el motivo.

—Ya soy demasiado viejo —se decía—, el mundo siente horror hacia la vejez y la pobreza; dos cosas excesivamente feas. No quiero ir más a ninguna parte sin que me inviten.

¡Heroica decisión!...

La puerta de la cocina, situada en la planta baja, frente a la portería, estaba abierta a menudo, como sucede en las casas ocupadas por los propietarios y que tienen siempre cerrada la puerta cochera. Esto permitió a Pons oír las carcajadas de la cocinera y el ayuda de cámara, a quien Magdalena contaba la jugarreta que habían gastado a Pons, sin suponer que el viejo evacuase la plaza con tal prontitud. El ayuda de cámara aprobaba calurosamente aquella broma echa a un concurrente habitual de la casa que, según decía, únicamente daba un pequeño escudo de aguinaldo.

—Sí, pero si se amosca y no vuelve —observó la cocinera—, siempre serán tres francos que nos perderemos por Año Nuevo...

—¿Y cómo puede saberlo? —dijo el ayuda de cámara en respuesta a la cocinera.

—¡Bah! —repuso Magdalena—. Un poco antes o un poco después, ¿eso qué importa? Causa tal hastío a los señores de las casas adonde va a cenar, que lo echarán de todas partes.

En aquel momento el viejo músico gritó a la portera:

—¡El cordón, por favor!

Aquel grito doloroso fue acogido por un profundo silencio en la cocina.



—Estaba escuchando —dijo el ayuda de cámara.

—Bien, tanto *peor*, o más bien, tanto mejor —replicó Magdalena—. Es una rata acabada.

El pobre hombre, que no se perdió ni una frase de la conversación sostenida en la cocina, también percibió aquellas últimas palabras. Regresó a su casa por los bulevares en el estado en que se encontraría una anciana después de una lucha encarnizada con unos asesinos. Caminaba hablando consigo mismo con una velocidad convulsiva, pues el honor sangrante le impulsaba como una brizna de paja arrastrada por un vendaval. Eran las cinco cuando se encontró en el bulevar del Temple, sin saber cómo había llegado allí; pero, cosa extraordinaria, no sentía el menor apetito.

Llegados a este punto, para comprender en toda su amplitud la revolución que el retomo de Pons a aquella hora iba a producir en su casa, serán necesarias las explicaciones prometidas acerca de la señora Cibot.

La calle de Normandie es una de esas calles que posee todas las características de una pueblerina calle provinciana: la hierba crece en el arroyo, el paso de un transeúnte constituye un acontecimiento y todo el mundo se conoce. Las casas datan de la época en que, durante el reinado de Enrique IV, se inició la construcción de un barrio cuyas calles llevarían el nombre de las distintas provincias y en el centro del cual se encontraría una hermosa plaza dedicada a Francia. La idea del barrio de Europa no fue más que la repetición de este plan. El mundo se repite en todo y en todas partes, incluso en la especulación. La casa en que vivían los dos músicos era una antigua mansión entre patio y jardín, pero la parte delantera, que daba a la calle, se edificó durante la boga excesiva que tuvo el Marais en el transcurso del siglo pasado. Los dos amigos ocupaban todo el segundo piso de la vieja mansión. Esta doble vivienda pertenecía al señor Pillerault, un octogenario que confiaba la administración del inmueble a los esposos Cibot, porteros suyos desde hacía veintiséis años. Pero como los porteros del Marais no percibían emolumentos demasiado altos para que puedan vivir de su portería, el tío Cibot añadía a su sueldo por libra y a su leño tomado a cada carretada de leña los recursos de su industria personal: era sastre, como muchos porteros. Con el tiempo, Cibot dejó de trabajar para los maestros sastres, pues a causa de la confianza con que le honraba la pequeña burguesía del barrio, gozaba del privilegio incontestable de hacer los remiendos, los zurcidos y los arreglos de todos los trajes, en un radio de tres calles a la redonda. La portería era vasta y sana y había instalado allí su taller. De esta forma, el matrimonio Cibot pasaba por ser uno de los más felices entre los señores porteros del distrito.

Cibot, hombrecillo desmedrado de un color casi aceitunado a consecuencia de estar siempre sentado a la moruna encima de una mesa elevada hasta la altura de la ventana enrejada que daba a la calle, se ganaba con su oficio alrededor de cuarenta sueldos diarios. Aún trabajaba, pese a que tenía cincuenta y ocho años, pero cincuenta y ocho años es la mejor edad para los porteros; se han adaptado ya a su

portería y ésta se ha convertido para ellos en lo que la concha es para las ostras, y *los conocen en el barrio*.

La señora Cibot, que precisamente había sido en otros tiempos una bella vendedora de ostras, dejó su empleo del *Cadran bleu*, llevada de su amor por Cibot, a la edad de veintiocho años, después de todas las aventuras que encuentra sin buscarlas una bella vendedora de ostras. La belleza de las mujeres del pueblo dura poco, sobre todo cuando permanecen de espaldera a la puerta de un restaurante. Los ardientes rayos de la cocina que se proyectan sobre sus facciones, las endurecen; los restos de botellas bebidas en compañía de los camareros se infiltran en la tez, y no hay flor que se marchite más deprisa que una bella vendedora de ostras. Afortunadamente para la señora Cibot, el matrimonio legítimo y la vida de portera llegaron a tiempo para conservarla; permaneció como un modelo de Rubens sin perder su viril hermosura que sus rivales de la calle de Normandie calumniaban, calificándola de *mujerona rolliza*. Sus tonos de carne podían compararse con las apetitosas veladuras de las pellas de mantequilla de Isigny; y, a pesar de su gordura, mostraba una incomparable agilidad en el despliegue de sus actividades profesionales. La señora Cibot alcanzaba la edad en que esta clase de mujeres se ven obligadas a afeitarse. ¿No equivale esto a decir que tenía cuarenta y ocho años? Una portera bigotuda es una de las mayores garantías de orden y seguridad para un propietario. ¡Si Delacroix hubiese podido ver a la señora Cibot empuñando con altivez su escoba, sin duda alguna hubiera hecho de ella una Belona!

La situación de los esposos Cibot, dicho con estilo de acta de acusación, debía afectar un día a la de los dos amigos, por singular que esto parezca, y así el historiador, para ser fiel, se ve obligado a entrar en algunos detalles concernientes a la portería. El inmueble producía alrededor de ocho mil francos, pues tenía tres viviendas completas, dobles en profundidad, en el lado de la calle, y otras tantas en la antigua mansión situada entre patio y jardín. Además, un chatarrero llamado Rémonencq ocupaba una tienda que daba a la calle. Este Rémonencq, que desde hacía unos meses había pasado al estado de comerciante de antigüedades, conocía hasta tal punto el valor baratillero de Pons, que le saludaba desde la trastienda, cuando el músico entraba o salía. Así, el sueldo por libra proporcionaba alrededor de cuatrocientos francos a los esposos Cibot, que además disponían gratuitamente de alojamiento y leña. Y teniendo en cuenta que los ingresos de Cibot producían unos setecientos u ochocientos francos anuales, por término medio, los esposos reunían, con los aguinaldos, unos ingresos de mil seiscientos francos, que se comían literalmente, ya que los Cibot vivían mejor de lo que suele vivir la gente: del pueblo.

—¡No se vive más que una vez! —decía la Cibot.

Nacida durante la Revolución, ignoraba, como puede verse, el catecismo.

De sus relaciones con el *Cadran bleu*, aquella portera de mirada anaranjada y altiva, conservó algunos conocimientos culinarios que convertían a su marido en blanco de la envidia de todos sus colegas. Así, llegados a la edad madura y en el

umbral de la vejez, los Cibot se encontraban sin cien francos de ahorros siquiera. Bien vestidos y bien comidos, gozaban de una consideración en el barrio, hija de veintiséis años vividos en la más rigurosa honradez. Si bien no poseían nada, no debían un céntimo a nadie, según solía decir la señora Cibot con su peculiar acento, el mismo con que decía a su marido: «¡Eres un amor!». ¿Por qué? Sería lo mismo que preguntar la razón de su indiferencia en lo tocante a religión. Orgullosos ambos de esta vida a plena luz del día, de la estima en que los tenían en seis o siete calles y de la autoridad que les confería su *propietario* sobre la casa, se lamentaban en secreto de no poseer además unas rentas. Cibot se quejaba de dolores en las manos y en las piernas, y la señora Cibot deploraba que su pobre Cibot se viese obligado a trabajar aún a su edad. ¡Día llegará en que, después de treinta años de semejante vida, un portero acusará al Gobierno de injusticia y querrá que le concedan la cruz de la Legión de Honor! Cada vez que se enteraban por los comadros del barrio de que tal o cual sirvienta, después de ocho o diez años de servicio, figuraba en un testamento con tres o cuatrocientos francos de renta vitalicia, de portería en portería se extendían unas lamentaciones que pueden dar idea de la envidia que devora a las profesiones ínfimas en París.

—¡Ah, a nosotros nunca nos nombrarán herederos en un testamento! ¡No tenemos suerte! ¡Somos personas de confianza, cobramos el alquiler y vigilamos el grano, pero nos tratan exactamente igual que si fuésemos perros!

—Unos tienen suerte y otros no —decía Cibot yendo en busca de un traje.

—Si hubiese dejado a Cibot en la portería y yo me hubiera puesto de cocinera, tendríamos treinta mil francos colocados —exclamaba la señora Cibot hablando con su vecina, con los brazos puestos en jarras sobre sus gruesas caderas—. No he sabido entender la vida, con el cuento de estar bien alojada y caliente en una buena portería, sin que me falte nada.

Cuando en 1836 los dos amigos fueron a ocupar el segundo piso de la antigua mansión, causaron una especie de revolución en el matrimonio Cibot. Veamos cómo. Schmucke, lo mismo que su amigo Pons, tenía la costumbre de encargar a los porteros o porteras de las casas donde residía que le hiciesen la limpieza. Por lo tanto, los dos músicos fueron del mismo parecer al instalarse en la calle de Normandie y se pusieron de acuerdo con la señora Cibot, quien se convirtió en su asistenta, a razón de veinticinco francos mensuales, doce francos con cincuenta céntimos por cada uno de ellos. Al cabo de un año, la portera emérita remaba en casa de los dos solterones, del mismo modo que lo hacía en la del señor Pillerault, el tío-abuelo de la señora condesa Popinot; hizo suyos sus asuntos y decía: *Mis dos señores*. Por último, al hallar a los dos cascanueces dulces como corderillos, fáciles de contentar, nada desconfiados, unos verdaderos niños, en fin, asumió la tarea, impulsada por su corazón de mujer del pueblo, de protegerles, de adorarles, de servirles con una abnegación tan verdadera, que les soltaba algunos sermones y les defendía contra todos los fraudes que aumentan en París los gastos de la casa. Por veinticinco francos al mes, los dos

solterones, sin premeditación y sin sospecharlo, adquirieron una madre. Al percatarse de todo el valor de la señora Cibot, los dos músicos le dirigieron ingenuos elogios, le dieron las gracias y le hicieron regalitos que estrecharon los lazos de aquella alianza doméstica. La señora Cibot prefería mil veces más que la apreciaran en su justo valor a que la pagasen; sentimiento que, como es muy sabido, mejora todos los salarios. Cibot rebajaba el precio de sus recados a la mitad, los remiendos y todo cuanto podía concernirle en el servicio de los dos señores de su mujer.

Por último, a partir del segundo año, un nuevo elemento hizo más sólida la mutua alianza existente entre el segundo piso y la portería. Schmucke cerró un trato con la señora Cibot, que satisfizo su pereza y su deseo de vivir sin tener que ocuparse de nada. Mediante el pago de treinta sueldos diarios o cuarenta y cinco francos al mes, aquella mujer se encargó de preparar el almuerzo y la cena de Schmucke. Como Pons encontró muy satisfactorio el almuerzo de su amigo, dio dieciocho francos para que la portera le hiciese también el suyo. Este sistema de abastecimientos, que aumentó los ingresos de la portería en unos noventa francos mensuales, convirtió a los dos inquilinos en seres inviolables, en ángeles, en querubines, en dioses. Es muy dudoso que el rey de los franceses, que sabe lo que se trae entre manos, estuviese servido como entonces lo estuvieron los dos cascanueces. Para ellos, la leche salía pura del recipiente, leían gratuitamente los periódicos del primero y del tercero, cuyos ocupantes se levantaban tarde y a quien la portera hubiera dicho, en caso necesario, que los diarios aún no habían llegado. Por otra parte, la señora Cibot mantenía el piso, las ropas, el descansillo, todo, en un estado de limpieza flamenca. Schmucke gozaba de una felicidad jamás soñada. La señora Cibot le hacía la vida fácil; por seis francos mensuales ella se encargaba de lavar y coser su ropa. El músico empleaba quince francos al mes en tabaco. Estas tres clases de gastos constituían un desembolso mensual de setenta francos, que, multiplicados por doce, dan un total de setecientos noventa y dos francos. Añádanse doscientos veinte francos de alquiler y contribución, y tendremos mil doce francos. Cibot vestía a Schmucke, y los ingresos medios que proporcionaba este último suministro ascendían a ciento cincuenta francos. Así, pues, aquel profundo filósofo vivía con mil doscientos francos anuales. ¡Cuántas personas en Europa, cuyo único pensamiento es el de ir a vivir a París, se quedarán agradablemente sorprendidas al saber que allí se puede ser feliz con mil doscientos francos de renta, en la calle de Normandie, en el Marais, bajo la protección de una señora Cibot!

La portera se quedó de una pieza al ver regresar al bueno de Pons a las cinco de la tarde. No solamente aquello no había sucedido nunca, sino que *su señor* no la vio ni la saludó.

—¡Vaya, Cibot —dijo a su marido—, el señor Pons es millonario o se ha vuelto loco!

—Ya me lo parecía —replicó Cibot, soltando una manga en la que hacía lo que, en la jerga de los sastres, se llama un *puñal*.

En el momento en que Pons entraba maquinalmente en su casa, la señora Cibot acababa la cena de Schmucke. Dicha cena consistía en cierto guisado que esparcía su aroma por todo el patio. Eran restos de buey hervido comprados a un vendedor de asados poco regatón y guisados a trozos con mantequilla y cebollas cortadas en lonjas finas, hasta que la mantequilla era absorbida por la carne y las cebollas, de manera de que aquel plato de portero ofrecía el aspecto de una fritura. Esta cena, amorosamente condimentada para Cibot y Schmucke, entre quienes la Cibot la dividiría, acompañada de una botella de cerveza y de un trozo de queso, constituía suficiente alimento para el viejo maestro de música alemán. Y podéis creer que el rey Salomón, en toda su gloria, no cenaba mejor que Schmucke. Unas veces este plato de cocido, guisado a trozos, era acompañado de cebollas, otras de pollo salteado, o unas tajadas de carne de vaca fría sazonadas con aceite, vinagre y perejil y pescado con una salsa inventada por la Cibot, que hubiera servido para que una madre se comiera a su propio hijo sin darse cuenta, o bien carne de venado, según la calidad o cantidad de la que los restaurantes del bulevar revendían al vendedor de asados de la calle Boucheraï, tal era la comida acostumbrada de Schmucke, quien se contentaba, sin rechistar, con todo cuanto le servía la *püena señoga Zipod*. Y poco a poco, la buena señora Cibot había disminuido el precio de aquella ración, hasta poder prepararla solamente por veinte sueldos.

—Voy a averiguar que le ha pasado a ese pobre hombre —dijo la portera a su esposa—, pues la cena del señor Schmucke ya está a punto.

La señora Cibot cubrió la escudilla de barro con un plato de loza común y luego llegó, a pesar de sus años, a la entrada del piso de los dos amigos, en el momento en que Schmucke abría a Pons.

—¿Qué tienes mi puen amigo? —preguntó el alemán, asustado ante el trastorno que expresaba la fisonomía de Pons.

—Te lo contaré todo, pero vengo a cenar contigo...

—¡Ah, vienes a senar! —exclamó Schmucke encantado—, ¡Pego esto es imposible! —añadió, pensando en las sibaríticas costumbres de su amigo.

El viejo alemán vio entonces a la señora Cibot que escuchaba, según su derecho de legítima asistenta. Presa de una de esas inspiraciones que sólo brillan en el corazón de un verdadero amigo, se fue hacia donde estaba la portera y se la llevó al descansillo:

—Señoga Zipod, este puen Bons es amigo de las püenas cosas; vaya coguiendo al «Gratan Pleu» y encaggue una pequeña sena fina: anchoas, macagones. ¡En fin, una sena digna de Lúculo!

—¿Y eso qué es? —preguntó la señora Cibot.

—Pien —respondió Schmucke—, eso es tegnega a la buggesa, un puen bescado, una potella de vino de Pugdeos, y todo lo que haya de mejog en cuanto a golosinas; y también croquetas de agoz y tocino ahumado. Vamos, no digáis nada, yo os dagué todo el dinego mañana pog la mañana.

Schmucke volvió a entrar con expresión risueña y frotándose las manos, pero su rostro adquirió de nuevo, poco a poco, una expresión de estupefacción al escuchar el relato, de las desdichas que acababan de caer en un momento sobre el corazón de su amigo. Schmucke trató de consolar a Pons, pintándole el mundo bajo su punto de vista. París era una tempestad perpetua, donde hombres y mujeres danzaban arrebatados por un vals frenético, y no había que pedir nada al mundo, que sólo mira a lo exterior y *no a lo interior*, agregó. Le contó por centésima vez que, a medida que pasaban los años, las tres únicas alumnas que él había querido y que le apreciaban mucho, y por las cuales daría su vida, pasándole incluso una pequeña pensión de novecientos francos a la que cada una de ellas contribuía con una parte igual de trescientos francos, habían olvidado, hasta tal punto el ir a visitarle, o se encontraban arrebatadas por la corriente de la vida parisién con tanta violencia que desde hacía tres años deseaba visitarlas y no lo habían podido recibir. (¡La verdad es que Schmucke se presentaba en casa de esas grandes damas a las diez de la mañana!).

Y en fin, que pagaban los trimestres de sus rentas mediante notarios.

—*Y sin embargo, tienen un cogasón de ogo* —agregó—. *En una palabra, son mis pequeñas Santas Cecílias, estas mujegues encantadogas, señoga de Bordentuere, señoga de Fentenesse y señoga Du Dilet. Yo las veo en los Campos Elíseos, sin que ellas me vean... y me quieguen mucho, yo queguía ig a senag a su casa, pues ellas estaguían muy contentas. Yo podguia ig al campo con ellas, pego prefiego mucho más estag con mi amigo Bons, porque yo lo veo cuando quiego, y todos los días.*

Pons tomó la mano de Schmucke, la puso entre las suyas, la oprimió con un impulso en el que el alma se comunicaba totalmente, y ambos permanecieron así durante unos minutos, como unos amantes que vuelven a verse tras una larga ausencia.

—*¡Sena aquí todos los días!* —dijo Schmucke, bendiciendo en su fuero interno la dureza de la presidenta—. *Iguemos juntos a chamaguileag, y el diablo no metegá jamás su cola en nuestga casa.*

Para que el lector comprenda bien esta frase verdaderamente heroica: *Iguemos juntos a chamaguileag*, conviene manifestar que Schmucke era de una crasa ignorancia en chamarilería. Hacía falta todo el poder de su amistad para que no rompiese nada en el salón y el gabinete cedidos a Pons para servirle de museo. Schmucke, entregado en cuerpo y alma a la música, compositor para sí mismo, miraba todas las fruslerías de su amigo como un pez que hubiese recibido una tarjeta de invitación contemplaría una exposición de flores en el Luxemburgo. Respetaba aquellas obras maravillosas a causa de la veneración exteriorizada por Pons al desempolvar su tesoro. Respondía diciendo: *¡Sí, es muy bonito!*, a las exclamaciones de admiración de su amigo, como una madre responde con frases insignificantes a los gestos de un niño que todavía no habla. Desde que ambos amigos vivían juntos, Schmucke vio a Pons cambiar siete veces de reloj, trocando siempre uno inferior por otro más bello. Pons poseía entonces uno de los más magníficos relojes de Boule, un

reloj de ébano con incrustaciones de cobre y adornado con esculturas, del primer estilo de Boulle, poseedor de dos estilos diversos, del mismo moda que Rafael tuvo tres. En el primero, unía el cobre con el ébano, y en el segundo, yendo contra sus convicciones, sacrificaba al carey; hizo prodigios para vencer a sus competidores, que habían inventado la taracea con concha y nácar. Pese a las sabias demostraciones de Pons, Schmucke no advertía la menor diferencia entre el magnífico reloj de la primera época de Boulle y los otros seis, pero debido a la felicidad que proporcionaba a Pons, trataba con más cuidado todas aquellas *chucheguías* que su propio amigo. Por lo tanto, no debe sorprendernos que la frase sublime de Schmucke tuviese por virtud calmar la desesperación de Pons, pues el *jigemos a chamaguileag!* del alemán quería decir: «Pondré dinero en el chamarileo, si quieres cenar aquí».

—Los señores están servidos —vino a decir con sorprendente aplomo la señora Cibot.

Se comprenderá fácilmente la sorpresa que se llevó Pons al ver y saborear la cena proporcionada por la profunda amistad de Schmucke. Esta clase de sensaciones, tan raras en la vida, no proceden del continuo afecto, causa de que los hombres se digan perpetuamente: «Tienes en mí uno doble de ti mismo» (uno se acostumbra a ello). No, están causadas por el contraste entre esas muestras de felicidad que produce la vida íntima y las barbaries de la vida social. El mundo es quien une de nuevo y sin cesar a dos amigos, o a unos amantes, cuando dos grandes almas se enlazan por el amor o la amistad. Así, Pons tuvo que enjugar dos gruesas lágrimas y Schmucke, por su parte, se vio obligado a secarse sus ojos húmedos. Nada se dijeron, pero aún se quisieron más y se hicieron pequeñas señales de cabeza cuyas expresiones balsámicas calmaron los dolores de la arenilla introducida por la presidenta en el corazón de Pons. Schmucke se frotaba las manos hasta arrancarse casi la epidermis, pues había concebido uno de esos inventos que únicamente sorprenden a un alemán, cuando surgen de pronto en su cerebro congelado por el resaca debido a los príncipes soberanos.

—*¡Mi puen Bons!* —dijo Schmucke.

—Adivino lo que quieres: pretendes que cenemos juntos todos los días...

—*Yo tendguía que seg muy gico paga dagte todos los días una sena como ésta* —respondió melancólicamente el buen alemán.

La señora Cibot, a quien Pons regalaba de vez en cuando entradas para los espectáculos del bulevar, lo que le ponía en su corazón a la misma altura que Schmucke, su huésped, hizo entonces la proposición siguiente:

—*¡Pardiez!* —dijo—. Por tres francos, sin contar el vino, puedo haceros todos los días, para los dos, una cena que os hará lamer los platos hasta dejarlos tan limpios que evitará la necesidad de fregarlos.

—*La vegdad es que yo seno mucho mejog con lo que me cosina la señoga Zipod que los que comen a la mesa del gey...* —respondió Schmucke.

En su esperanza, el respetuoso alemán llegó al extremo de imitar la irreverencia

de los periodicuchos, calumniando el precio fijo de la mesa real.

—¿De veras? —dijo Pons—. ¡Bien, mañana lo probaremos!

Al oír esta promesa, Schmucke saltó de un extremo de la mesa al otro, arrastrando consigo el mantel, los platos y las botellas, y se confundió con Pons en un abrazo comparable al de un gas que se apodera de otro con el que tiene afinidad.

—¡Qué *felisidad!* —exclamó.

—El señor cenará aquí todos los días —dijo orgullosamente la enternecida señora Cibot.

Ignorante del acontecimiento al que debía la realización de su sueño, la excelente mujer bajó a la portería y entró en ella tal como Josefa entra en escena en el *Guillermo Tell*. Se desembarazó de los platos y las fuentes, exclamando:

—¡Cibot, corre a buscar dos medias tazas al café Turco, y di al mozo del horno que es para mí!

Después se sentó poniendo las manos sobre sus poderosas rodillas, y, mirando por la ventana a la pared frontera de la casa, añadió:

—Esta misma noche iré a consultar a la señora Fontaine...

La señora Fontaine echaba las cartas a todas las cocineras, doncellas, lacayos, porteros, etc., del Marais.

—Desde que estos dos señores vinieron a nuestra casa, ya tenemos dos mil francos en la Caja de Ahorros. ¡En ocho años será una fortuna! ¿Tengo que ganar algo con la cena del señor Pons y hacer que sienta apego por la casa? La gallina de la señora Fontaine me lo dirá.

Al no ver herederos de Pons ni de Schmucke después de los tres años transcurridos, la señora Cibot acariciaba la ilusión de obtener una cuota en el testamento de *sus señores*, y este ávido pensamiento hizo redoblar su celo, pues la codicia surgió tardíamente entre sus bigotes, hasta entonces llenos de probidad. Yendo a cenar fuera todas las noches, Pons había escapado a la servidumbre total en que la portera quería tener a *sus señores*. La vida nómada de aquel viejo trovador-coleccionista ahuyentaba las vagas ideas de seducción que revoloteaban por el cerebro de la señora Cibot, y que se convirtieron en un plan formidable a partir de aquella memorable cena. Un cuarto de hora después, la portera reaparecía en el comedor, provista de dos excelentes tazas de café acompañadas por dos vasitos de «kirschwasser».

—¡*Fifa la señora Zipod!* —exclamó Schmucke—. *Ha adivinado lo que queguía.*

Después de algunas lamentaciones del gorrón, que Schmucke combatió con los arulllos que la paloma sedentaria prodiga a la paloma mensajera, los dos amigos salieron juntos. Schmucke no quiso abandonar a su amigo en la situación en que le habían dejado la conducta de los amos y criados de la casa Camusot. Conocía a Pons y sabía que podían asaltarle reflexiones horriblemente tristes en la orquesta, en el podio del director, destruyendo el buen efecto de su regreso al nido. Cuando alrededor de medianoche Schmucke acompañó a Pons al hogar, le llevaba del brazo,



indicándole los lugares donde acababa o empezaba la acera, como hubiera hecho un amante con su adorado tormento; le advertía cuando había que franquear un arroyo, y hubiera deseado que los adoquines fuesen de algodón en rama, que el cielo fuese azul y que los ángeles hiciesen oír a Pons la música que tocaban para él. ¡Había conquistado la última provincia que aún no le pertenecía en aquel corazón!

Durante tres meses aproximadamente, Pons cenó todos los días con Schmucke. De momento tuvo que restar ochenta francos mensuales a la suma destinada a sus adquisiciones, pues necesitaba treinta y cinco francos para vino, además de los cuarenta y cinco que le costaba la cena. Más adelante, pese a los cuidados y las bromas alemanas de Schmucke, el viejo artista echó de menos los platos bien aderezados, las copitas de licor, el buen café, las falsas cortesías, los comensales y los chismes de las casas donde antes iba a cenar. No es fácil romper, en el ocaso de la vida, con una costumbre que dura desde hace treinta y seis años. Un tonel de vino de ciento treinta francos vierte un líquido poco generoso en el vaso de un sibarita; así, cada vez que Pons se llevaba el vaso a los labios, recordaba con una nostalgia agudísima los exquisitos mostos de sus anfitriones. De este modo, al cabo de tres meses, los atroces dolores que estuvieron a punto de romper el corazón delicado de Pons, se habían amortiguado, y ya sólo pensaba en los placeres de la sociedad, del mismo modo que un viejo mujeriego hecha de menos a una amante que abandonó por haber cometido demasiadas infidelidades. Aunque tratase de ocultar la melancolía profunda que le devoraba, el viejo músico parecía atacado sin duda por una de esas inexplicables enfermedades cuya causa hay que buscarla en la parte moral. Para explicar aquella nostalgia producida por un hábito truncado, bastará con indicar una de las mil naderías que, semejantes a las anillas de una cota de media, envuelven el alma en una red de hierro. ¡Uno de los más vivos placeres de la antigua vida de Pons, una de las felicidades del antiguo gorrista, era la *sorpres*a, la impresión gastronómica del plato extraordinario, de la golosina añadida triunfalmente en las casas burguesas por la señora, que quiere infundir un aire festivo al banquete! Sentía en su estómago la falta de aquella delicia. La señora Cibot, en su orgullo, le indicaba el menú. Lo picante de la vida de Pons, que aparecía en ella periódicamente, brillaba totalmente por su ausencia. Su cena transcurría sin lo previsto, sin lo que antes, en las casas de nuestros abuelos, recibía el nombre de *plato cubierto*. Esto era lo que Schmucke no podía comprender. Pons era demasiado delicado para quejarse, y, si hay algo más triste que el genio incomprendido, es el estómago incomprendido. El corazón cuyo amor no es correspondido, ese drama del que se usa y abusa, descansa sobre una falsa necesidad, ya que si la criatura nos abandona, se puede amar al Creador, que tiene tesoros para otorgarnos. ¡Pero el estómago!... ¡Nada puede compararse con sus sufrimientos, pues ante todo está la vida! Pons echaba de menos ciertas cremas, que eran verdaderos poemas; determinadas salsas blancas, auténticas obras maestras; unos pollos trufados que eran una delicia, y, por encima de todo, las famosas carpas del Rhin, que sólo se encuentran en París, ¡y con qué condimentos! Algunos días,

pensando en la cocinera del conde Popinot, exclamaba:

—¡Oh, Sofía!

El viandante que hubiese oído aquellos suspiros hubiera creído que el buen hombre pensaba en su amante, pero se trataba de algo más raro: ¡de una lucida carpa, acompañada de una salsa, clara en la salsera y espesa en la lengua, una salsa merecedora del premio Montyon! El recuerdo de estas cenas pretéritas hizo adelgazar considerablemente al director de orquesta, víctima de una nostalgia gástrica.

A comienzos del cuarto mes, a finales de enero de 1845, el joven flautista, que se llamaba Wilhelm, como casi todos los alemanes, y Schwab para distinguirse de los Wilhelm, lo que no le distinguía de los Schwab, juzgó necesario ilustrar a Schmucke acerca del estado del director de orquesta, que inspiraba cuidado en el teatro. Era el día de un estreno, en el que intervenían los instrumentos que tocaba el viejo maestro alemán.

—El viejo declina; tiene algo en el buche que presenta mal cariz, su mirada es triste y el movimiento de su brazo se debilita —dijo Wilhelm Schwab señalando a Pons, que subía a su tribuna con aire fúnebre.

—Tiene sesenta años y yo siempre le he visto igual —respondió Schmucke.

Schmucke, parecido a aquella madre de las *Crónicas de la Canongate* que, para disfrutar de veinticuatro horas más de la presencia de su hijo, lo hace fusilar, era capaz de sacrificar a Pons por el placer de verle cenar con él todos los días.

—En el teatro todo el mundo está preocupado por él y, como dice la señorita Eloísa Brisetout, nuestra primera bailarina, apenas hace ruido al sonarse.

El viejo músico parecía tocar una trompa cuando se sonaba, hasta tal punto su nariz larga y hueca resonaba en el pañuelo. Aquel estrépito era la causa de uno de los más constantes reproches que dirigía la presidenta al primo Pons.

—*Yo haguía cualquieg cosa paga distgaegle* —dijo Schmucke—. *No puedo sopogtag el abuguimiento.*

—A fe mía —dijo Wilhelm Schwab—, el señor Pons me parece un ser tan superior a nosotros —¡no somos más que unos pobres diablos!— que no me atrevía a invitarle a mi boda. Me caso...

—¿Y cómo? —preguntó Schmucke.

—¡Oh, de la manera más honrada! —respondió Wilhelm, quien encontró en la extravagante pregunta de Schmucke un tono de burla del que aquel perfecto cristiano era incapaz.

—¡Vamos, señores, a vuestros puestos! —dijo Pons contemplando a su pequeño ejército reunido en la orquesta, después de oír el campanillazo del director.

La orquesta ejecutó la obertura de *La novia del Diablo*, una pieza fantástica que alcanzó las doscientas representaciones. Durante el primer entreacto, Wilhelm y Schmucke se quedaron solos en la orquesta. La atmósfera de la sala alcanzaba los treinta y dos grados Réaumur.

—*Famos, contadme fuestga histoguia* —dijo Schmucke a Wilhelm.

—Escuchad, ¿veis a ese joven en el proscenio?... ¿Le reconocéis?

—¿Ese joven?

—Sí, el que lleva guantes amarillos y brilla con todos los rayos de la opulencia; sin embargo, es mi amigo Fritz Brunner, de Francfort-sur-le-Mein...

—¿El que venía a veg las piezas a la ogquesta, junto a fos?

—El mismo. ¿No os parece imposible semejante metamorfosis?

El héroe de la historia prometida era uno de esos alemanes cuyo rostro contiene a la vez la expresión burlona y sombría del Mefistófeles de Goethe y la bondad de las novelas de Augusto Lafontaine, de pacífica memoria; la astucia y la ingenuidad, la codicia del mostrador y el abandono razonado de un miembro del Jockey Club; pero, sobre todo, el hastío que puso la pistola en la mano de Werther, mucho más cansado de los príncipes alemanes que de Carlota. Poseía un rostro típicamente alemán: mucha judería y bastante simplicidad, estupidez y valor, un saber que causa aburrimiento y una experiencia que la menor puerilidad hace inútil; el abuso de la cerveza y del tabaco; pero, realzando todas estas antítesis, una chispa diabólica en unos fatigados y bellos ojos azules. Vestido con la elegancia de un banquero, Fritz Brunner ofrecía a las miradas de toda la sala una cabeza calva de un color ticianesco, a cuyos lados se ensortijaban los escasos cabellos de un rubio ardiente que la crápula y la miseria le habían dejado para que tuviese el derecho de pagarse un peluquero el día de su restauración financiera. Su semblante, antes bello y fresco, como el del Jesucristo de los pintores, adquirió tonos agrios que unos bigotes rojos y una barba leonada convertían en siniestros. El azul purísimo de sus ojos se había enturbiado en su lucha con el dolor. Por último, las mil prostituciones de París habían esfumado los párpados y el contorno de los ojos, en los que, en otros tiempos, una madre contempló embriagada una divina réplica de los suyos. Aquel filósofo prematuro, aquel joven viejo era obra de una madrastra.

Aquí comienza la historia curiosa de un hijo pródigo de Francfort-sur-le-Mein, el hecho más extraordinario y curioso que hubiese jamás ocurrido en aquella ciudad reposada, aunque central.

Gedeón Brunner, padre de nuestro Fritz, uno de esos célebres hoteleros de Francfort-sur-le-Mein que practican, contando con la complicidad de los banqueros, sangrías autorizadas por la ley en la bolsa de los turistas, honrado calvinista por otra parte, contrajo matrimonio con una judía conversa, cuya dote fue la causa principal de su fortuna. Dicha judía murió dejando a su hijo Fritz, a la edad de doce años, bajo la tutela del padre y la vigilancia de un tío materno, comerciante de pieles en Leipzig, jefe de la casa Virlaz y Cía, Brunner padre se vio obligado por este tío, que no era tan suave como sus pieles, a poner la fortuna del joven Fritz en marcos como valores no sujetos a variación en la casa Al-Sartchild, sin tocar ni un céntimo. Para vengarse de esta exigencia israelita, papá Brunner volvió a casarse, alegando la imposibilidad de llevar su inmenso hotel sin el ojo y el brazo de una mujer. Contrajo matrimonio con la hija de otro hotelero, en la que vio a una perla; pero desconocía el carácter de una hija

única, mimada por su padre y por su madre. La segunda señora Brunner fue lo que son las jóvenes alemanas, cuando salen casquivanas y ligeras. Despilfarró su fortuna y vengó a la primera señora Brunner convirtiendo a su marido en el hombre más desdichado que se conocía en todo el territorio de la ciudad libre de Francfort-sur-le-Mein, donde, según se dice, los millonarios obligarán a promulgar una ley municipal, con arreglo a la cual las mujeres tendrán que amarles mucho y de manera exclusiva. Aquella alemana era aficionada a los distintos vinagres conocidos por los alemanes con el sobrenombre de «vino del Rhin»; le gustaban los artículos de París, montar a caballo, adornarse; la única cosa costosa que no le agradaba eran las mujeres. Experimentó una gran aversión por el pequeño Fritz y le hubiera vuelto loco, si aquel joven, producto del calvinismo y del mosaísmo, no hubiese tenido Francfort por cuna y la casa Virlaz de Leipzig por tutora; pero el tío Virlaz, entregado totalmente a sus pieles, únicamente vigilaba los marcos que estaban en el Banco, y dejó al niño en manos de la madrastra.

Un motivo que aumentaba el odio de aquella hiena por este querubín, hijo de la bella señora Brunner, era el que, pese a esfuerzos dignos de una locomotora, ella no podía tener hijos. Movida por un pensamiento diabólico, aquella criminal alemana lanzó al joven Fritz, cuando éste cumplió los veintiún años, a unas disipaciones anti-germánicas, esperando que el caballo inglés, el vinagre del Rhin y las Margaritas de Goethe, diesen buena cuenta del hijo de la judía y de su fortuna, pues el tío Virlaz dejó una hermosa herencia a su pequeño Fritz para cuando éste alcanzase la mayoría de edad. Pero si bien las ruletas de los balnearios y los amigos del mosto, entre los que se contaba Wilhelm Schwab, consumieron el capital Virlaz, el joven hijo pródigo subsistió para servir de ejemplo, según la voluntad del Señor, a los hijos de familia de la ciudad de Francfort-sur-le-Mein, donde todas las familias le empleaban como espantajo para mantener a sus hijos buenos y asustados en sus mostradores de hierro forrados de marcos siempre iguales. En vez de morir en la flor de la edad, Fritz Brunner tuvo el placer de ver enterrar a su madrastra en uno de esos encantadores cementerios donde los alemanes, so pretexto de honrar a sus muertos, se entregan a su pasión desenfrenada por la horticultura. La segunda señora Brunner, pues, murió antes que sus progenitores; el viejo Brunner trabajó en balde a causa del dinero que ella sacó de sus arcas y esto, unido a los sinsabores sufridos, hizo que aquel hotelero, de una constitución hercúlea, se viese menguado a sus sesenta y siete años, como si sufriese los efectos del famoso veneno de los Borgias. El hecho de no heredar de su mujer, después de haberla soportado durante diez años, hizo de aquel hotelero otra ruina de Heidelberg, pero reparada incesantemente por las *Rechnungen* (cuentas) de los viajeros, de igual modo que se repara la de Heidelberg para mantener el ardor de los turistas que afluyen para contemplar esta bella ruina, tan bien cuidada. Se hablaba de ello en Francfort como de una quiebra, y todos señalaban a Brunner con el dedo diciendo:

—¡Ahí tenéis adónde pueden llevarnos una mala mujer de la que no heredamos y

un hijo educado a la francesa!

En Italia y Alemania, los franceses son la causa de todos los males, el blanco de todas las balas, *pero el dios, prosiguiendo su carrera...* (El resto, como en la oda de Le Franc de Pompignan).

La cólera del propietario del gran hotel de Holanda no cayó únicamente sobre los viajeros, cuyas cuentas (*Rechunngen*) se resintieron de su furor. ¡Cuando su hijo estuvo totalmente arrumado, Gedeón, considerándole como la causa indirecta de todas sus desgracias, le negó el pan y el agua, la sal, el fuego, el alojamiento y la pipa, lo que, en un padre hotelero alemán, constituye el último grado de la maldición paterna! Las autoridades del país, sin darse cuenta de los primeros errores cometidos por el padre, y viendo en él a uno de los hombres más infortunados de Franfortc-sur-le-Mein, acudieron en su ayuda y expulsaron a Fritz del territorio de aquella ciudad libre, poniéndole una querrela de alemán. La justicia no es más humana ni más sabia en Francfort que en otras partes, aunque esta ciudad sea la sede de la dieta germánica. Muy raramente el magistrado remonta el río de los crímenes y los infortunios para saber quien mantenía la urna de donde surgió el primer hilillo de agua. Brunner olvidó a su hijo y los amigos del hijo siguieron el ejemplo del hotelero.

¡Ah, si esta historia hubiese podido representarse ante la concha del apuntador para aquel público en cuyo seno los periodistas, los leones y algunas parisienses se preguntaban de dónde salía la figura profundamente trágica de aquel alemán, surgido en el país elegante en pleno estreno de una obra, sólo en un palco de proscenio, hubiera sido mucho más bello que la pieza fantástica *La Novia del Diablo*, aunque fuese la doscientas mil representación de la sublime parábola ejecutada en Mesopotamia tres mil años antes de Jesucristo!

Fritz se fue a pie a Estrasburgo y allí encontró lo que el hijo pródigo de la Biblia no halló en la patria de las Sagradas Escrituras. Esto pone de manifiesto la superioridad de Alsacia, donde laten tantos corazones generosos, para demostrar a Alemania la belleza resultante de la combinación del ingenio francés y la solidez germánica, Wilhelm, que había heredado de sus padres hacía pocos días, poseía cien mil francos. Abrió los brazos a Fritz, le abrió su corazón, le abrió su casa y le abrió su bolsa. Describir el momento en que Fritz, polvoriento, desgraciado y casi leproso, encontró al otro lado del Rhin una auténtica moneda de veinte francos en la mano de un verdadero amigo, sería como acometer una oda, que solamente Píndaro podría lanzar en griego sobre la humanidad para reanimar en ella la amistad moribunda. Poned los nombres de Fritz y Wilhelm junto a los de Damon y Pitias, Cástor y Polux, Orestes y Pílates, Dubreuil y Pemjah, Schmucke y Pons, y todos los nombres fantásticos que damos a los dos amigos del Monomotapa, pues La Fontaine, a fuer de verdadero genio, hizo de ellos apariencias sin cuerpo y sin realidad; unid estos dos nombres nuevos a esas ilustraciones, tanto más cuanto que Wilhelm consumió su herencia con ayuda de Fritz, del mismo modo que éste había dilapidado la suya con Wilhelm, pero fumando, desde luego, todas las especies de tabacos conocidas.

Los dos amigos dieron buena cuenta de aquella herencia, cosa extraña, en las cervecerías de Estrasburgo, de la manera más estúpida y vulgar, con comparsas del teatro, y alsacianas que, de sus escobitas, no tenían más que el mango. Y todas las mañanas se decían:

—Ahora habría que parar, tomar una decisión, hacer algo con lo que nos queda.

—¡Bah, hoy todavía no! —contestaba Fritz—. Mañana ya veremos...

En la vida de los dilapidadores, *Hoy* es un fatuo grandísimo, pero *Mañana* es un cobardón que se asusta del valor de su predecesor; hoy es el Capitán de la antigua comedia, y mañana es el Pierrot de nuestras pantominas. Cuando llegaron a su último billete de mil francos, los dos amigos sacaron una plaza en las Mensajerías llamadas reales, que les condujeron a París, donde se alojaron en el sobrado del hotel del Rhin, de la calle del Mail, en las habitaciones de Graff, un antiguo jefe de camareros de Gedeón Brunner. Fritz entró como empleado con seiscientos francos en casa de los hermanos Keller, banqueros, donde Graff le recomendó. Graff, *maître* del hotel del Rhin, es el hermano del famoso sastre Graff. El sastre tomó a Wilhelm en calidad de tenedor de libros. Graff encontró estos dos exiguos empleos a los dos hijos pródigos, en recuerdo de su aprendizaje en el hotel de Holanda. Aquellos dos hechos: un amigo arruinado acogido por un amigo rico y un hotelero alemán interesándose por dos compatriotas sin blanca, harán creer a algunas personas que esta historia es una novela, pero todas las cosas verdaderas se parecen tanto más a las fábulas cuanto que la fábula pasa, en la actualidad, los mayores apuros para parecerse a la verdad.

Fritz, empleado con seiscientos francos de sueldo, y Wilhelm, tenedor de libros con los mismos emolumentos, se percataron de lo difícil que era la vida en una ciudad tan cortesana como París. Así, al segundo año de su estancia en la capital, en 1837, Wilhelm, que poseía grandes dotes de flautista, ingresó en la orquesta dirigida por Pons, a fin de poder untar alguna que otra vez un poco de mantequilla en el pan. En cuanto a Fritz, sólo pudo encontrar unos ingresos suplementarios haciendo gala de la capacidad financiera de un joven salido de casa Virlaz. Pese a su tesón, quizás a causa de sus dotes, el hijo de Francfort sólo consiguió ganar dos mil francos en 1843. La miseria, esa divina madrastra, hizo por aquellos dos jóvenes lo que sus madres no pudieron hacer: les enseñó la economía, el mundo y la vida; les dio aquella educación grande y fuerte que otorga a latigazos a los grandes hombres, todos ellos desgraciados y triunfantes. Fritz y Wilhelm, hombres bastante ordinarios, no aprovecharon todas las lecciones de la miseria, trataron de esquivar sus golpes, encontraron que tenía el seno duro, los brazos descarnados, y no la identificaron con aquella buena hada Urgèle que cede a las caricias de los genios. Sin embargo, aprendieron todo el valor que tenía la fortuna y se prometieron cortarle las alas, si alguna vez volvía a presentársele.

—Bien, papá Schmucke, os lo explicaré todo en dos palabras —prosiguió Wilhelm, que refirió detalladamente esta historia en alemán al pianista—. Brunner padre ha muerto. ¡Resulta que era, sin que su hijo ni el señor Graff, con quien nos

alojamos, lo supiesen, uno de los fundadores de los ferrocarriles de Baden, que le han proporcionado beneficios inmensos, pues deja cuatro millones! Esta noche toco la flauta por última vez. Si no se tratase de un estreno, ya me hubiera despedido hace unos días, pero no he querido que faltase mi aportación.

—*Está muy bien, goven* —repuso Schmucke—. *Pego, ¿con quién os casáis?*

—Con la hija del señor Graff, nuestro huésped, el propietario del hotel del Rhin; Quiero a la señorita Emilia desde hace siete años; ella ha leído tantas novelas inmorales que ha rechazado todos los partidos por mí, sin saber lo que sucedería. Esta joven será muy rica, pues es la única heredera de los Graff, los sastres de la calle de Richelieu. ¡Fritz me devuelve quintuplicado lo que derrochamos juntos en Estrasburgo, o sea quinientos mil francos!... Luego pone un millón de francos en un Banco en el que Graff, el sastre, pone también quinientos mil; el padre de mi prometida me permite invertir su dote en dicho Banco —la dote asciende a doscientos cincuenta mil francos—, y nos comandita con otro tanto. Así, pues, la casa Brunner Schwab y Cía. tendrá dos millones quinientos mil francos de capital. Fritz acaba de comprar acciones del Banco de Francia por valor de un millón quinientos mil francos como garantía de nuestra cuenta. Ésta no es toda la fortuna de Fritz... Aún le quedan las casas de su padre en Francfort, que se calculan en un millón, y ya ha alquilado el gran hotel de Holanda a un primo de los Graff.

—*Migáis tgestemente a vuestgo amigo* —observó Schmucke, que había escuchado a Wilhelm con atención—. *¿Acaso le tenéis enfidia?*

—Sí, tengo envidia, pero envidia de la felicidad de Fritz —dijo Wilhelm—. ¿Creéis que ésta es la máscara de un hombre satisfecho? Siento miedo de lo que pueda hacer en París: desearla verle adoptar el mismo partido que yo. El antiguo demonio puede despertarse de nuevo en él. De nuestras dos cabezas, no es en la suya donde ha entrado más plomo. Ese atavío, esos gemelos, todo me inquieta. No mira más que a las mujercuelas que se encuentran en la sala. ¡Ah, si supieseis lo difícil que es casar a Fritz! Siente horror por lo que en Francia se llama *hacer la corte*, y habría que lanzarle a la familia, como en Inglaterra se lanza a un hombre a la eternidad.

Durante el tumulto que señala el fin de todos los estrenos teatrales, el flauta invitó a su director de orquesta. Pons aceptó más contento que unas pascuas. Schmucke vio entonces, por primera vez desde hacía tres meses, una sonrisa en el rostro de su amigo, y le acompañó a la calle de Normandie en el más profundo silencio, pues por la inmensidad de su alegría reconoció la hondura del mal que consumía a Pons. ¡Que un hombre verdaderamente noble, tan desinteresado, de tan nobles sentimientos, tuviese semejantes debilidades!... Esto dejaba estupefacto al estoico Schmucke, que se entristeció horriblemente al sentir la necesidad de renunciar a ver todos los días a su *puen Bons* sentado a la mesa con él, en aras de su propia felicidad, y no sabía si tamaño sacrificio sería posible: aquella idea le volvía loco.

El altivo silencio que mantenía Pons, refugiado en el monte Aventino de la calle de Normandie, no dejó de impresionar a la presidenta, que, libre de su parásito, se

atormentaba poco por él; pensaba, con su encantadora hija, que el primo había comprendido la chanza de su pequeña Lili, pero no podía decirse otro tanto del presidente. El señor Camusot de Marville, hombrecillo rechoncho, que adquirió un aspecto solemne después de su encumbramiento en la corte, admiraba a Cicerón, prefería la Opera Cómica a los Italianos, comparaba unos actores con otros, seguía la multitud paso a paso; repetía, como si fuesen suyos, todos los artículos del diario ministerial, y, al dar sus opiniones, parafraseaba las ideas del consejero que había hablado antes. Aquel magistrado, cuyos principales rasgos de carácter ya eran suficientemente conocidos, obligado por su posición a tomárselo todo en serio, concedía importancia primordial a los vínculos familiares. Como la mayoría de los maridos totalmente dominados por su mujer, el presidente hacía gala de una independencia en las pequeñas cosas que su esposa toleraba. Si bien durante un mes el presidente se contentó con las razones triviales que le dio su esposa para explicar la desaparición de Pons, acabó por considerar extraño que el viejo músico, amigo desde hacía cuarenta años, no viniese precisamente después de haber hecho un regalo tan considerable como el abanico de *madame* de Pompadour. Aquel abanico, juzgado por el conde Popinot como una obra maestra, valió a la presidenta, y en las Tullerías, donde la joya pasó de mano en mano, unos cumplidos que halagaron extraordinariamente su amor propio; le hicieron ver con detalle las bellezas que encerraban las diez varillas de marfil, en cada una de las cuales existían tallas de una finura inaudita. Una dama rusa (los rusos creen que están siempre en Rusia), ofreció, en casa del conde Popinot, seis mil francos a la presidenta por aquel abanico extraordinario, sonriendo al verlo en tales manos, pues era, justo es decirlo, un abanico de duquesa.

—No puede negarse que este pobre primo —dijo Cecilia a su padre al día siguiente de recibir aquella oferta—, entiende mucho de estas bagatelas...

—¡Bagatelas! —exclamó el presidente—. Debes saber que el Estado va a pagar trescientos mil francos por la colección del difunto consejero du Sommerard y a invertir cerca de un millón, a medias con la ciudad de París, en la compra y restauración del palacio de Cluny, donde instalará todo eso que tú llamas bagatelas... Esas bagatelas, mi querida niña, son a menudo los únicos testimonios que nos restan de civilizaciones desaparecidas. Una vasija etrusca, un collar, que a veces llegan a valer hasta cuarenta y cincuenta mil francos, son bagatelas que nos revelan la perfección alcanzada por las artes en los días de la guerra de Troya, demostrándonos que los etruscos eran troyanos refugiados en Italia.

Éstas eran las bromas que agradaban al obeso y pequeño presidente, que hacía blanco de su pesada ironía a su mujer y su hija.

—La suma de conocimientos que exigen esas bagatelas, Cecilia —prosiguió—, es una ciencia que se llama arqueología. La arqueología comprende la arquitectura, la escultura, la pintura, la orfebrería, la cerámica, la ebanistería, arte muy moderno; los bordados y tapicerías, en una palabra, todas las creaciones del trabajo humano.



—¿Así, pues, el primo Pons es un sabio? —preguntó Cecilia.

—¡Vaya! ¿Y por qué no le vemos más por aquí? —preguntó a su vez el presidente, con el tono del hombre que experimenta una conmoción producida por mil observaciones olvidadas, cuya acumulación súbita *hace blanco*, para emplear una expresión usada frecuentemente por los cazadores.

—Se habrá molestado por alguna tontería —respondió la presidenta—. Quizá no le agradecí cómo debía el regalo del abanico. Como sabéis, soy bastante ignorante...

—¿Vos? ¿Una de las mejores alumnas de Servin? —exclamó el presidente—. ¿Vos no sabéis quién es Watteau?

—Conozco a David, Gérard, Gros, y Girodet, y Guérin, y a los señores de Forbin y Turpin de Crissé...

—Hubierais debido...

—¿Qué hubiera debido, señor? —preguntó la presidenta mirando a su marido con la altivez propia de una reina de Saba.

—Saber quien es Watteau, querida; está muy de moda —respondió el presidente con una humildad que denotaba todas las obligaciones que había contraído con su mujer.

Aquella conversación tuvo lugar unos días antes del estreno de *La Novia del Diablo*, en que toda la orquesta se sintió impresionada por el aspecto sombrío de Pons. Para entonces, las personas acostumbradas a ver a Pons sentado a su mesa, a tomarle por recadero y correveidile, se extrañaban ya de su ausencia, y en el círculo que frecuentaba el buen hombre se difundió una inquietud tanto mayor cuanto que fueron muchos quienes le vieron ocupando su puesto en el teatro. Pese al cuidado con que Pons evitaba encontrarse en sus paseos con sus antiguos conocidos, un día se dio de manos a boca con el conde Popinot, el ex ministro, en la tienda de Monistrol, uno de los ilustres y audaces comerciantes del nuevo bulevar Beaumarchais, del que había hablado Pons a la presidenta y cuyo socarrón entusiasmo hace encarecer de día en día las curiosidades, según se dice, tan raras que ya no se encuentran.

—Mi querido Pons, ¿por qué hemos dejado de veros? Os echamos mucho de menos, y la señora Popinot no sabe qué pensar de este abandono.

—Señor conde —respondió el viejo—, me han hecho comprender en casa de uno de mis parientes, que a mi edad se está de más en el mundo. Nunca me han recibido con una consideración excesiva, pero al menos hasta ahora nadie me había insultado. Yo nunca he pedido nada a nadie —dijo con el orgullo del artista—. A cambio de algunas cortesías, muchas veces me hacía útil a los que me acogían, pero según parece andaba equivocado; soy un pechero sujeto a prestación personal a cambio del honor que recibía al ir a cenar a casa de amigos o parientes... Bien, he presentado la dimisión de gorrista. En mi casa encuentro todos los días lo que ninguna mesa me ha ofrecido: ¡un verdadero amigo!

Aquellas palabras, teñidas por la amargura que el viejo artista aún sabía darles con su gesto y con su acento, causaron tal impresión en el par de Francia, que se llevó

aparte al digno músico.

—¡Vamos, mi viejo amigo! ¿Qué os ha pasado? ¿No podéis confiarme lo que tanto os ha herido? Permitidme observar que, en mi casa, se os trató siempre con toda consideración...

—Vos sois la única excepción que hago —dijo el músico—. Además, vos sois un gran señor, un hombre de Estado y, aunque hubiese ocurrido tal cosa, vuestras preocupaciones lo disculparían todo.

Pons, sometido a la habilidad diplomática adquirida por Popinot en el manejo de hombres y asuntos, acabó por referir sus infortunios en casa de la presidenta de Mandile, Popinot simpatizó hasta tal punto con el agravio de la víctima, que mencionó inmediatamente el caso a su esposa, mujer excelente y digna, quien reprendió a la presidenta en la primera ocasión que se le presentó. El ex ministro, por su parte, dijo unas palabras sobre lo sucedido al presidente, y esto provocó una explicación familiar entre los Camusot de Marville. Aunque Camusot no fuese completamente el dueño en su casa, su amonestación se hallaba demasiado fundada *de hecho y de derecho* para que su mujer y su hija no reconociesen la verdad que encerraba; ambas se humillaron y echaron la culpa al servicio. Los criados, obligados a comparecer y reprendidos con dureza, sólo obtuvieron el perdón mediante una confesión completa, que demostró al presidente cuánta razón tenía Pons al dejar de visitarles. Como todos los maridos dominados por su mujer, el presidente desplegó toda su majestad marital y judicial, declarando a los domésticos que les despediría, y que perderían todas las ventajas que su largo servicio pudiera reportarles, si a partir de entonces, su primo Pons y todos cuantos le hacían el honor de ir a su casa, no eran tratados con la misma consideración que se le tenía a él. Estas palabras hicieron sonreír a Magdalena.

—Sólo tenéis una posibilidad de salvación —dijo el presidente—, y ésta es desarmar a mi primo con excusas. De cidle que vuestra estancia aquí depende totalmente de él, pues os despediré a todos si no os perdona.

Al día siguiente, el presidente se fue bastante temprano para poder visitar a su primo antes de la audiencia. La aparición del señor presidente de Marville, anunciado por la señora Cibot, fue un verdadero acontecimiento. Pons, que recibía aquel honor por primera vez en su vida, presintió una reparación.

—Mi querido primo —dijo el presidente después de los cumplidos de rigor—, he acabado por saber la causa de vuestro retiro. Vuestra conducta aumenta, si es que esto es posible, la estima que siento por vos. No os diré más que una cosa: he despedido a todos mis domésticos. Mi mujer y mi hija están desesperadas; quieren veros, para ofreceros una explicación. En todo esto, mi querido primo, hay un inocente, que es un viejo juez; no me castigéis por la diablura de una jovenzuela atolondrada que quería ir a cenar con los Popinot, sobre todo cuando vengo a pedirlos que hagamos las paces, reconociendo que toda la culpa es nuestra... Aunque supongamos un poco cambiada una amistad de treinta y seis años, aún tiene ciertos derechos. ¡Vamos! Firmad la paz

viniendo a cenar con nosotros esta noche...

Pons se enmarañó en una respuesta confusa y acabó por decir a su primo que aquella noche asistía a los esponsales de un músico de su orquesta, que tiraba la flauta por la ventana para hacerse banquero.

—Bien, entonces, mañana.

—Querido primo, la señora condesa Popinot ¡me ha hecho el honor de invitarme con una carta tan amable que...!

—Pasado mañana, pues —prosiguió el presidente.

—Pasado mañana, el socio de mi primer flauta, un alemán llamado Brunner, devuelve a los novios la atención que hoy tienen ellos con él...

—Sois sin duda un hombre muy agradable, para que todos se disputen así el placer de invitaros —observó el presidente—. Bien, pues el domingo próximo... para dentro de ocho días, como decimos en el Palacio.

—El domingo cenamos en casa del señor Graff, el suegro del flauta...

—¡Pues bien, el sábado! Para entonces, ya habréis tenido tiempo de tranquilizar a una criatura que ya ha derramado lágrimas a causa de su falta. Dios se contenta con el arrepentimiento. ¿Seréis más exigente que el Padre Eterno con la pobrecilla Cecilia?

...

Pons, atacado en su punto flaco, apeló a las fórmulas más corteses que conocía y acompañó al presidente hasta la escalera. Una hora después, el servicio doméstico del presidente se presentó en casa del buen Pons; los criados se mostraron tal como son, cobardes y zalameros: ¡lloraron! Magdalena se llevó aparte al señor Pons y se arrojó resueltamente a sus pies.

—Soy yo, señor, quien lo ha hecho todo, y el señor ya sabe cuánto le quiero —dijo bañada en llanto—. Por culpa de la venganza, que me hervía en la sangre, es por lo que ha ocurrido todo este desdichado asunto. ¡Perderemos *nuestros vitalicios!*... Señor Pons, yo estaba loca y no quisiera que mis compañeros sufriesen las consecuencias de mi locura... Ahora ya veo que la suerte no quiere que sea, del señor. He escuchado la voz de la razón y he comprendido que he sido demasiado ambiciosa, pero os sigo queriendo, señor Pons. Durante diez años no he pensado más que en haceros feliz y en venir a cuidar de vuestra casa. ¡Qué hermoso destino!... ¡Oh, si el señor supiese cuánto le quiero! Pero el señor debe haberse dado cuenta de todas mis maldades. Si yo muriese mañana mismo, ¿sabéis lo que encontrarían?... Un testamento hecho a vuestro favor... Sí, señor, en mi maleta y bajo mis alhajas...

Al tocar aquella cuerda, Magdalena inspiró al viejo solterón los goces que siempre causará al amor propio una pasión provocada, aunque resulte repelente. Después de perdonar noblemente a Magdalena, otorgó también su perdón a los demás, diciendo que hablaría con su prima, la presidenta, para conseguir que todos se quedasen en la casa. Con un placer inefable, Pons se vio restablecido en todos sus goces habituales, sin haber tenido que rebajarse, los otros fueron en busca suya, lo cual redundaría en beneficio de la dignidad de su carácter, pero al explicar este

triunfo a su amigo Schmucke, tuvo el dolor de verle triste y lleno de disimuladas dudas. Con todo, ante el cambio súbito que se registró en la fisonomía de Pons, el buen alemán acabó por alegrarse, inmolando la felicidad que había saboreado poseyendo íntegramente durante cerca de cuatro meses a su amigo. Las enfermedades morales tienen una ventaja inmensa sobre las enfermedades físicas, pues sanan instantáneamente al cumplirse el deseo que las causa, del mismo modo que nacen por la privación del mismo: Pons, aquella mañana, ya era otro hombre. El viejo triste y macilento cedió el paso a un Pons satisfecho, al Pons que regaló a la presidenta el abanico de la marquesa de Pompadour. Pero Schmucke se sumió en profundas meditaciones sobre aquel fenómeno, sin comprenderlo, pues el verdadero estoicismo nunca será capaz de comprender el servilismo francés, Pons era un verdadero francés del Imperio, en quien la galantería del siglo pasado se unía al culto de la mujer, tan celebrado en las romanzas de *Partiendo hacia Siria*, etc. Schmucke enterró aquella pena en su corazón bajo las flores de su filosofía alemana; pero al cabo de ocho días, su tinte se hizo amarillento y la señora Cibot tuvo que apelar a diversos artificios para introducir al *médico del barrio* en las habitaciones de Schmucke. ¡El galeno padecía *ictericia*, y dejó fulminada a la señora Cibot con esta sabia palabreja, cuyo nombre vulgar es *aliacán*!

Quizá por primera vez, los dos amigos iban a cenar juntos fuera de casa, mas para Schmucke, aquello era como hacer una excursión a Alemania. En efecto, Johann Graff, el *maître* del hotel del Rhin y su hija Emilia, Wolfgang Graff, el sastre, y su mujer, Fritz Brunner y Wilhelm Schwab eran alemanes. Pons y el notario eran los únicos franceses admitidos al banquete. Los sastres, que poseían una magnífica mansión emplazada en la calle de Richelieu, entre la calle Neuve-des-Petits-Champs y la de Villedo, habían criado a su sobrina, cuyo padre poseía el barniz social que proporciona el roce con las diversas clases de personas que frecuentan un hotel. Aquellos dignos sastres, que querían a la joven como si hubiese sido su hija, cedían la planta baja a los recién casados. Allí debía establecerse la casa de Banca Brunner, Schwab y Cía. Como aquellas disposiciones databan de un mes antes, tiempo solicitado para entrar en posesión de la herencia devuelta a Brunner, autor de toda aquella felicidad, la morada de los futuros esposos había sido lujosamente renovada y amueblada por el famoso sastre. Las oficinas del Banco estaban instaladas en el ala que reunía una magnífica mansión de renta que daba a la calle, con el antiguo hotel, situada entre patio y jardín.

Mientras iban de la calle de Normandie a la de Richelieu, Pons obtuvo del distraído Schmucke los detalles de aquella nueva parábola del hijo pródigo, a quien la muerte hizo el flaco servicio de matar al gordo hotelero. Pons, recién reconciliado con sus parientes más próximos, experimentó el inmediato deseo de casar a Fritz Brunner con Cecilia de Marville. Quiso el azar que el notario de los hermanos Graff fuese precisamente el yerno y sucesor de Cardot, antiguo primer pasante del bufete, a casa del cual iba Pons a cenar frecuentemente.

—¡Ah, sois vos, señor Berthier! —dijo el viejo músico tendiendo la mano a su antiguo anfitrión.

—¿Y por qué habéis dejado de concedernos el placer de venir a comer con nosotros? —le preguntó el notario—. Mi mujer está preocupada por vos. Os vimos la noche del estreno de *La Novia del Diablo*, y nuestra inquietud se ha convertido en curiosidad.

—Los viejos somos susceptibles —repuso el músico—, cometemos la equivocación de vivir en el siglo pasado; pero ¿qué se le va a hacer?... Ya basta con pertenecer a uno; no se pueden ser del que los ve morir.

—¡Ah! —dijo el notario, haciendo un guiño—. No se puede correrla en dos siglos a la vez.

—Escuchad —preguntó el viejo, llevándose al joven notario a un rincón—. ¿Por qué no casáis a mi prima Cecilia de Marville?...

—¡Ah!, ¿por qué? —respondió el notario—. En este siglo, en que el lujo ha penetrado hasta en las porterías, los jóvenes se lo piensan dos veces antes de unir su suerte a la de la hija de un presidente del Tribunal Real de París, cuando sólo le dan cien mil francos de dote. Todavía no conozco una mujer que cueste a su marido menos de tres mil francos anuales, en la esfera social a que pertenecerá el esposo de la señorita de Marville. Los intereses de semejante dote, apenas bastarían para proporcionar alfileres a la futura esposa. Un joven con quince a veinte mil francos de renta vive en un bonito entresuelo, el mundo no le exige que haga ruido, puede pasar con un solo criado, destina todos sus ingresos a sus placeres y el único decoro que tiene que mantener depende de su sastre. Mimado por todas las madres previsoras, es uno de los reyes del mundo elegante de París. En cambio, una esposa exige una casa amueblada y se queda el coche para ella; si va al teatro, quiere un palco, a pesar de que el joven soltero se las arregla con una butaca; por último, se convierte en la representación de la fortuna que el joven soltero representaba antes por sí solo. Supongamos que entre ambos esposos tienen treinta mil francos de renta: en el mundo actual, el joven rico se convierte en un pobre diablo que tiene que mirar el precio de una carrera a Chantilly. Y si vienen hijos... el matrimonio empieza a pasar apuros. Como los señores de Marville apenas acaban de cumplir cincuenta años, las *esperanzas* tienen un plazo de quince o veinte años; ningún joven se resigna a guardarlas tanto tiempo en cartera, y el cálculo gangrena hasta tal punto el corazón de los atolondrados que bailan la polka en casa de Mabile con las muchachas de vida alegre, que todos los jóvenes casaderos estudian las dos caras de este problema, sin que tengan necesidad de nosotros para que se lo expliquemos. *Inter nos*, la señorita de Marville deja a sus *pretendientes* el corazón lo bastante tranquilo para que todos tengan la cabeza en su sitio, entregándose tranquilamente a estas reflexiones antimatrimoniales. Si algún joven, en pleno uso de sus facultades mentales y de veinte mil francos de renta, se traza *in petto* un programa de alianza para satisfacer unos pensamientos ambiciosos, la señorita de Marville responde muy poco a él...

—¿Por qué? —preguntó el músico, estupefacto.

—¡Ah! —respondió el notario—. Hoy en día casi todos esos jóvenes, aunque sean feos como vos y yo, mi querido Pons, tienen la impertinencia de exigir una dote de seiscientos mil francos, y unas jóvenes de las mejores casas, bellísimas, muy inteligentes, perfectamente educadas, sin tacha, en una palabra: perfectas.

—¿Quiere decir eso que a mi prima le será difícil casarse?

—Permanecerá soltera mientras sus padres no se decidan a darle Marville en dote, y, si lo hubiesen querido, ya sería la vizcondesa Popinot... Pero aquí viene el señor Brunner, vamos a leerle la escritura de constitución de la casa Brunner y el contrato matrimonial.

Una vez hechas las presentaciones y los cumplidos, Pons, a quien los padres instaron para que firmase el contrato, escuchó la lectura de los documentos y, alrededor de las cinco y media, todos pasaron al comedor. La cena fue uno de esos suntuosos ágapes como los que ofrecen los negociantes cuando hacen una tregua en sus negocios. Aquel banquete, por otra parte, demostraba las magníficas relaciones existentes entre Graff, el *maître* del hotel del Rhin, y los primeros proveedores de París. Ni Pons ni Schmucke se habían sentado jamás ante semejante festín. Ante ellos desfilaron platos *arrebataadores*... tallarines de una delicadeza inaudita, salmonetes fritos de una manera incomparable, un salmón de Ginebra con auténtica salsa ginebrina, y crema para budín de ciruelas que hubiera dejado asombrado al famoso doctor que la inventó en Londres, según se dice.

Se levantaron de la mesa a las diez de la noche. Las cantidades que se consumieron de vinos del Rhin y franceses sorprendería a los pisaverdes, pues aún no se sabe la cantidad de líquido que los alemanes pueden ingerir sin perder la calma ni la compostura. Hay que comer en Alemania para ver sucederse las botellas mías a otras, como las olas en una bella playa del Mediterráneo, desapareciendo como si los alemanes tuviesen el poder absorbente de la esponja o la arena; pero de una manera armoniosa, sin el barullo francés; el discurso permanece cuerdo como la improvisación de un usurero; las caras se arrebolan como las de las novias pintadas en los frescos de Cornélius o de Schnor, es decir, imperceptiblemente, y los recuerdos se difunden igual que el humo de las pipas, con lentitud.

Alrededor de las diez y media, Pons y Schmucke se encontraron en un banco del jardín, sentados a ambos lados del antiguo flauta, sin saber a ciencia cierta qué les había conducido a hablar de su carácter, sus opiniones y sus desventuras. En medio de aquel revoltijo de confidencias, Wilhelm les expuso su deseo de casar a Fritz, pero con una fuerza y una elocuencia vinosa.

—¿Qué decís de este programa para vuestro amigo Brunner? —vociferó Pons al oído de Wilhelm—. Una joven encantadora, juiciosa, de veinticuatro años, perteneciente a una familia distinguidísima; el padre ocupa una de las plazas más elevadas de la magistratura, tiene cien mil francos de dote y esperanzas de heredar un millón.

—¡Esperad! —respondió Schwab—. Voy a decírselo en seguida a Fritz.

Y los dos músicos vieron a Brunner y su amigo caminando por el jardín, pasando y volviendo a pasar ante sus ojos, escuchándose mutuamente. Pons, cuya cabeza estaba un poco pesada y que, sin estar completamente ebrio, tenía tanta ligereza en las ideas como pesadez en el envoltorio de las mismas, observó a Fritz Brunner a través de aquella nube diáfana causada por el vino, y creyó ver en su fisonomía cierta tendencia hacia la felicidad familiar. Schwab no tardó en presentar al señor Pons su amigo, su socio, que dio las más efusivas gracias al anciano por la molestia que se había tomado. Se inició una conversación en la que Schmucke y Pons, aquellos dos solteros empedernidos, exaltaron el matrimonio y se permitieron decir «que era el fin del hombre», sin poner malicia en este juego de palabras. Cuando sirvieron helados, té, ponche y dulces en la futura morada de los contrayentes, el júbilo alcanzó su apogeo entre aquellos estimables negociantes, casi todos achispados, al conocer que el comanditario del Banco iba a imitar a su socio.

Schmucke y Pons regresaron a su casa por los bulevares, a las dos de la madrugada, filosofando hasta perder la razón acerca del arreglo musical de las cosas en este bajo mundo.

Al día siguiente, Pons fue a casa de su prima la presidenta, dominado por la profunda alegría de devolver Man por mal. ¡Pobre y querida alma hermosa!... Ciertamente, alcanzó alturas sublimes y todo el mundo estará de acuerdo en ello, pues nos hallamos en un siglo en que se concede el premio Montyon a los que cumplen su deber siguiendo los preceptos del Evangelio.

—¡Ah, qué inmensas obligaciones contraerán con su parásito! —decía para su fuero interno, al doblar por la calle Choiseul.

Un hombre menos absorto que Pons en su contento, un hombre de mundo, un hombre desconfiado, en fin, hubiese observado a la presidenta y a su hija al volver a aquella casa; pero aquel pobre músico era un niño, un artista lleno de candor, que sólo creía en el bien moral, como creía en la belleza del arte; quedó encantado con los mimos que le hicieron Cecilia y la presidenta. Aquel viejo que desde hacía doce años veía representar ante sus ojos el vodevil, el drama y la comedia, no reconoció las muecas de la comedia social, que sin duda habían embotado su sensibilidad. Los que frecuentan la buena sociedad parisién y se han percatado de la sequedad de alma y cuerpo de la presidenta, mostrando tan sólo ardor ante los honores y rabia por mostrarse virtuosa, los que conocen su falsa devoción y la altivez de carácter de una mujer acostumbrada a mandar en su casa, podrán imaginarse el odio oculto que sentía hacia el primo de su marido, después del yerro que había cometido. Todas las demostraciones de la presidenta y su hija ocultaban un formidable deseo de venganza que, desde luego, tenía que esperar. Por primera vez en su vida, Amelia se había equivocado ante el marido que ella gobernaba, y, finalmente, debía mostrarse afectuosa con el culpable de su humillación... Lo único análogo a esta situación que conocemos, son ciertas hipocresías que duran años en ciertos sectores sociales.

A las tres, en el momento en que el presidente volvió del Palacio, Pons apenas había acabado de relatar los incidentes maravillosos que le llevaron a trabar conocimiento con Frédérick Brunner, y el banquete de la víspera, que terminó de madrugada, con todo cuanto concernía a dicho señor. Cecilia fue derecha al grano, preguntando cómo vestía Frédérick Brunner, qué talla y hechura tenía, cuál era el color de sus cabellos y de sus ojos, y, cuando conjeturó que Frédérick tenía aire distinguido, admiró la generosidad de su carácter.

—¡Dar quinientos mil francos a su compañero de infortunio! ¡Oh, mamá, tendré coche y palco en los Italianos!

Y Cecilia casi se puso bonita al pensar en la realización de todas las pretensiones que tenía su madre con ella y en el cumplimiento de las esperanzas que ya le hacían desesperar.

En cuanto a la presidenta, se limitó a decir:

—Querida *hijita*, dentro de quince días puedes estar casada.

¡Todas las madres llaman *hijita* a sus hijas de veintitrés años!

—Sin embargo —observó el presidente—, antes debemos tomar informes. No pienso dar la mano de mi hija al primero que llegue.

—En cuanto a los informes, quien hizo las escrituras fue Berthier —respondió el viejo artista—, ¡Y por lo que respecta al joven, mi querida prima, ya sabéis lo que os he dicho! Tiene más de cuarenta años, la mitad de la cabeza sin pelo y quiere encontrar en la familia un puerto que le abrigue de todas las tempestades. Yo no he tratado de disuadirle; en la naturaleza hay para todos los gustos...

—Razón de más para ver al señor Frédérick Brunner —replicó el presidente—. No quiero dar mi hija a un valetudinario.

—Bien, prima, juzgaréis de mi pretendiente dentro de cinco días, si lo deseáis. Según vuestras ideas, una entrevista será bastante...

Cecilia y la presidenta demostraron con un ademán que estaban encantadas.

—Frédérick, que es un aficionado muy distinguido, me ha rogado que le muestre con detalle mi pequeña colección —prosiguió el primo Pons—. Vos no habéis visto nunca mis cuadros, mis curiosidades: venid a verías —dijo a sus dos parientas—, os haré pasar por unas damas traídas por mi amigo Schmucke, y trabaréis conocimiento con el futuro sin que tengáis que comprometeros. Frédérick puede ignorar perfectamente vuestra identidad.

—¡Maravilloso! —exclamó el presidente.

Será fácil adivinar las atenciones de que fue objeto el parásito antes despreciado. El pobre hombre fue aquel día el primo de la presidenta, la dichosa madre, ahogando su odio en las oleadas de su júbilo, encontró miradas, sonrisas y palabras que dejaron extasiado al viejo, a causa del bien que hacía y del porvenir que vislumbraba, ¿No encontraría acaso en las casas Brunner, Schwab y Graff unos banquetes semejantes al de la firma del contrato? Entreveía una vida propia del país de Jauja y una firma maravillosa de *platos cubiertos*, de sorpresas gastronómicas, de vinos exquisitos.



—Si nuestro primo Pons nos consigue semejante partido, —dijo el presidente a su mujer cuando aquél se hubo marchado—, debemos constituirle una renta equivalente a sus honorarios como director de orquesta.

—Desde luego —afirmó la presidenta.

Cecilia quedó encargada, en el caso de que el joven le gustase, de hacer aceptar esta innoble munificencia al viejo músico.

Al día siguiente, el señor Camusot, deseoso de tener pruebas auténticas de la fortuna de Frédérick Brunner, fue a ver al notario. Berthier, avisado por la presidenta, había hecho venir a su nuevo cliente, el banquero Schwab, ex flautista. Deslumbrado ante semejante alianza para su amigo (pues sabido es hasta qué punto los alemanes respetan las distinciones sociales; en Alemania, una mujer es la señora Generala, la señora Consejera, la señora Abogada), Schwab se mostró voluble como un coleccionista que cree timar a un vendedor.

—Ante todo —dijo el padre de Cecilia a Schwab—, como yo daré por contrato mis tierras de Marville a mi hija, desearía casarla bajo el régimen dotal. El señor Brunner tendría entonces que poner un millón en tierras para aumentar Marville, constituyendo un inmueble dotal que pondría el futuro de mi hija y de su progenitora a salvo de los avatares bancarios.

Berthier se acarició el mentón, pensando:

«El señor presidente sabe por dónde va».

Schwab, después de haberse hecho explicar el alcance del régimen dotal, respondió de su amigo. Aquella cláusula convertía en realidad el deseo que había oído manifestar a Fritz de hallar una combinación que le impidiese volver a hundirse jamás en la miseria.

—En este momento hay en venta tierras de cultivo y de pastoreo por valor de un millón doscientos mil francos —añadió el presidente.

—Un millón en acciones del Banco será más que suficiente para garantizar la cuenta bancaria de nuestra casa —repuso Schwab—. Fritz no quiere poner más de dos millones en los negocios; hará lo que vos deseáis, señor presidente.

El presidente casi volvió locas de alegría a su mujer y a su hija al comunicarles estas noticias. Nunca hubo presa más rica que se mostrase tan complaciente ante las redes conyugales.

—Tú serás la señora Brunner de Marville —dijo el padre a la hija—, pues conseguiré que tu marido pueda unir este nombre al suyo, y, más tarde, tendrá carta de ciudadanía. ¡Si llego a ser par de Francia, él me sucederá!

La presidenta empleó cinco días en preparar a su hija. El día de la entrevista, vistió a Cecilia y la arregló con sus propias manos, con el mismo cuidado que el almirante de la *flota azul* puso en aparejar el yate de recreo de la reina de Inglaterra, cuando la soberana realizó su viaje a Alemania.

Por su parte, Pons y Schmucke limpiaron y desempolvieron el museo de Pons, el piso y los muebles, con la agilidad con que los marineros friegan la cubierta de la

nave almirante. No quedó ni una brizna de polvo en las obras de gran talla artística. Todos los cobres relucían. Los vidrios de los cuadros al pastel dejaban ver claramente las obras de Latour, de Greuze y de Liautard, el ilustre autor de *La Chocolatera*, esa pintura milagrosa, aunque por desgracia, tan efímera. El inimitable esmalte de los bronce florentinos producía reflejos tornasolados. Los vitrales coloreados resplandecían con sus finísimos colores. Todo brillaba en su forma y decía su frase al alma, en aquel concierto de obras maestras organizado por dos músicos a cuál más poeta.

Deseosas de evitar las dificultades de una entrada en escena, las hábiles damas fueron las primeras en llegar, pues querían estar en su terreno. Pons presentó su amigo Schmucke a sus parientas, a quienes les pareció un idiota. Preocupadas como estaban por un novio cuatro veces millonario, las dos ignorantes prestaron una atención mediocre a las demostraciones artísticas del viejo Pons. Contemplaban con mirada indiferente los esmaltes de Petitot distribuidos en el campo de terciopelo rojo de tres marcos maravillosos. Las flores de Van Huysum, de David de Heim, los insectos de Abraham Mignon, los Van Eyck, los Dureros, los auténticos Cranachs, el Giorgione, el Sebastián del Piombo, Backuysen, Hobbéma, Géricault, las rarezas de la pintura, nada les picaba la curiosidad, pues esperan el sol que debía iluminar aquellas riquezas; no obstante, se quedaron asombradas ante la belleza de algunas joyas etruscas y el valor real de las tabaqueras. Se extasiaban para complacer a Pons mientras sostenían en la mano unos bronce florentinos, cuando la señora Cibot anunció al señor Brunner. Las dos damas no se volvieron, aprovechando los servicios de un soberbio espejo de Venecia, encuadrado entre monstruosos trozos de ébano esculpidos, para examinar al fénix de los pretendientes.

Frédérick, prevenido por Wilhelm, reunió lo mejor que pudo los pocos cabellos que le restaban. Vestía unos bonitos pantalones de un matiz suave, aunque sombrío, un chaleco de seda de una elegancia suprema y de corte moderno, una camisa con puntillas hecha a mano por una frisona y una corbata azul de hilillos blancos. La cadena del reloj procedía de casa Florent y Chanor, lo mismo que el pomo del bastón. Por lo que respecta al traje, el propio tío Graff lo había cortado con paño de la mejor calidad. Unos guantes de Suecia delataban al hombre que ya habla devorado la fortuna de su madre. Se podía adivinar el pequeño cupé bajo, de dos caballos, del banquero, al ver sus botas charoladas, relucientes como un espejo, si el oído de las dos comadres no hubiese percibido ya el rumor de sus ruedas por la calle de Normandie.

Cuando el hombre que ha llevado una vida de disipación durante veinte años se funde en el crisol de un banquero, surge, a los cuarenta años, un observador tanto más fino cuanto que Brunner comprendió todo el partido que un alemán puede sacar de su ingenuidad. Aquella mañana se presentó con el aspecto soñador de un hombre que se encuentra entre la vida de familia que quiere seguir y la crápula de la vida de soltero que querría continuar. Esta fisonomía, en un alemán afrancesado, pareció a Cecilia el

colmo de lo novelesco. Vio a un Werther en el vástago de los Virlaz. ¿Cuál es la joven que no se permite novelear un poco en lo tocante a su noviazgo? Cecilia se consideró la más feliz de las mujeres cuando Brunner, al ver las magníficas obras coleccionadas a lo largo de cuarenta años de paciencia, se entusiasmó y las estimó por primera vez en lo que valían, con gran satisfacción de Pons.

«¡Es un poeta! —se dijo la señorita de Marville—. Ve aquí millones. Un poeta es un hombre que no cuenta, que deja a su mujer que le gobierne los capitales, un hombre fácil de llevar y que se mantiene ocupado con tonterías».

Cada cuadradito de las dos ventanas de la habitación del viejo, era una vidriera suiza coloreada, la menor de las cuales valía mil francos, y él poseía dieciséis de aquellas obras maestras, en cuya búsqueda se afanan todos los coleccionistas. En 1815, aquellos vitrales se vendían entre seis y diez francos. El precio de los sesenta cuadros que componían aquella divina colección, auténticas obras maestras, sin repintar lo más mínimo, verdaderas, únicamente podía saberse en el calor de una subasta. En torno a cada lienzo rutilaba un marco de inmenso valor, y los había de todos los estilos: el marco veneciano con sus grandes ornamentos parecidos a los de la actual vajilla inglesa; el marco romano tan notable por lo que los artistas llaman la *bambolla*; el español de atrevido follaje ornamental; los flamencos y alemanes con sus ingenuos personajes; el marco de concha embutido de estaño, cobre, nácar y marfil; el de ébano, el de boj y el de cobre, los marcos Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, y por último, una colección única de los más hermosos modelos. Pons, más dichoso que los conservadores de los tesoros de Dresden y Viena, poseía un marco del famoso Brustolone, el Miguel Angel de la talla en madera.

Naturalmente, la señorita de Marville pidió explicaciones a cada nueva curiosidad. Hizo que Brunner la iniciase en el conocimiento de aquellas maravillas. Se mostró tan candorosa en sus exclamaciones, pareció tan contenta porque Frédérick le explicase el valor y la belleza de una pintura, nada les picaba la curiosidad, pues esperaban el sol deshelo y su rostro pareció rejuvenecerse. En una palabra, por ambas partes fueron más lejos de lo que deseaban en aquel primer encuentro, que tenía que atribuirse a la casualidad.

La sesión duró tres horas. Brunner ofreció la mano a Cecilia al descender por la escalera, y mientras bajaba por los peldaños con una lentitud estudiada, aquella señorita, que seguía hablando de bellas artes, no pudo ocultar su asombro ante la admiración que mostraba su pretendiente por las fruslerías de su primo Pons.

—Así, pues, ¿creéis que todo lo que acabamos de ver vale mucho dinero?

—Yo sólo os digo, señorita, que si vuestro señor primo quisiera venderme su colección, le daría por ella esta misma noche ochocientos mil francos, y no haría un mal negocio. Únicamente los sesenta cuadros me proporcionarían ya una cantidad mayor vendidos en pública subasta.

—Lo creo porque lo decís vos —respondió ella—, y tiene que ser así, pues habéis estado muy ocupado examinándolos.

—¡Oh, señorita! —exclamó Brunner—. Por toda respuesta a este reproche, voy a pedir a vuestra señora madre que me permita presentarme en su casa, para tener la dicha de volver a veros.

«¡Qué lista es mi *hijita!*», pensó la presidenta, que seguía a su hija pisándole los talones.

—Con el mayor placer, caballero —respondió en voz alta—. Espero que vendréis, con nuestro primo Pons, a la hora de cenar: el señor presidente estará encantado de conoceros... Gracias, primo.

Apretó el brazo de Pons de una manera tan significativa, que la frase sacramental: «¡Qué quede entre nosotros para siempre!» no hubiera tenido tanta fuerza. Abrazó a Pons con la mirada que acompañó a aquel «gracias, primo».

Después de dejar a la joven en el coche, y cuando el *cupé* de alquiler desapareció por la calle Chariot, Brunner se puso a hablar de arte con Pons, que le hablaba de boda.

—Así, ¿no veis obstáculos? —dijo Pons.

—¡Ah! —replicó Brunner—. La pequeña es insignificante, la madre es un poco estirada... Ya veremos.

—Una hermosa fortuna en perspectiva —observó Pons—. Más de un millón...

—¡Hasta el lunes! —le interrumpió el millonario—. Si queréis vender vuestra colección de cuadros, os ofrezco de quinientos a seiscientos mil francos...

—¡Ah! —exclamó el bueno de Pons, que no sabía que fuese tan rico—. Pero yo no podría separarme de lo que hace mi felicidad... Únicamente permitiría que se vendiese mi colección después de mi muerte.

—Bien, ya veremos...

«He aquí dos negocios en marcha», se dijo el millonario, que sólo pensaba en la boda.

Brunner se despidió de Pons y desapareció en su magnífico coche. Pons vio cómo se alejaba el pequeño *cupé* sin prestar atención a Rémonencq, que fumaba en su pipa apoyado en el quicio de la puerta.

Aquella misma noche, la presidenta encontró a la familia Popinot en casa de su suegro, al que había ido a consultar. En su deseo de satisfacer una pequeña venganza, muy natural en un corazón de madre que no ha conseguido pescar a un hijo de familia, la señora de Marville dijo que Cecilia hacía una boda soberbia.

—¿Pues con quién se casa Cecilia? —fue la pregunta que corrió de boca en boca.

Y entonces, sin que creyese revelar su secreto, la presidenta dijo tantas medias palabras, hizo tantas confidencias al oído, confirmadas por otra parte por la señora Berthier, que he aquí lo que se decía al día siguiente en el Empíreo burgués, por el que Pons realizaba sus evoluciones gastronómicas:

Cecilia de Marville se casa con un joven alemán que se hace banquero por humanidad, pues posee una fortuna de cuatro millones; es un héroe de novela, un

verdadero Werther, encantador, de buen corazón, que ha hecho sus locuras pero que se ha enamorado de Cecilia hasta perder la cabeza por ella; ha sido un flechazo, y tanto más seguro cuanto que Cecilia tenía por rivales a todas las madonas pintadas de Pons, etcétera.

Al cabo de dos días, algunas personas fueron a cumplimentar a la presidenta, únicamente para saber que aquella perla existía, y la presidenta hizo esas admirables variaciones, que las madres podrán consultar, como antaño se consultaba el *Perfecto Secretario*.

—Una boda no está hecha —dijo a la señora Chiffreville—, hasta que no se ha pasado por la alcaldía y por la iglesia, y aún no hemos salido del período de las entrevistas; cuento con vuestra amistad para que no habléis de nuestras esperanzas...

—Sois muy afortunada, señora presidenta; hoy es muy difícil concertar una boda.

—¡Qué le vamos a hacer! Ha sido pura casualidad; pero muchas uniones se realizan así.

—¿Conque casáis a Cecilia, eh? —dijo la señora Cardot.

—Sí —respondió la presidenta, que advirtió el tono malicioso de la pregunta—. Si no lo hicimos antes es porque éramos muy exigentes. Pero esta vez lo encontramos todo: fortuna, amabilidad, buen carácter y un joven apuesto. Aunque, desde luego, mi querida hijita se merece esto y mucho más. El señor Brunner es un joven encantador, lleno de distinción; le gusta el lujo, conoce la vida, está loco por Cecilia y la ama sinceramente; y, a pesar de sus tres o cuatro millones, ella lo acepta... No teníamos pretensiones tan elevadas, pero... lo cortés no quita lo valiente... No es tanto la fortuna como el afecto inspirado por mi hija lo que nos ha decidido —dijo la presidenta a la señora Lebas—. El señor Brunner tiene tanta prisa, que quiere que la boda se celebre dentro del plazo mínimo que prescribe la ley.

—¿Es un extranjero?...

—Sí, señora, pero sabed que soy muy feliz. No, no es un yerno, sino un hijo lo que tendré. Brunner es de una delicadeza realmente seductora. No os podéis imaginar el interés que ha tenido en casarse de acuerdo con el régimen, dotal... Esto es una gran seguridad para las familias. Adquiere un millón doscientos mil francos de pastos que un día se uñirán a Marville.

Al día siguiente, nuevas variaciones sobre el mismo tema... Así, resultaba que Brunner era un gran señor, que todo lo hacía como un gran señor; jamás hacía cuentas; y, si el señor de Marville podía naturalizarle francés (el Ministerio le debía este pequeño favor), el futuro yerno podía llegar a ser par de Francia. No se conocía la fortuna de Brunner, que tenía *los más hermosos troncos de caballos y el séquito más lujoso de París*, etcétera.

El placer que experimentaban los Camusot pregonando sus esperanzas, decía bien a las claras cuán inesperado era aquel triunfo.

Poco después de la entrevista celebrada en casa del primo Pons, el señor Marville,

a instancias de su esposa, invitó al ministro de Justicia, a su primer presidente y al fiscal del rey a cenar en su casa el día de la presentación del fénix de los yernos. Los tres grandes personajes aceptaron, aunque la invitación se hizo a breve plazo; todos comprendieron el papel que les hacía representar el padre de familia, y le prestaron su ayuda de buen grado. En Francia es corriente ayudar de buena gana a las madres de familia que pescan un yerno rico. El conde y la condesa Popinot se presentaron igualmente a completar el lujo de aquella velada, aunque la invitación les pareció de mal gusto. Hubo en total once personas. El abuelo de Cecilia, el viejo Camusot, y su mujer no podían faltar a aquella reunión, destinada a comprometer definitivamente al señor Brunner a causa de la posición de los invitados, ante quienes le presentaban, ya lo hemos visto, como uno de los más ricos capitalistas de Alemania, hombre de buen gusto (porque amaba a la *hijita*), y futuro rival de los Nucingen, los Keller, los du Tillet, etcétera.

—Hoy es nuestro día —dijo con una sencillez más que estudiada la presidenta al que ya consideraba como su yerno, nombrándole a los invitados—. Sólo tenemos a los íntimos. En primer lugar, el padre de mi marido que, como sabéis, pronto será par de Francia; después el señor conde y la señora condesa Popinot, cuyo hijo no se considera lo bastante rico para aspirar a la mano de Cecilia, aunque eso no menoscaba en absoluto nuestra buena amistad; nuestro ministro de Justicia, nuestro primer presidente, nuestro fiscal del rey, en fin, nuestros amigos... Nos veremos obligados a cenar un poco tarde, debido a la Cámara, cuya sesión no termina nunca antes de las seis.

Brunner miró a Pons de manera significativa, y éste se frotó las manos como si quisiera decir:

—¡Éstos son nuestros amigos, mis amigos!...

La presidenta, como mujer hábil que era, tuvo que decir algo reservado a su primo, a fin de dejar a Cecilia un instante a solas con su Werther. Cecilia habló por los codos y se las arregló para que Frédérick viese un diccionario alemán, una gramática alemana y un Goethe que ella había ocultado.

—¡Ah! ¿Aprendéis el alemán? —dijo Brunner poniéndose colorado.

Las francesas se pintan solas para inventar esta clase de trampas.

—¡Oh —respondió ella—, no seáis malo!... No está bien, caballero, registrar así mis escondrijos. Hace dos años que estudio alemán para leer a Goethe en su lengua original —añadió.

—Por lo visto, la gramática os resulta muy difícil de entender, pues aún no habéis cortado diez hojas —observó ingenuamente Brunner.

Cecilia, confusa, volvió la cara para que él no viese su rubor. No hay alemán capaz de resistir a estas muestras de amistad; Brunner tomó a Cecilia por la mano, obligó a que la turbada joven volviese la cara hacia él y la miró como se miran los novios en las novelas de Auguste Lafontaine, de púdica memoria.

—¡Sois adorable! —dijo.

Cecilia hizo un mohín revoltoso que significaba: «¿Y vos, qué? ¿Quién podría dejar de quererlos?».

—¡Mamá, esto va viento en popa! —dijo al oído de su madre, que en aquel momento regresaba con Pons.

El aspecto de una familia durante semejante velada no puede describirse. Todos estaban contentos de ver a una madre que había echado el guante a un buen partido para su hija. Los reunidos felicitaban, por medio de frases de doble sentido o de doble contrasentido, a Brunner, que hacía como si todo aquello no fuese para él, a Cecilia, que consideraba que todo iba para ella, y al presidente, que iba en busca de cumplidos. Toda la sangre de Pons rezumbó en sus oídos, creyó ver todos los mecheros de gas de las candilejas de su teatro cuando Cecilia le dijo en voz baja, con los más ingeniosos circunloquios, que su padre tenía intención de ofrecerle una renta vitalicia de mil doscientos francos, mas el viejo artista la rechazó de plano, objetando que Brunner le había revelado el valor que tenía su fortuna artística.

El ministro, el primer presidente, el fiscal del rey, los Popinot y todas las personas ocupadas se fueron. Pronto no quedaron más que el viejo Camusot y Cardot, el antiguo notario, acompañado de su yerno Berthier. El bueno de Pons, al verse en familia, agradeció con torpes palabras al presidente y a la presidenta la proposición que Cecilia acababa de hacerle. Las personas de corazón son así, se dejan llevar por su primer impulso. Brunner, que vio en esta renta ofrecida de ese modo, como una prima, hizo un examen de conciencia israelita y adoptó una actitud que denotaba el ensimismamiento más que frío del calculador.

—Mi colección o su importe pertenecerá siempre a vuestra familia, tanto si llego a un acuerdo con nuestro amigo Brunner como si me la quedo —dijo Pons al comunicar a la sorprendida familia que poseía cosas de tan enorme valor.

Brunner observó el impulso que experimentaron todos aquellos ignorantes, en favor de un hombre que pasaba de un estado rayano en la indigencia al de dueño de una fortuna, como había observado ya la forma en que sus padres mimaban a Cecilia, ídolo de la casa, y se complació entonces excitando las sorpresas y las exclamaciones de aquellos dignos burgueses.

—Ya dije a la señorita que los cuadros del señor Pons vallan esa suma para mí; pero, a los precios que han adquirido las obras de arte únicas, nadie puede prever el valor que alcanzaría esa colección en una subasta pública. Sería fácil que los sesenta cuadros sumasen un millón; he visto muchos de cincuenta mil francos.

—Vale la pena ser vuestro heredero —dijo el viejo notario a Pons.

—Sabed que mi heredero es mi prima Cecilia —replicó el anciano músico, empeñándose en mantener su parentesco.

Hubo un movimiento de admiración por el anciano director de orquesta.

—Pues será una heredera riquísima —dijo Cardot riendo, antes de despedirse.

Así se quedaron juntos Camusot padre, el presidente, la presidenta, Cecilia, Brunner, Berthier y Pons, ya que era de presumir que iba a hacerse la petición oficial

de la mano de Cecilia. En efecto, cuando los citados estuvieron solos, Brunner empezó con una pregunta que parecía de buen augurio a los padres de la doncella.

—Según tengo entendido —dijo Brunner dirigiéndose a la presidenta—, la señorita es hija única...

—Cierto —respondió la interpelada con orgullo.

—Nadie os pondrá la menor dificultad —terció el bueno de Pons, a fin de decidir a Brunner a que formulase su petición de mano.

Brunner se mostró de pronto preocupado, y un fatal silencio produjo una extraña frialdad. Parecía como si la presidenta hubiese dicho que su *hijita* era epiléptica. El presidente, comprendiendo que su hija no debería estar presente, le hizo una seña, que Cecilia entendió. Levantándose, abandonó la sala. Brunner continuaba mudo. Todos se miraban. La situación se hacía embarazosa. El viejo Camusot, hombre de experiencia, se llevó al alemán a la habitación de la presidenta, so pretexto de mostrarle el abanico que Pons había encontrado, pues adivinaba que había surgido alguna dificultad y pidió con un gesto a su hijo, su nuera y a Pons que le dejaran a solas con el futuro yerno.

—¿Qué os parece esta obra maestra? —dijo el viejo comerciante en sedas mostrándole el abanico.

—Por lo menos vale cinco mil francos —repuso Brunner después de examinarlo.

—¿No habíais venido, caballero —dijo el futuro par de Francia—, a pedir la mano de mi nieta?

—Sí, señor —contestó Brunner—, y os ruego me creáis si os digo que ninguna alianza podría ser más lisonjera para mí. Nunca encontraré a una joven más agraciada, más amable y que me convenga más que la señorita Cecilia, pero...

—¡Ah, nada de peros! —dijo el viejo Camusot—. Veamos ahora mismo qué significan estos peros, mi querido señor...

—Caballero —prosiguió Brunner con gravedad—, me ale gro mucho de que no nos hayamos comprometido, pues la cualidad de hija única, tan preciosa para todo el mundo salvo para mí (circunstancia que yo ignoraba), podéis creerme, constituye un impedimento absoluto...

—Cómo, señor —dijo el viejo estupefacto—. ¿De una ventaja inmensa, hacéis un inconveniente? Vuestra conducta es verdaderamente extraordinaria y desearía conocer las razones.

—Caballero —respondió el alemán con flema—, esta noche vine aquí con la intención de pedir al señor presidente la mano de su hija. Deseaba que la suerte de la señorita Cecilia fuese de las más brillantes, ofreciéndole todo cuanto ella hubiese consentido en aceptar de mi fortuna, pero una hija única es una criatura a la que la indulgencia de sus padres acostumbra a hacer su santa voluntad y que nunca ha conocido quien la contrariase. Aquí sucede como en muchas familias, en las que he podido observar el culto que se rinde a esta especie de divinidades: no sólo vuestra nieta es el ídolo de la casa, sino que además la señora presidenta lleva aquí los... ¡ya



sabéis a lo que me refiero! Caballero, he visto la vida matrimonial de mi padre convertida en un infierno por esta causa. Mi madrastra, causante de todas mis desdichas, hija única, adorada, la más encantadora de las prometidas, se convirtió en un diablo encamado. Sin duda la señorita Cecilia será la excepción de la regla, pero yo ya no soy joven, tengo cuarenta años, y nuestra diferencia de edad nos acarrearía dificultades que no me permitirían hacer feliz a una joven acostumbrada a ver como la señora presidenta hace todo cuanto se le antoja, y a quien dicha señora escucha como un oráculo. ¿Con qué derecho podría exigir que la señorita Cecilia cambiase de ideas y de costumbres? En vez de un padre y una madre complacientes en sus menores caprichos, tropezará con el egoísmo de un cuarentón; si se resiste, el vencido será el cuarentón. Creo, pues, que lo más honrado es retirarme. Además, estoy dispuesto a sacrificarme totalmente, si es de todo punto necesario explicar por qué no he hecho más que una visita a esta casa...

—Si éstos son vuestros motivos, caballero —dijo el futuro par de Francia—, aunque bastante singulares, me parecen plausibles...

—Señor, no pongáis en duda mi sinceridad —le interrumpió vivamente Brunner—. Si conocéis a una joven pobre, que proceda de una familia cargada de hijos, pero con una buena educación y sin fortuna, como tantas hay en Francia, y con un carácter que me ofrezca garantías, me casaré con ella.

Durante el silencio que siguió a esta declaración, Frédérick Brunner dejó al abuelo de Cecilia, regresó para despedirse cortésmente del presidente y de la presidenta, y se retiró. Cecilia, cual vivo comentario a la salutación de su Werther, apareció pálida como una moribunda, pues lo había escudando todo, oculta en el armario ropero de su madre.

—¡Me ha rechazado! —dijo al oído de su madre.

—¿Y por qué? —preguntó la presidenta a su suegro, embarazado.

—Bajo el bonito pretexto de que las hijas únicas son niñas mimadas —respondió el viejo—. Y no anda del todo equivocado —agregó, aprovechando aquella ocasión de censurar a su nieta, que desde hacía veinte años le resultaba muy cargante.

—¡Esto costará la vida a mi hija! ¡Vos la habréis matado! —dijo la presidenta a Pons reteniendo a su hija, que encontró adecuado justificar estas palabras desplomándose en brazos de su madre.

Entre el presidente y su esposa llevaron a Cecilia a un sillón, donde acabó de desmayarse. El abuelo tocó la campanilla, llamando a los criados.

—¡Todo esto no es más que una trama urdida por este caballero! —dijo la madre, furiosa, señalando al pobre Pons.

El músico se irguió como si hubiese oído resonar las trompetas del Juicio Final.

—Este caballero —prosiguió la presidenta, cuyos ojos parecían dos fuentes verdes de bilis—, ha querido responder a una inocente broma con una injuria. ¿A quién podremos hacer creer que ese alemán está en su sano juicio? O es cómplice de una desalmada venganza, o está enajenado. Espero, señor Pons, que en lo sucesivo

nos evitaréis el disgusto de veros en una casa que habéis tratado de cubrir de vergüenza y oprobio.

Pons, inmóvil como una estatua, tenía la vista fija en un rosetón de la alfombra y hacía girar los pulgares.

—¡Vamos! ¿Todavía estáis aquí, monstruo de ingratitud? —exclamó la presidenta volviéndose—. ¡No estaremos nunca en casa ni el señor ni yo, si ese caballero se presenta! —dijo a los criados señalándoles a Pons—. ¡Id a buscar al médico, Juan! ¡Y vos, Magdalena, traed el agua de cuerno de ciervo!

Para la presidenta, las razones alegadas por Brunner no eran más que el pretexto bajo el que se ocultaban otras razones ignoradas, mas no por ello era menos cierta la ruptura del compromiso matrimonial. Con esa rapidez de pensamiento que distingue a las mujeres en las grandes circunstancias, la señora de Marville encontró la única manera de reparar aquel fiasco alegando que era una venganza premeditada de Pons. Aquella idea, infernal en lo concerniente a Pons, dejaba a salvo el honor de la familia. Fiel a su odio contra aquel pobre hombre, convirtió una simple sospecha femenina en una verdad. En general, las mujeres tienen una fe particular, una moral propia, y creen en la realidad de todo cuanto sirve a sus intereses y a sus pasiones. La presidenta aún fue más lejos, pues inculcó durante toda la velada su propia creencia al presidente, y el magistrado quedó persuadido de la culpabilidad de su primo. Todo el mundo encontrará horrible la conducta de la presidenta, pero, en semejantes circunstancias, todas las madres imitarían a la señora Camusot, pues preferirían sacrificar el honor de un extraño antes que el de su hija. Podrán cambiar los medios, pero la finalidad será la misma.

El músico descendió con rapidez la escalera, pero su paso se hizo lento de los bulevares al teatro, donde entró instintivamente; se situó ante el atril maquinalmente y de igual forma dirigió la orquesta. Durante los entreactos respondió con tal vaguedad a Schmucke, que éste disimuló sus inquietudes y pensó que Pons se había vuelto loco. En una naturaleza tan infantil como la de Pons, la escena que acababa de tener lugar adquiriría las proporciones de una catástrofe... Despertar un odio implacable allí donde había querido aportar la dicha, trastornaba completamente toda su existencia. Por último, reconoció en los ojos, los gestos y la voz de la presidenta una enemistad mortal.

Al día siguiente, la señora Camusot de Marville adoptó una gran decisión, exigida por las circunstancias y sometida a la aprobación presidencial. Resolvieron dar en dote a Cecilia las tierras de Marville, la mansión de la calle de Hanovre y cien mil francos. Aquella misma mañana, la presidenta fue a ver a la condesa Popinot, comprendiendo que había que responder a semejante fracaso con una boda inmediata. Refirió la venganza espantosa y el ruin engaño tramados por Pons. Todo pareció verosímil cuando se supo que el pretexto de aquella ruptura era la condición de hija única. Por último, la presidenta sacó a relucir con mafia la ventaja de llamarse Popinot de Marville, y la enormidad de la dote. Al precio que tienen los bienes en

Normandía, aquel inmueble, al dos por ciento, representaba alrededor de novecientos mil francos, y se calculaba que la mansión de la calle de Hanovre valía doscientos cincuenta mil francos. Ninguna familia razonable podía rehusar semejante alianza, así es que el conde Popinot y su esposa la aceptaron y después, como personas interesadas por el honor de la familia en la que iban a entrar, prometieron su concurso para explicar la catástrofe acaecida la víspera.

Sepa el lector, pues, que en la misma casa del anciano Camusot, abuelo de Cecilia, ante las mismas personas reunidas en aquel lugar unos días antes y a las que la presidenta había cantado sus letanías-Brunner, aquella misma presidenta, a quien todos temían hablar, salió valientemente al encuentro de las explicaciones.

—Verdaderamente, hoy en día —dijo—, todas las precauciones son pocas cuando se trata de matrimonio, y sobre todo cuando se trata de extranjeros.

—¿Y por qué, señora?

—¿Qué os ha sucedido? —preguntó la señora de Chiffreville.

—¿No conocéis nuestra aventura con ese Brunner, que tenía la audacia de aspirar a la mano de Cecilia?... Es el hijo de un tabernero alemán, y sobrino de un vendedor de pieles de conejo.

—¿Es posible? ¡Vos, tan sagaz!... —dijo una dama.

—¡Son tan listos esos aventureros! Pero lo hemos sabido todo por Berthier. ¡Ese alemán tiene por amigo a un pobre diablo que toca la flauta! Sostiene relaciones con un hombre que regenta un fonducho en la calle del Mail, con unos sastres... Hemos sabido que llevó una vida de lo más licenciosa, y que ninguna fortuna sería bastante para un sinvergüenza que ya ha devorado la de su madre...

—¡Qué desgraciada hubiera sido vuestra hija! —comentó la señora Berthier.

—¿Y cómo os fue presentado? —preguntó la vieja señora Lebas.

—Ha sido una venganza de Pons, que nos presentó a ese caballereite sin más finalidad que provocar nuestro ridículo... El tan Brunner, nombre que quiere decir *Fuente* (trataban de hacerle pasar por un gran señor), es de una salud precaria, calvo y con la dentadura estropeada; me bastó con verlo una vez para no fiarme.

—Pero ¿y esa gran fortuna de que me hablabais? —preguntó tímidamente una joven.

—La fortuna no es tan considerable como se dice. Los sastres, el *maître* de hotel y él, han exprimido sus bolsas para fundar un Banco... Pero hoy en día, ¿qué es un Banco, en sus comienzos? El medio más seguro de arruinarse. Una mujer que se acueste millonaria puede levantarse teniendo por todo capital lo que lleva puesto. A la primera palabra, a la primera entrevista, nos formamos nuestra propia opinión sobre ese sujeto, que desconoce nuestras costumbres. Basta ver sus guantes y su chaleco para comprender que es un obrero, el hijo de un figonero alemán, sin nobleza en los sentimientos, un bebedor de cerveza y que fuma... ¡ah, señora!... veinticinco pipas diarias. ¿Cuál hubiera sido la suerte de mi pobre Lili? Aún tiemblo al pensarlo. ¡Dios nos ha salvado! Además, Cecilia no quería a ese caballero... ¿Cómo podíamos

esperar semejante burla de un pariente, de un concurrente habitual de nuestra casa, que cena con nosotros dos veces por semana desde hace veinte años? ¡De un hombre que hemos cubierto de beneficios, y que representaba tan bien la comedia que nombró a Cecilia su heredera en presencia del Ministro de Justicia, del fiscal del rey y del primer presidente!... ¡El tal Brunner y el señor Pons se entendían a las mil maravillas para atribuirse millones mutuamente!... No, os lo aseguro, todas vosotras, señoras, hubierais caído en la trampa tendida por ese solapado artista...

En pocas semanas, las familias reunidas de los Popinot, los Camusot y sus acólitos alcanzaron un triunfo fácil en sociedad, ya que nadie salió en defensa del miserable Pons, del parásito, del hombre solapado, del avaro, del falso viejo bondadoso sepultado bajo el desdén, considerado como una víbora criada en el seno de las familias, como un hombre de una perversidad inaudita, un saltimbanqui peligroso al que era preciso olvidar.

Un mes después de la negativa del falso Werther, el pobre Pons abandonó por primera vez la cama, donde permaneció postrado, preso de fiebre nerviosa, y salió a pasear al sol por los bulevares, apoyado en el brazo de Schmucke. En el bulevar del Temple, ya nadie se reía de los dos cascanueces, ante el aspecto aniquilado de uno y la conmovedora solicitud con que el otro atendía a su amigo convaleciente. Llegados al bulevar Poissonnière, Pons mostró mejor semblante al respirar aquella atmósfera de los bulevares, cuyo aire tiene tanto vigor, pues allí donde abunda la muchedumbre, el aire puro es tan vital, que en Roma se ha observado la ausencia de *mala aria* en la infecta judería donde pululan los hijos de Israel. Quizá fuese también la vista de lo que antes contemplaba con agrado todos los días, el gran espectáculo de París, lo que produjese aquel efecto en el enfermo. Al llegar frente al teatro de las Variedades, Pons soltó a Schmucke, ya que ambos iban juntos, pero el convaleciente dejaba de vez en cuando a su amigo para ir a examinar las novedades recién expuestas en las tiendas. Así se encontró de manos a boca con el conde Popinot, al que abordó de la manera más respetuosa, toda vez que el ex ministro era una de las personas a quien Pons más veneraba y estimaba.

—¡Ah, señor mío! —respondió severamente el par de Francia—. No comprendo cómo tenéis el poco tacto de saludar a una persona aliada con la familia que habéis intentado cubrir de vergüenza y ridículo mediante una venganza que sólo la imaginación de un artista sabría inventar. Sabed, caballero, que a partir de hoy debemos considerarnos completamente extraños el uno para el otro. La señora condesa Popinot comparte la indignación que vuestra conducta en casa de los Marville ha inspirado a toda la sociedad.

El antiguo ministro continuó su paseo, dejando a Pons fulminado. Ni las pasiones, ni la justicia, ni la política, como tampoco las grandes potencias sociales, consultan jamás el estado del ser sobre el que cae su ira. El gran estadista, deseoso de aplastar a Pons en aras de la familia, no se apercibió de la debilidad física de aquel temeroso enemigo.

—¿Qué tienes, mi pobgue amigo? —exclamó Schmucke, poniéndose tan pálido como Pons.

—Acabo de recibir una nueva puñalada en el corazón —respondió el viejo, apoyándose en el brazo de Schmucke—. Creo que sólo el buen Dios tiene derecho a hacer el bien... por eso todos los que quieren imitarle resultan tan cruelmente castigados.

Este sarcasmo de artista fue un supremo esfuerzo por parte de aquella excelente criatura, que pretendía disipar el espanto pintado en la cara de su amigo.

—*Lo cagueo* —se limitó a responder Schmucke.

Aquello resultó inexplicable para Pons, y más aún teniendo en cuenta que ni los Camusot ni los Popinot le enviaron participación de casamiento para comunicarle la próxima boda de Cecilia. En el bulevar de los Italianos, Pons vio acercarse a Cardot; pero, escarmentado por la reprimenda que le dirigió el par de Francia, se guardó muy bien de detener a aquel personaje, en cuya casa, el año anterior, iba a cenar una vez cada quince días. Se contentó con saludarle, pero el alcalde y diputado de París, miró a Pons con aire indignado, sin devolverle el saludo.

—Ve a preguntarle qué tienen contra mí —dijo el pobre hombre a Schmucke, que conocía en todos sus detalles la catástrofe sobrevenida a Pons.

—*Caballego* —dijo con finura Schmucke a Cardot—, *mi amigo Bons acaba de salig de una enfegmedad; sin duda no le habéis geconocido...*

—Le he reconocido perfectamente.

—*Pego, ¿qué tenéis que guepgochagle?*

—Vuestro amigo es un monstruo de ingratitud, un hombre que, si aún vive, es porque, como dice el proverbio, mala hierba nunca muere. El mundo tiene mucha razón al desconfiar de los artistas... son pillos y malvados como monos. Vuestro amigo trató de deshonorar a su propia familia, de echar a perder la reputación de una joven, para vengarse de una broma inocente; yo no puedo tener la menor relación con él; trataré de olvidar que le he conocido y que existe. Estos sentimientos, señor, los comparten todas las personas de mi familia, de la suya y las familias que hacían al señor Pons el honor de recibirle...

—*Pego, señog, fos sois un hombge gazonable, y, si lo pegmitís, yo os esplicagué el asunto...*

—Seguid siendo amigo suyo, si así os place, caballero, eso es cuenta vuestra —replicó Cardot—, pero no continuéis defendiéndole, pues creo mi deber advertiros que extenderé mi reprobación a los que intenten defenderle o excusarle.

—*¿Y gustificagle?*

—Sí, pues su conducta es tan injustificable como incalificable.

Después de estas palabras, el diputado por el Sena continuó su camino sin querer oír ni una sílaba más.

—Ya tengo a los dos poderes del Estado contra mí —dijo sonriendo el pobre Pons, cuando Schmucke terminó de repetirle aquellas salvajes imprecaciones.

—*Todo está contga nosotgos* —replicó dolorosamente Schmucke—. *Vámonos, paga no encontgag otgos como éstos. ¡Qué pestias!*

Era la primera vez en su vida, verdaderamente ovina, que Schmucke profería semejantes palabras. Su mansedumbre casi divina nunca se había visto turbada y hubiera acogido con una ingenua sonrisa todas las calamidades que hubiesen caído sobre él, pero... ¡ver maltratar a su sublime Pons, a aquel Aristides desconocido, a un genio resignado, aquel alma sin hiel, un tesoro de bondad: oro puro!... ¡Experimentaba la indignación de Alcestes, y llamaba *pestias* a los anfitriones de Pons! En aquella apacible naturaleza, este impulso representaba tanto como los furiosos de Rolando. Con una sabia previsión, Schmucke condujo a Pons hacia el bulevar del Temple, el buen hombre se dejó llevar, pues el enfermo se hallaba en el estado de esos pugilistas que ya no se dan cuenta de los golpes que reciben. El azar quiso que nada faltase en este mundo en su arremetida contra el pobre músico. El alud que cayó sobre él debía contenerlo todo: ¡la Cámara de los pares y la de los diputados, la familia, los extraños, los fuertes, los débiles y hasta los inocentes!

En el bulevar Poissonnière, de regreso a su casa, Pons vio venir a la hija del señor Cardot, una joven que había sufrido bastantes desdichas para mostrarse indulgente. Culpable de una falta mantenida en secreto, se convirtió en la esclava de su marido. De todas las amas de casa donde iba a cenar, la señora Berthier era la única a quien Pons llamaba por su nombre de pila: «Felicia», convencido a veces de que le comprendía. Aquella dulce criatura pareció contrariada al encontrarse con el primo Pons, pues a pesar de la ausencia de todo parentesco con la familia de la segunda mujer de su primo, el viejo Camusot, allí le llamaban primo; pero al no poder evitarlo, Felicia Berthier se detuvo ante aquel hombre más muerto que vivo.

—Primo, no os consideraba malo, pero si es cierto, aunque solamente sea una cuarta parte, lo que oigo decir de vos, sois un hombre bien falso... ¡Oh, no tratéis de justificaros! —añadió vivamente al ver que Pons hacía un gesto—. Sería inútil, por dos razones: primera, porque yo no tengo el derecho de acusar, de juzgar ni de condenar a nadie, pues sé por propia experiencia que los que parecen más culpables siempre encuentran excusas; y segundo, porque vuestras razones de nada servirían. El señor Berthier, que ha redactado el contrato de la señorita de Marville y el vizconde Popinot, está tan irritado con vos, que si supiese que os he dirigido una sola palabra o que os he hablado por última vez, me reprendería. Todo el mundo está contra vos.

—¡Demasiado bien lo veo, señora! —respondió el pobre músico con voz conmovida, despidiéndose respetuosamente de la mujer del notario.

Y reanudó con paso vacilante el camino de la calle de Normandie, apoyándose en el brazo de Schmucke con un peso que reveló al viejo alemán un desfallecimiento físico valerosamente combatido. Aquel tercer encuentro fue como el veredicto pronunciado por el cordero que reposa a los pies de Dios; la cólera de aquel ángel de los pobres, el símbolo de los pueblos, es la última palabra del cielo. Los dos amigos llegaron a su casa sin haber pronunciado una palabra. En determinadas circunstancias

de la vida, basta con sentir al amigo cerca. El consuelo hablado encona la herida y revela su profundidad. Como vemos, el viejo pianista poseía el genio de la amistad, la delicadeza de los que, habiendo sufrido mucho, están acostumbrados a soportar situaciones desgraciadas.

Aquel paseo había de ser el último del pobre Pons. El hombre delicado padeció una cadena ininterrumpida de enfermedades. De un temperamento sanguíneo bilioso, la bilis pasó a la sangre y fue presa de una violenta hepatitis. Aquellas dos enfermedades sucesivas fueron las únicas de su vida, y, por lo tanto, no conocía a ningún médico. Por este motivo, llevada por un impulso excelente, incluso maternal, la sensible y abnegada Cibot llamó al médico del barrio. En París, y en cada barrio, existe un médico cuyo nombre y señas solamente conocen las personas de la clase inferior, los pequeños burgueses, las porteras, y por lo tanto recibe el nombre de médico del barrio. Dicho médico, que asiste a las parturientas y hace sangrías, es en medicina lo que en los *Anuncios por palabras* suele ser el *criado para todo*. Obligado a ser bueno con los pobres y bastante experto a causa de su larga práctica, suele gozar de las simpatías generales. El doctor Poulain, llevado a visitar al enfermo por la señora Cibot y reconocido por Schmucke, escuchó sin prestarles mucha atención las quejas del viejo músico, que durante toda la noche se había rascado la piel, completamente insensible a la sazón. El estado de los ojos, ribeteados de amarillo, concordaba con aquel síntoma.

—¿Habéis tenido algún violento disgusto hace dos días? —preguntó el médico a su paciente.

—¡Sí, por desgracia! —respondió Pons.

—Tenéis la enfermedad que el señor estuvo a punto de contraer —dijo indicando a Schmucke—, la ictericia; pero no será nada —añadió el doctor Poulain escribiendo una receta.

A pesar de estas últimas palabras tan consoladoras, el galeno dirigió al enfermo una de esas miradas hipocráticas en la que la sentencia de muerte, si bien oculta bajo la conmiseración de rigor, siempre es adivinada por unos ojos interesados en conocer la verdad. Así, la señora Cibot, que dirigió a los ojos del doctor una mirada de espía, no se dejó engañar por el acento de la frase médica ni por la fisonomía disimulada del doctor Poulain, y le siguió a la salida.

—¿Creéis que no será nada? —preguntó la señora Cibot al médico en el rellano de la escalera.

—Mi querida señora Cibot, ese caballero es hombre muerto, no a causa de la invasión de la bilis en su sangre, sino a consecuencia de su debilidad moral. No obstante, a fuerza de cuidados, vuestro enfermo aún puede salir de ésta; habría que sacarle de aquí, hacer que viajase...

—¿Y con qué? —volvió a preguntar la portera—. Como única cosa para vivir tiene su empleo, y su amigo vive gracias a algunas pequeñas rentas que le pasan unas grandes damas a las que hizo algunos favores, si hay que creerle, unas damas muy

caritativas. Yo cuido a esos dos niños grandes desde hace nueve años.

—Constantemente veo morir enfermos no de sus enfermedades, sino de este achaque enorme e incurable que se llama falta de dinero. ¡En cuantas buhardillas me veo obligado a dejar cien sueldos en la chimena, en vez de cobrar la visita!...

—¡Pobre señor Poulain! ¡Qué bueno sois! —exclamó la señora Cibot—. ¡Ah, si tuvieseis las cien mil libras de renta que poseen algunos tacaños del barrio, que son verdaderos demonios salidos del infierno, seríais el representante del buen Dios en la tierra!

El médico, que había llegado a hacerse una pequeña clientela, insuficiente para satisfacer sus necesidades, merced a la estima de los señores porteros de su distrito, alzó los ojos al cielo y dio las gracias a la señora Cibot con una mueca digna de Tartufo.

—¿Así, mi querido señor Poulain, decís que a fuerza de cuidados, nuestro querido enfermo podrá salvarse?

—Sí, siempre que el disgusto que ha sufrido no le haya causado efectos demasiado graves en la moral.

—¡Pobre hombre! ¿Qué puede haberle disgustado? ¡Es una buena persona a la que sólo es posible comparar en este mundo con su amigo, el señor Schmucke!... ¡Voy a saber qué le ha pasado! ¡Y aviados estarán los que han dado este disgusto a mi buen señor, porque voy a ponerlos buenos!...

—Escuchad, mi querida señora Cibot —dijo el médico, que entonces se encontraba en el umbral de la puerta cochera—, una de las principales características de la enfermedad de vuestro señor, es una impaciencia constante por cualquier cosa, y, como no es fácil que pueda tomar una veladora, le cuidaréis vos. Así es que...

—¿Habláis del señor Pons? —preguntó el chatarrero, que fumaba su pipa.

Y se apartó del quicio de la puerta para mezclarse en la conversación de la portera y el médico.

—¡Sí, tío Rémonencq! —respondió la señora Cibot al auvernés.

—Pues es más rico que el señor Monistrol, que los anticuarios... ¡Yo conozco bastante este ramo para saber que el buen señor es propietario de verdaderos tesoros!

—Toma, creí que os burlabais de mí el otro día, cuando os enseñé todas esas antiguallas mientras mis señores se hallaban ausentes —dijo la señora Cibot a Rémonencq.

En París, donde los adoquines tienen orejas, las puertas lengua y los barrotes de las ventanas ojos, nada es más peligroso que hablar ante las puertas cocheras. Las últimas palabras que allí se pronuncian, constituyendo a la conversación lo que la postdata a las cartas, contienen indiscreciones tan peligrosas para los que las pronuncian como para los que las recogen. Un solo ejemplo, el que presenta esta historia bastará para corroborar esto.

Un día, uno de los primeros peluqueros de tiempos del Imperio, época en que los hombres se cuidaban mucho el cabello, salía de una casa en que acababa de peinar a



una linda dama y cuyos ricos inquilinos eran todos clientes suyos. Entre ellos florecía un viejo solterón acompañado de un ama de llaves que detestaba a los herederos de su señor. El anciano soltero, gravemente enfermo, acababa de ser objeto de una consulta por parte de los médicos más famosos que todavía no se llamaban los *príncipes* de la ciencia. Éstos salieron por casualidad al mismo tiempo que el peluquero, y, al despedirse en el umbral de la puerta cochera, hablaban con la ciencia y la verdad en la mano, como los médicos hablan entre ellos una vez representada la comedia de la consulta.

—Es hombre muerto —dijo el doctor Haudry.

—No le queda ni un mes de vida —añadió Desplein—, a menos que ocurra un milagro.

El peluquero oyó estas palabras. Como todos los peluqueros, estaba en inteligencia con los criados. Impulsado por una codicia monstruosa, volvió a subir inmediatamente a casa del ex joven, y prometió a la sirvienta-amante una buena tajada si podía decidir a su amo a que pusiese gran parte de su fortuna en un vitalicio. Entre la fortuna del viejo solterón moribundo, de cincuenta y seis años de edad, que había que duplicar a causa de sus campañas amorosas, se contaba una magnífica mansión sita en la calle de Richelieu, valorada en doscientos cincuenta mil francos. Dicha mansión, objeto de la codicia del peluquero, le fue vendida mediante una renta vitalicia de treinta mil francos. Esto sucedía en 1806. El tal peluquero retirado, actualmente septuagenario, aún sigue pagando la renta, pese a que estamos en 1846. Como el ex joven tiene ochenta y seis años, ha vuelto a la infancia y se ha casado con su señora Evrard, todavía puede durar mucho tiempo. Teniendo en cuenta que el peluquero dio treinta mil francos a la gobernanta, lleva invertido, hoy día, más de un millón en una casa cuyo precio actualmente oscila de ochocientos a novecientos mil francos.

Imitando a este peluquero, el auvernés escuchó las últimas palabras dichas por Brunner a Pons en el umbral de la puerta, el día en que el novio fénix se entrevistó con Cecilia; esto le inspiró deseos de penetrar en el museo de Pons. Rémonencq, que vivía en buena armonía con los Cibot, no tardó en ser introducido en el piso de los dos amigos, aprovechando un momento en que éstos se hallaban ausentes. Deslumbrado ante tantas riquezas, vio que allí se podía *dar un golpe*, lo que significa, en el argot de los vendedores, que se podía robar una fortuna, y pensaba en el asunto desde hacía cinco o seis días.

—Yo bromeo tan poco —respondió a la señora Cibot y al doctor Poulain—, que hablaremos de ello. Si ese buen señor quiere una renta vitalicia de cincuenta mil francos, os apuesto una botella de vino del país a que vos me...

—¡Pero qué decís, hombre de Dios! —dijo el médico a Rémonencq—. ¡Cincuenta mil francos de renta vitalicia!... Si este buen hombre es tan rico, cuidado por mí y atendido por la señora Cibot, puede sanar..., pues las enfermedades del hígado son el inconveniente propio de las naturalezas muy fuertes...

—¿He dicho cincuenta? Pues sabed que un señor, aquí mismo, en el umbral de vuestra puerta, le ofreció setecientos mil francos, solamente por los cuadros, ¡pardiez!

...

Al oír esta declaración de Rémonencq, la señora Cibot miró al doctor Poulain con expresión extraña... el diablo encendía un fuego siniestro en sus ojos color naranja.

—¡Vamos, no escuchemos semejantes paparruchas! —repuso el médico, satisfecho al enterarse de que su paciente estaba en condiciones de pagarle todos los honorarios devengados.

—Doctor, si mi querida señora Cibot, teniendo en cuenta que el señor está en cama, quiere permitirme que traiga mi experto, estoy seguro de encontrar el dinero en dos horas, aunque se trate de setecientos mil francos...

—¡Bien, amigo mío! —respondió el doctor—. Vamos, señora Cibot, tened mucho cuidado de no contrariar jamás al enfermo; debéis armaros de paciencia, puesto que todo le irritará y fatigará, por muchas que sean las atenciones que tengáis con él; resignaos a que no encuentre nada a derechas...

—Pues sí que será difícil —dijo la portera.

—Vamos a ver, escuchadme bien —prosiguió el médico con autoridad—. La vida del señor Pons está en manos de las personas que cuiden de él, así es que vendré a verle diariamente, acaso dos veces. Será al primer enfermo a quien visite todos los días...

El médico pasó repentinamente de la profunda indiferencia que sentía siempre por la suerte de sus enfermos pobres, a la más tierna solicitud, al reconocer la posibilidad de aquella fortuna, si había que creer al especulador.

—Le cuidaré como a un rey —respondió la señora Cibot fingiendo entusiasmo.

La portera esperó a que el médico doblase por la calle Chariot antes de reanudar la conversación con Rémonencq. El chatarrero daba las últimas chupadas a su pipa, con la espalda apoyada en la jamba de la puerta de su tienda. No había adoptado aquella posición al azar; quería que la portera se acercase a él.

Aquella tienda, que antes estuvo ocupada por un café, seguía tal como el auvernés la encontró al arrendarla. Aún podía leerse: «Café de Normandía», en el largo rótulo que corona las vidrieras de todas las tiendas modernas. El auvernés hizo pintar, sin duda gratis, con pincel y en color negro, por algún aprendiz pintor de edificios, en el espacio libre que quedaba bajo «Café de Normandía»: *Rémonencq, chatarrero. Se compran géneros de ocasión*. Naturalmente, los espejos, mesas, taburetes, estantes, todo el mobiliario del café de Normandía fue vendido. Rémonencq alquiló por seiscientos francos la tienda desamueblada, la trastienda, la cocina y una sola habitación del entresuelo, donde antes se acostaba el primer camarero, pues el piso que dependía del café de Normandía se alquilaba por separado. Del lujo primitivo desplegado por el cafetero, sólo quedaba un papel verde claro, liso, en la tienda, y las fuertes barras de hierro de la parte delantera, con sus pernos.

Instalado en aquella tienda en 1831, después de la revolución de Julio,

Rémonencq empezó por exhibir campanillas cascadas, platos desportillados, chatarra, viejas balanzas, pesos antiguos proscritos por la ley sobre las nuevas medidas, que el Estado es el primero en incumplir al dejar en circulación monedas, de uno y dos sueldos del reinado de Luis XVI. Después, aquel auvernés, que tenía la fuerza de cinco auverneses, compró baterías de cocina, marcos y cobres viejos y porcelanas resquebrajadas. Insensiblemente, a fuerza de llenarse y vaciarse, la tienda se fue pareciendo a los rellanos de Nicolet y la calidad de la mercadería mejoró considerablemente. El chatarrero siguió el curso de aquella prodigiosa y segura martingala, cuyos efectos se manifiestan a los ojos de los viandantes que son lo bastante filósofos para estudiar la progresión creciente de los valores que adornan estas inteligentes tiendas. A la hojalata, a los quinqués y a los cascotes de botella, sucedieron los marcos y los cobres. Luego vinieron las porcelanas. Y la tienda, que por algún tiempo se convirtió en repositorio de trastos, pronto se convirtió en un museo. Hasta que un día las polvorientas vidrieras se aclararon, el interior fue restaurado, el auvernés dejó la pana y la chaqueta para ponerse levita, semejándose a un dragón custodiando su tesoro; rodeado de obras maestras, se convirtió en un inteligente experto, decuplicó su capital y ya no se dejaba engañar por nadie, pues llegó a dominar todas las argucias propias del oficio. El monstruo, instalado en la tienda, parecía una vieja ofreciendo al público las veinte doncellas que lo rodean. La belleza y los milagros del arte eran indiferentes para aquel hombre, fino y grosero a la vez, solamente calculaba sus beneficios, tratando con dureza a los ignorantes. Convertido en un comediante, simula sentir un profundo apego por sus telas, por sus taraceas, finge disgusto, presupone precios de adquisición o bien ofrece mostrar albaranes de venta. Es un proteo, es al mismo tiempo Jocrisse, Janot, bufón o Mondor, Harpagón o Nicodemo.

A partir del tercer año, en la tienda de Rémonencq pudieron admirarse bellos relojes de péndulo, armaduras y cuadros antiguos; en su ausencia, hacía que le vigilase el establecimiento una mujerona feísima, hermana suya, desplazada a pie desde su pueblo, llamada por él. La Rémonencq, especie de idiota de mirada vaga, vestida como un ídolo japonés, no rebajaba un céntimo sobre el precio indicado por su hermano; se dedicaba además a las faenas domésticas y resolvía el problema, en apariencia insoluble, consistente en vivir de la niebla del Sena. Rémonencq y su hermana se alimentaban de pan y arenques, de mondaduras y restos de verduras que recogían en los montones de basura que se dejan a la puerta de los restaurantes. Entre ambos no gastaban ni doce sueldos diarios, incluido el pan, y con lo que cosía o hilaba la Rémonencq, ya los ganaban.

Aquel comienzo del negocio de Rémonencq, que vino a París para ser mozo de cuerda, trabajando desde 1825 a 1831 en este menester para los anticuarios del bulevar Beaumarchais y los caldereros de la calle de Lappe, es la historia corriente de muchos ropavejeros y vendedores de antigüedades, Los judíos, normandos, auverneses y saboyanos, esas cuatro razas diversas del género humano, tienen los

mismos instintos y suelen hacer fortuna empleando idénticos procedimientos. No gastar nada, obtener pequeños beneficios y acumular intereses y ganancias: ésta es su norma. Y dicha norma encierra una gran verdad.

En aquellos momentos, Rémonencq, reconciliado con su antiguo burgués Monistrol, y en tratos de negocios con importantes comerciantes, efectuaba sus transacciones en los alrededores de París, que, como conoce el lector, se extiende hasta cuarenta leguas. Después de catorce años de práctica, poseía una fortuna de sesenta mil francos y una tienda bien provista. Sin emolumentos variables en la calle de Normandía, donde le retenía lo módico del alquiler, vendía sus mercancías a los comerciantes, contentándose con unos beneficios moderados. Cerraba todos sus negocios en el dialecto de la Auvernia, llamado *algarabía*. Aquel hombre acariciaba un sueño: deseaba establecerse en los bulevares; quería convertirse en un rico anticuario y llegar algún día a relacionarse directamente con los coleccionistas. Se trataba, por otra parte, de un temible negociante. Una costra polvorienta, formada por limaduras de hierro y sudor cubría su rostro. Se lo hacía todo él mismo; esto daba a su rostro un matiz tanto más impenetrable cuanto que el hábito del dolor físico le había dotado de la impassibilidad estoica de los viejos soldados de 1799. En lo físico, Rémonencq aparecía como un hombre bajo y enjuto, cuyos ojillos, dispuestos como los de los cerdos, ofrecían en su mirada de un azul frío la avidez concentrada, la astucia socarrona de los judíos, sin su aparente humildad, que oculta el profundo desprecio que sienten por los cristianos. Las relaciones entre los Cibot y los Rémonencq eran las propias del bienhechor y el agradecido. La señora Cibot, convencida de la excesiva pobreza de los auverneses, les vendía a precios fabulosos las sobras de Schmucke y de Cibot. Los Rémonencq pagaban por una libra de mendrugos y de miga de pan dos céntimos y medio, un céntimo y medio por una escudilla de patatas, y así sucesivamente. Nadie pensaba que el astuto Rémonencq hiciese negocios por su cuenta. Continuaba representando a Monistrol, lamentándose de que los ricos comerciantes le devoraban; de suerte que los Cibot compadecían sinceramente a los Rémonencq. Desde hacía once años, el auvernés no había vuelto a usar la chaqueta de pana, el pantalón y el chaleco del mismo material que antes llevaba; pero en el momento en que las abandonó estaban acribilladas por los remiendos cosidos gratis por la señora Cibot. Como puede observarse no son solamente judíos los israelitas.

—¿No os burláis de mí, Rémonencq? —dijo la portera—. ¿Es posible que el señor Pons posea semejante fortuna llevando la vida que lleva? ¡No tiene ni cien francos en su casa!...

—Los coleccionistas son todos así —respondió sentenciosamente Rémonencq.

—Así, ¿creéis de verdad que mi señor tiene por valor de setecientos mil francos?

...

—Nada más que con los cuadros... Tiene uno que si quisiera por él cincuenta mil francos, yo se los encontraría aunque tuviera que matarme. ¿Os habéis fijado en esos

cuadritos de cobre esmaltado, con terciopelo rojo, que contienen retratos?... Pues bien, son esmaltes de Petitot, que el señor ministro del Gobierno, un antiguo droguero, paga a mil escudos la pieza...

—¡Entre los dos marcos hay treinta! —dijo la portera abriendo unos ojos como platos.

—¡Entonces yo podéis imaginaros el tesoro que tiene!

La señora Cibot sintió vértigo y dio media vuelta. Acto seguido concibió la idea de conseguir del viejo Pons que le incluyera en su testamento, a imitación de todas las sirvientas-amantes cuyos *vitalicios* constituían la envidia de todo el barrio del Marais. Ya se imaginaba habitar en un pueblecito de los alrededores de París y se veía pavoneándose en una casa de campo en la que cuidaría del corral y del jardín, y donde acabar sus días, servida como una reina, junto con su pobre Cibot, acreedor a tanta felicidad, como todos los ángeles olvidados e incomprensidos.

Rémonencq, a quien no pasó desapercibido el movimiento brusco e ingenuo de la portera, tuvo la certeza de triunfar. En el oficio de chamarilero, consistente en ir en busca de ocasiones y cerrar buenos tratos con personas ignorantes de lo que tienen, la dificultad consiste en introducirse en las casas. Nadie puede figurarse las astucias propias de Scapin, las tretas propias de Sganarelle y las seducciones propias de una Dorine, tramadas por los compradores de trastos viejos para penetrar en las mansiones burguesas. Son comedias dignas del teatro y que siempre se fundan, como en este caso, en la rapacidad de los domésticos. Los criados, sobre todo en el campo o en provincias, por treinta francos en metálico o en especie, hacen concluir unos tratos en los que el chamarilero obtiene beneficios de mil o dos mil francos. A veces, la conquista de una vajilla antigua de Sèvres, si fuese referida, haría palidecer todas las astucias diplomáticas del congreso de Munster, toda la inteligencia desplegada en Nimega, en Utrecht, en Ryswick y en Viena, pues las dotes histriónicas de los chamarileros son mucho más notables que las de los negociadores. Los compradores de antigüedades tienen unos medios de acción que se hunden tan profundamente en los abismos del interés, personal como los medios, tan penosamente buscados por los embajadores, para provocar la ruptura de las alianzas mejor cimentadas.

—He dejado bien encandilada a la Cibot —dijo el hermano a la hermana al ver que ésta volvía a ocupar su puesto en una silla desvencijada—. ¡Ahora voy a consultar al único que entiende en esto, a nuestro judío, un buen judío que nos ha prestado solamente al quince por ciento!

Rémonencq había sabido leer en el corazón de la Cibot. En las mujeres de su temple, querer equivale a actuar; no retroceden ante ningún medio para alcanzar el éxito; en un instante, pasan de la honradez más íntegra a la maldad más profunda. La honradez, como todos nuestros sentimientos, tendría que clasificarse en dos categorías diversas: una honradez negativa y otra positiva. A la primera clase correspondía la de los Cibot, que son honrados mientras no se les presente una ocasión de enriquecerse. La honradez positiva sería la que siempre permanece hundida en la tentación hasta media pierna, sin sucumbir a ella, como la de los cobradores. Un tropel de malas intenciones se agolpó en la inteligencia y el corazón de aquella portera, penetrando en ella por la esclusa del interés, abierta por las diabólicas palabras del chatarrero. La Cibot subió, voló, para ser exacto, de la portería al piso de sus dos señores y apareció con el rostro cubierto por una máscara de ternura en el umbral de la habitación donde gemían Pons y Schmucke, Al ver entrar a la portera, Schmucke le indicó por señas que no dijese ni una palabra sobre las verdaderas opiniones del doctor en presencia del enfermo, ya que el amigo, el sublime alemán, había leído en los ojos del galeno, y ella respondió con otro movimiento de cabeza, que expresaba un profundo dolor.

—Bien, mi querido señor, ¿cómo os encontráis? —preguntó la Cibot.

La portera se plantó a los pies de la cama, con los brazos en jarras y los ojos fijos amorosamente en el enfermo, pero... ¡qué lentejuelas de oro brotaban de ellos! Quien

la hubiese observado detenidamente habría podido ver la misma fiereza que en la mirada de un tigre.

—¡Más bien mal! —respondió el pobre Pons—. No tengo el menor apetito. ¡Ah, la gente, la gente! —exclamó estrechando la mano de Schmucke, que sentado a la cabecera de la cama, tenía entre las suyas la mano de Pons, y con quien el enfermo hablaba de las causas de su dolencia—. ¡Hubiera hecho mucho mejor, mi buen Schmucke, siguiendo tus consejos y cenando aquí todas las noches desde que nos encontramos, renunciando a esa sociedad, que cae sobre mí como un volquete sobre un huevo! ¿Y por qué?

—Vamos, vamos, mi buen señor, nada de quejas —dijo la Cibot—, el doctor me ha dicho la verdad...

Schmucke dio un tirón a las faldas de la portera.

—¡Eh!, dice que podéis salvaros, pero que debéis cuidaros mucho... Tranquilizaos, tenéis a vuestro lado a un buen amigo, y, modestia aparte, a una mujer que os cuidará como una madre cuida a su primer hijo. Salvé una vez a Cibot, desahuciado ya por el señor Poulain, y estando ya aviado, como se dice, toda vez que le daban por muerto... Pues bien, vos aún no habéis llegado a tal extremo, gracias a

Dios, aunque estéis bastante enfermo. Contad conmigo... ¡Yo sola os sacaré de este estado! Calmaos y no os agitéis así.

Tapó las manos del enfermo con el cobertor.

—Tranquilizaos, hijo mío —añadió—. El señor Schmucke y yo pasaremos las noches aquí, a vuestra cabecera... Estaréis mejor cuidado que un príncipe, y, además, sois lo bastante rico para no escatimar nada de lo que necesitéis mientras estéis enfermo... Acabo de organizar las cosas con Cibot, pues, pobre hombre, ¿qué haría sin mí?... Le he hecho entrar en razón y los dos os queremos tanto, que ha consentido en que pase aquí la noche... ¡Y esto es un gran sacrificio para un hombre como él, porque me quiere con el mismo amor que el primer día! ¡No sé por qué será, tal vez por la portería... todo el día los dos juntos!... ¡Por Dios, no os destapéis!... —dijo corriendo a la cabecera de la cama y subiendo de nuevo las mantas para cubrir el pecho de Pons—. Si no os portáis bien y no hacéis todo lo que ordene el doctor Poulain, que es la imagen del buen Dios sobre la tierra, yo me lavo las manos y no me ocuparé nunca más de vos... Tenéis que obedecerme...

—¡Sí, señoga Zipod! Os opedecegá —respondió Schmucke—, pues quieque fífif paga su amigo Schmucke, yo lo gaganizo.

—Sobre todo, no os impacientéis, pues vuestra enfermedad os excitará los nervios —dijo la Cibot—, y os hace falta mucha paciencia. Dios nos envía nuestros males, mi querido señor, y castiga nuestras faltas. ¿No tenéis acaso algún pecadillo que reprocharos?...

El enfermo movió negativamente la cabeza.

—¡Oh! Vamos, sin duda habréis amado en vuestra juventud, habréis echado alguna cana al aire, quizás habéis dejado un fruto de vuestros amores, que ahora

estará sin pan, sin cariño y sin hogar... ¡Qué malos sois los hombres! Vuestro amor dura un día, y después os largáis, sin acordaros de nada, ni siquiera de pagar un mes de nodriza... ¡Pobres mujeres!...

—Pero a mí, sólo me han querido Schmucke y mi pobre madre —dijo tristemente el pobre Pons.

—¡Vamos, que no sois un santo! También habéis sido joven y debíais de ser un mozo muy apuesto, a los veinte años... Yo, al veros tan bueno, os hubiera querido...

—¡Siempre he sido más feo que un sapo! —contestó Pons desesperado.

—Decís esto por modestia, porque además sois un hombre sumamente humilde.

—No, mi querida señora Cibot, os aseguro que siempre he sido feo y que nunca me ha querido nadie...

—¡Vamos, hombre! —dijo la portera—. Queréis hacerme creer, a estas alturas, que sois un dechado de virtud... ¡A otros con ese cuento! ¡Un músico, un hombre de teatro! Aunque fuese una mujer quien me lo dijese, no lo creería.

—¡Señoga Zipod, que le iguitagueis! —exclamó Schmucke, viendo que Pons se retorció como un gusano en la cama.

—¡Callad vos también! Sois dos viejos verdes... ¡Suerte tenéis de ser feos, pues la fealdad es una magnífica tapadera! Como dice el proverbio, no hay olla, por mala que sea, que no encuentre su tapadera. Cibot supo conquistar a una de las más bellas vendedoras de ostras de París... y vos sois infinitamente mejores que él... ¡Vos sois muy buenos! ¡Vamos, que también la habréis corrido, y Dios os castiga por haber abandonado a vuestros hijos como Abraham!...

El enfermo, abatido, todavía encontró fuerzas para hacer un gesto de denegación.

—Pero tranquilizaos, que eso no os impedirá vivir tanto como Matusalén.

—¡Dejadme tranquilo, por favor! —gritó Pons—. ¡Yo nunca he sabido lo que es el amor!... No tengo hijos, estoy solo en el mundo...

—¿De veras?... —repuso la portera—. Sois un hombre tan bueno, que las mujeres, al amar por encima de todo la bondad, que es lo que más las atrae, me parecería imposible que, en vuestra juventud...

—¡Llévatela! —dijo Pons al oído de Schmucke—. ¡Esta mujer me saca de quicio!

—Y el señor Schmucke también debe de tener hijos... Todos los viejos solterones como vosotros son iguales...

—¡Yo! —exclamó Schmucke levantándose—. *Pego...*

—Vamos, vos tampoco estáis sin herederos, ¿verdad? Vosotros no habéis nacido como setas en el bosque...

—¡Famos, fenid! —respondió Schmucke.

El buen alemán tomó heroicamente a la señora Cibot por la cintura y se la llevó al salón, sin hacer caso de sus gritos.

—¡A vuestra edad, pretendiendo abusar de una pobre mujer! —gritaba la Cibot debatiéndose en los brazos de Schmucke.

—¡No gitéis así!



—¡Vos, el mejor de los dos! —exclamó la Cibot—. ¡Ah, he hecho mal en hablar de amor a unos viejos que nunca han conocido a una mujer! ¡He encendido vuestro fuego, monstruos! —gritó al ver brillar la cólera en los ojos de Schmucke—. ¡Socorro, socorro, que me raptan!

—*¡Fos sois una pestia!* —respondió el alemán—, *¿Feamos qué ha dicho el doctor?...*

—¡Maltratarme así a mí —dijo llorosa la Cibot, a quien Schmucke había soltado—, a mí, que me tiraría al fuego por vosotros dos! Ya me habían dicho que los hombres solamente se conocen con el trato... ¡Cuánta verdad hay en esto! Mi pobre Cibot no me maltrataría así... Yo, que os trato como a mis hijos, porque no los tengo, y que ayer, sí, precisamente ayer, decía a Cibot: «¡Marido mío, Dios supo muy bien lo que hizo al no querer damos hijos, pues ahí arriba tengo dos!». Os juro, por la santa cruz de Dios, por el alma de mi madre, que eso es lo que le dije...

—*Pien, pego, ¿qué ha dicho el doctog?* —preguntó furioso Schmucke, pataleando por primera vez en su vida.

—Pues bien, me ha dicho —respondió la señora Cibot llevándose a Schmucke al comedor—, que nuestro queridísimo cariñito de enfermo está en peligro de muerte si no se le cuida bien; pero me tiene a mí, a pesar de vuestras brutalidades, pues sois un hombre brutal, no obstante creeros tan dulce. ¡Qué hombre tan violento!... ¡Mira que a vuestra edad, pretender aún abusar de una pobre mujer, gran tunante!...

—*¿Tunante, yo?... ¡Fos no queguéis compgendeg que sólo quiero a Bons!*

—Y gracias a Dios, me dejaréis tranquila, ¿verdad? —dijo ella, sonriendo a Schmucke—. ¡Haréis bien, porque Cibot le partiría la crisma a quien quisiera atentar contra su honra!

—*Cuidadle pien, mi pequeña señoga Zipod* —prosiguió Schmucke, tratando de tomar la mano de la Cibot.

—¡Vaya! ¿Ya volvemos a las andadas?

—*¡Escuchadme, mujeg! Todo os lo devegué a fos, si le salvamos...*

—Bien, voy a buscar lo que falta a casa del boticario, porque tenéis que saber que esta enfermedad costará mucho dinero. ¿Cómo os las arreglaréis?...

—*¡Trabajagué! Quiego que Bons esté cuidado como un pgríncipe...*

—Lo estará, mi buen señor Schmucke; vos no os preocupéis por nada. Cibot y yo tenemos dos mil francos ahorrados; vuestros son, y hace mucho tiempo que guardo dinero...

—*¡Pobgue mujeg!* —exclamó Schmucke enjugándose los ojos—. *¡Qué cogasón!*

—Secaos esas lágrimas que me honran, pues esta es toda la recompensa que quiero —dijo melodramáticamente la Cibot—. Soy la mujer más desinteresada que existe, pero no volváis a la habitación con los ojos llorosos, ya que haría sospechar al señor Pons que se encuentra más enfermo de lo que en realidad está.

Schmucke, conmovido ante aquella delicadeza, terminó por tomar la mano de la Cibot y estrechársela.

—¡Perdonadme! —dijo la antigua vendedora de ostras dirigiendo una tierna mirada a Schmucke.

—*Bons* —dijo el buen alemán entrando en el dormitorio—, *la señora Zibod es un ánquel; un ánquel hablador, pego un ánquel.*

—¿De veras?... Desde hace un mes, no me fío de nadie —respondió el enfermo inclinando la cabeza—. ¡Después de todas mis desdichas, únicamente creo en Dios y en ti!...

—*Bonte pueno, y fifiguemos como unos geyes* —dijo Schmucke.

—¡Cibot! —exclamó la portera entrando sin aliento en la portería—. ¡Oh, amigo mío, nuestra fortuna está hecha! ¡Mis dos señores no tienen herederos, ni hijos naturales, ni nada...! ¡Oh, iré a ver a la señora Fontaine para que me eche las cartas y saber así la renta que tendremos!...

—Mujer —respondió el pequeño sastre—, no contemos con los zapatos de un muerto para ir bien calzados.

—¡Vaya, hombre! ¿Ahora me sales con ésas? —dijo dando un amistoso papirotazo a Cibot—. ¡Yo sé lo que sé! ¡El doctor Poulain ha desahuciado al señor Pons! ¡Y seremos ricos! Me pondrá en el testamento... Yo me encargo de ello. ¡Tú vigila la portería y dale a la aguja, que no lo harás durante mucho tiempo! Nos retiraremos al campo, a Batignalles. ¡Tendremos una hermosa casa, un magnífico jardín, que tú te distraerás cultivando, y yo tendré criada!...

—Bien, vecina, ¿cómo va por ahí arriba? —preguntó Rémonencq—. ¿Sabéis cuánto vale esa colección?...

—¡No, todavía no lo sé! No vayáis tan de prisa, amigo. Yo he tenido que conseguir en primer lugar que me revelaran cosas más importantes...

—¡Más importantes! —exclamó Rémonencq—. Pero ¿es que hay algo más importante que esto?

—¡Vamos, hombre! déjame llevar las cosas a mi manera —dijo la portera con tono autoritario.

—Un treinta por ciento sobre esos cien mil francos, os daría para vivir como una burguesa el resto de vuestros días...

—Tranquilizaos, tío Rémonencq; cuando haya que saber lo que valen todas esas cosas que ha ido reuniendo el viejo, ya lo averiguaremos.

Y la portera, se dirigió a la botica en busca de los medicamentos recetados por el doctor Poulain, dejando para el día siguiente la consulta que pensaba hacer a la señora Fontaine, diciéndose que encontraría las facultades del oráculo más claras y frescas yendo por la mañana temprano, antes que todo el mundo, pues a menudo había mucha gente en casa de aquella señora.

Después de haber sido durante cuarenta años la antagonista de la célebre señorita Lenormand, a quien por cierto sobrevivió, la señora Fontaine era a la sazón el oráculo del Marais. Nadie puede figurarse lo que son las echadoras de cartas para las clases inferiores, parisienses, ni la influencia inmensa que ejercen sobre las decisiones de las

personas sin instrucción, pues las cocineras y porteras, las entretenidas, los obreros, todos los que en París viven de esperanzas, consultan a los seres privilegiados que poseen el extraño e inexplicable poder de leer el porvenir. La fe en las ciencias ocultas está mucho más difundida de lo que imaginan los sabios, abogados, notarios, médicos, magistrados y filósofos. El pueblo posee instintos indelebles. Entre esos instintos, el que se llama tan neciamente *superstición*, no sólo existe en la sangre de las clases populares, sino en el espíritu de las personas pertenecientes a las clases superiores. Más de un estadista consulta, en París, a las echadoras de cartas. Para los incrédulos, la astrología judicial (alianza de palabras excesivamente rara) no es más que la explotación de un sentimiento innato, uno de los más fuertes de nuestra naturaleza; la curiosidad. Los incrédulos, pues, niegan completamente las relaciones que la adivinación establece entre la naturaleza humana y la configuración que de la misma se obtiene merced a los siete u ocho medios principales que componen la astrología judicial. Pero ocurre con las ciencias ocultas como con tantos efectos naturales rechazados por las personas sensatas o por los filósofos materialistas, o sea, los que se atienen únicamente a los hechos visibles y sólidos, a los resultados de la retorta o de las balanzas de la física y la química moderna; esas ciencias subsisten y continúan su marcha, sin efectuar progresos, eso sí, pues su cultivo ha sido abandonado por los espíritus selectos desde hace, aproximadamente, dos siglos.

Si no miramos más que al lado posible de la adivinación, creer que los acontecimientos anteriores de la vida de un hombre, que los secretos que sólo él conoce pueden representarse inmediatamente con unas cartas que él baraja y corta, y que el astrólogo que hace su horóscopo divide en paquetes según leyes misteriosas, es absurdo, pero es el mismo absurdo que condenaba el vapor, que no admite la posibilidad de la navegación aérea, que condenaba los inventos de la pólvora y de la imprenta, de los anteojos, del grabado y el último gran descubrimiento; el daguerrotipo, Si alguien hubiese ido a decir a Napoleón que un edificio y un hombre están representados sin cesar y a todas horas por una imagen en la atmósfera, que todos los objetos existentes poseen un espectro captable y perceptible, hubiera enviado al atrevido a Charenton, del mismo modo que Richelieu envió a Salomon de Caux a la Bîcetre cuando el mártir normando le presentó la inmensa conquista de la navegación a vapor. ¡Y eso es, lo que Daguerre demostró con su descubrimiento! Por consiguiente, si Dios ha impreso, para ciertos ojos clarividentes, el destino de cada ser humano en su fisonomía, tomando esta palabra como la impresión total del cuerpo, ¿por qué no podría resumir la mano la fisonomía, puesto que constituye toda la acción humana y su único medio de manifestación? De ahí proviene la quiromancia. ¿No imita la sociedad a Dios? Predecir a un hombre los futuros acaeceres de su existencia leyendo en los trazos de su mano, no es un hecho más extraordinario, para quien posee las facultades del vidente, que el de decir a un soldado que combatirá, a un abogado que hablará, a un zapatero que hará zapatos o botas, y a un labrador que abonará la tierra y la cultivará. Elijamos un ejemplo

impresionante. El genio es tan visible en el hombre, que paseando por París, las personas más ignorantes adivinan a un gran artista cuando éste pasa a su lado. Es como un sol moral cuyos rayos resplandecen a su alrededor. ¿No se reconoce inmediatamente a un imbécil, por impresiones contrarias a las que produce el genio? Un hombre ordinario pasa casi desapercibido. La mayoría de los observadores de la naturaleza social y parisina pueden decir cual es la profesión de un transeúnte, sólo con verlo pasar. Hoy en día, los misterios de los aquelarres, tan bien representados por los pintores del siglo XVI, han dejado de ser tales misterios. Las egipcias o los egipcios, antepesados de los gitanos, esa raza extraña venida de la India, hacían tomar con unanimidad hachís a sus clientes. Los fenómenos producidos por esta droga, explican perfectamente que se pudiera montar en una escoba, huir por las chimeneas, las *visiones reales*, por así decir, de las viejas convertidas en jóvenes, las danzas furibundas y las deliciosas músicas que componían las fantasías de los pretendidos adoradores del diablo.

En la actualidad, son tantos los hechos probados y auténticos que han surgido de las ciencias ocultas, que algún día estas ciencias se profesarán de manera idéntica a la química y la astronomía. Resulta incluso singular que en el momento en que se crean en París cátedras de eslavo y manchú, de literaturas tan poco *profesables*, como son las del Norte, más aptas para recibir lecciones que para darlas, y cuyos titulares repiten eternos discursos sobre Shakespeare o el siglo XVI, no se haya restituido, bajo el nombre de antropología, la enseñanza de la filosofía oculta, una de las glorias de la antigua Universidad. En esto, Alemania, ese país tan grande y tan niño a la vez, adelanta a Francia, pues allí se profesa esta ciencia, mucho más útil que las diferentes FILOSOFÍAS, siempre idénticas.

Que algunos seres tengan el poder de percibir los hechos venideros en el germen de las causas, como el gran inventor percibe una industria o una ciencia nueva en un efecto natural que pasa desapercibido al vulgo, ya no es una de esas violentas excepciones que hacen ruido; es el efecto de una facultad reconocida, y que en cierto modo vendría a ser el sonambulismo del espíritu. Aunque esta proposición, sobre la que descansan las diferentes maneras de interpretar el porvenir, parezca absurda, el hecho es incuestionable. Observe el lector que predecir los grandes acontecimientos futuros no es para el vidente una hazaña más extraordinaria que la que consiste en adivinar el pasado. Tanto el pasado como el porvenir, son imposibles de saber, según el sistema de los incrédulos. Si los sucesos realizados dejan rastros, es lícito suponer que los sucesos futuros tendrán sus raíces. Cuando una mujer que *dice la buenaventura* nos explica minuciosamente hechos de nuestra vida anterior que sólo nosotros conocemos, también puede decirnos los sucesos que producirán las causas existentes. El mundo moral está tallado, por así decirlo, sobre el patrón del mundo material; los mismos efectos deben encontrarse en él, con las diferencias inherentes a sus distintos medios. Así, lo mismo que los cuerpos se proyectan realmente en la atmósfera, dejando subsistir en ella el espectro que capta, el daguerrotipo, el cual lo

detiene al paso, del mismo modo las ideas, creaciones reales y activas, se imprimen en lo que pudiéramos llamar la atmósfera del mundo espiritual, produciendo ciertos efectos en ella, viviendo de manera espectral o *espectralmente* (pues se hace necesario forjar nuevas palabras para expresar fenómenos innominados), y en tal caso, algunos seres dotados de raras facultades, pueden distinguir perfectamente estas formas o estas trazas de ideas.

En cuanto a los medios empleados para alcanzar las *visiones*, esta es la parte maravillosa más explicable, teniendo en cuenta que la mano del consultante dispone los objetos con ayuda de los cuales se le hacen representar los azares de la vida. En el mundo real, en efecto, todo se encadena. A todo movimiento corresponde una causa, toda causa se relaciona con el conjunto, y, por consiguiente, el conjunto se halla representado en el menor movimiento. Rabelais, el más grande espíritu de la humanidad moderna, aquel hombre que resumía a Pitágoras, Hipócrates, Aristófanes y Dante, dijo hace ya tres siglos: «El hombre es un microcosmos». Tres siglos después, Swedenborg, el gran profeta sueco, decía que la tierra era un hombre. El profeta y el precursor de la incredulidad se encontraban así en la mayor de las fórmulas. Todo es fatal en la vida humana, como en la vida de nuestro planeta. Los menores accidentes, las cosas más fútiles, se hallan subordinados. De este modo, los grandes acontecimientos, los grandes designios y los grandes pensamientos, se reflejan necesariamente en las más pequeñas acciones, con tanta fidelidad que, si un conspirador baraja y corta un juego de naipes, escribirá en él el secreto de su conspiración para el gitano vidente, echador de cartas, charlatán, etc. Si admitimos la fatalidad, es decir, el encadenamiento de causas y efectos, la astrología judicial existe y vuelve a ser lo que era antaño: una ciencia inmensa, pues comprende la facultad de deducción que hizo a Cuvier tan grande; pero espontánea, en vez de ejercerse tras noches de estudio y en su gabinete, como hada aquel genio tan hermoso.

La astrología judicial, la adivinación, reinó durante siete siglos, no como hoy, entre las personas del pueblo, sino sobre las mayores inteligencias, los soberanos, las reinas y las personas opulentas. Una de las mayores ciencias de la antigüedad, el magnetismo animal, derivó de las ciencias ocultas, de igual forma que la química surgió de los crisoles de los alquimistas. La craneología, la fisiognomía y la neurología, brotaron igualmente de ella, y los ilustres creadores de estas ciencias, al parecer tan nuevas, no han cometido más que un error, propio de todos los inventores, consistente en sistematizar completamente hechos aislados, cuya causa generadora escapa todavía al análisis. Un día, la Iglesia católica y la filosofía moderna se pusieron de acuerdo con la justicia para proscribir, perseguir y ridiculizar los misterios de la *cábala*, lo mismo que a sus adeptos, y hubo una lamentable laguna de cien años en el reinado y el estudio de las ciencias ocultas. Sea como fuere, el pueblo y muchas personas inteligentes, en especial las mujeres, continúan pagando su tributo al misterioso poder de los que pueden levantar el velo del futuro, y van a comprarles esperanza, valor y fortaleza, o sea, lo que solamente la religión puede, proporcionar.

Esto quiere decir que dicha ciencia se continúa practicando, no sin ciertos riesgos. Hoy en día los brujos, a salvo de todo suplicio merced a la tolerancia debida a la influencia de los enciclopedistas del siglo XVIII, sólo pueden comparecer ante la policía correccional, y únicamente en el caso de que se entreguen a maniobras fraudulentas, cuando asusten a su clientela con el deseo de arrancarle dinero, incurriendo entonces un delito de estafa. Por desgracia la estafa y con frecuencia el crimen, acompañan al ejercicio de esta sublime facultad. Ahora veremos por qué:

Las dotes admirables que poseen los videntes, suelen encontrarse en personas acreedoras al epíteto de brutos. Esos brutos son los recipientes elegidos por Dios para poner los elixires que sorprenden a la humanidad. Entre ellos se reclutan los profetas, los santos como Pedro o como el Ermitaño. Cada vez que el pensamiento permanece en su totalidad, como un bloque, sin malgastarse en conversaciones o intrigas, en obras literarias o divagaciones de sabio, en esfuerzos administrativos, esfuerzos inventivos, o en empresas bélicas, arrojan una luz de prodigiosa intensidad, contenida del mismo modo que el diamante en bruto conserva todos sus brillantes destellos. Ante una circunstancia determinada, esa inteligencia se enciende, posee alas para franquear las distancias y ojos divinos para contemplarlo todo: ayer era un carbón; mañana, bajo el chorro de un fluido desconocido que la atraviesa, se convertirá en un fastuoso diamante. Las personas superiores, consumida su inteligencia en el despliegue de múltiples actividades nunca pueden ofrecer ese poder supremo, a menos que ocurra uno de esos milagros que Dios, excepcionalmente, tolera a veces. Así, los adivinos y las adivinas, son casi siempre mendigos de espíritu virgen, seres en apariencia groseros, guijarros que han rodado por los torrentes de la miseria, por los carriles de la vida, de la que solamente han recogido sufrimientos físicos. El profeta, el vidente, en una palabra, es Martin el labrador, que hizo temblar a Luis XVIII al revelar un secreto que sólo el rey podía saber; es una señorita Lenormand, una cocinera como la señora Fontaine, una negra medio idiota o un pastor que vive con bestias cornudas, un faquir sentado al borde de una pagoda y que, mortificando la carne, hace alcanzar al espíritu todo el poder desconocido de las facultades sonambulescas.

En Asia es donde en todas las épocas se han encontrado los héroes de las ciencias ocultas. Con mucha frecuencia esos seres, que en su estado ordinario permanecen normales, pero en cierta manera realizan los procesos químicos y físicos de los cuerpos conductores de la electricidad, que tan pronto son metales inertes como canales llenos de fluidos misteriosos; esas personas, cuando vuelven a ser ellas mismas, se entregan a prácticas y a cálculos que les hacen caer en manos de la policía correccional. Tal fue el caso, por ejemplo, del famoso Baltasar, que compareció ante el tribunal y terminó en presidio. Por último, lo que demuestra el inmenso poder que la cartomancia ejerce sobre la gente del pueblo, es que la vida o la muerte del pobre músico dependían del horóscopo que la señora Fontaine predijese a la señora Cibot.

Aunque ciertas repeticiones sean inevitables en una historia tan considerable y tan

cargada de detalles como lo es la historia completa de la sociedad francesa del siglo XIX, resulta innecesario describir el tugurio de la señora Fontaine, pues eso ya se hizo en *Los cómicos sin saberlo*. Solamente es necesario observar que la Cibot entró en casa de aquella mujer, que vivía en la calle Vieille-du-Temple, con la misma naturalidad que los clientes del café Inglés entran en dicho restaurante para almorzar. La señora Cibot, clienta muy antigua, le llevaba con frecuencia amigas más jóvenes y comadres devoradas por la curiosidad.

La vieja sirvienta que hacía las veces de preboste de la echadora de cartas, abrió la puerta del santuario, sin avisar a su señora.

—¡Es la señora Cibot!... Entrad —añadió—, no hay nadie.

—Bien, pequeña, ¿qué os pasa para venir tan de mañana? —le preguntó la bruja.

La señora Fontaine, de setenta y ocho años de edad, merecía este calificativo por su exterior, digno de una parca.

—¡Tengo la sangre agriada, dadme la baraja grande! —exclamó la Cibot—. Se trata de mi fortuna.

Y explicó la situación en que se encontraba, pidiendo una predicción para su sórdida esperanza.

—Vos no sabéis lo que es la baraja grande —dijo solemnemente la señora Fontaine.

—No, no soy lo bastante rica para haberlo visto... ¡Aquí tenéis cien francos! ¡Disculpad que sea tan poco! ¿De dónde podía sacarlos? ¡Pero hoy, es necesario que lo haga!

—No la saco a menudo, pequeña —respondió la señora Fontaine—, Los ricos sólo la ven en las grandes ocasiones, y entonces me pagan veinticinco luses, pues tenéis que saber que eso me fatiga, me agota y el *Espíritu* me hurga en el estómago. ¡Eso es, como antes se decía, ir al aquelarre!

—Pero si os digo, mi buena señora Fontaine, que se trata de mi porvenir...

—¡En fin, solamente por tratarse de vos, a quien debo tantas consultas, me entregaré al Espíritu! —respondió la bruja, dejando ver en su rostro decrepito una sincera expresión de terror.

Se levantó de su vieja y mugrienta poltrona, situada a un lado de la chimenea y se dirigió a su mesa, cubierta de un tapete verde cuyos hilos raídos se podían contar en su totalidad. A la izquierda dormía un sapo de dimensiones extraordinarias, al lado de una gallina negra, de hirsuto plumaje, colocada en una jaula abierta.

—¡Astaroth, ven aquí, hijo mío! —dijo dando un golpecito con una larga aguja de hacer calceta en el lomo del sapo, que la miró con expresión inteligente—. ¡Y vos, señorita Cleopatra... atención! —prosiguió, dando otro golpecito en el pico de la vieja gallina.

Luego se recogió y permaneció durante unos instantes inmóvil; parecía muerta, puso los ojos en blanco y a continuación se irguió, muy rígida, diciendo con voz cavernosa:

—¡Aquí estoy!

Después de esparcir maquinalmente mijo ante Cleopatra, tomó su gran baraja, la barajó convulsivamente y la hizo cortar por la Cibot, exhalando un profundo suspiro. Cuando aquella imagen de la Muerte, con su mugriento turbante y su siniestra casaquilla, miró los granos de mijo que la gallina negra picoteaba, y llamó a su sapo Astaroth para que se pasease por encima de las cartas extendidas, la señora Cibot sintió un frío en el espinazo que la hizo estremecer, únicamente las grandes creencias producen grandes emociones. Tener o no tener rentas, he aquí la cuestión, como dijo Shakespeare.

Después de siete u ocho minutos, durante los cuales la bruja abrió y leyó con voz sepulcral un enrevesado libro, examinó los granos que restaban y el camino que seguía el sapo al retirarse, descifró el sentido de las cartas dirigiendo a ellas sus ojos en blanco.

—¡Triunfaréis! Aunque en este asunto nada debe ir como creéis vos —dijo—. Tendréis que hacer muchas diligencias. Pero recogeréis el fruto de vuestros afanes. Os portaréis muy mal, pero haréis lo mismo que hacen todos los que viven con un enfermo y codician una parte de su herencia. En esta obra de maldad os ayudarán personajes considerables... más adelante, al sentir las angustias de la muerte, os arrepentiréis, pues moriréis asesinada por dos presidiarios evadidos, uno pequeño y pelirrojo y otro viejo y completamente calvo, a causa de la fortuna que todos os atribuirán en la aldea adonde os retiraréis con vuestro segundo marido... Idos, hija mía, estáis libre de actuar o de permanecer tranquila.

La exaltación interior que acababa de encender antorchas en los ojos hundidos de aquel esqueleto, tan frío en apariencia, cesó. Una vez pronunciado el horóscopo, la señora Fontaine experimentó como un deslumbramiento y reaccionando como una sonámbula a la que acabasen de despertar; miraba el aposento con pasmo y cuando reconoció a la Cibot, pareció sorprendida al ver reflejados en su rostro los signos inequívocos del terror.

—Bien, hija mía —dijo con una voz completamente distinta a la con que habló al profetizar—. ¿Estáis contenta?...

La señora Cibot miró a la bruja anonadada, incapaz de responderle.

—¡Oh, habéis querido la baraja grande! Os he tratado como a una vieja conocida. Dadme solamente cien francos...

—¿Morirá Cibot? —exclamó la portera.

—Así, pues, ¿os he dicho cosas muy terribles? —preguntó la señora Fontaine con gran candor.

—¡Sí! —contestó la Cibot sacando cien francos del bolsillo y dejándolos encima de la mesa—. ¡Que moriré asesinada!...

—¡Ah, queríais el gran juego!... Pero consolaos, no todas las personas asesinadas en las cartas mueren.

—¿Pero es posible, señora Fontaine?



—¡Ah, preciosa, yo no sé nada! ¡Habéis querido llamar a la puerta que cierra el futuro, yo he tirado del cordón, él ha venido y eso es todo!

—¿Quién es él? —preguntó la señora Cibot.

—¡El Espíritu, diantre! —replicó la braja, impacientada.

—¡Adiós, señora Fontaine! —exclamó la portera—. ¡Yo no conocía la gran baraja y me habéis asustado de verdad, os lo aseguro!...

—La señora no se pone ni dos veces al mes en ese estado —dijo la sirvienta al acompañar a la portera hasta el rellano—. Si lo hiciese a menudo, no viviría ni dos días, pues queda agotadísima. Ahora se comerá unas costillas y dormirá tres horas...

Una vez en la calle, la Cibot reaccionó del mismo modo que lo hace cualquier persona al salir de una consulta. Creyó todo lo que la profecía tenía de favorable a sus intereses, y puso en tela de juicio las calamidades anunciadas. Al día siguiente, afianzada en su decisión, pensó en mover cielo y tierra para hacerse rica. El primer objetivo era lograr que Pons le legase una parte de su museo en el testamento. Así, durante algún tiempo estuvo embargada por el único pensamiento de hallar los medios de triunfar. El fenómeno a que antes hemos aludido, o sea el de la concentración de las fuerzas morales que se produce en todas las personas zafias que, al no usar sus facultades intelectuales como hacen los hombres de mundo, que las gastan a diario, las conservan fuertes y poderosas para ponerlas al servicio de esa arma temible llamada la idea fija, se manifestó en la Cibot en grado superior. De igual modo que la idea fija produce los milagros de las evasiones y los del sentimiento, aquella portera, sostenida por la codicia, llegó a ser tan astuta como un Nucingen en apuros y tan inteligente bajo su estupidez como el seductor La Palférine.

Unos días después, a las siete de la mañana, viendo a Rémonencq, ocupado en abrir su tienda, se acercó, zalamera, hacia él.

—¿Cómo podría averiguar lo que valen las cosas acumuladas en casa de mis señores? —le preguntó.

—Pues es muy fácil —respondió el vendedor de antigüedades en su espantoso dialecto, que no reproducimos para mayor claridad del relato—. Si queréis jugar limpio conmigo, os indicaré un tasador, un hombre muy honrado, que os dirá el valor de los cuadros sin equivocarse en dos sueldos...

—¿Quién es?

—Magus, un judío que ya sólo hace negocios por pasatiempo.

Elías Magus, cuyo nombre es harto conocido en *La Comedia Humana* para que sea necesario hablar de él, se había retirado del comercio de cuadros y antigüedades, imitando, como comerciante, la conducta de Pons como coleccionista. Los célebres tasadores, como el difunto Henry, los señores Pigeot y Moret, Théret, Georges y Roëhn, los expertos del Museo, en fin, eran todos unos niños comparados con Elías Magus, que sabía descubrir una obra maestra oculta bajo una mugre centenaria, conociendo toda clase de escuelas y la firma de todos los pintores.

Aquel judío, oriundo de Burdeos y que se instaló en París dejó el comercio en

1835, sin renunciar a su apariencia miserable, conservaba según las costumbres de casi todos los de su raza... ¡tan grande es el apego que esta gente siente por sus tradiciones! Durante la Edad Media, la persecución de que eran objeto obligaba a los judíos a vestirse de harapos para desviar las sospechas, y a quejarse siempre, a lloriquear y a pregonar su miseria. Esas necesidades de antaño se han convertido, como sucede siempre, en un instinto racial, en un vicio endémico. Elías Magus, a fuerza de comprar y vender diamantes, de traficar en cuadros y encajes, en objetos raros y esmaltes, en finas esculturas y antiguas obras de orfebrería, amasó una inmensa fortuna cuyo valor se ignoraba, adquirida en aquel comercio, que ha alcanzado un considerable grado de desarrollo. El número de comerciantes, en efecto, se ha decuplicado en los últimos veinte años en París, la ciudad donde se dan cita todas las curiosidades del mundo. En cuanto a los cuadros, sólo se venden en tres ciudades: Roma, Londres y París.

Elías Magus vivía en la calzada de los Minimes, una calle pequeña y ancha que conduce a la plaza Royale, donde poseía una vieja mansión comprada en 1831, por una cantidad insignificante. Aquella magnífica construcción contenía una de las más fastuosas viviendas decoradas en la época de Luis XV, ya que se trataba del antiguo hotel Moulaincourt. Edificado por aquel célebre presidente del Tribunal de Cuentas, dicho hotel no sufrió daños durante la Revolución, debido a su situación. El lector puede creer que el viejo judío tuvo sus buenas razones para hacerse propietario, contra todas las leyes israelitas. El viejo acabó dominado, como terminaremos todos, por una manía llevada hasta la locura. Aunque fuese tan avaro como su difunto amigo Gobseck, se dejó dominar por la admiración que sentía hacia las obras maestras, objeto de su tráfico mercantil; su gusto, cada vez más depurado y exigente, se convirtió en una de esas pasiones que únicamente pueden permitirse los reyes ricos y amantes de las artes. A semejanza del segundo rey de Prusia, que solamente se entusiasmaba contemplando a un granadero de seis pies de estatura gastando cantidades exorbitantes para hacerle ingresar en su museo viviente de granaderos, el chamarilero retirado únicamente se apasionaba por telas irreprochables, que hubiesen quedado tal como salieron de los pinceles del maestro y que fuesen auténticas obras geniales. Así, Elías Magus no se perdía ninguna de las grandes subastas, visitaba todos los mercados y viajaba por toda Europa. Aquel alma entregada al lucro, fría como un carámbano, se calentaba a la vista de una obra maestra, exactamente como un libertino, hastiado de mujeres, se emociona ante una doncella perfecta y se entrega a la búsqueda de bellezas inmaculadas. Aquel Don Juan de las telas, aquel adorador del ideal, hallaba en aquella admiración unos goces superiores a los que proporciona al avaro la contemplación del oro. ¡Vivía en un serrallo de bellos cuadros!

Aquellas obras maestras, alojadas como deben estarlo los hijos de los príncipes, ocupaban todo el primer piso de la mansión que Elías Magus había hecho restaurar con un esplendor incomparable. Ante las ventanas colgaban, a guisa de cortinas, los más bellos brocados de oro de Venecia. El entarimado estaba recubierto de las

alfombras más magníficas de la Savonnerie. Los cuadros, cuyo número alcanzaba aproximadamente el centenar, estaban enmarcados espléndidamente, todos ellos vueltos a dorar con talento por el único dorador de París que merecía la confianza de Elías, por Servais, a quien el viejo judío enseñó a dorar con el oro inglés, infinitamente superior al que emplean los batidores de oro franceses. Servais es, en el arte del dorado, lo que era Thouvenin en la encuadernación, un artista enamorado de sus obras. Las ventanas de aquel piso estaban protegidas por postigos revestidos de plancha. Elías Magus habitaba en una buhardilla con dos habitaciones en el segundo piso, amueblada pobremente, adornada con sus harapos y oliendo a judería, pues acababa su vida tal como había vivido.

La planta baja, ocupada totalmente por los cuadros con los que seguía traficando el judío, y por las cajas procedentes del extranjero, contenía un inmenso taller donde trabajaba casi exclusivamente para él Moret, el más hábil de nuestros restauradores de cuadros, uno de los que merecen un empleo en el Museo. Allí se encontraba también la habitación de su hija, fruto de su vejez, una judía bella como todas las judías cuando el tipo asiático reaparece, noble y puro. Noémi, guardada por dos fanáticas sirvientas de la misma raza, tenía por cancerbero a un judío polaco llamado Abramko, comprometido por un azar fabuloso en los sucesos de Polonia, y al que Elías Magus salvó por especulación. Abramko, encargado de aquella mansión muda, lúgubre y desierta, ocupaba una portería defendida por tres feroces perros, uno de Terranova, otro de los Pirineos y un bulldog inglés.

Vamos a ver sobre qué observaciones profundas descansaba la seguridad del judío, que viajaba libre de temor, que dormía a pierna suelta y no temía que se efectuase ningún intento contra su hija, su primer tesoro, contra sus cuadros ni contra su oro.

Abramko recibía cada año doscientos francos más que el año anterior y su sueldo cesaría por completo a la muerte de Magus, quien le enseñaba a practicar la usura en el barrio. Abramko no abría nunca a nadie sin mirar antes por un portillo enrejado, verdaderamente formidable. Aquel portero, de una fuerza hercúlea, adoraba a Magus como Sancho Panza adora a Don Quijote. Los perros, encerrados durante el día, no probaban bocado, pero al llegar la noche, Abramko los soltaba y se veían condenados, por el astuto cálculo del viejo judío, a permanecer uno en el jardín, al pie de un poste en lo alto del cual se colgaba un trozo de carne; el otro en el patio, junto a otro poste semejante, y el tercero en la gran sala de la planta baja. Fácilmente se comprenderá que estos perros, que por su instinto ya guardaban la casa, se guardaban a sí mismos debido al hambre que sentían; no hubieran, abandonado su puesto al pie de la cucaña ni por la perra más hermosa; ni siquiera se alejaban para ir a olfatear lo que fuese. Sí se hubiese presentado un desconocido, los tres canes se hubieran imaginado que el quidam trataba de arrebatarles su pitanza, que no recibían hasta la mañana, cuando despertaba Abramko. Aquella infernal combinación estaba hábilmente concebida. Los perros no ladraban jamás, el genio de Magus los hizo

salvajes y se habían vuelto solapados como mohicanos. Veamos lo que sucedió una vez.

Cierta noche, unos malhechores, animados por aquel silencio, creyeron con harta ligereza que podrían *limpiar* la caja de aquel judío. Uno de ellos, designado para iniciar el asalto, subió a la tapia del jardín y quiso descender; el bulldog le dejó hacer, pues le había oído perfectamente; pero tan pronto como tuvo el pie de aquel caballero al alcance de sus fauces, se lo arrancó de un mordisco y se lo zampó. El ladrón tuvo aún el valor de saltar de nuevo la tapia y anduvo un trecho sobre el hueso de su pierna, hasta que cayó desvanecido en brazos de sus camaradas. Este suceso, ya que la *Gaceta de los Tribunales* no dejó de referir aquel delicioso episodio de las noches parisienses, se consideró un bulo.

Magus, que entonces tenía setenta y cinco años, tenía energías sobradas para vivir hasta los cien. Aunque era rico, vivía como los Rémonencq. Todos sus gastos se limitaban a tres mil francos, en los que estaban comprendidas las prodigalidades que tenía con su hija. No había existencia más regular que la de aquel viejo. Se levantaba al amanecer y comía pan untado con ajo, sin probar otra cosa hasta la hora de cenar. La cena, de una frugalidad monacal, se hacía en familia. Entre el amanecer y el mediodía, aquel maniático mataba el tiempo paseando por el piso donde resplandecían sus obras maestras. Sacaba el polvo a muebles y cuadros, admirándolos sin fatigarse; después bajaba a ver a su hija, se embriagaba con la felicidad que sienten los padres y se iba a sus diligencias por todo París, asistiendo a subastas, visitando exposiciones, etc. Cuando encontraba una obra maestra que reunía las condiciones deseadas, la vida de aquel hombre se animaba; tenía una operación que preparar, un negocio que llevar a buen fin, una batalla de Marengo que ganar. Acumulaba astucia sobre astucia para conseguir barata a su nueva sultana. Magus poseía su mapa de Europa, un mapa en el que estaban señaladas las obras maestras, y encargaba a sus correligionarios de cada lugar que siguiesen con atención el negocio por su cuenta, mediante una prima. Pero también ¡qué recompensas para tantos cuidados!...

Los dos cuadros de Rafael perdidos y buscados con tanto empeño por los rafaelistas, los poseía Magus. Tenía también el original de *La Amante de Giorgione*, aquella mujer que costó la vida al pintor, pues los pretendidos originales son copias de ese ilustre lienzo que vale quinientos mil francos, según la tasación de Magus. Este judío poseía igualmente la obra maestra del Ticiano: *La inhumación de Cristo*, cuadro pintado para Carlos V y que fue enviado por el gran hombre al gran emperador, acompañado por una carta de puño y letra del Ticiano; dicha carta está pegada en la parte inferior de la tela. Del mismo pintor tenía el original, la maqueta que sirvió para hacer todos los retratos posteriores de Felipe II. Los otros noventa y siete cuadros poseen todos idéntica fuerza y distinción. Así es que Magus se reía de nuestro Museo, devastado por el sol, que deteriora las más bellas telas al pasar a través de los vidrios, cuya acción equivale a la de una lente. La única iluminación

posible en las galerías de pinturas es la luz cenital. Magus abría y cerraba los postigos de su museo personalmente, prodigando tantos cuidados y miramientos a sus cuadros como si se tratase de su hija, su otro ídolo. ¡Ah, el viejo maniático conocía muy bien las leyes de la pintura! Según él, las obras maestras tenían una vida propia; eran diarias, su belleza dependía de la luz que las coloreaba; hablaba de ellas como los holandeses de antaño hablaban de sus tulipanes, e iba a ver éste o aquél cuadro a la hora en que la obra maestra resplandecía en toda su gloria, cuando el tiempo era claro y puro.

Aquel viejo esmirriado, vestido con una mala levita, un chaleco de seda decenal y unos pantalones mugrientos; la cabeza calva, el rostro hundido; la barba temblorosa y recubierta de pelos blancos e hirsutos, con el mentón amenazador y puntiagudo; la boca, desdentada; los ojos brillantes como los de sus perros; las manos huesudas y descarnadas; la nariz como un obelisco y la piel rugosa y fría, parecía como si un cuadro hubiese cobrado vida en medio de la calma estática de todos los demás, mientras sonreía a aquellas bellas creaciones del genio. Un judío rodeado por tres millones será siempre uno de los más bellos espectáculos que puede ofrecer la humanidad. Por sublime que sea Robert Medal, nuestro gran actor, no puede alcanzar tanta poesía. París es la ciudad del mundo que encierra más originales de esta especie, todos los cuales tienen una religión, una fe en su corazón. Los *excéntricos* de Londres terminan siempre por cansarse de sus adoraciones, tal como se cansan de vivir; mientras que en París, los monomaniacos viven con su fantasía en un feliz concubinato espiritual. Es frecuente encontrar Pons y Elías Magus vestidos muy pobremente, con la nariz como la del secretario perpetuo de la Academia Francesa, o sea al oeste, con aspecto de no sentir interés por nada, de no experimentar nada, sin prestar la menor atención a las mujeres ni a las tiendas, vagando al azar, con los bolsillos vacíos, como si estuviesen desprovistos de cerebro, y uno se pregunta a qué tribu parisién deben pertenecer. Pues bien, esos hombres son millonarios, coleccionistas, los seres más apasionados de la tierra, seres capaces de meterse en el resbaladizo terreno de la policía correccional para apoderarse de una taza, de un cuadro, de una pieza rara, como hizo Elías Magus un día en Alemania.

Éste era el experto a quien Rémonencq presentó misteriosamente la Cibot. Rémonencq consultaba a Elías Magus siempre que se lo encontraba en los bulevares. En diversas ocasiones, el judío hizo que Abramko prestase dinero a aquel antiguo mozo de cordel, cuya honradez le era conocida. Como la calzada de los Minimes estaba a dos pasos de la calle de Normandía, los dos cómplices de la *operación* que se tramaba llegaron allí en diez minutos.

—Vais a ver —dijo Rémonencq—, al más rico de los antiguos comerciantes en antigüedades, el mayor experto que vive en París...

La señora Cibot se quedó estupefacta al hallarse en presencia de un vejete vestido con una hopalanda digna de pasar por las manos de Cibot para que éste la remendase, y que en aquellos momentos miraba a su restaurador, un pintor ocupado en la

reparación de cuadros en un frío aposento de la planta baja; luego, al recibir una mirada de aquellos ojos llenos de malicia fría como la de los gatos, se echó a temblar.

—¿Qué deseáis, Rémonencq? —preguntó el viejo.

—Se trata de tasar unos cuadros, y, en todo París, únicamente vos podéis decir a un pobre calderero como yo lo que puede dar por ellos, cuando no tiene millones, como vos.

—¿Dónde están? —preguntó Elías Magus.

—Ésta es la portera de la casa, que arregla el piso de ese señor, con la que yo he llegado a un acuerdo...

—¿Cómo se llama el propietario?

—Pons —contestó la Cibot.

—No le conozco —repuso con tono ingenuo Magus, pisando discretamente el pie de su restaurador.

El pintor Moret conocía el valor del museo Pons, y levantó bruscamente la cabeza. Sólo podían arriesgarse a aquella astucia con Rémonencq y la Cibot. El judío evaluó moralmente a la portera con una mirada en que los ojos hicieron las veces de balanzas de un pesador de oro. Ambos debían ignorar que el viejo Pons y Magus habían medido con frecuencia sus fuerzas. En efecto, aquellos dos feroces coleccionistas se envidiaban el uno al otro. Así, se comprende que el viejo judío hubiese experimentado aquel deslumbramiento interior. Nunca hubiera esperado poder entrar en un serrallo tan bien guardado. El museo Pons era el único de París que podía rivalizar con el museo Magus. El judío tuvo la misma idea veinte años después que Pons; pero, en su calidad de comerciante coleccionista, el museo de éste le estuvo vedado, lo mismo que a du Sommerard. Pons y Magus tenían en su corazón la misma envidia. Ninguno de los dos amaba aquella celebridad que suelen buscar los que poseen gabinetes. Poder examinar la magnífica colección del pobre músico era, para Elías Magus, la misma felicidad que la que proporcionaría a un mujeriego penetrar sin ser visto en el tocador de una bella amante que un amigo le oculta. El gran respeto que sentía Rémonencq por aquel extraño personaje y el prestigio que ejerce todo poder real, aunque sea misterioso, convirtieron a la portera en un ser obediente y dócil. La Cibot perdió el tono despótico con que se conducía en su portería con los inquilinos y sus dos señoras, aceptó las condiciones de Magus y prometió introducirle en el museo Pons, a pesar de que el viejo, desde hacía diez años, prohibía a la Cibot que dejase entrar a nadie en su casa, llevaba siempre las llaves consigo y contaba con la obediencia de la Cibot, mientras ésta compartió las opiniones de Schmucke sobre las antigüedades que allí se guardaban. El buen Schmucke, en efecto, al tratar a tales magnificencias de *chucheguías* y al deplorar la manía de Pons, inculcó su desdén por aquellas antiguallas a la portera, y garantizó al museo Pons contra toda invasión durante mucho tiempo.

Desde que Pons se hallaba en cama, Schmucke le sustituía en el teatro y en los pensionados. El pobre alemán, que únicamente veía a su amigo por la mañana y

durante la cena, trataba de complacer a todos para conservar la clientela común, pero todas sus energías estaban absorbidas en la realización de esta tarea, tan abrumado de dolor se hallaba. Al ver a aquel pobre hombre triste, las alumnas y la gente del teatro, a quienes había explicado la enfermedad de Pons, le pedían noticias de él y la tristeza del pianista era tan profunda, que lograba arrancar de los indiferentes esa expresión de sentimiento que solamente se exterioriza en París ante las mayores catástrofes. El mismo principio vital del buen alemán se hallaba tan atacado como en Pons. Schmucke sufría doblemente por su dolor y por la enfermedad de su amigo, de suerte que se ponía en mitad de la clase, interrumpía la lección que explicaba para ponerse a hablar de Pons, con tal ingenuidad que la joven alumna se veía obligada a escuchar los pormenores de la enfermedad de Pons. Entre dos lecciones, corría a la calle de Normandía para ver a Pons durante un cuarto de hora. Asustado ante lo vacía que estaba la caja social y alarmado por la señora Cibot, que llevaba quince días haciendo cuanto podía por aumentar los gastos de la enfermedad, el profesor de piano sentía su angustia dominada por un valor del que nunca se hubiera creído capaz. Por primera vez en su vida quería ganar dinero, para que éste no faltase en la casa. Cuando una alumna, verdaderamente conmovida por la situación de los dos amigos, preguntaba a Schmucke cómo podía dejar a Pons solo, respondía con la sublime sonrisa de los inocentes:

—*Señoguita, tenemos a la señoga Zibod... ¡Es un tesogo, una pegla! ¡Bons está cuidado como un guey!*

Ahora bien, tan pronto Schmucke se iba de casa, la Cibot se convertía en la dueña del piso y del enfermo. ¿Cómo hubiera podido vigilar Pons, que no había comido nada desde hacía quince días, que yacía sin fuerzas, al que la Cibot tenía que levantar y sentar en una poltrona para hacer la cama, cómo hubiera podido vigilar a aquel pretendido ángel de la guarda? Naturalmente, la Cibot se fue a casa de Elías Magus mientras Schmucke almorzaba.

Volvió en el momento en que el alemán se despedía del enfermo, pues, desde la revelación sobre la posible fortuna de Pons, la Cibot no abandonaba ya a su paciente, lo empollaba. Se instalaba en una mullida poltrona, a los pies de la cama y, para distraerle, contaba comadreos, menester en el que sobresalen esta clase de mujeres. Zalamera, dulce, atenta e inquieta, se insinuaba en el ánimo del viejo Pons con una habilidad maquiavélica, como tendremos ocasión de ver. Asustada por la predicción que le hizo la señora Fontaine, la Cibot se prometió que triunfaría utilizando métodos suaves, maldades puramente morales, que permitirían que su nombre figurase en el testamento de su señor. Ignorante durante diez años del valor que tenía el museo Pons, la Cibot se encontraba con diez años de fidelidad, de honradez y de desinterés en las manos, y se proponía obtener intereses de aquel magnífico valor. Desde el día en que, con una frase llena de oro, Rémonencq hizo surgir en el corazón de aquella mujer una serpiente oculta en su concha durante veinticinco años, y que era el deseo de ser rica, aquella mujer alimentó a la serpiente con todas las malas levaduras que

tapizan el fondo de los corazones, y a continuación veremos cómo ejecutaba los consejos que le daba la serpiente con su voz sibilante.

—Qué, ¿se ha portado bien nuestro querubín? ¿Está mejor? —preguntó a Schmucke.

—*¡No está mejog, mi queguida señoga Zibod, no está mejog!* —respondió el alemán enjugándose una lágrima.

—¡Bah! Os alarmáis excesivamente, mi querido señor, no conviene exagerar... Si mi marido se muriese, no estaría más desolada que lo estáis vos. No os preocupéis... nuestro querubín tiene una constitución fuerte. ¡Y además, parece que ha sido muy poco mujeriego! ¡Las personas así viven mucho! Está muy enfermo, eso sí, pero con mis cuidados le salvaré. Tranquilizaos, id a vuestros asuntos, que yo le acompañaré y haré que beba sus pintas de agua de cebada.

—*Sin fos, me moquiguía de inquietud* —dijo Schmucke estrechando entre sus manos, con un gesto de confianza, la mano de su buena ama de casa.

La Cibot entró en la habitación de Pons secándose los ojos.

—¿Qué tenéis, señora Cibot? —dijo Pons.

—¡Es el señor Schmucke, que me revuelve el alma... os llora como si ya hubieseis muerto! Aunque estéis enfermo, aún no os encontráis tan mal para que tengamos que lloraros, pero estas cosas me hacen tanto efecto! ¡Dios mío, qué tonta soy de querer así a las personas y de sentir más afecto por vos que por Cibot! Pues, si bien se mira, vos no sois nada mío, únicamente somos parientes por nuestra primera madre, pero la verdad es que se me corta la sangre tratándose de vos, palabra de honor. Me dejaría cortar la mano, la izquierda, naturalmente, aquí, delante de vos, para veros ir yendo y viniendo, comiendo y engañando a los vendedores, como solíais hacer... ¡Sí hubiese tenido un hijo, creo que le hubiera querido como a vos, palabra! ¡Bebed ahora, querido, vamos, un vaso lleno! ¿Queréis beber, señor? ¿No sabéis lo que ha dicho el doctor Poulain?: «Si no quiere ir al Père-Lachaise, el señor Pons debe beber durante el día tantos botijos de agua como vende un auvernés. Así es que, ¡a beber se ha dicho!...».

—Si ya bebo, mi buena Cibot..., bebo tanto, que tengo el estómago inundado...

—¡Así me gusta! —dijo la portera tomando el vaso vacío—. Cumpliendo lo que dice el doctor, os salvaréis. El señor Poulain tenía un enfermo como vos, que no sabía cuidarse y al que sus hijos abandonaban, y murió de esta misma enfermedad, por no haber querido beber... Así es que, ¡a beber se ha dicho, pichoncito!... que le enterraron hace dos meses... ¿No sabéis que si os murieseis, mi querido señor, os llevaríais con vos a la tumba al viejo Schmucke?... Es como un niño, palabra de honor. ¡Ah, cuánto os quiere, ese corderito! ¡No, una mujer nunca quiere tanto a un hombre!... No bebe, no come, ha adelgazado en estos últimos quince días tanto como vos, que no tenéis más que la piel y el hueso... Esto hace que me sienta celosa, pues os tengo mucho afecto, pero yo no pierdo el apetito por eso, al contrario. Obligada a subir y bajar continuamente las escaleras, tengo las piernas tan cansadas que, por la



noche, caigo como si fuese de plomo. ¡No querréis que abandone a mi pobre Cibot por vos! La señorita Rémonencq se encarga de atenderle y él me regaña porque todo lo encuentra mal. Entonces yo le digo que hay que saber sufrir por los demás, y que vos estáis tan enfermo, que no puedo abandonaros... ¡En primer lugar, aún no estáis bien para dejar de tener una persona que os vele! ¿Cómo podría tolerar yo que viniese aquí una veladora, después de haceros la casa y la eximida desde hace diez años?... ¡Esas veladoras son unas tragonas! Comen como diez, y ahora quieren vino, luego azúcar, un brasero, comodidades... Y además, roban a los enfermos, si éstos no las ponen en su testamento... Si hoy metiésemos aquí una veladora, mañana encontraríamos a faltar un cuadro, un objeto de valor...

—¡Oh, señora Cibot! —exclamó Pons fuera de sí—. ¡No me abandonéis!... ¡Que nadie toque nada!...

—¡Por suerte, yo estoy aquí! —contestó la Cibot—. Y mientras tenga fuerzas, aquí estaré, así es que tranquilizaos. El señor Poulain, que quizás ha puesto la mira en vuestro tesoro, ¡no quería que tuvieseis una veladora!... ¡Hubieseis visto cómo le canté las cuarenta! «El señor sólo me quiere a mí —fui y le dije—, pues tiene sus costumbres y yo se las conozco». Esto le hizo callar. ¡Pero las veladoras son todas unas ladronas! ¡Detesto a esas mujeres!... Ahora veréis lo intrigantes que son. Una vez, un señor de edad... Sabed que me lo contó el propio señor Poulain... Pues bien, una tal señora Sabatier, una mujer de treinta y seis años, antigua vendedora de chinelas en el Palacio... ya sabéis, en la galería donde estaban los vendedores en el palacio y que ahora han derribado...

Pons hizo un signo afirmativo.

—Bien... Esa mujer, hasta entonces, lo pasaba bastante mal por causa de su marido, que se Jo gastaba todo en vino y que murió de un ataque de *poplejía*, pero era una mujer muy hermosa, justo es reconocerlo, aunque esto no le sirvió de nada, a pesar de que, según dicen, tuvo muy buenos amigos entre los abogados... Así, cuando estuvo en la miseria, se hizo veladora de recién paridas, y ahora vive en la calle Barre-du-Bec. Pero no veló más que a un señor viejo que, con vuestro perdón, tenía una enfermedad de las vías *lurinarias*, al que había que sondar como a un pozo artesiano y que requería tan grandes cuidados, que ella dormía en un catre en la misma habitación. ¡Qué cosas, verdad! Pero vos me diréis: «¡Los hombres no respetan nada en su egoísmo!». En fin, la verdad es que ella siempre estaba allí hablando con él, le distraía, le contaba historias, le daba conversación, tal como estamos ahora vos y yo aquí, que no hacemos más que charlar... Así fue como ella supo que sus sobrinos, pues el enfermo tenía sobrinos, eran unos monstruos, que le mataban a disgustos, y que, por último, fueron los causantes de su enfermedad. Pues bien, mi querido señor, ella salvó a este enfermo y hoy es su mujer, tienen un niño encantador del que ha sido madrina la señora Bordevin, la carnicera de la calle Chariot, que es parienta de esa señora. ¡Esto sí que es tener suerte!... Yo estoy casada pero no tengo hijos, aunque, esto puedo decirlo, es por culpa de Cibot, que me quiere

demasiado, pues si yo quisiera... Basta. ¡Aunque no sé qué haríamos con familia Cibot y yo, porque no tenemos ni un céntimo, después de treinta años de honradez, mi querido señor! Pero lo que me consuela, es que no sea mío. Nunca he hecho daño a nadie... Mirad, una suposición, como si dijésemos, pues dentro de seis semanas, estaréis tan campante, paseando por el bulevar; pues bien, supongamos que me legarais algo en vuestro testamento, yo no pararía hasta encontrar a vuestros herederos para devolverles lo que me dejaseis... ya que me da mucho miedo todo lo que no es producto del sudor de nuestra frente. Vos me diréis: «Pero, señora Cibot, no os atormentéis así, bien os lo habéis ganado, habéis cuidado a esos señores como si fuesen vuestros hijos, les habéis ahorrado mil francos por año...». Pues habéis de saber, señor, que en mi lugar, muchas cocineras ya tendrían diez mil francos, en una libreta de la caja de ahorros. «¡Es justo, pues, que ese digno señor os deje una pequeña renta vitalicia!», vamos a suponer que me dijeseis. ¡Pues bien, no! Yo soy desinteresada. No comprendo cómo hay mujeres que hacen el bien por interés... Eso no es hacer el bien, ¿no creéis, señor?... Yo no voy a la iglesia porque no tengo tiempo, pero mi conciencia me dice lo que está bien y lo que está mal... ¡No os agitéis así, gatito mío!... ¡No os rasquéis! ¡Dios mío, qué amarillo os habéis puesto! Estáis tan amarillo, que os habéis vuelto moreno... ¡Qué curioso es que una persona pueda ponerse como un limón en veinte días!... ¡La honradez es el tesoro de los pobres, pues algo hay que tener! Suponiendo que vuestro estado empeorase, que Dios no lo permita, yo sería la primera en deciros que debéis dar todo cuanto os pertenece al señor Schmucke. Éste es vuestro deber, pues ese hombre forma toda vuestra familia... os quiere como un perro quiere a su amo.

—¡Ah, sí! —asintió Pons—. Es la única persona que me ha querido en mi vida.

—¡Vamos, señor —dijo la Cibot—, que eso no está bien! ¡Y yo! ¿Es que yo no os quiero?...

—Yo no dicho eso, mi querida señora Cibot...

—¡Está bien! ¡Por lo visto me tomáis por una sirvienta, por una cocinera ordinaria, como si yo no tuviese corazón! ¡Ah, Dios mío! Y pensar que me he pasado diez años partiéndome los riñones por estos dos hombres! Pensando únicamente en su bienestar, revolviéndolo todo en diez fruterías, aguantando que me dijese toda clase de tonterías para encontraros en buen queso de Brie, yendo hasta la Halle para buscar mantequilla fresca, y cuidando de todo, sin romper nada durante diez años, sin desportillar ni un plato... ¡Esto es lo que pasa por portarme como una madre! ¡Y ahora oíros decir un *mi querida señora Cibot* que demuestra que el viejo señor al que una cuida como el hijo de un rey, pues ni el rey de Roma fue cuidado como vos, no tiene el menor sentimiento de afecto por una!... ¿Qué os apostáis a que el rey de Roma no estuvo tan bien cuidado como vos?... La prueba es que murió en la flor de la edad... Vamos, señor, que esto no es justo... ¡Sois un ingrato! ¡Esto es porque yo soy una pobre portera! ¡Ah, Dios mío! Así, pues, ¿vos creéis que nosotros somos perros?

—Pero, mi querida señora Cibot...

—¡En fin, ya que vos sois un sabio, explicadme por *qué* nos tratan así, a nosotros los porteros, que nos creen incapaces de tener sentimientos y se burlan de nosotros, en estos tiempos en que tanto se habla de igualdad!... ¿Es que yo no valgo tanto como otra mujer? ¡Yo, que he sido una de las mujeres más guapas de París, hasta el punto de que me llamaban *la bella vendedora de ostras* y me hacían siete u ocho declaraciones de amor diarias!... ¡Y las que me harían aún, si yo quisiese! Sin ir más lejos, caballero, supongo que conocéis a ese alfeñique de chatarrero que vive en esta misma casa. Pues bien, si yo fuese viuda, una suposición, se casaría conmigo con ojos cerrados, porque se pasa el día diciéndome: ¡Oh, qué brazos tan hermosos tenéis, señora Cibot!... ¡Esta noche he soñado que eran pan y que yo era mantequilla, y me extendía sobre ellos!... ¡Mirad, señor, mirad qué brazos!...

Se arremangó la manga y mostró el brazo más magnífico del mundo, tan blanco y fresco como su mano roja y ajada; un brazo torneado, redondo, con hoyuelos y que, fuera de su habitual funda de merino común, como un cuchillo fuera de su vaina, deslumbró a Pons, que no se atrevió a mirarlo durante mucho rato.

—¡Son unos brazos que han abierto tantos corazones como ostras abría mi cuchillo! Pues bien, son de Cibot, y he cometido la falta de abandonar a este pobre hombre, que se tirarla por un precipicio a una sola palabra mía, por vos, caballero, que me llamáis *mi querida señora Cibot*, cuando yo haría lo imposible por complaceros...

—Escuchadme —dijo el enfermo—, yo no puedo Homaros madre, ni esposa...

—¡No, nunca más, mientras viva, volveré a sentir tal afecto por nadie!

—¡Pero dejadme hablar! —repuso Pons—. Escuchad, primero hablé de Schmucke.

—¡El señor Schmucke! ¡Ése si que tiene razón! —dijo la portera—. ¡Él me quiere porque es pobre! Pero la riqueza se siente atraída por personas insensibles, y vos sois rico. ¡Bien, poned una veladora, y ya veréis qué vida os dará! Os atormentará como un abejorro... El médico dirá que tenéis que beber y ella os atiborrará de comida... Os enterrará para robaros. ¡No merecéis tener a una señora Cibot!... ¡Haced lo que os plazca! ¡Cuando venga el señor Poulain, pedidle que os ponga una veladora!

—¡Pero, pardiez, dejadme hablar! —exclamó el enfermo, encolerizado—. ¡Yo no hablaba de mujeres al referirme a mi amigo Schmucke!... ¡Sé muy bien que las únicas personas que me aman sinceramente sois vos y él!...

—¿Queréis hacer el favor de no irritaros así? —exclamó la Cibot precipitándose sobre Pons y obligándole a tenderse de nuevo en el lecho a viva fuerza.

—¿Cómo queréis que no sienta afecto hacia vos? —añadió el pobre Pons.

—¿De veras me queréis? ¿De veras?... ¡Vamos, os pido perdón, señor! —dijo ella llorando y secándose las lágrimas—. Sí, claro, me queréis como se quiere a una criada; a una criada a la que se tira un vitalicio de seiscientos francos, como un trozo de pan a la caseta de un perro...

—¡Oh, señora Cibot! —exclamó Pans— ¿Por quién me tomáis? ¡Vos no me conocéis!

—¡Ah, entonces me queréis más! —prosiguió ella al ver la mirada de Pons—. ¿Queréis a vuestra buena Cibot como una madre? ¡Sí, esto es lo que soy, vuestra madre, y vosotros dos sois mis hijos!... ¡Ah, si conociese a los que os han causado esta pena, haría que me llevasen ante el tribunal e incluso a la cárcel, pues les arrancaría los ojos!... ¡Esa gentuza merecería ser colgada en la puerta de Saint-Jacques! ¡Y no sería suficiente para castigar la maldad de esas personas!... Un hombre tan bueno y cariñoso como vos, que tenéis un corazón de oro, y habéis sido creado y traído al mundo para hacer feliz a una mujer... Sí, la hubieseis hecho feliz... eso salta a la vista, pues os han hecho que ni pintado para lograr la eterna dicha de un corazón femenino... Yo, al principio, al ver lo bien que os portabais con el señor Schmucke, me decía: «¡No, el señor Pons se ha equivocado! ¡Ha nacido para ser un buen marido!...». ¿Verdad que las mujeres os gustan?

—¡Ah, sí! —dijo Pons—. Pero nunca las he tenido...

—¿De veras? —exclamó la Cibot con aires provocativos, acercándose a Pons y tomándole al mano—. ¿No sabéis lo que es tener una amante, que es capaz de hacerlo todo por su amigo? ¡Es imposible que no lo sepáis! ¡Yo, en vuestro lugar, no querría irme al otro mundo sin haber conocido la mayor felicidad que existe sobre la tierra!... ¡Pobrecillo, si fuese como era antes, palabra de honor, dejaría a Cibot por vos! pero con una nariz como la vuestra, porque tenéis una nariz tremenda, ¿cómo os las habéis arreglado, mi pobre querubín?... Vos me diréis: «No todas las mujeres entienden de hombres!...», y es una lástima que se casen a diestro y siniestro, una verdadera pena. ¡Y yo que fe figuraba que teníais amantes por docenas, bailarinas, actrices, duquesas, y que esto era el motivo de vuestras ausencias!... Al ve ros salir, decía siempre a Cibot; «¡Mira, por ahí pasa el señor Pons, que va a echar una cana al aire!». ¡Palabra de honor, esto decía, pues creía que os ibais de picos pardos! El cielo os ha creado para el amor... Mirad, mi querido señor, yo esto lo vi el día en que cenasteis aquí por primera vez. ¡Oh, qué contento estabais al ver la alegría que sentía el señor Schmucke! Él me lo contaba llorando al día siguiente: *¡Señoga Zibod, él ha senado aquí!* Yo también me eché a llorar como una tonta. ¡Y qué triste estaba, cuando aceptasteis otra vez las invitaciones para cenar fuera de casa! ¡Pobre hombre, nunca había visto a nadie tan desolado! ¡Ah, tenéis razón al convertirle en vuestro heredero! ¡Ese santo varón constituye toda vuestra familia!... ¡No le olvidéis! De lo contrario, Dios no os recibiría en su paraíso, donde sólo debe permitir que entren los que se han mostrado agradecidos con sus amigos, dejándoles rentas.

Pons intentaba vanamente meter baza, pero la Cibot seguía hablando por los codos. Aunque se ha encontrado el medio de parar las máquinas de vapor, no existe inventor con el genio suficiente para descubrir un instrumento capaz de detener la lengua de una portera.

—Ya sé que vais a decir —prosiguió ella— Nadie se muere, mi querido señor, por

hacer testamento cuando está enfermo; y yo, en vuestro lugar, por temor a un accidente, no querría abandonar a ese pobre corderillo, porque es una pobre criatura de Dios; no sabe nada de nada; no querría dejarle a merced de la codicia de los hombres de negocios, y de unos parientes que son todos unos canallas. Vamos a ver... ¿Hay alguno que haya venido a veros durante estos últimos veinte días?... ¿Y vos le daríais vuestros bienes? ¿Sabéis que según dicen, todo lo que hay aquí vale mucho?

—Naturalmente —respondió Pons.

—Rémonencq, que os conoce como coleccionista, y que se dedica a la compra y venta, dice que os daría treinta mil francos de renta vitalicia para tener vuestros cuadros, cuando vos faltaseis... ¡Bonito negocio! ¡En vuestro lugar, yo lo haría! Pero creí que se burlaba de mí cuando me lo dijo... Deberíais advertir al señor Schmucke sobre el valor que tienen todas estas cosas, pues ese hombre se dejaría engañar como un niño. No tiene la menor idea de lo que valen, y es tan confiado, que las daría por un trozo de pan en el caso de que no tratase de conservarlas durante toda su vida por ser un recuerdo vuestro, si es que os sobrevive, porque vuestra muerte sería la suya. ¡Pero aquí estoy yo! ¡Yo le defenderé contra todo y contra todos!... Yo y Cibot.

—Mi querida señora Cibot —respondió Pons, enternecido por aquel espantoso parloteo, que aparentemente parecía demostrar los ingenuos sentimientos populares—. ¿Qué habría sido de mí sin vos y sin Schmucke?

—¡Ah, nosotros somos los únicos amigos que tenéis en este mundo! ¡De esto podéis estar bien seguro! Pero dos buenos corazones valen por toda una familia... ¡No me habléis de la familia! La familia es como la lengua, decía un actor antiguo; es, a la vez, lo mejor y lo peor... Y vuestros parientes, ¿dónde están? ¿Pero es que tenéis parientes?... Yo no los he visto nunca...

—¡Son los causantes de mi enfermedad! —exclamó Pons con una profunda amargura.

—¡Ah, de modo que tenéis parientes! —dijo la Cibot, incorporándose como si la butaca se hubiese convertido de pronto en hierro candente—. ¡Pues os quieren mucho, vuestros parientes! ¡Ahí es nada! ¡Pronto hará veinte días, digo, los ha hecho esta mañana, que estáis entre la vida y la muerte, y aún no han venido a interesarse por vuestro estado! ¡Esto me parece un poco fuerte, la verdad!... ¡Yo, en vuestro lugar, dejaría toda mi fortuna a la inclusa antes que darles un solo céntimo!

—Debéis saber, mi querida señora Cibot, que yo tenía la intención de legar todo cuanto poseo a mi primita, la hija de mi primo hermano, el presidente Camusot, ¿sabéis?, el magistrado que vino una mañana, pronto hará dos meses.

—¡Ah, uno pequeño y gordo, que os envió a sus criados para que os pidiesen perdón... por una plancha que se había tirado su mujer... cuya doncella me hizo preguntas sobre vos, una vieja remilgada y flaca... sentí deseos de sacudirle el polvo con el mango de la escoba! ¿A qué doncella se le ocurre llevar una manteleta de terciopelo con capuchón? ¡Sí, palabra de honor, el mundo está revuelto! ¿Por qué se

hacen las revoluciones? ¡Cenad dos veces y buen provecho os haga, ricachos miserables! Pero yo digo que las leyes de nada sirven, que nada es sagrado si Luis XV no mantiene las jerarquías, ya que, en fin, si todos somos iguales, ¿no es verdad, señor?, una doncella no debe tener una manteleta de terciopelo, cuando yo, la señora Cibot, con treinta años de trabajo honrado, no puedo tenerla... ¿No os parece un escándalo? Cada cual debe vestir según corresponda a la clase a que pertenezca. ¡Una doncella es una doncella, del mismo modo que yo soy una portera! ¿Por qué llevan los militares charreteras con fleco de canalones? ¡A cada cual su graduación! ¿Queréis que os diga la palabra final sobre todo esto? Pues voy a decíroslo: ¡Francia está perdida!... Con el Emperador todo era diferente, ¿no es verdad, señor? Y entonces yo fui y le dije a Cibot: «¿Te das cuenta, marido? Una casa donde las doncellas llevan manteletas de terciopelo, tiene que ser una casa de gentes sin entrañas...».

—¡Sí, eso mismo, sin entrañas! —respondió Pons.

Y el músico refirió sus disgustos y sus sinsabores a la Cibot, quien se deshizo en invectivas contra los parientes, exteriorizando la más expresiva de las ternuras ante cada frase de aquel triste relato. Por último, terminó derramando abundantes lágrimas.

Para concebir esta infinidad súbita entre el viejo músico y la señora Cibot; basta con imaginarse la situación en que se hallaba aquel célibe, gravemente enfermo por primera vez en su vida, tendido en el lecho del dolor, sólo en el mundo obligado a pasar el día cara a cara consigo mismo y hallándolo tanto más largo cuanto que era presa de sufrimientos indefinibles producidos por la hepatitis, ennegreciendo la vida más bella y que, privado de sus numerosas ocupaciones, caía en el marasmo parisién y echaba de menos todo cuanto se ve gratis en París. Aquella soledad profunda y tenebrosa, aquel dolor cuyos ataques se dirigían más contra lo moral que lo físico, la inanidad de la vida, todo impulsa a un soltero, sobre todo cuando ya es débil de carácter y tiene un corazón sensible y crédulo, a sentir apego por el ser que le cuida, del mismo modo que mi náufrago se agarra a una tabla de salvación. Quiere decir esto que Pons escuchaba los comadreo de la Cibot con embeleso. Schmucke y señora Cibot, junto con el doctor Poulain constituían para él toda la humanidad, lo mismo que su habitación era el universo. Si todos los enfermos suelen concentrar su atención en torno a las cosas dominadas por sus miradas, si su egoísmo exige la subordinación servil de los seres y cosas sometidos a su esfera de influencia, júzguese de qué sería capaz un viejo solterón, sin vínculos afectivos y que nunca conoció el amor. ¡En veinte días, Pons llegó, poco a poco, a lamentar no haberse casado con Magdalena Vivet! Así, desde hacía veinte días, la Cibot realizaba inmensos progresos en el espíritu del enfermo, que se veía perdido sin ella, toda vez que, Schmucke, era un segundo Pons para el pobre enfermo. El arte prodigioso de aquella mujer consistía, sin que ella lo supiese, claro, en expresar las propias ideas de Pons.

—¡Ah!, ya está aquí el doctor —dijo al oír la campanilla.

Y dejó a Pons solo, sabiendo muy bien que acababan de llegar el judío y Rémonencq.

—No hagáis ruido, caballeros —les dijo—, que no se de cuenta de nada, pues se sale de sus casillas cuando se trata de su tesoro.

—Bastará con damos una vuelta —respondió el judío, provisto de su lupa y de unos anteojos.

El salón donde se hallaba la mayor parte del museo Pons era uno de esos antiguos salones tal como los concebían los arquitectos al servicio de la nobleza francesa, de veinticinco pies de ancho por treinta de largo y trece pies de altura. Los sesenta y siete cuadros propiedad del señor Pons, ocupaban las cuatro paredes de aquel salón enmaderado de color blanco y oro. El blanco amarillento y el oro enrojecido por el tiempo, ofrecían tonos armoniosos que no perjudicaban en absoluto el efecto de los lienzos. Catorce estatuas se alzaban sobre columnas, en los rincones o entre los cuadros, encima de pedestales de Boulle. Varios aparadores de ébano, todos ellos esculpidos y de una riqueza regia, adornaban la parte inferior de las paredes. Aquellos aparadores contenían curiosidades. En el centro del salón, una línea de vitrinas de madera tallada ofrecían a la mirada las mayores rarezas del trabajo humano: marfiles, bronces, obras de talla, esmaltes, orfebrería, porcelanas, etcétera...

Tan pronto entró el judío en aquel santuario, se fue directamente hacia cuatro obras maestras que, además de considerarlas como las más bellas de la colección, estaban realizadas por maestros que faltaban en la suya. Eran para él lo que son para los naturalistas ese desiderátum que les hace emprender viajes, desde la puesta del sol hasta la aurora, en los trópicos, desiertos, pampas, sábanas y selvas vírgenes. El primer cuadro era de Sebastián del Piombo, el segundo de Fray Bartolomeo della Porta, el tercero un paisaje de Hobbéma, y el último un retrato de mujer por Alberto Durero... ¡cuatro diamantes! Sebastián del Piombo representa, en el arte de la pintura, un punto brillante en el que se dan cita tres escuelas para aportar cada una de ellas sus cualidades más eminentes. Pintor natural de Venecia, fue a Roma para adoptar el estilo de Rafael, bajo la dirección de Miguel Ángel, quien quiso oponerle a Rafael luchando contra aquel soberano pontífice del arte en la persona de uno de sus seguidores. Así, aquel genio perezoso fundió el color veneciano, la composición florentina y el estilo rafaelesco en los raros cuadros que se dignó pintar, y cuyos cartones, según se dice, fueron dibujados por Miguel Ángel. Vemos también la perfección que alcanzó aquel hombre, armado de aquella triple fuerza, al estudiar, en el Museo de París, el retrato de Baccio Bandinelli, que puede compararse con el *Caballero del Guante* del Ticiano, con el retrato de viejo en el que Rafael une a su perfección la del Correggio, y con el *Carlos VIII* de Leonardo de Vinci, sin menoscabo para esta tela. Estas cuatro perlas ofrecen las mismas aguas y el mismo oriente, igual redondez y brillo e idéntico valor. El arte humano no puede ir más allá. Es superior a la naturaleza, que sólo hizo vivir al original durante un momento. De aquel gran genio, de aquella paleta inmortal, pero de una incurable pereza, Pons

poseía un *Caballero de Malta en oración*, pintado en pizarra, de una frescura, de un acabado y de una profundidad todavía superior a las cualidades exhibidas por el retrato de Baccio Bandinelli. El Fray Bartolomeo, que representaba una *Sagrada Familia*, hubiera sido tomado por un cuadro de Rafael por muchos entendidos. El Hobbéma podía alcanzar los sesenta mil francos en pública subasta. En cuanto al Alberto Durero, aquel retrato de mujer era semejante al famoso *Holzschuer* de Nuremberg, por el que los reyes de Baviera, de Holanda y Prusia han ofrecido en vano doscientos mil francos en diversas ocasiones. ¿Es la mujer o la hija del caballero Holzschuer, el amigo de Alberto Durero?... La hipótesis parece cierta, pues la figura femenina del Museo Pons está en una actitud que hace suponer la existencia de otro cuadro con el que hace pareja, y las armas pintadas se hallan dispuestas de la misma manera en ambos retratos. Finalmente, el *aetatis suae XLI* está en perfecta armonía con la edad indicada en el retrato que conserva tan religiosamente la casa Holzschuer de Nuremberg, y cuyo grabado se ha terminado recientemente.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Elios Magus ante la contemplación sucesiva de aquellas cuatro obras maestras.

—¡Os doy dos mil francos de gratificación por cada uno de estos cuadros, si conseguís que los tenga por cuarenta mil francos! —dijo al oído de la Cibot, estupefacta ante aquella fortuna llovida del cielo.

La admiración, o para ser más exactos, el delirio del judío, produjeron tal trastorno en su inteligencia y en su habitual avaricia, que, como vemos, se hundió en ella.

—¿Y yo? —dijo Rémonencq, que no entendía en cuadros.

—Aquí todo posee idéntica calidad —replicó astutamente el judío al oído del auvernés—. ¡Elige diez cuadros al azar y las mismas condiciones, y lograrás tu fortuna!

Aquellos tres ladrones continuaban mirándose, presa cada uno de ellos de la viva voluptuosidad que produce un triunfo financiero, cuando la voz del enfermo resonó y vibró como una campanada...

—¿Quién va? —gritó Pons.

—¡Por Dios, señor, volved a acostaros! —dijo la Cibot, abalanzándose sobre él y obligándole a meterse nuevamente en cama—. ¿Pero es que queréis mataros?... Pues bien, no era el señor Poulain, sino el bueno de Rémonencq, que está inquieto por vos y viene a saber como os encontráis... Os quieren tanto, que toda la casa está en vilo por vos. ¿De qué tenéis miedo?

—Me había parecido que había varias personas en el salón —observó el enfermo.

—¡Varias personas! ¡Ésta sí que es buena!... ¿Soñáis acaso?... ¡Acabaréis por volveros loco, palabra de honor!... Vamos, mirad.

La Cibot fue con presteza a abrir la puerta, hizo una seña a Magus para que se retirase y llamó a Rémonencq.

—Bien, mi querido señor —dijo el auvernés, para quien había hablado la Cibot



—, vengo a saber noticias vuestras, pues toda la casa está dominada por la zozobra que causa de vuestro estado. ¿De qué tenéis miedo? ¡A nadie le gusta que la muerte se meta en las casas!... Además, el tío Monistrol, a quien vos conocéis tan bien, me ha encargado que os diga que, si necesitáis dinero, no tenéis más que pedirselo...

—¡Os envía para que echéis una mirada a mis *chucherías*! —dijo el viejo coleccionista, con una acritud llena de desconfianza.

Los enfermos del hígado suelen experimentar casi siempre una antipatía especial y momentánea; concentran todo su mal humor y lo descargan sobre un objeto o una persona cualquiera. Ahora bien, Pons se figuraba que querían apoderarse de su tesoro, estaba obsesionado por la idea de vigilarlo y enviaba de vez en cuando a Schmucke para que viese si alguien se había introducido en el santuario.

—Vuestra colección es lo suficiente hermosa —respondió con astucia Rémonencq—, como para despertar la atención de los marchantes; no soy un experto en antigüedades de valor, pero vos pasáis por ser un entendido tan grande que, aunque soy un lego, compraría cualquier cosa del señor con los ojos cerrados, sí el señor tuviese alguna vez necesidad de dinero, pues estas condenadas enfermedades cuestan un dineral; sin ir más lejos, mi hermana, en diez días, gastó treinta sueldos en potingues, cuando se le trastornó la sangre, a pesar de que se hubiera curado muy bien sin gastar tanto en la botica... Los médicos son unos bribones que se aprovechan de nuestro estado para...

—Adiós y gracias, caballero —respondió Pons al chatarrero, dirigiéndole miradas inquietas.

—Voy a acompañarle para que no toque nada —dijo la Cibot en voz baja a su paciente.

—Sí, sí —respondió el enfermo, dirigiendo a la Cibot una mirada llena de agradecimiento.

La portera cerró la puerta del dormitorio, despertando la desconfianza de Pons. Encontró a Magus Inmóvil ante los cuatro cuadros. Aquella inmovilidad, aquella admiración, sólo podrán comprenderla los que sientan en su alma el bello ideal, los que experimenten el sentimiento inefable despertado por la perfección artística, haciéndoles permanecer con los pies clavados durante horas enteras, en el Museo, ante la *Gioconda* de Leonardo de Vinci, ante la *Antíope* del Correggio, obra maestra del genial pintor, ante la *Amante* del Ticiano, la *Sagrada Familia* de Andrea del Sarto, ante los *Niños rodeados de flores* del Dominiquino, el pequeño camafeo de Rafael y su retrato de viejo, las más inmensas obras maestras del arte.

—¡Salid sin hacer ruido! —le dijo la mujerona.

El judío se fue lentamente y caminando de espaldas, sin dejar de mirar los cuadros, como un amante miraría a la amada de la que tiene que despedirse. Cuando estuvo en el rellano, la Cibot, a quien aquella contemplación dio algunas ideas, golpeó el brazo huesudo de Magus.

—¡Me daréis cuatro mil francos por cuadro, o no hay nada de lo dicho!...

—¡Soy tan pobre! —gimió Magus—. ¡Si deseo estas telas, es por amor, únicamente por amor al arte, mi bella dama!

—¡Estás tan seco, hijito —dijo la portera—, que comprendo la existencia de ese amor! Pero si hoy no me prometes dieciséis mil francos ante Rémonencq, mañana serán veinte mil.

—Prometo los dieciséis —respondió el judío, asustado ante la codicia de aquella portera.

—¿Por qué puede jurar un judío? —preguntó la Cibot a Rémonencq.

—Os podéis fiar de él —respondió el chatarrero—, es tan honrado como yo.

—Muy bien, ¿y vos? —preguntó la portera—. Si os los hago vender, ¿qué me daréis?

—La mitad de los beneficios —se apresuró a contestar Rémonencq.

—Prefiero una cantidad al contado, yo no me dedico al comercio —observó la Cibot.

—¡Entendéis mucho de negocios! —afirmó Elías Magus sonriendo—. Seríais un águila en el comercio.

—Le ofrezco una asociación total de cuerpos y bienes —dijo el auvernés tomando el brazo torneado de la Cibot y golpeándolo con la fuerza de un martillo—. ¡Lo único que le pido que aporte es su belleza! ¡Os equivocáis teniendo tanto apego por ese turco de Cibot y su aguja! ¿Es que un portero como él puede enriquecer a una mujer hermosa como vos? ¡Ah, qué bien estaríais en una tienda del bulevar, en medio de las antigüedades, charlando con los parroquianos y engatusándolos! Dejad esa portería cuando hayáis hecho vuestra hucha aquí y veréis lo que haremos los dos juntos.

—¡Hacer mi hucha! —respondió la Cibot—. ¡Yo soy incapaz de llevarme ni una aguja de aquí, sabedlo bien, Rémonencq! —exclamó la portera—, ¡En todo el barrio tengo fama de mujer honrada!, ¿qué os habéis figurado?

Los ojos de la Cibot llameaban.

—¡Vamos, calmaos! —dijo Elías Magus—. Este auvernés parece apreciaros demasiado para querer ofenderos.

—¡Cómo trataría a la clientela! —exclamó el auvernés.

—Sed sensatos, hijos míos, y pensad en cual es mi situación aquí... Hace ya diez años que me reviento trabajando para esos dos solterones, sin que nunca me hayan dado nada más que palabras... Rémonencq os dirá que alimento a los dos viejos a destajo, perdiendo de veinte a treinta sueldos diarios, y que en esto he invertido todos mis ahorros, ¡por el alma de mi madre!... la única autora de mis días que he conocido, pero tan verdad como que existo, y que ahora es de día, y que el café que tomo me sirva de veneno si miento en lo más mínimo... Pues bien, ahora uno de ellos está a punto de estirar la pata ¿verdad?, y es el más rico de esos dos hombres a los que yo he tratado como si fuesen mis propios hijos... ¿Podéis creer, mi querido señor, que a pesar de que desde hace veinte días no hago más que repetirle que está a las

puertas de la muerte (pues el señor Poulain le ha desahuciado), ese tacaño no ha manifestado la más pequeña intención de ponerme en su testamento, como si yo no le conociese? Palabra de honor, que tenemos nuestro merecido por haberle tomado, a fe de mujer honrada, pues, ¡quién se fía de los herederos!... ¡El mundo está formado por canallas y hablar cuesta muy poco!

—Es verdad —dijo solapadamente Elías Magus—, y aún resulta que somos nosotros los más honrados... —añadió mirando a Rémonencq.

—Dejadme que os diga una cosa —prosiguió la Cibot—, y no hablo por vos... ¡*Las personas apremiantes*, como dice aquel actor antiguo, *siempre son aceptadas!*... ¡Os juro que esos dos señores ya me deben cerca de tres mil francos, y que lo poco que poseía lo he gastado en medicamentos y en cosas para ellos!... ¡Si luego se niegan a reconocer nuestros anticipos!... Soy tan estúpida, con mi honradez, que no me atrevo a mencionárselo. Pero vos, que estáis en los negocios, mi querido señor, ¿qué me aconsejáis? ¿Que busque un abogado?...

—¡Un abogado! —exclamó Rémonencq—. ¡Vos dais ciento y raya a todos los picapleitos!...

El ruido causado por la caída de un cuerpo pesado, que resonó sobre las baldosas del comedor, llegó al hueco de la escalera.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la Cibot—. ¿Qué pasa? ¡Me parece que es el señor, que acaba de sacar una entrada de platea!

Empujó a sus dos cómplices que bajaron precipitadamente por la escalera, luego se volvió, irrumpió en el comedor y vio a Pons tendido cuán largo era, en camisón, víctima de un desmayo. Tomó al solterón en sus brazos, lo levantó como una pluma y le llevó a su cama. Después de acostar al moribundo, le hizo respirar barbas de pluma quemadas, le mojó las sienes con agua de colonia y le reanimó. Luego, cuando vio que Pons abría los ojos y la vida volvía a ellos, se puso con los brazos en jarras.

—¡Sin zapatillas... en camisón! ¡Hay para mataros! ¿Y por qué desconfiáis de mí?... Si es así, adiós muy buenas, señor mío. ¡Esta es mi recompensa... después de serviros diez años, de gastar mis ahorros para ayudaros, de ver desaparecer todas mis economías, para evitar disgustos a ese pobre señor Schmucke, que llora como una criatura por las escaleras! ¡Y vos os dedicáis a espiarme!... ¡Dios os ha castigado y os lo tenéis bien merecido! Y aún hago este esfuerzo para llevaros en brazos, del que puedo resultar herniada para el resto de mi vida... ¡Ah, Dios mío! Y me he dejado la puerta abierta...

—¿Con quién hablabais?

—¡Qué ideas tan peregrinas! —exclamó la Cibot—. ¡Vaya! ¿Es que soy vuestra esclava para tener que presentaros cuenta de mis acciones? ¿Sabéis lo que os digo? ¡Si seguís fastidiándome así, lo dejo todo! ¡Id a buscar una veladora!

Pons, asustado ante aquella amenaza, dio sin saberlo a la Cibot la medida de lo que podía intentar con aquella espada de Damocles.

—¡Es mi enfermedad! —dijo con voz lastimosa.

—¡Enhorabuena! —replicó la Cibot con grosería.

Dejó a Pons confuso, presa de remordimientos y admirando la vocinglera devoción de su veladora, haciéndose reproches y sin sentir el mal horrible con el que acababa de agravar su enfermedad, al caer de aquel modo en el piso del comedor. La Cibot vio a Schmucke, subiendo la escalera.

—Venid, caballero... Tengo tristes noticias que daros. ¡El señor Pons se está volviendo loco!... Figuraos que se ha levantado en cueros y me ha seguido... no, se ha tendido aquí, tan largo como es... Aunque se lo preguntéis, no sabe nada... Está muy mal. Yo no he hecho nada para provocarle tamañas violencias, a menos que le haya refrescado las ideas al hablarte de sus primeros amoríos... ¡Es muy difícil conocer a los hombres! Todos son unos viejos verdes... Hice mal en enseñarle los brazos, pues sus ojos brillaban cómo carbunclos...

Schmucke escuchaba a la señora Cibot como si la oyese hablar en hebreo.

—¡He hecho un esfuerzo tan grande, que quedaré quebrada para el resto de mis días! —añadió la Cibot, fingiendo sufrir vivos dolores y pensando sacar provecho de la idea que había tenido, por casualidad, al sentirse los músculos un poco fatigados—. ¡Soy tan estúpida! ¡Cuando le vi aquí, tendido en el suelo, le tomé en mis brazos y le llevé hasta su cama, como si fuese un niño! ¡Pero ahora me resiento del esfuerzo! ¡Ay, que me encuentro mal!... Me voy a casa, quedaos velando a nuestro enfermo. Diré a Cibot que vaya en busca del doctor Poulain, porque yo no puedo ir. Preferiría la muerte a verme baldada...

La Cibot se agarró con ambas manos a la barandilla y descendió por la escalera haciendo mil contorsiones y lanzando unos gemidos tan lastimeros que todos los inquilinos, asustados, salieron al rellano de sus respectivos pisos. Schmucke sostenía a la tullida llorando a lágrima viva, al mismo tiempo que explicaba la abnegación de la portera a los vecinos. Toda la casa y el barrio entero se enteraron sin tardanza de la sublime acción de la señora Cibot, que por poco se muere, decían, a causa del esfuerzo realizado para levantar a uno de los cascanueces en sus brazos. Schmucke, al volver junto a Pons, le reveló el triste estado en que se encontraba su factótum, y ambos se miraron diciéndose:

—¿Qué será de nosotros sin ella?...

Schmucke, al ver el cambio que su escapada había producido en Pons, no se atrevió a reprenderle.

—¡Malditas pagatijas! ¡Prefeguiguía quemaglas antes que begdeg a mi amigo! —exclamó al saber por Pons la causa del accidente—. ¡Desconfiag de la señoga Zibod, que nos presta sus ahogos! Eso no está pien, pego es la enfegmedad...

—¡Ah, qué enfermedad! Noto que he cambiado —dijo Pons—. No querría hacerte sufrir, mi buen Schmucke.

—¡Guñeme a mí —repuso el alemán—, y deja dranquila a la señoga Zibod!

El doctor Poulain hizo desaparecer en pocos días la quebradura que amenazaba a la Cibot, según ella aseguraba, y esta curación, que tenía algo de milagrosa, dio un

lustre extraordinario a la reputación del médico en el barrio del Marais. Atribuyó este éxito, ante Pons, a la excelente constitución de la enferma, que volvió a servir a sus dos señores transcurrida una semana, con gran satisfacción de ambos. Aquel suceso centuplicó la influencia tiránica que la portera ejercía en casa de los dos cascanueces, sobre todo tras haber saldado algunas deudas contraídas por aquellos cascanueces durante aquella semana. La Cibot aprovechó esta circunstancia para obtener, con una facilidad pasmosa, que Schmucke le reconociese haber recibido de ella un préstamo, para ambos, de dos mil francos.

—¡Ah, qué médico ese señor Poulain! —dijo la Cibot a Pons—. ¡Os salvará, mi querido señor, lo mismo que a mí me ha sacado de la tumba! ¡Mi pobre Cibot ya me daba por muerta!... Sí, el doctor Poulain sin duda ya os ha dicho, mientras yo estaba en cama, que sólo pensaba en vos. «Dios mío, decía, llevadme a mi y dejar vivir a mi querido señor Pons...».

—¡Pobre señora Cibot, habéis estado a punto de quedar tullida por mi culpa!...

—¡Ah! sin el señor Poulain, ya estaría dentro de la camisa de pino que nos espera a todos. Pero, como decía aquel antiguo actor, al borde de la fosa, la voltereta. Hay que tomarse las cosas con filosofía. ¿Cómo os las habéis arreglado sin mí?

—Schmucke me ha velado —respondió el enfermo—; pero esto ha hecho que nuestra pobre caja y nuestra clientela se resintieran... No sé como ha podido hacerlo.

—¡Gálmate, Bons! —exclamó Schmucke—. *Hemos tenido un panquego en el tío Zibod...*

—¡No quiero ni que lo mencionéis, mi querido corderito! Vosotros dos sois nuestros hijos —exclamó la Cibot—. Nuestras economías están bien colocadas en vosotros... sois más sólidos que un banco. Mientras tengamos un pedazo de pan que llevamos a la boca, nos lo partiremos... no vale la pena hablar de eso...

—¡Pobge señora Zibod! —murmuró Schmucke mientras se iba.

Pons guardaba silencio.

—¿Creeréis, mi querubín —dijo la Cibot al enfermo, viéndole inquieto—, que, en mi agonía, pues he visto la muerte muy de cerca... lo que más me atormentaba era dejaros solos, entregados a vuestros propios recursos y a mi pobre Cibot sin un céntimo? ¡Son tan poca cosa mis economías, que sólo os hablo de ellas pensando en mi muerte y en Cibot, que es un ángel! ¡Sí, el pobrecillo me ha cuidado como a una reina, llorando como un becerro!... Pero yo contaba con vos, a fe de mujer honrada, y le decía: «Bah, Cibot, mis señores no te dejarán nunca sin pan...».

Pons no respondió nada a este ataque *ad testamentum*, y la portera guardó silencio esperando que dijese algo.

—Os recomendaré a Schmucke —dijo finalmente el enfermo.

—¡Ah —exclamó la portera—, todo cuanto hagáis estará bien hecho! Confío en vos, en vuestro corazón... ¡No volvamos a hablar nunca de esto, porque me humilláis, mi querido querubín; pensad solamente en curaros... viviréis más que nosotros!...

Una profunda inquietud se apoderó del corazón de la Cibot, que resolvió hacer explicar a su señor la manda que pensaba dejarles, y, como primera providencia, salió para ir a ver al doctor Poulain en su casa, por la noche, después de la cena de Schmucke, quien comía jimio al lecho de Pons desde que su amigo había caído enfermo.

El doctor Poulain vivía en la calle de Orleáns, donde habitaba una pequeña planta baja compuesta de antecámara, salón y dos dormitorios. Una oficina contigua a la antecámara, y que se comunicaba con uno de los dormitorios, el del doctor, había sido convertida en gabinete de consulta. Una cocina, una habitación de servicio y una pequeña bodega, completaban aquella vivienda situada en un ala de un inmenso edificio construido durante el Imperio, en el lugar anteriormente ocupado por un viejo palacio del que solamente se conservaba el jardín. Dicho jardín correspondía por partes iguales a las tres viviendas de la planta baja.

La casa del doctor no había cambiado desde hacía cuarenta años. Las pinturas, los papeles y la decoración, todo recordaba al Imperio. La mugre cuadragesimaria y el humo habían empañado los espejos, las cenefas, los dibujos del papel, los techos y las pinturas. Aquella pequeña vivienda situada en el fondo de Marais, conservaba su antigua renta de mil francos anuales. La señora Poulain, madre del doctor, de sesenta y siete años de edad, acababa su vida en el segundo dormitorio. Trabajaba para los pantaloneros. Cosía polainas, calzones de cuero, tirantes, cinturones, en fin, todo lo que concierne a este artículo, hoy en bastante decadencia. Ocupada por el trabajo de la casa y en vigilar al único criado de su hijo, apenas salía nunca y tomaba el aire en el jardincito, al que se bajaba por una puerta-ventana del salón. Viuda desde hacía veinte años, a la muerte de su marido vendió su fondo de pantalonero a su primer oficial, que le reservaba el trabajo suficiente para que pudiese ganar unos treinta sueldos diarios. Lo sacrificó todo a la educación de su hijo único, pues quería que alcanzase a toda costa una posición superior a la de su padre, Orgullosa de su Esculapio y convencida de sus éxitos, continuó sacrificándose todo, dichosa de cuidarle y de economizar para él, sin pensar más que en su bienestar y amándole con inteligencia, lo que no todas las madres saben hacer. Por ello, la señora Poulain, que aún se acordaba de cuando era una simple obrera, no quería perjudicar a su hijo ni constituir motivo de risa o desprecio, pues la pobre mujer hablaba con la S, a semejanza de la señora Cibot, que lo hacía con la N; se escondía voluntariamente en su habitación cuando por casualidad unos clientes distinguidos iban a consultar al doctor, o cuando se presentaban compañeros suyos de facultad o de hospital. Por lo tanto, el doctor nunca tuvo que avergonzarse de su madre, a la que veneraba, y cuya falta de cultura estaba sobradamente compensada por esta sublime ternura. Constituía toda su fortuna el producto obtenido con la venta del fondo del pantalonero, unos veinte mil francos, colocados por la viuda en el libro mayor en 1820, y dos mil cien francos de renta. Asimismo, durante mucho tiempo, los vecinos pudieron ver la colada del doctor y de su madre tendida en cuerdas en el jardín. La sirvienta y la

señora Poulain lavaban la ropa en casa para economizar. Este detalle doméstico perjudicaba mucho al doctor, al que no querían reconocerle talento al verlo tan pobre. Los mil cien francos de renta servían para pagar el alquiler. El trabajo de la señora Poulain, aquella viejecita buena y rechoncha, sirvió para hacer frente durante los primeros tiempos a todos los gastos de aquella frugal familia. Después de doce años de seguir sin flaquear aquel pedregoso camino, el médico terminó por ganar mil escudos anuales y la señora Poulain pudo disponer entonces de cinco mil francos. Para quien conozca París, ya sabe que esta cantidad solamente llegaba para satisfacer las necesidades elementales.

La sala de espera del consultorio estaba mezquinamente amueblada con uno de esos canapés vulgares de caoba, tapizado con terciopelo amarillo de Utrecht, con cuatro sillones, seis sillas, una consola y una mesita de té, procedentes de la herencia del difunto pantalonero, y todo ello elegido por él. El reloj de péndulo, que aún seguía bajo su globo de vidrio, entre dos candelabros egipcios, figuraba una lira. Los visitantes se preguntaban por qué procedimiento las cortinas que colgaban ante las ventanas pudieron subsistir durante tanto tiempo, pues eran de calicó amarillo estampado con rosetones rojos de la fábrica de Jouy. Oberkampf fue felicitada por el emperador por estos atroces productos de la industria algodonera en 1809. El gabinete del médico estaba amueblado según ese estilo, toda vez que el mobiliario del dormitorio paterno pagó los gastos. Era seco, pobre y frío. ¿Qué enfermo podía creer en la ciencia de un médico, que, sin renombre, se encontraba todavía sin muebles en una época en que la publicidad es todopoderosa y cuando se doran los candelabros de la plaza de la Concordia para consolar al pobre persuadiéndole de que es un ciudadano rico?

La antecámara servía de comedor. La criada trabajaba allí cuando no tenía faena en la cocina, o no hacía compañía a la madre del doctor. Con sólo entrar se adivinaba la miseria decorosa que reinaba en aquel triste aposento, desierto durante la mitad del día, al ver los visillos de muselina rojiza en las ventanas de aquella pieza que daban al patio. Las alacenas guardaban restos de pasteles mohosos, platos desportillados, tapones eternos, servilletas de una semana, en una palabra, las ignominias justificables de las casas modestas de París y que desde allí sólo pueden pasar ya al cuévano de los traperos. Y así, en esta época en que la moneda de cien sueldos se agazapa en todas las conciencias, o rueda en todas las frases, el médico, hombre de treinta años, con una madre sin relaciones, continuaba soltero. En diez años, no encontró el menor pretexto para iniciar una novela en las familias a las que tenía acceso debido a su profesión, ya que curaba a los enfermos de la misma esfera social que la suya; no visitaba más que a familias formadas por empleadillos o pequeños fabricantes. Sus clientes más ricos eran los carniceros, panaderos y grandes detallistas del barrio, gentes que, casi siempre, atribuían su curación a la naturaleza, para poder pagar las visitas del doctor a cuarenta sueldos. Uno de los motivos de que fuese considerado de este modo es que siempre iba a pie. En medicina, el cabriolé es más

necesario que el saber.

Una vida común y sin altibajos termina por actuar sobre el espíritu más aventurero. El hombre se adapta a su suerte, acepta la vulgaridad de su existencia. Por lo tanto, el doctor Poulain, después de ejercer durante diez años, continuaba haciendo su trabajo de Sísifo, sin la desesperación que amargó sus primeros días. Sin embargo, acariciaba un sueño, lo mismo que todos los habitantes de París; Rémonencq también poseía el suyo; la Cibot lo tenía también. El doctor Poulain esperaba verse llamado a la cabecera de un enfermo rico e influyente, para obtener luego, merced al crédito de este enfermo que él curaría infaliblemente, una plaza de médico jefe en un hospital, de médico de prisiones, de los teatros del bulevar, o de un ministerio. Por otra parte, ya había obtenido su plaza de médico de la alcaldía de esta manera. Llamado por la Cibot, visitó y curó al señor Pillerault, el propietario de la casa en la que los Cibot eran porteros. El señor Pillerault, tío-abuelo materno de la señora condesa Popinot, mujer del ministro, se interesó por aquel joven, cuya miseria oculta sondeó en una visita que le hizo para darle las gracias. Entonces exigió al sobrino, ministro, que le veneraba, la plaza que el doctor ocupaba desde hacía cinco años, y cuyos escasos emolumentos llegaron con el tiempo justo para evitar una resolución violenta: la emigración. Irse de Francia es para un francés un trance fúnebre. El doctor Poulain fue a dar las gradas al conde Popinot, naturalmente, pero como el médico del estadista era el ilustre conde Bianchon, el solicitante comprendió que no tenía ningún porvenir en aquella casa. El pobre galeno, cuando ya se lisonjeaba de obtener la protección de uno de los ministros influyentes, de uno de los doce o quince naipes que una mano poderosa baraja desde hace dieciséis años encima del tapete verde de la mesa del consejo, se encontró enterrado de nuevo en el Marais, donde pataleaba en casa de los pobres o de los pequeños burgueses, y donde tuvo que asumir la misión de certificar los fallecimientos, por lo cual cobraba mil doscientos francos anuales.

El doctor Poulain, interno bastante distinguido, que se convirtió en un práctico prudente, no se hallaba falto de experiencia. Por otra parte, sus muertos no causaban ningún escándalo, y podía estudiar todas las enfermedades *in anima vili*. ¡Juzgue, pues, el lector de qué hiel se alimentaría! De esta suerte, la expresión de su rostro, ya de por sí largo y melancólico, se volvía a veces espantoso. Poned en un pergamino amarillo los ojos ardientes de Tartufo y la acritud de Alcestes; figuraos después el porte, la actitud y las miradas de aquel hombre que, considerándose tan buen médico como el ilustre Bianchon, sentía que una mano de hierro lo mantenía en una oscura esfera. ¡El doctor Poulain no podía por menos de comparar sus cuentas de diez francos, en los días afortunados, con las de Bianchon, que ascendían a quinientos o seiscientos francos! ¿No hace esto comprensibles todos los odios de la democracia? Con todo, aquel ambicioso, frustrado en sus ambiciones, no tenía nada que reprocharse. Ya probó fortuna al inventar unas píldoras purgantes, parecidas a las de Morisson. Confió la explotación de las mismas, a uno de sus compañeras de hospital, un interno que se había convertido en farmacéutico, pero éste se enamoró de una



corista del Ambigu-Comique, se declaró en quiebra y como la patente de invención de las píldoras purgantes estaba a su nombre, aquel gran descubrimiento enriqueció a su sucesor. El antiguo interno partió hacia Méjico, la patria del oro, robando mil francos de ahorros al pobre Poulain, quien, por todo consuelo, fue tratado de usurero por la corista, cuando fue a reclamar sus ahorros. Después del éxito logrado con la curación del viejo Pillerault, no volvió a presentarse ni un solo cliente rico. Poulain recorría a pie todo el Marais, como un gato famélico, y, de veinte visitas, solamente dos se las pagaban a cuarenta sueldos. El cliente que pagaba bien era para él aquel ave fantástica llamado *mirlo blanco* en todos los mundos sublunares.

El joven abogado sin pleitos y el joven médico sin clientes, son las dos mayores expresiones de la desesperación decente, propia de la villa de París, esa desesperación muda y fría, vestida con un traje y un pantalón negros de costuras blanqueadas, que evocan el cinc de la buhardilla, con un chaleco de raso reluciente, con un sombrero cuidado con miramiento, unos viejos guantes y camisas de calicó. Es un poema de tristeza, sombrío como los secretos de la portería. Las otras miserias, las del poeta, del artista, del comediante y del músico, se ven alegradas por la jovialidad natural del arte, por la despreocupación de la bohemia que constituye el primer paso obligado que lleva a las tebaidas del genio. Pero esos dos trajes negros que van a pie, llevados por dos profesiones para las que todo es dolor, a quienes la humanidad sólo muestra su lado vergonzoso; esos dos hombres tienen, en la vulgaridad del comienzo, unas expresiones siniestras, provocativas, en las que el odio y la ambición concentrados brotan con miradas semejantes a los primeros amagos de un incendio latente. Cuando dos amigos de la Universidad se encuentran después de veinte años, el rico evita entonces a su camarada pobre, no le reconoce y se asusta de los abismos que el destino ha interpuesto entre ambos. Uno ha recorrido la vida montado en los corceles fogosos de la fortuna o en las nubes doradas del éxito; el otro ha recorrido un curso subterráneo por las cloacas parisienses, mostrando sus estigmas. ¡Cuántos antiguos amigos rehuían al doctor, ante el aspecto de su levita y su chaleco!

Será fácil ahora comprender por qué el doctor Poulain representó con tanta perfección su papel en la comedia del peligro de muerte de la Cibot. Todas las codicias y todas las ambiciones se delatan. Al no hallar ninguna lesión en ningún órgano de la portera, al admirar la regularidad de su pulso, la perfecta soltura de sus movimientos, y al oírla poner el grito en el cielo, comprendió que aquella mujer tenía interés en decir que estaba a las puertas de la muerte. La rápida curación de una grave enfermedad fingida, forzosamente haría que se hablase de él en el barrio, y por lo tanto exageró la pretendida hernia de la Cibot, y habló de curarla poniéndole remedio a tiempo. Buscó un caso insólito en el arsenal de las curas extraordinarias de Desplein; lo aplicó a la señora Cibot, atribuyó modestamente el éxito al gran cirujano y se dio por satisfecho considerándose su imitador. Por último, sometió a la portera a pretendidos remedios y a una fantástica operación que se vio coronada con el éxito total. Tales son las audacias de los principiantes en París. Todo les sirve de escala

para subir al teatro, pero como todo se gasta, incluso los barrotes de la escalera, los debutantes profesionales ya no saben de qué madera hacerse el escabel para medrar. En algunos momentos, el parisién es refractario al éxito. Cansado de elevar pedestales, tuerce el gesto como los niños mimados y ya no quiere más ídolos; o, para decir verdad, las personas de talento dejan de cumplir a veces sus compromisos. La ganga de donde se extrae el genio tigre sus lagunas; entonces el parisién se resiste y no siempre quiere dorar o adorar a las mediocridades.

Al entrar con su brusquedad habitual, la señora Cibot sorprendió al médico sentado a la mesa con su anciana madre, comiendo una ensalada de hierba de canónigos, que es la más barata de todas las ensaladas, tomando únicamente para postres un ángulo agudo de queso de Brie, entre un plato apenas adornado por los frutos llamados los cuatro mendigos, es decir, higos secos, pasas, almendras y nueces, entre las que se veían muchos escobajos de uva, y un plato con malas manzanas de barco.

—Madre, podéis quedaros —dijo el médico reteniendo a la señora Poulain por el brazo—. Es la señora Cibot, de quien ya os he hablado.

—Mis respetos, señora; a vuestros pies, caballero —dijo la Cibot aceptando la silla que le ofreció el doctor—. ¡Ah, es vuestra señora madre! ¡Qué suerte tener un hijo con tanto talento! Es mi salvador, señora, me sacó del abismo.

La viuda Poulain encontró a la señora Cibot encantadora, al oírle elogiar de este modo a su hijo.

—Vengo para deciros, mi querido señor Poulain, entre nosotros, que el pobre señor Pons está muy mal, y que tengo que hablaros de él...

—Pasemos al salón —dijo el doctor Poulain indicando la sirvienta a la señora Cibot con un gesto significativo.

Una vez en el salón, la Cibot explicó detalladamente cuál era su situación con los dos cascanueces, y repitió la historia de su préstamo, adornándola con los inmensos servicios que había hecho durante diez años a los señores Pons y Schmucke. Si había que creer a la portera, si los viejos no habían pasado ya a mejor vida era debido a sus cuidados maternos. Se presentó como un ángel y dijo tantas y tantas mentiras regadas con llanto, que terminó por enternecer a la anciana señora Poulain.

—Comprenderéis, mi querido señor —dijo al acabar—, que convendría saber a qué atenemos sobre lo que el señor Pons piensa hacer por mí, en caso de que falleciese, lo cual no deseo desde luego, pues el cuidado de esos dos inocentes, señora, es toda mi vida; si me falta uno de ellos, cuidaré del otro. La naturaleza me ha hecho para que sea la rival de la maternidad. Sin poderme interesar por nadie, sin nadie que sea para mí como un hijo, no sabría qué hacer... Así, pues, si el señor Poulain quisiera, me haría un favor, que yo le agradecería muchísimo, si habíase de mí al señor Pons. ¡Dios mío, mil francos de vitalicio! ¿Creéis que es mucho pedir?... Es tanto como lo que ha ganado el señor Schmucke. Nuestro querido enfermo me ha dicho que me recomendaría a ese pobre alemán, al que quiere nombrar su heredero...

¿Pero qué haremos con un hombre que no sabe decir dos palabras en francés, y que además es capaz de marcharse a Alemania, desesperado por la muerte de su amigo?

...

—Mi querida señora Cibot —respondió el doctor, que asumió un semblante grave—, esta clase de asuntos no conciernen a los médicos, y me prohibirían el ejercicio de mi profesión si se supiese que he intervenido en las disposiciones testamentarias de uno de mis clientes. La ley no permite que un médico acepte mandas de su enfermo...

—¡Qué ley tan estúpida! Vamos a ver: ¿Qué me impide dejaros una manda en mi testamento? —preguntó la Cibot.

—Digo más —prosiguió el doctor—, mi conciencia profesional me impide hablar al señor Pons de su muerte. En primer lugar, no está tan grave pa que pueda hablarse de ella; además, si yo abordase este tema, le podría causar un emoción súbita que empeoraría su estado y quizá la convertiría en una enfermedad mortal...

—Pero yo no me ando con tapujos —exclamó la Cibot—, para decirle que arregle sus asuntos, y eso no empeora su estado... ¡Ya está acostumbrado!... No temáis nada.

—¡No me digáis nada más, mi querida señora Cibot!... Estas cosas no caen dentro del terreno de la medicina, sino que corresponden a los notarios...

—Pero, mi querido doctor, si el señor Pons os preguntase personalmente como está y si haría bien en adoptar estas precauciones, no creo que os negaseis a decirle que es muy bueno para recobrar la salud tenerlo todo bien arreglado... Después podíais deslizarle unas palabritas sobre una servidora...

—¡Ah! ¡Si me habla de hacer testamento, yo no intentaré disuadirle! —dijo el doctor Poulain.

—Bueno, ya está dicho —repuso la Cibot—. Venía a agradeceros vuestros cuidados —añadió deslizando en la mano del médico un papillote que contenía tres monedas de oro—. Es todo cuanto puedo hacer por el momento. ¡Oh! Si fuese rica, vos también lo seríais, mi querido señor Poulain, vos que sois la imagen del buen Dios en la tierra... ¡Vuestro hijo es un ángel, señora!

La Cibot se levantó, fue saludada amablemente por la señora Poulain y el médico la acompañó hasta el rellano. Una vez allí, aquella terrible *lady Macbeth* del arroyo quedó iluminada por un resplandor infernal: comprendió que el médico sería su cómplice, puesto que aceptaba honorarios por una falsa enfermedad.

—Mi buen señor Poulain —le dijo—, después de haberme salvado de mi accidente, ¿os negaríais a salvarme de la miseria diciendo cuatro palabritas?...

El médico sintió que había dejado al diablo que le agarrase por uno de sus cabellos, y que aquel cabello se enrollaba en la uña despiadada de la garra roja. Temiendo perder su honradez por tan poca cosa, respondió a aquella idea diabólica con otra idea no menos diabólica.

—Escuchad, mi querida señora Cibot —dijo haciéndola entrar y llevándola a su gabinete—, voy a pagaros la deuda de reconocimiento que he contraído con vos, a

quien debo mi plaza de la alcaldía...

—Nos la partiremos —dijo ella con viveza.

—¿Qué? —preguntó el doctor.

—La herencia —respondió la portera.

—Vos no me conocéis —replicó el galeno, adoptando la pose de un Valerio Públicola—. No hablemos más de ello. Un antiguo condiscípulo mío es un joven muy inteligente, con el que estoy muy unido porque en esta vida las cosas nos han ido de una manera parecida. Cuando yo estudiaba medicina, él seguía la carrera de derecho, y mientras yo era interno, él emborrataba cuartillas en el bufete de un abogado, el señor Couture. Hijo de un zapatero, como yo lo soy de un pantalonero, no encontró muchas simpatías que digamos en su camino, y tampoco encontró capitales, pues, si bien se mira, los capitales únicamente se obtienen por simpatía. Sólo pudo hacerse una clientela en provincias, en Mantes... Pero los provincianos comprenden tal mal a las inteligencias parisienses, que mi amigo ha sido víctima de mil perrerías.

—¡Qué canallas! —exclamó la Cibot.

—Sí —repuso el doctor—, se han coaligado tan bien contra él, que se ha visto obligado a revender su clientela a causa de unos hechos en los que aparece como presunto culpable; el procurador del rey que intervino, como era natural de allí, tomó partido por sus paisanos. El pobre muchacho todavía más flaco y raído que yo, y viviendo en idénticas condiciones, se llama Fraisier. Ahora se ha refugiado en nuestro distrito, donde se ve reducido a litigar, pues es abogado, ante el juez de paz y el tribunal ordinario de policía. Vive aquí cerca, en la calle de la Perle. Id al número nueve, subid tres pisos, y, en el rellano, veréis impreso en letras de oro: “Bufete del Sr. Fraisier” en un cuadradito de tafilete rojo. Fraisier se encarga especialmente de los asuntos contenciosos de los porteros, de los obreros y de todos los pobres de nuestro distrito, por honorarios moderados. Es un hombre honrado, pues no hace falta que os diga que con sus medios, si fuese un granuja, hoy iría en carroza. Veré a mi amigo Fraisier esta noche, id a verle mañana temprano; él conoce a Lonchard, el guardia de comercio, a Tabareau, el alguacil del juez de paz, a Vitel, el juez de paz, y a Trognon, el notario: se relaciona ya con los hombres de negocios más considerados del barrio. Si se encarga de vuestros asuntos, podéis darlo como abogado defensor al señor Pons, y tendréis en él una persona fidelísima. Pero no le propongáis compromisos que lesionen el honor, como habéis hecho conmigo. Es un hombre inteligente y os entenderéis. Luego, en cuanto a reconocer sus servicios, yo seré vuestro intermediario...

La señora Cibot miró al médico maliciosamente.

—¿No es el abogado —preguntó— que sacó a la mercera de la calle Vieille-du-Temple, la señora Florimond, del atolladero en que se había metido, a consecuencia de aquella herencia de su buen amigo?...

—El mismo —respondió el doctor.

—¿No es horrible —exclamó la Cibot—, que después de haberle obtenido dos

mil francos de renta, ella le negase su mano, que él le pedía, y que creyese saldar su deuda, según dicen, dándole doce camisas de tela de Holanda, veinticuatro pañuelos, y, en fin, todo un ajuar de novia?

—Mi querida señora Cibot —dijo el médico—, ese ajuar valía mil francos y Fraisier, que entonces debutaba en el barrio, estaba muy necesitado de esas cosas. Además, ella pago la cuenta de los gastos sin rechistar... Ese asunto trajo otros a Fraisier, que ahora trabajo mucho, pero en mi profesión, nuestras clientelas se valen...

—¡En este valle de lágrimas, sólo los justos padecen! —respondió la portera—. Bien, adiós y gracias, mi buen señor Poulain.

Aquí comienza el drama, o la comedia terrible, si el lector lo prefiere de la muerte de un célibe entregado por la fuerza de las circunstancias a la rapacidad de unas naturalezas codiciosas que se apiñaban en torno a su lecho y que, en este caso, tuvieron por auxiliares a la pasión más viva, que era la de un hombre que amaba con delirio los cuadros; la avidez del abogado Fraisier que, visto en su covachuela, nos causará espanto; y la sed de un auvernés capaz de todo, incluso de cometer un crimen, para hacerse con un capital. Dicha comedia, a la que esta parte del relato sirve en cierto modo de proscenio, tendrá por actores a todos los personajes que hasta el presente han ocupado la escena.

El envilecimiento de las palabras es una de esas extravagancias de las costumbres que, para ser explicada, exigiría volúmenes. Escribid a un abogado calificándole de *hombre de leyes*, y le habréis ofendido tanto como ofenderíais a un negociante al por mayor de artículos coloniales, a quien os dirigieseis por carta con el siguiente encabezamiento: “Señor Don Fulano de Tal, abacero”. Un número considerable de gente de mundo, que deberían conocer, pues ésa es toda su ciencia, estas delicadezas del trato social, todavía ignoran que la calificación de *hombre de letras* es la injuria más cruel que puede hacerse a un autor. La palabra *monsieur*, señor, es el ejemplo más ilustre de la vida y muerte de las palabras. *Monsieur* es una contracción de *monseigneur*, monseñor. Este título, antaño tan considerable y que ahora está reservado a los reyes por la transformación de *sieur* en *sire*, se da a todo el mundo; y sin embargo, *messire*, *micer*, mi señor, que no es otra cosa sino el doble de la palabra *monsieur* y su equivalente, provoca artículos en los periódicos republicanos, cuando por azar aparece en una esquila funeraria. Magistrados, consejeros, jurisconsultos, jueces, abogados, funcionarios ministeriales, procuradores, funcionarios públicos auxiliares de la justicia, abogados consultores, hombres de negocios, agentes comerciales y defensores, son todas las variedades en que se clasifican los hombres que hacen justicia o que la ponen en práctica. Los dos últimos tramos de esta escala son el *práctico* y el *hombre de leyes*. El práctico, vulgarmente llamado alguacil, practica la justicia por casualidad y acompaña a los funcionarios del Juzgado para ayudar en la ejecución de las sentencias; en los asuntos civiles, viene a ser como un verdugo de ocasión. En cuanto al hombre de leyes, representa la injuria propia de la

profesión. Es a la justicia lo que el hombre de letras a la literatura. En todas las profesiones, en Francia, la rivalidad que las devora ha encontrado términos denigrantes. Cada profesión tiene su insulto. El desdén que distingue a las frases *hombre de letras* y *hombre de leyes* termina en plural. Es muy correcto decir, sin molestar a nadie, los *hombres de letras* y los *hombres de leyes*. Pero en París, cada profesión tiene sus omegas, individuos que ponen el oficio a pie llano, al nivel de la práctica callejera y del pueblo. Así aún existe en algunos barrios el *hombre de leyes*, el pequeño agente de negocios, del mismo modo que todavía se encuentra en la Halle el prestamista por semanas, que es a la alta banca lo que Fraisier era a la profesión jurídica. ¡Cosa extraña! La gente del pueblo tiene tanto miedo de los funcionarios ministeriales como de los restaurantes de moda. Se dirige a los hombres de leyes tal como va a beber a la taberna. El pie llano es la ley general de las diferentes esferas sociales. Sólo las naturalezas de selección gustan de escalar las alturas, no sufren al verse en presencia de sus superiores, y se abren paso, como Beaumarchais cuando dejó caer el reloj de un gran señor que trataba de humillarle; pero los advenedizos, sobre todo los que saben hacer desaparecer sus pañales, constituyen también excepciones grandiosas.

Ai día siguiente, a las seis de la mañana, la señora Cibot examinaba, en la calle de la Perle, la casa donde residía su futuro consejero, el señor Fraisier, hombre de leyes. Era una de esas viejas casuchas habitadas por la pequeña burguesía de antaño. Se entraba en ella a través de un pasadizo. La planta baja, ocupada en parte por la portería y la tienda de un ebanista, cuyos talleres y almacenes embarazaban un pequeño patio interior, se hallaba dividido por el pasadizo y por el hueco de la escalera, corroída por el salitre y la humedad. Aquella casa parecía atacada por la lepra.

La señora Cibot se dirigió directamente a la portería, donde encontró a uno de los cofrades de Cibot, un zapatero remendón con su mujer y dos hijos de tierna edad, alojados en el espacio de diez pies cuadrados que daba al pequeño patio. Pronto reinó el más cordial entendimiento entre las dos comadres, cuando la Cibot manifestó su profesión, se dio a conocer y mencionó su casa de la calle de Normandie. Al cabo de un cuarto de hora empleado en chismorrear y durante el cual la portera del señor Fraisier preparó el desayuno del zapatero y de los dos niños, la señora Cibot derivó la conversación hacia los inquilinos y habló del hombre de leyes.

—Voy a consultarle para un asunto —dijo—. Un amigo suyo, el doctor Poulain, me ha recomendado a él. ¿Conocéis al señor Poulain?

—¡Ya lo creo! —contestó la portera de la calle de la Perle—. Salvó a mi pequeña, que tenía el garrotilio.

—También me salvó a mí, señora... ¿Qué tal es este señor Fraisier?

—Un hombre, mi querida señora —dijo la portera—, al que es muy difícil sacarle dinero a fin de mes, por las cartas que le llevamos.

Esta respuesta bastó a la inteligente Cibot.

—Se puede ser pobre y honrado —observó.

—Desde luego —repuso la portera de Fraasier—, no nadamos en oro y plata, ni siquiera en calderilla, pero no tenemos un céntimo que no sea nuestro.

La Cibot creyó reconocerse a sí misma al escuchar aquel lenguaje.

—En fin, preciosa —repuso—, pero de todos modos, puedo fiarme de él, ¿no es verdad?

—¡Ah, vaya! Cuando el señor Fraasier desea complacer a alguien, he oído decir a la señora Florimond que no tiene igual.

—¿Y por qué no se ha casado con él? —preguntó vivamente la Cibot—. ¿No le debía su fortuna? Una pequeña mercera entretenida por un viejo, podría darse por muy contenta siendo la mujer de un abogado...

—¿Por qué? —repitió la portera llevándose a la Cibot al pasadizo—. Vos subís a su casa, ¿no es verdad, señora?... Pues bien, cuando estéis en su gabinete, ya sabréis por qué.

La escalera, desde las que se veía un pequeño patio interior por unas ventanas provistas de corredora, indicaba que, salvo el propietario y el señor Fraasier, los demás inquilinos ejercían profesiones mecánicas. Los peldaños fangosos exhibían la muestra de cada oficio ofreciendo a la mirada recortaduras de cobre, botones rotos, baratijas, de gasa y trozos de esparto. Los aprendices de los pisos superiores habían dibujado caricaturas obscenas en las paredes. Las últimas palabras de la portera, al despertar la curiosidad de la Cibot, la decidieron, naturalmente, a consultar al amigo del doctor Poulain, pero reservándose el utilizar sus servicios, según la impresión que sacase.

—A veces me pregunto cómo la señora Sauvage puede aguantar a su servicio —dijo a guisa de comentario la portera, que seguía a la Cibot—. Os acompaño, señora —añadió—, pues tengo que subir la leche y el diario al propietario.

Llegada al segundo piso después del entresuelo, la Cibot se encontró ante una puerta de la más fea catadura. La pintura, de un rojo falso, se hallaba recubierta, en un palmo de anchura, por esa capa negruzca que depositan las manos al cabo de cierto tiempo, y que los arquitectos, en los pisos elegantes, tratan de evitar colocando vidrios por encima y por debajo de la cerradura. La mirilla de aquella puerta, taponada por escorias semejantes a las que los fondistas inventan para envejecer botellas adultas, únicamente servía para darle el aspecto de la puerta de un calabozo, y concordaba perfectamente con sus herrajes trevolados, sus formidables goznes y sus clavos de gruesa cabeza. Un avaro o un foliculario querellado con el mundo entero debió de haber inventado aquel armatoste. La tubería de plomo por la que se vertían las aguas sucias, añadía una nota pestilente en la escalera, cuyo techo ofrecía por doquier arabescos dibujados con el humo de las velas... ¡y qué arabescos! El cordón para llamar, a cuya extremidad pendía una oliva mugrienta, hizo resonar una campanilla cuyo son cascado revelaba una resquebrajadura en el metal. Cada objeto armonizaba con el conjunto de aquel cuadro repelente. La Cibot oyó el rumor de unos

pasos pesados y la respiración asmática de una mujer corpulenta. La señora Sauvage hizo su aparición. Era una de esas viejas adivinadas por Adriano Brauwer en sus *Brujas partiendo hacia el aquelarre*, una mujer de cinco pies y seis pulgadas, de rostro soldadesco y mucho más barbudo que el de la Cibot, de una gordura enfermiza, vestida con un espantoso traje de Ruán barato, tocada con un madrás, haciendo aún papillotes con los impresos que recibía gratuitamente su señor, y luciendo en las orejas una especie de ruedas de carroza de oro. Aquel cancerbero hembra tenía en la mano un cazo de hojalata, abollado, del que se vertió leche, cuyo olor se mezcló con los restantes de la escalera, aunque apenas se notaba, a pesar de su aroma agrio y nauseabundo.

—¿Qué se le ofrece, señora? —preguntó aquella mujer.

Y con aspecto amenazador, dirigió a la Cibot, a quien sin duda encontró demasiado bien vestida, una mirada tanto más mortífera cuanto que sus ojos eran por naturaleza sanguinolentos.

—Vengo a ver al señor Fraisier de parte de su amigo el doctor Poulain.

—Entrad, señora —respondió la Sauvage con una súbita amabilidad, que demostraba haber sido anticipadamente avisada de aquella visita matinal.

Y, después de hacer una reverencia teatral, el marimacho que hacía las veces de criada de Fraisier abrió bruscamente la puerta del gabinete que daba a la calle y en el que se encontraba el antiguo abogado de Mantes. Aquel gabinete se parecía extraordinariamente a esas covachuelas de escribano de tercer orden que tienen los clasificadores de madera ennegrecida, los legajos tan viejos que muestran barba, con bramantes rojos colgando de manera lamentable, cuyos cartones dejan ver los estragos causados por los ratones, y donde el piso está gris debido al polvo y el techo amarillo de humo. El vidrio de la chimenea estaba empañado, los morillos de fundición sostenían un leño económico, el reloj de péndulo, de marquetería moderna y que valía sesenta francos, procedía de alguna subasta judicial, y los candelabros de cinc que lo acompañaban, mostraban formas rococós muy mal logradas, y la pintura, que había saltado en muchos lugares, dejaba ver el metal. Fraisier, hombrecillo enteco y enfermizo, de cara colorada, cuyos granos denunciaban vicios enfermizos en su sangre, rascándose sin cesar el brazo derecho, y cuya peluca, muy echada hacia atrás, mostraba un cráneo color ladrillo de expresión siniestra, se levantó de un sillón de mimbre en el que estaba sentado sobre un cojín redondo de tafilete verde. Asumió un porte agradable y con voz aflautada dijo, adelantando una silla:

—Señora Cibot, ¿no es cierto?...

—Sí, señor —respondió la portera, perdiendo su acostumbrado aplomo.

La señora Cibot se asustó al oír aquella voz, tan cascada como la de la campanilla, y al sentirse contemplada por una mirada más verde aún que los ojos verdosos de su futuro consejero. El gabinete olía tanto a Fraisier, que hubiérase dicho que su atmósfera era pestilencial. La Cibot comprendió entonces por qué la señora Florimond no quiso convertirse en señora Fraisier.



—Poulain me ha hablado de vos, mi querida señora —dijo el hombre de leyes, con esa voz de falsete que suele llamarse *vocecita*, pero que seguía siendo agria y clarete como un vino del país.

Entonces aquel agente de negocios trató de envolverse sus dos rodillas huesudas, cubiertas por un muletón excesivamente raído, tirando de los dos faldones de una vieja bata de calicó estampado, cuya guata buscaba la libertad huyendo por numerosos desgarrones. El peso de dicha guata arrastraba los faldones y descubría una casaca ajustada al cuerpo, de franela ennegrecida. Después de apretar, con una pequeña expresión fatua, los cordones de aquella bata refractaria, para dibujar su talle de caña. Fraasier reunió con un golpe de tenazas dos tizones que se evitaban hacía mucho tiempo, como dos hermanos enemigos, y luego, como asaltado por una idea súbita se puso en pie:

—¡Señora Sauvage! —llamó.

—¿Qué hay?

—No estoy para nadie.

—¡Vaya, eso ya se sabe! —respondió la virago con voz dominante.

—Es una vieja nodriza —explicó el hombre de leyes a la Cibot, con aire confuso.

—Pues todavía tiene bastante leche —replicó la antigua heroína del mercado.

Fraasier rió el retruécano y cerró el pestillo para que su sirvienta no viniera a interrumpir las confidencias de la Cibot.

—Bien, señora, explicadme vuestro asunto —dijo sentándose y siguiendo con su fracasado intento de envolverse en su bata—. Una persona que me ha sido recomendada por el único amigo que he tenido en el mundo, puede contar conmigo... ¡cómo no... en absoluto!

La señora Cibot habló durante media hora sin que el agente de negocios se permitiera la menor interrupción; tenía el aire curioso de un recluta nuevo escuchando a un *veterano*. Aquel silencio y la sumisión de Fraasier, la atención que éste parecía prestar a su caudaloso parloteo, cuya muestra se ha visto en las escenas entre la Cibot y el pobre Pons, hicieron abandonar a la portera algunas de las prevenciones despertadas por aquella serie de detalles innobles. Una vez detenida la verborrea de la Cibot, y quedándose a la espera de un consejo, el leguleyo, cuyos ojos verdes de pintas negras habían estudiado a su futura cliente, fue acometido por un acceso de tos de la llamada de féretro, y recurrió para aplacarla a una taza de porcelana, que vació de un trago.

—De no ser por Poulain, ya estaría muerto, mi querida señora Cibot —respondió Fraasier a las miradas maternales que le lanzó la portera—. Pero afirma que me devolverá la salud...

Parecía haber perdido la memoria de las confidencias de su cliente, quien pensaba en abandonar a semejante moribundo.

—Señora, en materia de sucesión, antes de dar un paso adelante, es preciso saber dos cosas. En primer lugar, si la sucesión es digna de las molestias que uno se toma, y

en segundo término, quienes son los herederos; pues si bien la sucesión es el botín, los herederos son el enemigo.

La Cibot habló de Rémonencq y de Elías Magus, diciendo que los dos astutos compadres valoraban la colección de cuadros en seiscientos mil francos...

—¿La comprarían ellos a ese precio...? —preguntó el viejo abogado de Mantes—. Mirad, señora, los hombres de negocios no creen en los cuadros. Un cuadro lo mismo puede ser cuarenta sueldos de lienzo que cien mil francos de pintura. Ahora bien, las pinturas de cien mil francos son bien conocidas... ¡y cuántos errores no hay en todos esos valores, hasta en los más célebres! Un gran financiero cuya galería era ensalzada, visitada y grabada (¡grabada!), pasaba por haber gastado millones en ella... Murió, ya que todo el mundo muere... Pues bien, sus cuadros *auténticos* no han producido más de doscientos mil francos. Sería necesario traerme a esos señores... Pasemos a los herederos.

Y Fraisier volvió a adoptar su actitud de oyente. Al oír el nombre del presidente Camusot, hizo un movimiento de cabeza, acompañado de una mueca que pareció tensar al extremo la atención de la Cibot, quien trató de leer en aquella frente, en aquella atroz fisonomía, no hallando sino lo que en los negocios se llama *una cara de palo*.

—Sí, mi querido señor —repitió la Cibot—. Mi señor Pons es primo camal del presidente Camusot de Marville... me endilga su parentesco diez veces por día. La primera mujer del señor Camusot, el comerciante en sedas...

—Que acaba de ser nombrado par de Francia...

—Era una señorita Pons, prima hermana del señor Pons.

—Son primos segundos...

—No son nada en absoluto; están enfadados.

El señor Camusot de Marville había sido durante cinco años presidente del tribunal de Mantes, antes de venir a París. No sólo había dejado recuerdos allí, sino también conservado relaciones, pues su sucesor, el juez con quien había intimado más durante su estancia, seguía presidiendo aún el tribunal, y por consiguiente, conocía a fondo a Fraisier.

—¿Sabéis, señora —dijo éste cuando la Cibot cerró las rojas esclusas de su boca torrencial—, que tendríais por enemigo capital a un hombre que puede enviar a las personas al cadalso?

La portera dio sobre su silla un bote semejante a los que suelen dar los muñecos-sorpresa.

—Calmaos, mi querida señora —prosiguió Fraisier—. Es concebible que ignoréis lo que es el presidente de la sala de inculpaciones del Tribunal Real de París, pero deberíais saber que el señor Pons tiene un heredero legal. El señor presidente de Marville es el único y exclusivo heredero de vuestro enfermo, pero es colateral en tercer grado; por lo tanto, el señor Pons puede, según la ley, hacer lo que quiera de su fortuna. Ignoráis todavía que la hija del señor presidente se ha desposado, hace por lo

menos seis semanas, con el hijo primogénito del señor conde Popinot, par de Francia, antiguo Ministro de Agricultura y de Comercio, uno de los hombres más influyentes de la política actual. Esta alianza hace al presidente todavía más temible de lo que ya lo es como soberano de la Audiencia de lo Criminal.

La Cibot se estremeció nuevamente al oír esta palabra.

—Sí, es él quien os manda *allá* —prosiguió Fraisier—. ¡Ah, mi querida señora, vos no sabéis lo que es una toga encamada! ¡Ya es bastante tener una simple vestidura negra en contra! ¡Si me veis aquí arruinado, calvo y moribundo, es simplemente por haber chocado, sin saberlo, con un pequeño procurador real de provincias! Se me ha obligado a vender mi despacho con pérdida... ¡y muy feliz con haber podido levantar el campo aunque perdiera mi fortuna! Sí me hubiese empeñado en resistir, no podría haber conservado mi profesión de abogado. Y lo que aún ignoráis, es que si no se tratase más que del presidente Camusot, no sería nada; pero ya veis que hay por medio una mujer... Y si os hallaseis cara a cara con esa mujer, temblaríais como si os encontraseis sobre el primer peldaño del cadalso, se os erizaría el cabello. La presidenta es vengativa hasta el punto de ser capaz de emplear diez años en prepararos una trampa donde enredaros. Hace actuar a su marido como un niño hace bailar a su peonza. Es culpable del suicidio en la Consejería de un muchacho encantador y ha dejado cano como la nieve a un conde acusado de falsificación. Ha estado a punto de suspender en sus funciones a uno de los más grandes señores de la corte de Carlos X, Y, finalmente, ha derribado al procurador general, el señor de Granville.

—¿Que vivía en la calle Vieille-du-Temple, chaflán con la de San Francisco? —preguntó la Cibot.

—El mismo. Se dice que quiere convertir en ministro de Justicia a su marido, y no sé si conseguirá sus fines... Sí se le metiera en la cabeza, la idea de enviarnos a los dos a la Audiencia de lo Criminal y a la penitenciaría, yo, que soy inocente como una criatura recién nacida, sacaría el pasaporte para emigrar a los Estados Unidos... a tal punto conozca la justicia. Ahora bien, mí querida, señora Cibot, para poder casar a su hija única con el joven vizconde Popinot, que según se dice será el heredero de vuestro propietario, el señor Pillerault, la presidenta se ha desprendido de toda su fortuna, hasta el extremo de que en estos momentos, el presidente y su mujer se ven obligados a vivir limitados al sueldo del cargo presidencial. ¿Y vos creéis, mi querida señora, que, en tales circunstancias, la señora presidenta descuidará la herencia de vuestro señor Pons?... Yo preferiría mucho más afrontar cañones cargados de metralla que tener a una mujer semejante contra mí...

—Pero —dijo la Cibot—, están reñidos...

—¿Qué tiene eso que ver? —repuso Fraisier—. ¡Razón de más! Matar a un pariente del que se tienen quejas, ya es algo, pero heredarle, resulta un placer.

—Sin embargo, el buen hombre tiene horror por sus herederos; me repite que esa gente, me acuerdo de sus nombres, Cardot, Berthier, etc., le han aplastado lo mismo

que una carreta a un huevo.

—¿Queréis vos ser triturada así?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la portera—. ¡Ah! *Mamá* Fontaine tenía razón al decir que encontraría obstáculos; pero ha dicho que lo lograría...

—Escuchad, mi querida señora Cibot... Es posible que saquéis de este asunto una treintena de miles de francos; pero en cuanto a la herencia, no hay ni que soñarlo... Ayer noche hablamos el doctor Poulain y yo de vos y de vuestro asunto...

A estas palabras, la señora Cibot dio otro bote en la silla.

—¿Qué es lo que os pasa?

—Si conocíais mi asunto, ¿por qué me habéis dejado parlotear como una urraca?

—Señora Cibot, yo conocía vuestro asunto, pero no sabía nada de la señora Cibot... Hay tantos caracteres como pacientes.

La Cibot lanzó sobre su futuro abogado consultor una singular mirada llena de desconfianza, y que Fraisier sorprendió.

—Prosigo —dijo Fraisier—. Así, pues, mí amigo Poulain ha sido puesto por vos en relación con el viejo Pillerault, el tío-abuelo de la señora condesa de Popinot, y éste es uno de vuestros títulos a mi consagración. Poulain va a ver a vuestro propietario (¡tomad nota de esto!) cada quince días, y ha sabido todos estos detalles por él. Ese antiguo negociante asistió al casamiento de su nieto sobrino (ya que es un tío de sucesión, tiene unos quince mil francos de renta, y, desde hace veinticinco años, vive como un monje, gastando apenas mil escudos por año), y ha contado todo el asunto de la boda a Poulain. Parece ser que tal gresca ha sido causada precisamente por vuestro infeliz músico, el cual, por venganza, ha querido deshonorar a la familia del presidente. ¡Quien no oye que una campana no tiene más que un son!... Vuestro enfermo se dice inocente, pero el mundo le contempla como a un monstruo...

—¡No me extrañaría que lo fuese! —exclamó la Cibot—. Figuraos que hace más de diez años que pongo mi dinero, él lo sabe, disfruta de mis economías, y no quiere ponerme en su testamento... No, señor, no lo quiere; es más terco que una mula... Ya hace diez días que le hablo de ello, y el perro no se mueve más que si fuera un poste. No despega los labios, y me mira con un aire... Lo más que me ha dicho es que me recomendaría al señor Schmucke.

—¿Piensa hacer un testamento a favor de ese Schmucke?

—Le dejará cuanto posee...

—Escuchad, mi querida señora Cibot, para que me formase yo una opinión precisa, para trazar un plan, sería necesario que conociera al señor Schmucke, que viese los objetos que componen la herencia, que tuviese una conferencia con ese judío del que habláis; y entonces, dejadme que os dirija...

—Ya lo veremos, mi buen señor Fraisier.

—¡Cómo que lo veremos! —exclamó Fraisier lanzando una mirada de víbora a la Cibot, y hablando con su voz natural—. ¡Vaya! ¿Soy o no soy vuestro abogado consultor? Entendámonos bien.

La Cibot se sintió *calada* y notó que un escalofrío le recorría la espalda.

—Vos tenéis toda mi confianza —respondió viéndose a merced de un tigre.

—Nosotros los abogados estamos acostumbrados a las traiciones de nuestros clientes. Examinad bien vuestra posición; es soberbia. Si seguís mis consejos al pie de la letra, os garantizo que serán vuestros treinta o cuarenta mil francos de esa herencia... Mas esta bella medalla tiene un reverso. Suponeos que la presidenta se entere de que la herencia del señor Pons vale un millón, y que vos queréis desplumarla, pues siempre hay gentes que se encargan de decir esas cosas... —dijo el abogado haciendo un paréntesis.

Tal paréntesis, abierto y cerrado por dos pausas, hizo estremecer a la Cibot, quien al punto se dio cuenta de que Fraisier se encargaría de la denuncia.

—Mi querida cliente —añadió él—, en diez minutos se obtendría del buenazo de Pillerault vuestro despido de la portería, y se os darían dos horas para mudaros...

—¡Qué me importaría eso! —dijo la Cibot alzándose sobre la punta de los pies—; permanecería en casa de esos señores como su mujer de confianza.

—Y, en vista de ello, se os tendería un lazo, y os hallaríais una buena mañana en prisión, vos y vuestro marido, bajo una acusación capital.

—¡Yo...! —exclamó la Cibot—. ¡Yo que no tengo un céntimo de otro!... ¡Yo!... ¡Yo!...

Habló durante cinco minutos, y Fraisier examinó a aquella gran artista en la ejecución de sus propias alabanzas. Frío y sardónico, su mirada traspasaba a la Cibot como un puñal, reía en su fuero interno y su seca peluca se agitaba. Era Robespierre en la época en que ese Sila francés componía cuartetos.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Bajo qué pretexto? —preguntó ella, terminando.

—¿Queréis saber cómo podríais ser guillotinado?...

La Cibot se tomó pálida como una muerta, aquella frase le cayó sobre el cuello como la cuchilla de la ley, y quedóse mirando a Fraisier con aire extraviado.

—Escuchadme bien, criatura —prosiguió él, reprimiendo un movimiento de satisfacción causado por el espanto de su cliente.

—Preferiría abandonarlo todo... —dijo murmurando la Cibot, al tiempo que intentaba levantarse.

—Quedaos sentada, ya que debéis conocer vuestro peligro y yo os soy deudor de mis luces —dijo imperiosamente Fraisier—. Sois despedida por Pillerault, de eso no cabe duda, ¿no es así? Os convertís en la sirvienta de esos dos señores, muy bien... Es una declaración de guerra entre la presidenta y vos. Vos queréis hacerlo todo para apoderaros de esa herencia, sacar tajada...

La Cibot hizo un gesto.

—No os lo censuro, pues no es ese mi papel —dijo Fraisier respondiendo al gesto de su cliente—. Esta empresa es una batalla, e iréis más lejos de lo que pensáis. Uno se embriaga con su idea, se aferra firmemente a ella...

Otro gesto de denegación por parte de la Cibot, quiera se engalló.

—Vamos, vamos, madrecita —prosiguió Fraisier con horrible familiaridad—; sí, iríais bien lejos...

—¡Cómo!... ¿Es que me tomáis por una ladrona?

—Vamos, mamita, vos tenéis un recibo del señor Schmucke, que os ha costado poco... ¡Oh! Aquí os encontráis en el confesionario, mi bella dama... No engañéis a vuestro confesor, sobre todo cuando éste tiene el poder de leer en vuestro corazón...

La Cibot quedó espantada ante la perspicacia de aquel hombre y comprendió el motivo de la profunda atención con que la había escuchado.

—Pues bien —prosiguió Fraisier—, podéis admitir que la presidenta no se dejará adelantar por vos en esta carrera hacia la herencia... Se os observará, seréis espía... Llegaréis a ser instituida heredera del señor Pons... Perfecto. Un buen día, llega la justicia, se incauta de una tisana, y se encuentra arsénico en su fondo; vos y vuestro marido sois detenidos, juzgados y condenados, como si hubieseis intentado matar al señor Pons, a fin de entrar en posesión de su legado... He defendido en Versalles a una pobre mujer tan verdaderamente inocente como vos lo seríais en caso parecido; las cosas fueron como os lo digo, y todo lo más que pude hacer fue salvarle la vida. La desgraciada fue condenada a veinte años de trabajos forzados, y los cumple en San Lázaro.

El espanto de la señora Cibot llegó al colmo. Cada vez más pálida, miraba a aquel hombrecillo seco de ojos verdosos, como la pobre mora considerada fiel a su religión debió mirar al inquisidor en el momento en que escuchaba la sentencia que la condenaba a la hoguera.

—¿Decís, pues, mi buen señor Fraisier, que confiando el asunto en vuestra mano, confiándoos el cuidado de mis intereses, obtendré algo sin temer nada?

—Os garantizo treinta mil francos —respondió Fraisier, seguro de lo que afirmaba.

—En fin, vos sabéis cómo quiero yo al doctor Poulain —prosiguió ella con su voz más melosa—. Fue él quien me dijo que viniera a veros, pero el digno hombre no lo hizo para que escuchara aquí que sería guillotinado como una envenenadora...

Y con la misma rompió a llorar, a tal punto la idea de la guillotina la había estremecido; sus nervios estaban en sobresaltado movimiento; el terror le estrujaba el corazón, y perdió la cabeza. Fraisier disfrutaba de su triunfo. Al percibir la vacilación de su cliente, se veía privado del asunto, por lo que había querido domar a la Cibot, atemorizarla, pasmarla, tenerla a su disposición atada de pies y manos. La portera, penetrando en aquel despacho como mosca lanzada hacia una telaraña, debía quedar prendida en ella, enredada, sirviendo de pasto a la ambición de aquel pequeño hombre de leyes. Fraisier quería hallar, en aquel asunto, el pan de su vejez, el acomodo, la felicidad, la consideración. La víspera por la noche, todo había sido sopesado maduramente, cuidadosamente examinado, como con lupa, entre Poulain y él. El médico había descrito a Schmucke a su amigo Fraisier, y sus alertas espíritus habían sondeado todas las hipótesis y escudriñado las posibilidades y sus peligros.

Fraisier, en un impulso de entusiasmo, había exclamado:

—¡Ahí está nuestra fortuna!

Y había prometido a Poulain un puesto de médico-jefe de hospital, en París, y así mismo el nombramiento de paz del distrito.

¡Ser juez de paz!, eso constituía para este hombre lleno de capacidad, doctor en Derecho, y sin botines, una quimera tan difícil de alcanzar, que pensaba en ello como los letrados lo hacen con la toga y los curas italianos con la tiara. ¡Era una locura! El juez de paz, señor Vitel, ante quien pleiteaba Fraisier, era un viejo de sesenta y nueve años, bastante achacoso, que manifestaba deseos de jubilarse; y Fraisier por su parte hablaba a Poulain de ser su sucesor, así como Poulain le hablaba a él de una rica heredera con la que se casaría después de haberle salvado la vida. Sabido es qué codicias inspiran todos los cargos existentes en París. Vivir en París es un deseo universal. Si una expendeduría de tabacos o de sellos está vacante, cien mujeres se levantan como una sola persona y ponen en movimiento a todas sus influencias para obtenerla. La probable vacante de una de las veinticuatro oficinas de recaudaciones en París, causa un motín de ambiciones en la Cámara de diputados... Estas plazas se otorgan en consejo; el nombramiento es asunto de Estado. Ahora bien, los emolumentos de juez de paz, en París, son de unos seis mil francos. La escribanía de este tribunal es un cargo que vale cien mil francos. Es uno de los puestos más envidiados en la judicatura. Fraisier, juez de paz, amigo de un médico-jefe de hospital, tomaba magnífico estado y casaba al doctor Poulain; se daban la mano mutuamente. La noche había pasado un rodillo de plomo sobre los pensamientos del antiguo abogado de Mantes, y había germinado un plan formidable, plan frondoso, fértil en cosechas y en intrigas. La Cibot era la clavija maestra de este drama. Por lo tanto debía ser reprimida la rebelión del principal instrumento de sus proyectos: no había sido prevista, pero el antiguo abogado acababa de tender a sus pies a la audaz portera, gracias al despliegue de las fuerzas venenosas que encerraba su naturaleza.

—Ea, mi querida señora Cibot, tranquilizaos —dijo tomándola de la mano.

La del abogado, fría como la piel de una serpiente, produjo una impresión terrible en el ánimo de la portera, dando por resultado una reacción física que hizo cesar su emoción; halló menos peligroso de tocar al sapo de la señora Fontaine que a aquel bocal de tósigos cubierto de una peluca rojiza y que hablaba con el tono con que chirrían las puertas.

—No creáis que os atemorizo sin motivo —prosiguió Fraisier tras advertir aquel nuevo movimiento de repulsión de la Cibot—. Los asuntos que forman la terrible fama de la señora presidenta son de tal modo conocidos en el Palacio de Justicia, que podéis consultar con quien queráis al respecto. El gran señor que ha estado a punto de ser revocado, es el marqués d'Espard. El marqués d'Esgrignon es a quien se ha salvado de las galeras. El joven rico, bello y de gran porvenir, que debía desposarse con una señorita perteneciente a una de las primeras familias de Francia, y que se colgó en una celda de la cárcel, es el célebre Luciano de Rubempré, cuyo asunto

sublevó al todo París de la época. Se trataba de una herencia, la de su *querida*, la famosa Ester, que dejó muchos millones, y se acusaba a ese joven de haberla envenenado, pues él era el heredero testamentario. ¡Y ese joven poeta no se encontraba en París cuando ella murió, ni siquiera sabía que era el heredero...! No se puede ser más inocente... Sin embargo, tras haber sido interrogado por el señor Camusot, el joven se ahorcó en su celda... La justicia es como la medicina, produce sus víctimas. En el primer caso, se muere por la sociedad; en el segundo, por la ciencia —comentó, dejando escapar una horrible sonrisa—. Ya veis, pues, que conozco el peligro... Me encuentro arruinado ya por la justicia, yo, pobre abogadillo oscuro... Mi experiencia me cuesta cara; está por entero a vuestro servicio...

—A fe mía, no, gracias... —dijo la Cibot—. ¡Renuncio a todo! Habría cometido una ingratitud... Solamente quiero lo que se me debe... Tengo treinta años de probidad, señor. Mi buen Pons dice que me recomendará en su testamento a su amigo Schmucke; pues bien, acabaré mis días en paz con ese honrado alemán...

Fraisier comprendió que se había extralimitado; había desalentado a la Cibot y se consideró obligado a borrar las tristes impresiones que la mujer había recibido.

—No desesperéis de nada —dijo—, idos tranquila. Confiad en que conduciremos el asunto a buen puerto.

—¿Qué queréis que haga, mi buen señor Fraisier, para disfrutar de rentas y...?

—¿Y no tener ningún remordimiento? —respondió él vivamente, cortando la palabra a la Cibot—. ¡Pero si precisamente es obtener semejantes resultados para lo que han sido inventados los agentes de negocios! No se puede obtener nada en estos casos sin atenerse a los términos de la ley... Vos no conocéis las leyes; yo las conozco... Conmigo, estaréis del lado de la legalidad, llegaréis a la posesión en paz con los demás, ya que la conciencia es asunto vuestro.

—Seguid, decidme... —repuso la Cibot, a quien estas palabras lucieron curiosa y feliz.

—No lo sé... no he estudiado los medios adecuados a nuestros propósitos; únicamente me he ocupado de los obstáculos. Primero es necesario empujar al testamento, no equivocándonos de camino... pero, ante todo, sepamos en favor de quien dispondrá Pons de su fortuna, pues si fueseis vos su heredera...

—¡No, no, él no me quiere! ¡Ah, si hubiese conocido yo el valor de sus *chucherías*, y sabido lo que él me ha dicho de sus amores...! Entonces me sentiría sin inquietud hoy...

—De todos modos —repuso Fraisier—, ¡adelante siempre! Los moribundos tienen fantasías singulares, mi querida señora Cibot, defraudan muchas esperanzas... Que haga testamento y luego ya veremos. Pero, ante todo, es preciso conocer el valor de los objetos que componen la herencia. Así, pues, ponedme en relación con el judío y con ese Rémonencq, nos serán muy útiles... Depositad toda vuestra confianza en mí, pues estoy por entero a vuestro servicio. Soy el amigo de mi cliente, a toda prueba, cuando él lo es mío. Amigo o enemigo, tal es mi carácter.



—Seré toda vuestra —afirmó la Cibot—. Y en cuanto a los honorarios, señor Poulain...

—No hablemos de eso —atajó Fraisier—. Pensad en mantener a Poulain a la cabecera de la cama del enfermo; el doctor es uno de los corazones más honrados, el más puro que conozco, y nos es preciso, ya lo comprenderéis, un hombre seguro... Poulain vale más que yo; yo me he convertido en un ser malvado.

—Ya lo parecéis... —dijo la Cibot—. Pero yo me fiaría de vos...

—¡Y tendríais razón! —replicó él—. Venid a verme a cada incidente, y seguid... Sois una mujer inteligente, todo irá bien.

—Adiós, mi querido señor Fraisier; conservaos con buena salud... Soy vuestra servidora.

Fraisier volvió a conducir a su cliente hasta la puerta, y allí, como la víspera había hecho ella con el doctor, le dijo la última palabra:

—Si pudierais hacer que el señor Pons solicitara mis consejos, se daría un gran paso.

—Lo intentaré —respondió la Cibot.

—Además —prosiguió Fraisier, haciendo entrar de nuevo a la Cibot en su estudio—, conozco mucho al notario señor Trognon... es el del barrio. Si el señor Pons no tiene notario, habladle de éste... haced que acuda a él.

—Comprendido —respondió la Cibot.

Al retirarse definitivamente, la portera oyó el roce de un vestido y el ruido de unos pasos pesados, esforzándose por ser ligeros. En cuanto estuvo sola, en la calle, tras haber caminado un rato, recuperó su propia lucidez mental. Y aunque se hallase aún bajo la influencia de la conferencia sostenida, y conservara todavía un gran temor ante la perspectiva del cadalso, de la justicia y de los jueces, tomó una resolución muy natural, la cual iba a ponerle en sorda lucha con su consejero.

«¡Vaya! ¿Qué necesidad tengo de procurarme asociados? —se dijo—. Yo he de ir a lo mío, y después tomaré todo cuanto me ofrezcan por servir a sus intereses...».

Tal pensamiento debía apresurar, como veremos, el fin del desgraciado músico.

—Bien, mi querido señor Schmucke —dijo la Cibot entrando en el apartamento—. ¿Cómo sigue nuestro adorado enfermo?

—*No pien* —respondió el alemán—. *Bons ha deligado dugante toda la node...*

—¿Qué es lo que decía?

—*¡Dondeguías...! Que queguía que yo duvienga doda su fogsuna, a condisión de no dendeg nada... ¡Y llogaba...! ¡Bobgue hombge...! ¡Me da musha bena...!*

—¡Ya se le pasará, falderito mío! —replicó la portera—. He hecho esperar vuestro desayuno, pues él se marcha a las nueve, pero no me refunfuñéis... Pensad que he tenido muchos asuntos... con relación a vos. Ya no tenemos nada, y me he procurado dinero...

—*¿Y gomo?* —preguntó el pianista.

—De mi casa de préstamos.

—¿Qué casa de bgéstanos?

—El plan.

—¿El blan?

—¡Oh, qué hombre tan simple!... No, vos sois un santo, un amor, un arzobispo de inocencia, un hombre digno de ser disecado, como decía ese antiguo actor. ¡Cómo! ¡Vivís en París desde hace veintinueve años, habéis visto, vaya... la revolución de julio, e ignoráis la existencia del Monte de Piedad... los tasadores que os prestan sobre la ropa!... Allí he dejado toda nuestra cubertería de plata, ocho piezas... ¡Bah! Cibot comerá con cubiertos de alpaca, está muy extendido y se estila, como se dice. No merece la pena hablar de esto a nuestro querubín, ya que le afectaría, le haría ponerse amarillo, y bastante irritado está ya. Lo principal es salvarle, y después ya veremos. Nada, nada, hay que obrar según marchan las cosas. En la guerra como en la guerra, ¿no es así?

—¡Puená mujeg! ¡Cogasón suplime! —dijo el pobre músico tomando la mano de la Cibot y poniéndola sobre su corazón con expresión conmovida.

El ángel alzó los ojos al cielo, y los mostró llenos de lágrimas.

—Acabad ya, papá Schmucke, no os pongáis ridículo. ¡Vaya con la escenita! Yo no soy una mujeruca del pueblo, tengo el corazón en la mano. Tengo de esto —dijo golpeándose el pecho—, tanto como vosotros dos, que sois almas de oro...

—¿Babá Schmucke?... —repitió el músico—. ¡No, descendeg al fondo de la bena, llogag láquimas de sangue y subigte al sielo, eso me ensalsa...! ¡No digué media balabga a Bons...!

—¡Pardiez! Bien lo creo; os matáis si lo hacéis... Escuchad, falderito mío<sup>[1]</sup>...

—¡Bigchón!

—Pues bien, hijito mío...

—¿Higuito?

—¡Ea, vaya, mi berzotitas, si lo preferís!...

—Eso no esdá muy clago...

—Bien, se trata de que dejéis que os cuide y os dirija, pues si continuáis así, tendré dos enfermos que cuidar... Según mis limitadas entendederas, es preciso que nos repartamos el quehacer aquí. Vos no podéis dar lecciones en París, ya que os fatiga y aquí no servís para nada, pues habrá que pasar noches en vela, toda vez que el señor Pons se agrava cada vez más. Yo visitaré hoy a todos vuestros clientes para decirles que vos lo estáis también... Así podréis pasar las noches junto a nuestro cordero, y dormiréis por la mañana, desde las cinco hasta las dos de la tarde. Yo haré el servicio, que es lo más cansado, durante el día, porque tendré que daros de comer y cenar, cuidar al enfermo, levantarlo, cambiarle, hacer que tome los medicamentos. Bues en el oficio que hago, no resistiría diez días. Y ya hace treinta que me siento fatigada. ¿Qué sería de vos si yo cayese enferma?... Y vos también, es espantosa vuestra apariencia después de haber velado al señor esta noche...

Llevó a Schmucke ante el espejo y, en efecto, el alemán se encontró muy

cambiado.

—Así, pues, si estáis de acuerdo conmigo, voy a serviros al instante vuestro almuerzo. Después custodiaréis a nuestro amor todavía hasta las dos. Pero me daréis la lista de vuestros parroquianos, y me ocuparé en seguida de ellos; quedaréis libre por quince días. Os acostaréis a mi llegada, y descansaréis hasta la noche.

Era una proposición tan cuerda, que Schmucke no pudo menos que adherirse a ella al instante.

—Punto en boca con el señor Pons, ya que se creerla perdido si le dijéramos así como así que va a suspender sus funciones en el teatro y sus lecciones. El pobre señor se Imaginaría que no volverá a ver más a sus discípulos... tonterías... El señor Poulain dice que no salvaremos a nuestro benjamín si no es proporcionándole la mayor tranquilidad.

—*¡Ah, pien, pien! Haced el almuegso, ya voy a haseg la lista y dagos las diguecsiones... ¡Tenéis gazón, yo sugumbiguía...!*

Una hora después, la Cibot se vistió de tiros largos y partió en coche de punto, ante el asombro de Rémonencq, prometiéndose representar dignamente el cargo de mujer de confianza de los dos cascanueces en todos los pensionados, y en casa de las personas donde se encontraban los alumnos de los dos músicos.

Inútil es relatar los diversos comadreo, ejecutados como las variaciones de un tema, a los cuales se entregó la Cibot entre las dueñas de pensión y en el seno de las familias, bastando para ello la escena que se desarrolló en el despacho directivo del «Ilustre Gaudissart», donde la portera penetró, no sin inauditas dificultades, pues los directores de espectáculos, en París, están mejor custodiados que los reyes y los ministros. La razón de las sólidas barreras que se elevan entre ellos y el resto de los mortales, es fácil de comprender; los directores de espectáculos sienten temor ante el amor propio de artistas y autores.

La Cibot franqueó todas las distancias debido a la súbita intimidad que se estableció entre ella y la portera, ya que estos individuos se suelen reconocer con facilidad, igual que todos los pertenecientes a una misma profesión. Cada clase tiene su *siboleth*<sup>[2]</sup>, como tiene sus picardías y sus estigmas.

—*¡Ah!, señora, vos sois la portera del teatro* —dijo la Cibot—. Yo solamente lo soy de una casa de la calle de Normandie, donde vive el señor Pons, vuestro jefe de orquesta. *¡Oh, cuán feliz sería si me hallase en vuestro lugar viendo pasar a los actores, las bailarinas y los autores! Es, como decía aquel antiguo actor, el bastón de mariscal de nuestro oficio.*

—*¿Y cómo anda el bueno del señor Pons?* —preguntó la portera.

—Pues muy mal el pobre; ya hace dos meses que no se levanta de la cama, y a buen seguro que saldrá de casa con los pies por delante.

—Será una pérdida...

—Sí. Vengo de su parte a explicar su posición a vuestro director. Intentad, pues, amiga mía, que consiga hablarle...

—¡Una dama de parte del señor Pons!

Así fue como el ordenanza al servicio del despacho anunció a la señora Cibot, a quien la portera le había recomendado. Gaudissart acababa de llegar para efectuar un ensayo. Quiso el azar que nadie hablara con él en aquel momento y que los autores de la pieza y los actores se retrasaran; por lo tanto, se mostró encantado de saber noticias de su jefe de orquesta, y tras un gesto napoleónico de invitación, la Cibot penetró en su despacho.

Aquel antiguo viajante de comercio, a la cabeza de un teatro favorito, engañaba a su comandita, considerándola como una mujer legítima. Y así había tomado un desarrollo financiero que reaccionaba sobre su persona. Tornado recio y grueso por la buena mesa y la prosperidad, Gaudissart se había metamorfoseado francamente en Mondor.

—¡Volvemos al Beaujon! —decía, intentando ser el primero en reírse de sí mismo.

—No estáis todavía sino en Turcaret —respondía Bixiou, quien le reemplazaba a menudo junto a la primera bailarina del teatro, la célebre Eloísa Brisetout.

En efecto, el ex ilustre Gaudissart explotaba su teatro en su único y exclusivo interés. Tras haber logrado ser admitido como colaborador en diversos *ballets*, en piezas teatrales y vodeviles, había comprado la otra parte, aprovechándose de las necesidades que estrujan a los autores. Tales piezas y tales vodeviles, añadidos siempre a ciertos dramas de éxito, producían a Gaudissart diariamente algunas monedas de oro. Traficaba, por procura, con los billetes, habiéndose atribuido, como *derechos* de director, cierto número que le permitía establecer un diezmo sobre la recaudación. Estas tres clases de contribuciones directoriales, además de los palcos vendidos y los regalos de actrices malas que se empeñaban en tener algún papelito, apareciendo aunque fuera de pajes, o reinas, engrosaban de tal modo su tercio en los beneficios, que los comanditarios, a quienes iban a parar los otros dos tercios, percibían apenas la décima parte de los ingresos, Sin embargo, esta décima parte suponía todavía un interés del quince por ciento del capital invertido. Y por ende, Gaudissart, apoyado sobre ese quince por ciento de dividendos, hablaba de su inteligencia, de su probidad, de su celo y de la felicidad de sus comanditarios. Cuando el conde Popinot preguntó, aparentando interés por Matifat, al general Gouraud, yerno del mismo, si estaban contentos con Gaudissart, Gouraud, que había sido nombrado par de Francia, respondió:

—Se dice que nos roba, pero es tan espiritual y tan buen chico, que estamos muy contentos...

—Así, pues, como en el cuento de La Fontaine —comentó el antiguo ministro sonriendo.

Gaudissart obtenía rendimientos de su capital en negocios al margen del teatro. Tenía bien conceptuados a los Graff, los Schwab y los Brunner, y se asoció a las empresas de ferrocarriles que lanzaba esta casa. Ocultando su perspicacia bajo la

naturalidad y despreocupación del libertino y voluptuoso, aparentaba no ocuparse nada más que de sus placeres y su atavío; pero pensaba en todo, y aprovechaba la inmensa experiencia de los negocios, que había adquirido viajando. Este advenedizo, a quien no se tomaba en serio, vivía en un lujoso piso arreglado por su decorador y en el que daba cenas y fiestas a las personas célebres. Fastuoso, gustándole hacer bien las cosas, afectaba el aire de un hombre de fácil avenencia. Parecía tanto más peligroso cuanto que había conservado la *platina* de su antiguo oficio, por emplear su expresión, doblándola del argot de entre bastidores. Ahora bien, como en el teatro los artistas dicen crudamente las cosas, tomaba prestado suficiente ingenio a las bambalinas, que también tienen su espíritu, para que, mezclado con la vida alegre del viajante de comercio, le proporcionaba cierto aire de superioridad. En este momento pensaba vender su privilegio y *pasar*, según su propia expresión, a *otros ejercicios*. Quería estar a la cabeza de un ferrocarril, convertirse en hombre serio, en administrador, y casarse con la hija de uno de los más ricos alcaldes de París, la señorita Minard. Esperaba ser nombrado diputado y llegar, valiéndose de la protección de Popinot, al Consejo de Estado.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —dijo Gaudissart, fijando sobre la Cibot una mirada de director.

—Soy, caballero, la mujer de confianza del señor Pons.

—Bien, ¿y cómo va ese estimado muchacho?

—Muy mal, señor.

—¡Diablo, diablo! Eso me disgusta... Iré a verte, pues es uno de esos hombres contados...

—¡Ah! Sí, señor, un verdadero querubín... Me pregunto cómo es posible que un hombre así trabajara en un teatro...

—Pero, señora, si el teatro es un lugar de corrección de costumbres... —afirmó Gaudissart—. ¡Pobre Pons!... Palabra de honor... debería tenerse una simiente para conservar esa especie... es un hombre modelo, ¡y qué talento...! ¿Cuándo creéis que podrá volver a su trabajo? Desgraciadamente el teatro se parece a las diligencias, que vacías o llenas, parten a la ñora: el telón se levanta aquí todos los días a las seis... y por más que nos embargara la compasión, eso no haría buena música... Veamos, ¿en qué estado se encuentra?

—¡Ay, mi buen señor! —dijo la Cibot sacando su pañuelo y llevandoselo a los ojos—. Es cosa terrible de decir, pero creo que tendremos la desgracia de perderle, aunque le cuidemos como a la niña de nuestros ojos... el señor Schmucke y yo... hasta el punto de que vengo a deciros que no debéis contar tampoco con este digno señor, quien velará al enfermo todas las noches... No se puede impedir el que finjamos tener esperanzas, e intentar arrancar ese digno y querido hombre a la muerte... El médico ya no confía en nada...

—¿Y de qué se muere?

—De pesar, de ictericia, del hígado, y todo ello complicado con muchas cosas de

familia.

—Y de un médico —dijo Gaudissart—. Debería haber tomado al doctor Lebrun, el nuestro; no le habría costado nada...

—El señor tiene uno que es un dios... pero ¿qué puede hacer un médico, a pesar de su talento, contra tantas causas?

—Tenía gran necesidad de esos dos cascanueces para la música de mi nuevo gran espectáculo...

—¿Hay algo que pueda hacer por ellos? —preguntó la Cibot, con un aire digno de Jocrisse.

Gaudissart estalló en una carcajada.

—Señor, yo soy su mujer de confianza; hay muchas cosa que esos señores...

Gaudissart soltó otra carcajada, y se oyó la voz de una mujer diciendo:

—Si ríes, es señal de que se puede entrar, viejo...

Y la primera figura del cuerpo de baile irrumpió en el despacho, dejándose caer sobre el único canapé que había en él. Era Eloísa Brisetout, envuelta en un magnífico echarpe de los llamados *argelina*.

—¿Qué es lo que te hace reír?... ¿La señora? ¿Qué empleo viene a solicitar?... —dijo la bailarina, lanzando una de esas miradas de artista a artista, que debería constituir tema para un cuadro.

Eloísa, muchacha excesivamente literata, de renombre en la bohemia, amiga de grandes artistas, elegante, fina y graciosa, tenía más ingenio del que por lo general poseen las primeras figuras de la danza. Al formular su pregunta, respiró en un frasquito de perfume penetrante.

—Señora, todas las mujeres sirven cuando son bellas, y si yo no aspiro la peste en frasco ni me pongo ladrillo machacado en las mejillas...

—¡Con el que la naturaleza os ha puesto ya, haría un audaz pleonasma, niña! —dijo Eloísa, lanzando una ojeada a su director.

—Soy una mujer honrada...

—Tanto peor para vos —replicó Eloísa—. ¡Caramba, sirve para querida quien quiere... y yo lo soy, señora, y muy bien por cierto!

—¡Cómo que tanto peor! Vos podéis tener *argelinas* sobre el cuerpo y daros tono —repuso a su vez la Cibot—, pero no se os declararán los hombres tantas veces como a mí, *señora*. No valdréis jamás lo que la bella vendedora de ostras del *Cadran bleu*...

La danzarina se puso súbitamente en pie y se cuadró, llevando el reverso de su mano derecha a la frente, cual soldado que saluda a un general.

—¡Cómo! —exclamó Gaudissart—. ¿Acaso seríais vos la bella ostrera de que me hablaba mi padre?

—¿La señora no conoce entonces la cachucha ni la polca? ¡La señora tiene ya cincuenta años pasados! —dijo Eloísa.

Y adoptando una pose dramática, declamó este verso:

¡Seamos amigos, Cinna!...

—Vamos, Eloísa, la señora no es capaz... déjala tranquila.

—¿Por ventura sería la señora la nueva Eloísa?... —dijo la portera con fingida ingenuidad colmada de ironía.

—¡No está mal la vieja! —exclamó Gaudissart.

—Ya es archisabido —atacó de nuevo la bailarina—, que el retruécano tiene bigotes grises; encontrad otra cosa vieja... o tomad un cigarrillo.

—Perdonadme, señora —replicó la Cibot—. Estoy demasiado triste para responderos; tengo a mis dos señores muy enfermos... y para alimentarlos y evitarles pesares he empeñado hasta la ropa de mi marido, esta misma mañana, para encontrarme con este reconocimiento.

—¡Oh, ahora la cosa se toma en drama! —exclamó la bella Eloísa—. ¿De qué se trata?

—La señora —dijo la Cibot—, cae por aquí cómo...

—Como una primera figura —atajó Eloísa—. Yo os apunto, ea, continuad, señora...

—Vamos, tengo prisa —intervino Gaudissart—, ¡Basta ya de bromas! Eloísa, la señora es la mujer de confianza de nuestro pobre director de orquesta, que se está muriendo, y ha venido a decirme que no puedo ya contar con sus servicios. Me encuentro, pues, en un aprieto.

—¡Ah, pobre hombre!... Habrá que dar una representación a beneficio suyo.

—Eso le arruinaría —dijo Gaudissart—. Al día siguiente podría deber quinientos francos a los asilos, que no reconocen en París más desgraciados que los suyos. No, veamos, mi buena mujer, ya que concurrís al premio de beneficencia...

Gaudissart tiró del cordón de la campanilla, apareciendo al instante el ordenanza, a quien dijo:

—Decidle al cajero que me envíe un billete de mil francos... Y vos, señora, sentaos.

—¡Ah, pobre mujer, ahora llora!... —exclamó la bailarina—. ¡Qué tontería...! Ea, señora, consolaos... iremos a verle. Dime, chinito —añadió volviéndose al director y llevándole a una esquina—, tú quieres hacerme desempeñar el primer papel de *Ariana*. Te casas y sabes lo desgraciado que puedo hacerte...

—Eloísa, yo tengo el corazón chapado de cobre, como una fragata.

—¡Mostraré hijos tuyos! ¡Los tomaré prestados...!

—Ya he declarado nuestro afecto...

—Sé buen chico, da el puesto de Pons a Garangeot. Ese pobre muchacho tiene talento, pero ni un céntimo; te prometo la paz.

—Espera por lo menos a que Pons haya muerto... el infeliz todavía puede volver.

—¡Oh! No lo creo, señor —intervino la Cibot—. Desde la última noche, que no estaba ya en sus cabales, no ha dejado de delirar. Desgraciadamente, ya es cosa

acabada.

—Sea como sea, dale interinamente la plaza a Garangeot —dijo Eloísa—. Tiene toda la prensa a su favor...

En aquel momento entró el cajero trayendo en la mano un billete de mil francos.

—Entregadlo a la señora —dijo Gaudissart señalando en dirección a la portera—. Adiós, buena mujer. Cuidad bien a ese hombre que nos es tan querido, y decidle que iré a verle mañana o pasado... en cuanto pueda.

—Un hombre al agua —comentó Eloísa.

—¡Ah, señor!, corazones como el vuestro no se encuentran más que en el teatro, ¡Que Dios os bendiga! —dijo la Cibot.

—¿A qué cuenta he de cargar esto? —preguntó el cajero al director.

—Os firmaré el recibo y lo pondréis en la cuenta de gratificaciones.

Antes de salir definitivamente, la Cibot hizo una preciosa reverencia a la bailarina, y pudo oír la pregunta que dirigió Gaudissart a su querida:

—¿Es capaz Garangeot de componer la música de nuestro *ballet* de los *Mohicanos* en doce días? Si me saca del atolladero ocupará la plaza de Pons.

La portera, mejor recompensada por haber causado tanto mal que si hubiese hecho una buena acción, suprimió todos los ingresos de los dos amigos y les privó de sus medios de existencia, en el caso de que Pons recobrase la salud. Esta péfida maniobra debía producir en algunos días el resultado deseado por la Cibot, la enajenación de los cuadros codiciados por Elías Magus. Para realizar esta primera expoliación, la Cibot debía adormecer al terrible colaborador que se había procurado, el abogado Fraisier, y obtener una entera discreción por parte del judío y de Rémonencq.

En cuanto al auvernés, había llegado por grados a una de esas pasiones engendradas en las personas carentes de instrucción, que llegan a París procedentes de una remota provincia con las ideas fijas que inspira el aislamiento en el campo, con la ignorancia de las naturalezas primitivas y la brutalidad de sus deseos, que se convierten en ideas fijas. La belleza viril de la señora Cibot, su vivacidad, su espíritu de mercado, habían sido objeto de las observaciones del chamarilero, quien quería convertirla en su concubina, arrebatándola a Cibot, especie de bigamia mucho más corriente en París de lo que se piensa, entre las clases inferiores. Pero la avaricia fue un nudo corredizo que apretando día a día el corazón acabó por ahogar la razón. Así Rémonencq, evaluando en cuarenta mil francos las entregas de Elías Magus y las suyas, pasó del delito al crimen, deseando tener a la Cibot por legítima esposa. Este amor, puramente especulativo, le llevó, en los prolongados ensueños del fumador, apoyado sobre el quicio de su puerta, a desear la muerte del sastrecillo. Veía así casi triplicados sus capitales, pensaba en lo excelente comerciante que sería la Cibot, y en la bella figura que presentaría trabajando en un magnífico almacén en el bulevar. Esta doble avidez embriagaba a Rémonencq. Alquilaba una tienda en el bulevar de la Madeleine y la llenaba de las más bellas curiosidades de la colección del difunto



Pons. Tras haberse acostado en sábanas de oro y haber visto millones en las espirales azules de su pipa, se despertaba cara a cara con el sastrecillo. Éste barría el patio, la puerta y la calle, en el momento en que el auvernés abría su tienda y preparaba su escaparate, ya que, después de la enfermedad de Pons, Cibot reemplazaba a su mujer en las funciones propias de ella. Así, pues, el auvernés consideraba a aquel sastrecillo oliváceo, cobrizo y achaparrado, como el único obstáculo que se oponía a su felicidad, y se preguntaba como podría desembarazarse de él.

Cierta mañana, la Cibot, al levantarse, examinó a Rémonencq con aire pensativo mientras él arreglaba las chucherías de su escaparate, y quiso saber hasta dónde podía llegar su amor.

—¿Qué tal? —interrogó el auvernés—. ¿Marchan las cosas según vuestros deseos?

—Sois vos quien me inquietáis —le respondió la Cibot—. Me comprometéis —añadió—. Los vecinos acabarán por fijarse en vuestras reveladoras miradas.

Y acto seguido, abandonando la puerta, penetró en las profundidades de la tienda del auvernés.

—¡Vaya idea! —comentó Rémonencq.

—Venid, tengo que hablaros —dijo la Cibot—. Los herederos del señor Pons van a moverse, y son capaces de ocasionarnos serios trastornos. Dios sabe lo que nos ocurriría si enviasen agentes de negocios: meterían su nariz en todo, como perros de caza. No puedo decidir al señor Schmucke a vender algunos cuadros si vos no me queréis lo bastante para guardar el secreto... ¡Oh! Pero tal secreto no habíais de revelarlo, ni aunque os colocaran la cabeza sobre el tajo... ni de dónde vienen los cuadros, ni quien los ha vendido. Ya comprendéis, una vez muerto y enterrado el señor Pons, nadie se dará cuenta si se encuentran cincuenta y tres cuadros en lugar de sesenta y siete... Además, el señor Pons pudo haber vendido algunos en vida. Nadie puede decir algo sobre ello.

—Sí —respondió Rémonencq—. A mí me es igual; pero Magus querrá recibos en regla.

—¡También vos tendréis vuestro recibo, pardiez! ¿Creéis que seré yo quien os escriba eso...? ¡Será el señor Schmucke! Pero advertiréis a vuestro judío —añadió la portera—, de la necesidad de ser tan discreto como vos.

—Seremos mudos como peces. Eso forma parte de nuestra profesión. Yo sé leer, pero no escribir; por eso necesito una mujer instruida y capaz como vos... Yo, que no he pensado nunca más que en ganar el pan de mi vejez, quisiera unos pequeños Rémonencq... Plantad a vuestro Cibot.

—¡Vaya! He aquí a nuestro judío —dijo la portera—. Podremos arreglar los asuntos.

—Bien, mi querida señora —dijo Elías Magus, que venía cada tres días muy de mañana para informarse sobre cuándo podría comprar los cuadros—. ¿En qué situación nos encontramos?

—¿No habéis visto a nadie que os haya hablado del señor Pons y de sus *chucherías*? —le preguntó la Cibot.

—He recibido —respondió Elías Magus—, una carta de un abogado; pero como según me parece es un pillo que corre tras los negocios y desconfío de esas gentes, no he contestado nada. Al cabo de tres días, ha venido a verme y me ha dejado una tarjeta; he dicho a mi portera que yo estaría siempre ausente para él.

—Sois una perla de judío —repuso la Cibot, a quien era poco conocida la prudencia de Elías Magus—. Pues bien, hijitos, de aquí a unos días, os llevaré al señor Schmucke para venderos siete u ocho cuadros, diez a lo sumo; pero con dos condiciones. La primera, secreto absoluto. Será el señor Schmucke quien os llamará, ¿no es verdad, señor? Y será Rémonencq quien os habrá puesto en contacto con el alemán. En fin, sea como sea, yo no apareceré para nada. ¿Dais cuarenta y seis mil francos por los cuatro cuadros?

—Sea —respondió el judío suspirando.

—Muy bien —prosiguió la portera—. La segunda condición es que vos me entregaréis cuarenta y tres mil y no los compraréis sino en tres mil al señor Schmucke. Rémonencq comprará cuatro por dos mil francos, y me entregará él resto... Pero ved también, mi querido señor Magus, que después de esto os proporciono, a vos y a Rémonencq, un estupendo negocio, a condición de repartir los beneficios entre nosotros tres. Yo os llevaré a casa de ese abogado, o bien él vendrá aquí Vos tasaréis todo lo que hay en casa del señor Pons al precio que podéis pagar, a fin de que el señor Fraisier no posea la menor duda sobre el valor de la herencia, únicamente, es preciso que no venga antes de que se haya realizado nuestra venta ¿comprendido?

—Comprendido —repitió el judío—. Pero se necesita tiempo para valorar las cosas y poder averiguar su precio real.

—Tendréis medio día. Eso queda de mi cuenta... Hablad de esto entre vosotros, hijitos; pasado mañana se hará el negocio. Yo voy a ver a ese Fraisier, a hablarle, pues él sabe todo cuando pasa aquí a través del doctor Poulain, y ya es una buena tabarra el mantener tranquilo a ese tipejo.

A mitad de camino entre la calle de Normandie y la de la Perle, la Cibot encontró a Fraisier, quien se dirigía a su casa, tan impaciente se hallaba, según su expresión, por conocer los elementos del asunto.

—¡Vaya! Precisamente iba yo a veros —dijo ella.

Fraisier se quejó de no haber sido recibido por Elías Magus; pero la portera extinguió el fulgor de desconfianza que asomaba a los ojos del curial, diciéndole que Magus volvía de viaje y que pasados dos días, lo más tarde, concertaría una entrevista con él en el apartamento de Pons, a fin de fijar el valor de la colección.

—Obrad francamente conmigo —le respondió Fraisier—. Es más que probable que me encargue yo de los intereses de los herederos del señor Pons. En tal posición, me encontraré en mejor estado para servirlos.

Esto fue dicho tan secamente, que la Cibot tembló. Aquel hombre de negocios famélico, debía maniobrar por su lado, como ella lo hacía del suyo; por lo tanto, resolvió acelerar la venta de los cuadros. La Cibot no se engañaba en sus conjeturas. El abogado y el médico habían comprado un traje nuevo para Fraisier, a fin de que pudiera presentarse decentemente vestido en el domicilio de la señora presidenta Camusot de Marville. El tiempo requerido para la confección de ese traje, era la única razón del retraso de la entrevista, de la cual dependía la suerte de los dos amigos. Tras su visita a la Cibot, Fraisier se proponía ir a probarse su levita, chaleco y pantalón, y al hacerlo los encontró preparados. Regresó a su casa, se puso una peluca nueva y partió en coche de punto, hacia las diez de la mañana, en dirección a la calle de Hanovre, donde esperaba obtener una audiencia de la presidenta. Fraisier, con corbata blanca, guantes amarillos, peluca nueva y perfumado con agua de Colonia, se parecía a ciertos peces puestos en una pecera de cristal, en la que todo resulta coquetón, pero que no por ello parecen menos peligrosos. Su aire tajante, su cara granujienta, su enfermedad cutánea, sus ojos verdes y su tono malicioso, impresionaban cual nubes en un cielo azul. En su despacho, tal como se había mostrado a los ojos de la Cibot, era la navaja vulgar con la que un asesino ha cometido un crimen; pero a la puerta de la presidenta, era el elegante puñal que una mujer joven esconde en su bolso.

Un gran cambio se había operado en la calle de Hanovre. El vizconde y la vizcondesa Popinot, el antiguo ministro y su mujer, no habían querido que el presidente y la presidenta fuesen a ocupar una vivienda alquilada, abandonando la casa que dieron en dote a su hija. Así, pues, el presidente y su esposa se instalaron en el segundo piso, que había quedado libre tras el retiro de la anciana, que deseó ir a terminar sus días en el campo. La señora Camusot, que conservó a Magdalena Vivet, su cocinera, y a su criado, había vuelto a las estrecheces pasadas en sus comienzos, estrecheces endulzadas por un apartamento gratuito de cuatro mil francos y una asignación de diez mil. Esta *aurea mediocritas* satisfacía poco a la señora de Marville, quien deseaba una fortuna en consonancia con su ambición; pero la cesión de todos los bienes a su hija acarreaba la supresión del censo de elegibilidad para el presidente. Ahora bien, Amelia quería que su marido fuese diputado, ya que ella no renunciaba a sus planes fácilmente, y no desesperaba en absoluto de llegar a conseguir la elección del presidente en el distrito en que se halla situado Marville. Por ello, desde hacía dos meses, atormentaba al barón Camusot, título nobiliario alcanzado por el nuevo par de Francia para arrancarle cien mil francos de adelanto sobre la herencia, con el fin, decía ella, de comprar un pequeño dominio enclavado en el de Marville, que producía unos dos mil francos libres de gravámenes. Ella y su marido tendrían su casa cerca de la de sus hijos, y la tierra de Marville se vería redondeada y aumentada. La presidenta hacía valer a los ojos de su suegro la privación a que se había visto forzada por casar a su hija con el vizconde Popinot, y preguntaba al anciano si podía cerrar a su primogénito el camino a los supremos honores de la magistratura, que no serían otorgados más que a una sólida posición

parlamentaria, y su marido sabría tomarla y hacerse temer de los ministros.

—Esas gentes sólo se acuerdan de quienes les aprietan la corbata en el cuello hasta hacerles sacar la lengua —dijo ella—. ¡Son ingratos!... ¡Qué no deben a Camusot! ¡Mi esposo, atacando los decretos de julio, ha motivado la elevación de la casa de Orleáns!

El anciano replicaba hallarse metido en los ferrocarriles, más allá de sus posibilidades y remitía esa liberalidad, cuya necesidad por otra parte reconocía, a una prevista alza de las acciones.

Esta casi promesa, arrancada algunos días antes, había sumido a la presidenta en una profunda desolación. Era dudoso que el ex propietario de Marville pudiera hallarse a punto al efectuarse la reelección de la Cámara, pues le faltaba la posesión anual.

Fraisier llegó sin obstáculo hasta Magdalena Vivet. Aquellas dos naturalezas de víbora se reconocieron como salidas del mismo huevo.

—Señorita —dijo melosamente Fraisier—, desearía obtener un momento de audiencia con la señora presidenta, para un asunto personal concerniente a su fortuna; se trata, decídselo expresamente, de una herencia... Yo no tengo el honor de ser conocido de la señora presidenta, así que mi nombre no significaría nada para ella... No tengo por costumbre abandonar mi despacho, pero sé las consideraciones que son debidas a la esposa de un presidente, y me he tomado la molestia de venir en persona, tanto más cuanto que el asunto de que se trata no permite el más ligero retraso.

Planteada la cuestión en tales términos, y repetida y ampliada por la camarera, aportó naturalmente una respuesta favorable. El momento era decisivo para las dos ambiciones contenidas en Fraisier. Así, a pesar de su intrepidez de abogadillo provinciano, tajante, áspero e incisivo, experimentó lo que sienten los capitanes antes de iniciarse una batalla decisiva para el éxito de la campaña. Al pasar al pequeño salón donde le esperaba Amelia, sintió lo que ningún sudorífico, por potente que fuese, había podido producir, aun sobre aquella piel refractaria y obturada por espantosas enfermedades: un ligero sudor en la espalda y en la frente.

«Si no logro mi fortuna —se dijo—, al menos, estoy salvado, pues Poulain me ha prometido la salud el día en que se regularizara mi transpiración».

—Señora... —dijo en voz alta al ver a la presidenta, que estaba vestida de casa, y deteniéndose para saludarla, con la condescendencia de los funcionarios ministeriales, que constituye el reconocimiento de la superior calidad de aquí ellos a los que se dirigen.

—Tomad asiento, señor —dijo la presidenta, reconociendo al punto a un componente del mundo judicial.

—Señora presidenta —comenzó Fraisier—, si me he tomado la libertad de dirigirme a vos para un asunto de interés que concierne al señor presidente, es porque albergo la certidumbre de que el señor de Marville, en la elevada posición que ocupa, acaso dejaría las cosas en su estado natural, perdiendo por ende de setecientos

a ochocientos mil francos, que las damas, quienes en mi opinión, comprenden mejor los asuntos privados que los magistrados más expertos, no desdeñan...

—Habéis hablado de una herencia... —dijo la presidenta, interrumpiéndole.

Amelia, deslumbrada por la suma y tratando de disimular su asombro, su dicha, imitaba a los lectores impacientes que tratan de leer anticipadamente el desenlace de la novela.

—Sí, señora, de una herencia perdida para vos... ¡Oh, perdida por completo!, pero que yo puedo, que yo sabré lograr que la alcancéis.

—Hablad, señor —dijo fríamente la señora de Marville, que examinó sagazmente de pies a cabeza a Fraisier.

—Señora, conozco vuestra eminente capacidad; soy de Mantes. El señor Leboeuf, Presidente del Tribunal, amigo del señor de Marville, podrá proporcionaros informes sobre mi persona...

La presidenta hizo un movimiento de sobresalto tan significativo, que Fraisier se vio obligado a abrir y cerrar rápidamente un paréntesis en su discurso:

—Una mujer tan distinguida como vos, va a comprender al punto por qué le hablo en primer lugar de mí. Es el camino más corto para llegar a la herencia.

La presidenta, sin hablar, respondió a esta fina observación con un simple gesto.

—Señora —prosiguió Fraisier, a quien aquel gesto había autorizado para contar su historia—, yo ejercía de abogado en Mantes, mi cargo era toda mi fortuna, pues habla arrendado el estudio del señor Levroux, a quien sin duda habéis conocido...

La presidenta asintió con la cabeza.

—Con fondos prestados y una decena de miles de francos propios, yo procedía del despacho de Desroches, uno de los más capaces abogados de París, donde fui primer pasante durante seis años. Tuve la desgracia de disgustar al procurador del rey en Mantes, el señor...

—Olivier Vinet.

—El hijo del procurador general, sí, señora. Cortejaba a una damita...

—¿Él?

—A la señora Vatinelle.

—La señora Vatinelle... sí... Era muy bonita y... de mi tiempo...

—Ella tenía bondades para mí: *inde irae* —prosiguió Fraisier—. Yo era activo, quería reembolsar a mis amigos y casarme; me hacían falta asuntos y los buscaba, no tardando en abarcar yo solo más que todos los otros escribanos. ¡Bah!... puse contra mí a los abogados de Mantes, a los notarios y hasta a los ujieres. Se buscaran triquiñuelas. Vos sabéis, señora, que cuando se quiere perder a un hombre, se consigue pronto en nuestra espantosa profesión. Se me cogió ocupándome de ambas partes en un asunto. Es cosa un tanto ligera, lo reconozco; pero, en ciertos casos, se hace en París, y los abogados logran llegar a un acuerdo final... Pero eso no se hace en Mantes. El señor Bouyonnet, a quien yo había hecho ese pequeño servicio, incitado por sus colegas y estimulado por el procurador del rey, me traicionó. Ya veis

que no os oculto nada. Fue un clamor general. Yo era un bribón... se me puso más negro que a Marat. Se me obligó a vender el bufete; lo perdí todo. Estoy ahora en París, donde he intentado crear una gestoría de negocios; pero mi arruinada salud no me deja más que dos horas de las veinticuatro del día. Hoy solamente tengo una ambición, bien modesta por cierto. Vos seréis un día la esposa de un ministro de Justicia, acaso, o de un primer presidente; pero yo, pobre y enclenque, no albergo otro deseo sino tener un puesto en el que acabar tranquilamente mis días, una plaza en la que pueda vegetar tranquilamente. Quiero ser juez de paz en París. Es una bagatela para vos y para el señor presidente el obtener mi nombramiento, ya que debéis inquietar al Ministro de Justicia como para que nos lo conceda... Esto no es todo, señora —añadió Fraisier, haciendo un ademán al ver que la presidenta estaba a punto de tomar a su vez la palabra—. Tengo por amigo al médico del viejo a quien el señor presidente debía heredar. Ya veis que llegamos... Este médico, cuya cooperación es indispensable, se encuentra en la misma situación en que me veis a mí: ¡talento y sin suerte!... Por él he sabido hasta qué extremo son lesionados vuestros intereses, ya que, en el momento en que os hablo, es probable que todo haya terminado, que haya sido redactado el testamento que deshereda al señor presidente... Este médico desea ser nombrado médico-jefe de un hospital o de las Facultades reales; en fin, ya comprendéis, le hace falta en París una posición equivalente a la mía... Os pido perdón por haber tratado de estas dos cosas tan delicadas, pero en mi asunto se requiere que no exista la menor ambigüedad. El médico, por otra parte, es un hombre sumamente considerado, sabio, y que ha salvado al señor Pillerault, tío-abuelo de vuestro yerno, el señor vizconde Popinot. Ahora, si tenéis la bondad de prometerme esos dos puestos, el de juez de paz y la sinecura médica para mi amigo, yo me obligo a traeros la herencia casi intacta... Y digo casi, porque será gravada por las obligaciones que se habrán de tomar con el legatario y con algunas personas cuyo concurso nos será realmente indispensable. Vos no cumpliréis vuestra promesa sino después de que yo haya cumplido la mía.

La presidenta, que desde hacía un momento se había cruzado de brazos, como una persona forzada a sufrir un sermón, los descruzó, miró a Fraisier y dijo:

—Señor, tenéis el mérito de la claridad para todo cuanto os concierne; pero para mí sois todo oscuridad...

—Dos palabras bastarán para aclararlo todo, señora —replicó Fraisier—. El señor presidente es el sólo y único heredero en tercer grado del señor Pons, el cual, encontrándose gravemente enfermo, va a testar, si es que no lo ha hecho ya, en favor de un alemán, su amigo, llamado Schmucke. La importancia de sus bienes sobrepasará los setecientos mil francos. En tres días espero tener informes definitivos sobre la exactitud de esa cifra.

—Si es así —comentó en voz alta la presidenta, sugestionada por la cuantía de la suma—, habré cometido un gran error riñendo con él, hundiéndole...

—No, señora, pues sin esa ruptura, estaría alegre como unas castañuelas y viviría

más tiempo que vos, que el señor presidente y que yo... La Providencia tiene sus caminos; no los sondeemos... —añadió para disfrazar lo que de odioso había en su pensamiento—. ¡Qué queréis! Nosotros, las gentes de negocios, vemos el lado positivo de las cosas. Comprendéis ahora, señora, que en la elevada posición que ocupa el señor presidente de Marville, no haría nada, ni nada podría hacer en la situación actual. Está mortalmente reñido con su primo, ya no veis a Pons, le habéis proscrito de la sociedad. Sin duda alguna teníais excelentes razones para obrar así; pero el infeliz está enfermo, y lega todos sus bienes a su único amigo. Sin embargo, entre nosotros, señora, es muy desagradable, cuando se tiene derecho a una sucesión de setecientos a ochocientos mil francos... ¡qué sé yo..., acaso un millón!, y se es el único heredero designado por la ley, no recobrar su hacienda... Sólo que, para alcanzar ese objetivo, se cae en sudas intrigas, tan difíciles y tan complicadas, que es preciso conchabarse con gentes situadas muy abajo, con criados y subordinados, y apretarles de forma que ningún abogado ni notario de París pueda conocer la naturaleza del asunto. Ello requiere un abogado sin causas, como yo, cuya capacidad sea seria, real, la fidelidad segura, y cuya posición desgraciadamente precaria, se encuentre al mismo nivel que la de esas gentes... Yo me ocupo, en mi barrio, de los asuntos de pequeños burgueses, de obreros, de gente del pueblo... Sí, señora, ved en qué condición me ha puesto la enemistad de un procurador del rey, que hoy es sustituto en París, y que no me ha perdonado mi superioridad... Yo os conozco, señora, sé cual es la solidez de vuestra protección, y he percibido, en este servicio que puedo rendiros, el fin de mis miserias y el triunfo del doctor Poulain, mi amigo...

La presidenta quedó pensativa. Fue un momento de espantosa angustia para Fraisier. Vinet, uno de los oradores del centro, procurador general desde hacía dieciséis años, designado diez veces para endosarse la toga de la cancillería, padre del procurador del rey en Mantes, nombrado sustituto en París un año atrás, era un antagonista para la vengativa presidenta... El altivo procurador general no ocultaba su desprecio por el presidente Camusot, Fraisier ignoraba y debía ignorar esta circunstancia.

—¿No os pesa en la conciencia el hecho de haber prestado vuestros servicios a las dos partes? —preguntó ella mirando con fijeza a Fraisier.

—La señora presidenta puede ver al señor Leboeuf, él me era favorable.

—¿Estáis seguro que Leboeuf dará sobre vos buenos informes al señor de Marville y al señor conde de Popinot?

—Respondo de ello, sobre todo hallándose fuera de Mantes el señor Olivier Vinet; pues, entre nosotros, ese magistradollo *seco* asustaba al bueno de Leboeuf. Además, si vos me lo permitís, señora presidenta, iré a Mantes para ver al señor Leboeuf, No supondrá un retraso, pues no sabré hasta un par de días o tres la cuantía exacta de la herencia. Quiero y debo ocultar a la señora presidenta todos los resortes de este asunto; pero el precio que espero de mi entera devoción ¿acaso no es para ella una garantía de éxito?

—Está bien, disponed en vuestro favor a Leboeuf, y sí la herencia tiene la importancia, cosa que yo lo dudo, que vos le atribuí, os prometo los dos puestos... en caso de éxito, bien entendido...

—También respondo de esto, señora, únicamente os pido previamente que tengáis la bondad, de hacer venir aquí a vuestro notario y a vuestro abogado... cuando tenga necesidad de ellos, para que me otorguen una procura a fin de poder actuar en nombre del señor presidente, e indicar a esos señores las instrucciones que deben seguir, sin emprender nada por su propia cuenta.

—Vos tenéis la responsabilidad —dijo solemnemente la presidenta—; por ende, debéis tener también la omnipotencia, ¿Pero se encuentra hasta tal punto enfermo el señor Pans? —preguntó sonriendo.

—A fe mía, señora, que saldría de ésta, sobre todo atendido por un hombre tan concienzudo como el doctor Poulain, ya que mi amigo, señora, no es más que un inocente espía manejado por mí en vuestro exclusivo interés, poseyendo la capacidad suficiente para salvar a ese viejo músico; pero allí, junto al enfermo, se encuentra una portera que por lograr treinta mil francos se atrevería a empujarle a la fosa... Ella no le mataría, no le daría arsénico... no será tan caritativa, sino que lo hará peor, le asesinará moralmente, proporcionándole diariamente mil inquietudes. El pobre viejo, rodeado de silencio y tranquilidad, bien cuidado, mimado por amigos, en el campo, se restablecería; pero atormentado por la señora Evrard, que en su juventud fue una de las treinta bellas vendedoras de ostras que París ha celebrado, ávida, charlatana y brutal, torturado por esta mujer para redactar un testamento del que ella obtenga un pingüe beneficio, no cabe duda alguna de que el enfermo será conducido finalmente hasta, la induración del hígado; en este momento tal vez se le están formando ya cálculos, para extraer los cuales habrá que recurrir a una operación que no podrá soportarla... El doctor, ¡qué gran alma!, se encuentra en una situación terrible. Debería despedir a esa mujer.

—¡Esa comadre es un monstruo! —exclamó la presidenta con una vocecilla aflautada.

Esta semejanza entre la terrible presidenta y él, hizo sonreír interiormente a Fraiser, quien sabía de sobra a qué atenerse sobre las dulces modulaciones ficticias de una voz naturalmente agria. Recordó a aquel presidente, héroe de uno de los cuentos de Luis XI, y que éste monarca ha firmado por la última palabra. Ese magistrado, provisto de una mujer tallada sobre el patrón de la de Sócrates, mas no poseyendo él la filosofía del gran hombre, hizo mezclar sal en la avena de sus caballos, ordenando que se les privase de agua. Y cuando su mujer se dirigió a lo largo del Sena a su campiña, los caballos se precipitaron al río para beber... y el magistrado agradeció a la Providencia el que le hubiese liberado tan *naturalmente* de su mujer. En estos momentos, la señora de Marville daba gracias a Dios por haber puesto al lado de Pons a una mujer que lo eliminaría *honradamente*.

—No quisiera un millón —manifestó—, al precio de una indelicadeza... Vuestro



amigo debe advertir al señor Pons, y hacer despedir a esa portera.

—En primer lugar, señora, los señores Schmucke y Pons creen que esa mujer es un ángel, y a quien despedirían es a mi amigo. Después, esa atroz vendedora de ostras es la benefactora del doctor; ella le ha introducido en casa del señor Pillerault. Él recomienda a esa mujer la mayor dulzura con el enfermo, pero sus recomendaciones sirven para indicar a tal criatura los medios de empeorar la dolencia.

—¿Qué piensa vuestro amigo del estado de mi primo? —preguntó la presidenta.

Fraisier hizo temblar a la señora de Marville con lo exacto de su respuesta y por la lucidez con que penetró en su corazón, tan ávido como el de la Cibot.

—Dentro de seis semanas se procederá a la lectura del testamento.

La presidenta bajó los ojos.

—¡Pobre hombre! —dijo tratando, pero en vano, de simular tristeza.

—¿Tiene la señora presidenta algo que decir a Leboeuf? Voy a Mantes en tren.

—Sí, quedaos, voy a escribirle que venga a cenar mañana con nosotros. Necesito verle para quedar de acuerdo, a fin de reparar la injusticia de que habéis sido víctima.

En cuanto le hubo dejado solo la presidenta. Fraisier, viéndose nombrado juez de paz, no se asemejó a sí mismo; parecía grueso, respiraba a pleno pulmón el aire de la felicidad y el viento en popa del éxito. Extrayendo del ignoto depósito de la voluntad nuevas y grandes dosis de esa divina esencia, se sintió capaz, a la manera de Rémonencq, de un crimen, siempre que no quedasen pruebas, para alcanzar sus deseos. Había avanzada intrépidamente frente a la presidenta, convirtiendo las conjeturas en realidad, afirmando a troche y moche, con el único objetivo de ser encargado por ella del salvamento de aquella herencia y obtener al mismo tiempo su protección. Representante de dos inmensas miserias y de deseos no menos inmensos, rechazaba con pie desdeñoso su horrible albergue de la calle de la Perle. Entreveía mil escudos de honorarios de la Cibot y cinco mil francos del presidente, lo cual suponía la posibilidad de adquirir un alojamiento conveniente. Y, en fin, cumplía con el doctor Poulain. Algunas de estas naturalezas, vindicativas, ariscas y dispuestas a la maldad por el sufrimiento o la enfermedad, experimentan sentimientos contrarios con igual grado de violencia: Richelieu era tan buen amigo como enemigo cruel. En agradecimiento a los auxilios que le había prestado Poulain, Fraisier se habría dejado hacer picadillo en su favor. La presidenta, volviendo con una carta en la mano, miró, sin ser vista por él, a este hombre que creía en una vida feliz y holgada, encontrándole menos mal parecido que al primer vistazo que había echado, sobre su persona; por otra parte, él iba a servirla, y no se mira un instrumento que nos pertenece del mismo modo que se contempla el de nuestro vecino.

—Señor Fraisier —dijo—, me habéis demostrado que sois un hombre de talento; creo en vuestra sinceridad.

Fraisier hizo un gesto elocuente.

—Pues bien, os intimo a que me respondáis con franqueza a esta pregunta: ¿podemos resultar comprometidos, el señor de Marville o yo como consecuencia de

vuestras gestiones?

—No habría yo venido a veros, señora, en el caso de que un día pudiera reprocharme el haber lanzado barro sobre vos, aunque no fuese en cantidad mayor que la cabeza de un alfiler, pues entonces la mancha parecería grande como la lima. Olvidáis, señora, que para ser juez de paz en París, debo teneros satisfechos. He recibido en mi vida una primera lección, y ha sido harto dura para exponerme a que me pongan de nuevo tales estriberas. En fin, una última palabra, señora. Todas estas gestiones, cuando se trate de vos, serán sometidas previamente a vuestra consideración...

—Muy bien. He aquí la carta para Leboeuf. Ahora espero el informe sobre el valor de la sucesión.

—Todo esta ahí —dijo finamente Fraisier con toda la gracia que su fisonomía toleraba.

«¡Qué providencia! —se dijo la señora Camusot de Marville—, ¡Ah, seré rica! Camusot será diputado, pues soltando a ese Fraisier en el distrito de Bolbec, nos obtendrá la mayoría, ¡Qué instrumento!».

«¡Qué providencia! —se decía a su vez Fraisier, bajando la escalera—, ¡y qué comadre esa señora Camusot! ¡Me haría falta una mujer de esas condiciones! Y ahora, manos a la obra...».

Partió para Mantes, donde era preciso obtener el aprecio de un hombre al que conocía muy poco; pero contaba con la señora Vatinelle, causante de todos sus infortunios. Las penas de amor son a menudo como la letra de cambio de un buen deudor: producen intereses.

Tres días después, mientras Schmucke dormía, pues la señora Cibot y el viejo músico ya se habían repartido la tarea de custodiar y velar al enfermo, tuvo lo que ella llamaba *unas palabrotas* con el pobre Pons. No resulta inútil hacer observar una triste particularidad de la hepatitis. Los enfermos cuyo hígado se encuentra más o menos afectado, están predispuestos a la impaciencia y a la cólera, y estas cóleras le alivian momentáneamente, del mismo modo que en el acceso de fiebre se siente desplegar en su interior fuerzas excesivas. Una vez pasado el acceso, se produce el decaimiento, el *collapsus*, según expresión médica, y es entonces cuando se aprecian en toda su gravedad las pérdidas sufridas por el organismo. Así, en las dolencias del hígado, y *sobre* todo en aquéllas cuya causa proviene de grandes sinsabores experimentados, el paciente, tras estos arrebatos, llega a debilitamientos tanto más peligrosos cuanto que está sometido a una dieta severa. Es una especie de fiebre que agita el mecanismo de los humores del hombre, ya que esa fiebre no se halla ni en la sangre ni el cerebro. Esta excitación de todo el ser produce una melancolía en la que el enfermo se llega a odiar a sí mismo. En una situación semejante, todo produce una irritación peligrosa. La Cibot, a pesar de las recomendaciones del doctor, no creía, como mujer del pueblo que era, sin experiencia ni instrucción, en esos retortijones del sistema nervioso debidos al sistema humoral. Las explicaciones del doctor Poulain

eran para ella *ideas de médico*. Quería absolutamente, como todas las gentes del pueblo, alimentar a Pons, y, para impediría que le diese a escondidas jamón, una buena tortilla o chocolate de vainilla, hacía falta nada menos que esta prevención absoluta del doctor Poulain:

—Dadle un solo bocado de no importa qué al señor Pons, y le mataréis como de un pistoletazo.

La terquedad de las clases populares es tan grande a este respecto, que la repugnancia de los enfermos a ingresar en el hospital proviene de la creencia de que se mata a las personas al dejar de proporcionarles alimentos. La mortalidad que han causado los víveres llevados en secreto por las mujeres a sus maridos ha sido tan grande, que ha decidido a los médicos a prescribir un severo examen del cuerpo los días en que los parientes van a visitar a sus enfermos. La Cibot, para llegar a una pelotera momentánea, necesaria a la realización de sus beneficios inmediatos, contó su visita al director del teatro, sin olvidar sus *palabritas* con la señorita Eloísa, la bailarina.

—¿Pero qué fuisteis a hacer allí? —le preguntó por tercera vez el enfermo, que no podía detener a la Cibot en cuanto se lanzaba a su verborrea.

—Así, en cuanto le he dicho lo que tenía que decirle, la señorita Eloísa, que ha visto quien era yo, ha bajado los humos y nos hemos hecho las mejores amigas del mundo. ¿Me preguntáis ahora lo que iba yo a hacer allí? —añadió, repitiendo la pregunta de Pons.

Ciertos charlatanes, y los que así obran lo son de genio, recogen de este modo las interpelaciones, las objeciones y las observaciones, a manera de provisión, para alimentar sus discursos, como si la fuente no pudiera jamás agotarse, —Fui para sacar de apuros a vuestro señor Gaudissart; tiene necesidad de una partitura de música para un *ballet*, y vos, querido, no os encontráis en estado de emborronar papel y cumplir con vuestro deber... Y así he oído que se llamaría a un tal Garangeot para poder componer música para *Los Mohicanos*...

—¡Garangeot! —exclamó Pons furioso—. ¡Garangeot, un hombre sin talento alguno, al que yo no he querido ni como primer violín! ¡Es un hombre de mucho ingenio, que hace muy bien folletos sobre la música; pero en cuanto a componer un aria, le desafío...! ¿Y de dónde diablos habéis sacado la idea de ir al teatro?

—¡Pero que *ostinado* es este demonio!... Vamos, gatito, no nos desbordemos como una sopa de leche... ¿Podéis componer música en el estado en que os encontráis? ¿Es que no os habéis mirado al espejo? ¿Queréis uno? No tenéis más que la piel sobre los huesos... Estáis débil como un gorrión, y os creéis capaz de hacer vuestras notas; pero no haríais ni siquiera las mías... Eso me hace pensar que debo subir a la del tercero, que nos debe diecisiete francos... y siempre es bueno recoger diecisiete francos, pues una vez pagado el farmacéutico, no nos quedan más de veinte... Era preciso decir a ese hombre, que tiene el aire de ser buena persona, a ese señor Gaudissart... Me gusta el nombre, y además él me iría bien... No tendrá nunca

mal del hígado ese... Así pues, era preciso decirle cual era vuestro estado... ¡Caramba! Vos no estáis bien, y os ha reemplazado momentáneamente...

—¡Reemplazado! —exclamó Pons con formidable voz e irguiendo el cuerpo.

En general, los enfermos, sobre todo aquellos que la Parca tiene al alcance de su guadaña, se aferran a sus puestos con el furor que despliegan los debutantes por obtenerlos. Aquella sustitución le pareció al pobre moribundo una primera muerte.

—¡Pero si el doctor me dijo —prosiguió—, que voy perfectamente bien... que pronto reanudaré mi vida ordinaria! ¡Vos me habéis matado, arruinado, asesinado...!

—¡Bah, bah, bah! —exclamó la Cibot—. ¡Ya os habéis disparado! Seguid, yo soy vuestro verdugo; siempre decís esas lindezas ¡pardiez! al señor Schmucke, en cuanto me vuelvo la espalda. ¡Ya sé bien lo que le decís, vaya! ¡Sois un monstruo de ingratitud!

—¿Pero no sabéis que si mi convalecencia tarda solamente quince días, se me dirá al volver que soy una peluca, un viejo, que mi tiempo acabó, que soy ya época Imperio, rococó...? —exclamó el enfermo, deseando vivir—. ¡Garangeot se habrá hecho amigos en el teatro, desde contaduría hasta la bóveda! Habrá bajado el diapasón para una actriz que no tiene voz, y lamido las botas al señor Gaudissart; habrá publicado por sus amigos en los folletines las alabanzas de todo el mundo... y en una tienda como ésa, señora Cibot, se sabe encontrar piojos hasta en la cabeza de un calvo... ¿Qué demonio os ha empujado allí?...

—¡Pardiez! El señor Schmucke ha discutido sobre esto conmigo durante ocho días... ¿Qué queréis? Vos no veis nada más que vuestra persona, sois un egoísta capaz de matar a los demás para curaros... Pero el pobre señor Schmucke está ya desde hace un mes que se cae de fatiga, se arrastra como un sonámbulo, no puede ir a ninguna parte, ni dar lecciones, ni prestar servicio en el teatro. ¿Es que acaso no veis nada?... Os custodia durante la noche y yo lo hago de día. Tal como están las cosas, si pasara yo las noches como intenté hacerlo al principio, creyendo que no teníais nada, tendría que dormir durante el día. ¿Y quién se ocuparía de las faenas de la casa y del *alpiste*? ¡Qué queréis, la enfermedad es la enfermedad... qué se va a hacer!

—Es imposible que Schmucke haya tenido ese pensamiento...

—No creeréis a estas alturas que he sido yo quien lo ha tenido bajo mi moño... ¿Acaso pensáis que somos de hierro? Si el señor Schmucke hubiese continuado yendo a dar siete u ocho clases, y pasando la noche desde las seis a las once en el teatro, dirigiendo la orquesta, se habría muerto en diez días... ¿Es que deseáis la muerte de ese buen hombre, que daría su sangre por vos? ¡Por los autores de mis días, que jamás he visto a un enfermo como vos!... ¿Qué habéis hecho de vuestra razón? ¿La habéis llevado al Monte de Piedad? Todo se extermina aquí para vos, se hace todo lo mejor que se puede, y no estáis contento... ¿Es que queréis volvernos locos de atar?... ¡En primer lugar, yo estoy aspada... en espera de lo demás!

La Cibot podía hablar a su gusto, pues la cólera impedía, a Pons pronunciar una sola palabra, y se revolcaba en su lecho, articulando penosamente interjecciones, en

fin, se moría. Como siempre, llegada a este punto, la querella dio un súbito giro hacia la ternura. La portera se precipitó sobre el enfermo, lo tomó por la cabeza, le obligó a tenderse y echó sobre él el cobertor.

—¡Mira que ponerse en semejante estado! ¡Y claro, tras ello, la recaída! Es lo que dice el buen señor Poulain. Ea, calmaos. Sed dócil, hijito. Sois el ídolo de todos los que os rodean... ¡hasta el doctor viene a veros dos veces por día! ¿Qué es lo que diría si os viese tan agitado? ¡Me sacáis de quicio!... eso no está bien de vuestra parte... Cuando se tiene a *mamá* Cibot por veladora, se le deben consideraciones... ¡Gritáis, habláis, cosa que os está prohibida, vos lo sabéis! Hablar os irrita... ¿Por qué arrebataros? Es vuestra toda la culpa... siempre me estáis chinchando. ¡Ea, razonemos! Si el señor Schmucke y yo, que os quiero como a mis propias entrañas, hemos creído hacer bien... bien hecho está, mi querubín, ¡vaya...!

—Schmucke no ha podido deciros que fueseis al teatro sin consultarme...

—¿Será necesario despertar al pobre, que duerme como mi bendito, para que lo testifique?

—¡No! ¡No! —exclamó Pons—. Si mi buen y tierno Schmucke ha tomado esa resolución, es que acaso estoy peor de lo que creo —dijo Pons, lanzando una mirada llena de horrible melancolía a los objetos de arte que decoraban su habitación—. Habrá que decir adiós a mis queridos cuadros, a todas las cosas que se habían convertido en mis amigos... y a mi divino Schmucke. ¡Oh! ¿Puede ser eso verdad?

La Cibot, aquella atroz comedianta, se llevó el pañuelo a los ojos, y su muda respuesta arrojó sobre el enfermo sombríos presagios. Abatido por aquellos dos golpes asestados en partes tan sensibles, la vida social y la salud, la pérdida de su puesto y la presencia de la muerte, decayó tanto que ni siquiera tuvo fuerzas para encolerizarse. Y quedóse taciturno como un tísico después de su agonía.

—En interés del señor Schmucke —dijo la Cibot, viendo a su víctima completamente domada—, creo que haríais bien enviando a buscar al notario del barrio, el señor Trognon, un hombre excelente.

—Siempre me habláis de ese Trognon... —repuso el enfermo.

— ¡Oh, a mí me es igual ese u otro... para lo que dejaréis...!

Y meneó la cabeza en señal de desprecio por las riquezas. Se estableció el silencio.

En aquel momento, Schmucke, que dormía desde hacía más de seis horas, se levantó despertado por el hambre, y acudió a la habitación de Pons, quedándose contemplándole durante algunos instantes sin proferir palabra, ya que la señora Cibot, colocándose un dedo sobre los labios, dijo:

—¡Chiist!

Luego ella se levantó, se aproximó al alemán para hablarle al oído y le dijo:

—Gracias a Dios, va a dormirse; es tan malo como un asno rojo... ¡Qué queréis! ... se defiende contra la enfermedad...

—No, soy por el contrario muy paciente —respondió la víctima, con doliente

tono que acusaba un espantoso abatimiento—. Pero, mi querido Schmucke, ella ha ido al teatro para que me despidan...

Hizo una pausa, careciendo de suficientes energías para acabar. La Cibot aprovechó el intervalo para describir con una señal a Schmucke el estado de una cabeza que va perdiendo la razón, y dijo:

—No le contrariéis, se morirá...

—Y —prosiguió Pons mirando al honrado Schmucke—, ella pretende que eres tú quien la ha enviado...

—Sí —respondió Schmucke heroicamente—. *Megesía la bena. ¡Cállate... déganos salvagde...! Es dondeguia agodagde aguidándode deniendo un desogo... Guesdablésede, vendeguemos alguna chucheguía y viviguemos dganquilamende en algún quincón con esda puena señoa Zipod...*

—¡Ella te ha contagiado! —respondió dolorosamente Pons.

El enfermo, al no ver ya a la señora. Cibot, que se había situado tras el lecho, a fin de que Pons no percibiera las señales que hacía a Schmucke, creyó que se había marchado, y añadió:

—¡Ella me asesina!

—¿Cómo que os asesino? —clamó la portera, mostrándose con fuego en la mirada y los puños sobre las caderas—. ¿Esa es la recompensa a mi abnegación de perro de aguas?... ¡Dios de Dios!

A continuación prorrumpió en llanto, se dejó caer sobre un sillón, y este trágico movimiento causó la más funesta revolución en Pons.

—Pues bien —dijo ella volviendo a ponerse en pie y dirigiendo a los dos amigos esas miradas de mujer vengativa, que lanzan a la vez pistoletazos y veneno—. ¡Ya estoy harta de no hacer aquí más que el bien, agotándome en vano para recibir solamente desagrado y encima ser insultada...! ¡Tomaréis una enfermera!

Los dos amigos se miraron espantados.

—¡Oh, aunque os miraseis como actores... lo dicho... voy a pedir al doctor Poulain que os busque una enfermera! Y nosotros vamos a sacar nuestras cuentas. Me devolveréis el dinero que he puesto aquí... y que nunca os lo habría pedido... yo que he ido a casa del señor Pillerault a pedirle prestados quinientos francos...

—¡*Es la enfegmedad...!* —dijo Schmucke precipitándose sobre la Cibot y enlazándola por el talle—. ¡*Dened basiensia...!*

—Vos sois un ángel y besaría hasta la huella de vuestras pisadas —respondió ella—. Pero el señor Pons no me ha querido nunca: siempre me ha odiado... Además, él es capaz de pensar que solamente busco figurar en su testamento...

—¡*Chist!... ¡Vais a madagle!* —exclamó Schmucke.

—Adiós, señor —fue a decir ella a Pons, fulminándole con una mirada—. Por el mal que os deseo, podéis estar tranquilo. En cuanto seáis amable conmigo, cuando creáis que lo que hago está bien hecho, volveré. Hasta entonces, me quedo en mi casa... Vos erais como un hijo para mí... ¿Cuándo se ha visto a los hijos rebelarse

contra su madre?... No, no, señor Schmucke, no quiero oír nada... Os traeré vuestra cena y os la serviré; pero pedid una enfermera al doctor Poulain.

Y salió cerrando la puerta con tanta violencia, que temblaron todos los objetos delicados y preciosos. El enfermo oyó una trepidación rechinante de porcelana que, en su tortura, era lo que el golpe de gracia en el suplicio de la rueda.

Una hora después, la Cibot, en vez de entrar en la habitación de Pons, llamó a Schmucke a través de la puerta del dormitorio, diciéndole que su cena le esperaba en el comedor. El pobre alemán acudió con el rostro lívido y cubierto de lágrimas.

—*Mi bobre Bons deliga* —dijo—, *pues pguetende que sois una pégfida. Es su enfegmedad...* —añadió para enternecer a la Cibot sin acusar a Pons.

—¡Oh, ya estoy harta de su enfermedad! Escuchad, no es mi padre, mi marido, mi hermano, ni mi hijo. Me ha tomado tirria, pues bien... ¡ya basta! A vos os seguiría hasta el fin del mundo; pero cuando se entrega la vida, el corazón y todas las economías, cuando se descuida al marido, que también está delicado, para que encima la traten como a una de pérfida, eso ya pasa de castaño oscuro...

—¿*Casdagño...*?

—¡Sí, castaño! Pero dejémonos de palabras ociosas. ¡Vayamos a lo positivo! Me debéis tres meses a ciento noventa francos, lo que hacen quinientos setenta, más el alquiler que he pagado dos veces, aquí tengo los recibos, seiscientos francos con el sueldo por libra y vuestras imposiciones; así, pues, mil doscientos menos algo y, en fin, los dos mil francos, sin interés, bien entendido, lo cual hace en total tres mil ciento noventa y dos francos... Y pensad que os van a hacer falta por lo menos dos mil francos en mano para la enfermera, el médico, los medicamentos y la alimentación de la enfermera. He ahí por qué tomé prestados mil francos al señor Pillerault —dijo para terminar, mostrando el billete de mil francos que le había dado Gaudissart.

Schmucke escuchó la cuenta con estupefacción muy concebible, ya que tenía tanto de financiero como de músicos los gatos.

—*¡Señoga Zipod, Bons nos diengte pien su capesa! Berdonadle, condinudadendiéndole, seguir siendo nuestga pgofidensia... os lo pido de godillas...*

Y el alemán se posternó ante la Cibot, besando las manos de aquel verdugo.

—Escuchad, minino mío —dijo ella ayudando a Schmucke a ponerse en pie y besándole en la frente—, mi marido también está enfermo; acabo de enviar a buscar al doctor Poulain. En tales circunstancias, debo poner mis asuntos en orden. Además, mi esposo, que me ha visto llegar con lágrimas, ha sido acometido por tal furor, que no quiere que vuelva a poner los pies aquí. Es él quien exige el dinero... es dinero suyo, como comprenderéis. Nosotras las mujeres no podemos nada en eso. Pero, devolviéndole al señor Cibot, sus tres mil doscientos francos, es posible que se calme. Es toda la fortuna del pobre, sus economías de veintiséis años de quehacer, el fruto de sus sudores... Quiere su dinero mañana mismo, sin excusa ni pretexto. Vos no conocéis a Cibot: cuando se encoleriza, mataría a un hombre. Pues bien, tal vez podría obtener de él permiso para que continuase cuidándoos a los dos. Tranquilizaos, permitiré que me diga todo cuanto le pase por la cabeza. Sufriré ese martirio por vos,



que sois un ángel.

—*No, yo soy un bobre hombgue que quiegue a su amigo, que daguía su vida por salvaglo...*

—Pero ¿y dinero?... Mi buen señor Schmucke, una suposición, vos no me daríais nada; hacen falta hallar tres mil francos para vuestras necesidades... A fe mía, ¿sabéis lo que yo haría en vuestro lugar? Pues no lo pensaría dos veces... vendería siete u ocho malos cuadros, y los reemplazaría por algunos de los que están en vuestra habitación, vueltos contra la pared, por falta de sitio... pues un cuadro u otro, ¿qué importancia tiene?

—*¿Y pog qué?*

—¡Es tan malicioso! ¡Sin duda debido a su enfermedad, pues con salud es un cordero! Es capaz de levantarse, de escudriñar, y si por casualidad viniese a la sala, aunque está tan débil que no podrá pasar del umbral de la puerta, encontrará siempre el mismo número de cuadros... Le comunicaremos la venta una vez que esté completamente restablecido. Si vos queréis confesársela, echaréis todas las culpas sobre mí, debido a la necesidad de pagarme. Ea, adelante, yo tengo buenas espaldas...

—*Yo no buedo disboneg de cosas que no me berdenesen* —respondió simplemente el buen alemán.

—En ese caso voy a demandaros a los dos por la justicia.

—*Eso seguía madagle...*

—¡Escoged! ¡Santo Dios!, vended los cuadros y decídselo después... u os veréis obligado a mostrarle la citación...

—*Pueno, demandadnos... esa segá mi exgusa, le enseñagué el dogumendo...*

El mismo día, a las siete, la señora Cibot, que habla ido a consultar a un escribano, llamó a Schmucke. El alemán se vio en presencia de Tabareau, quien le requirió al pago, y ante la respuesta que dio Schmucke temblando de pies a cabeza, fue demandado ante el tribunal, así como Pons, para ser condenados al pago. El aspecto de aquel hombre y el papel sellado lleno de garrapatos, produjeron tal efecto sobre Schmucke, que no resistió más.

—*Fendez los cuadgos* —dijo con lágrimas en los ojos.

A la mañana siguiente, a las seis, Elías Magus y Rémonencq descolgaron cada cual sus cuadros. Extendieron a continuación dos recibos de dos mil quinientos francos cada uno, perfectamente en regla:

El abajo firmante, garantizando al señor Pons, reconoce haber recibido de Elías Magus la suma de dos mil quinientos francos por cuatro cuadros que le han sido vendidos, debiendo emplearse dicha suma en atender las necesidades del mencionado señor Pons. Uno de los cuadros, atribuido a Durero, es un retrato de mujer; el segundo, de la escuela italiana, es asimismo un retrato; el tercero, un paisaje holandés de Brueghel, y el cuarto, un cuadro florentino representando una

*Sagrada Familia*, de autor desconocido.

El recibo dado por Rémonencq estaba redactado en los mismos términos y comprendía un Greuze, un Claudio Lorrain, un Rubens y un Van Dyck, disfrazados bajo los nombres de cuadros de las escuelas francesa y flamenca.

—*Este dinego me haguía cgueeg que los demás valen algo* —dijo Schmucke recibiendo los cinco mil francos.

—Algo valen —opinó Rémonencq—. Yo daría gustoso cien mil francos por todo eso.

El auvernés, a quien se pidió este pequeño servicio, reemplazó los ocho cuadros por otros de iguales dimensiones, y cuyos marcos ofrecieran cierta semejanza con los descolgados, escogiéndolos entre los lienzos inferiores que Pons había puesto en la habitación de Schmucke. Elías Magus, una vez en posesión de las cuatro obras maestras, llevó a la Cibot a su casa, so pretexto de saldar sus cuentas. Pero una vez en ella, contó miserias, halló mil defectos a los cuadros, diciendo que había que restaurarlos, etc..., y acabó por ofrecer a la Cibot treinta mil francos por su comisión, tentándola irresistiblemente al enseñarle los deslumbrante papeles en los que el Banco ha grabado la palabra MIL FRANCOS, Magus condenó a Rémonencq a dar una suma igual a la Cibot, prestándosela sobre sus correspondientes cuatro cuadros, con los que se quedó en depósito. Los cuatro cuadros de Rémonencq parecieron tan magníficos a Magus, que no pudo decidirse a devolvérselos, y por la mañana llevó al chamarilero seis mil francos de beneficio, el cual le cedió sus lienzos mediante la correspondiente factura. La señora Cibot, con una fortuna de sesenta y ocho mil francos, reclamó de nuevo el más profundo secreto a sus dos cómplices, y pidió al judío que le aconsejara cómo colocar aquella suma de manera que nadie pudiera saber que la poseía.

—Comprad acciones del ferrocarril de Orleáns; están a treinta francos por bajo de la par, y doblaréis vuestros fondos en tres años, al tiempo que tendréis trozos de papel que os cabrán en el bolso de mano.

—Quedaos aquí, señor Magus, voy a casa del agente de negocios de la familia del señor Pons, que quiere saber a qué precio tomaríais todos los cachivaches de arriba... Voy a buscároslo.

—¡Si estuviera viuda! —dijo Rémonencq a Magus—, ¡Eso, eso es lo que me convendría, pues ya es rica...!

—Sobre todo si coloca su dinero en el ferrocarril de Orleáns; en dos años lo tendrá doblado. Yo lo he hecho así con mis pobres economías; es la dote de mi hija... Vámonos a dar una vueltecita por el bulevar, en espera del abogado...

—Si Dios quisiera llamar a su seno a ese Cibot, que ya está muy enfermo —prosiguió Rémonencq—, yo tendría una mujer de armas tomar para llevar un almacén, y podría dedicarme al comercio al por mayor...

—Buenos días, mi buen señor Fraisier —dijo la Cibot con tono meloso, entrando

en el despacho de su consultor—. ¿Qué es lo que me ha dicho vuestro portero... que os vais de aquí?...

—Sí, mi querida señora Cibot. Tomo, en casa del doctor Poulain, un apartamento en el primer piso, encima del suyo. Necesito un préstamo de dos a tres mil francos para amueblarlo convenientemente, pues a fe mía que es muy bonito, toda vez que el propietario lo ha restaurado. Estoy encargado, como ya os lo he dicho, de los intereses del presidente de Marville y de los vuestros... Abandono el oficio de gestor de negocios y voy a darme de alta en el colegio de abogados, por lo que es preciso hallarse bien alojado. Los abogados de París no permiten la inscripción sino a colegas que poseen un mobiliario respetable, una biblioteca, etcétera. Yo soy doctor en Derecho, hice mi período de prueba, y tengo ya protectores poderosos... Bien, ¿de qué se trata ahora?

—Se queréis aceptar mis economías, que las tengo en la Caja de Ahorros... —le dijo la Cibot—. No poseo gran cosa, tres mil francos, el fruto de veinticinco años de ahorro y privaciones... Vos me extenderíais una letra de cambio, como dice Rémonencq, puesto que yo soy ignorante, no sé más de lo que se me enseña...

—No, los estatutos profesionales prohíben a un abogado firmar letras de cambio. Os daré un recibo que comprenda un interés del cinco por ciento, y vos me lo devolveréis si os consigo mil doscientos francos de renta vitalicia en la sucesión del infeliz Pons.

La Cibot, cogida en la trampa, guardó silencio.

—Quien calla, otorga —añadió Fraisier—. Traedme esa cantidad mañana.

—¡Ah! De muy buen grado os pagaré vuestros honorarios de antemano —dijo la Cibot—. Eso es estar seguro de que obtendré esas ventas.

—Bien, ¿dónde nos encontramos? —prosiguió Fraisier, haciendo un ademán afirmativo con la cabeza—. Vi a Poulain ayer noche, y según parece tratáis a baquetazos a vuestro enfermo... Un asalto más como el de ayer y se le formarán cálculos en la vesícula biliar... Sed dulce con él, mi querida señora Cibot... no es preciso crearse remordimientos. No se vive mucho...

—¡Dejadme en paz con vuestros remordimientos! ¿Acaso Trais a hablarme otra vez de la guillotina? El señor Pons es un viejo *ostinado*... no le conocéis bien; es él quien me atormenta y me exaspera... No hay hombre peor que él; sus parientes tenían razón: es cazurro, vengativo y *ostinado*... Magus está en casa, como os he dicho, y os espera.

—Bueno... allí estaré al mismo tiempo que vos. Del valor de esa colección depende la cifra de vuestra renta; si hay ochocientos mil francos, tendréis mil quinientos de renta vitalicia... ¡es una fortuna!

—Bien, voy a decirles que valoren las cosas en conciencia.

Una hora después, mientras Pons dormía profundamente tras haber tomado de manos de Schmucke una poción calmante ordenada por el doctor, pero cuya dosis había sido doblada por la Cibot sin que el alemán se apercibiera, Fraisier, Rémonencq

y Magus, estos tres personajes patibularios, examinaban pieza a pieza los mil setecientos objetos que componían la colección del viejo músico.

Schmucke se había acostado, y los cuervos olfateando el cadáver eran dueños del terreno.

—No hagáis ruido —decía la Cibot cada vez que Magus se extasiaba y discutía con Rémonencq, instruyéndole sobre el valor de aquellas maravillosas obras de arte.

Era un espectáculo que traspasaba el corazón el de aquellas cuatro codicias diferentes aquilatando la herencia durante el sueño de aquél cuya muerte las motivaba. La estimación de los valores contenidos en la sala duró tres horas.

—Por término medio —opinó el mugriento judío—, cada objeto artístico vale mil francos...

—¡Eso haría un millón setecientos mil francos! —exclamó Fraisier, estupefacto.

—No para mí —prosiguió Magus, cuya mirada tomó frías tonalidades—. Yo no daría más de ochocientos mil francos, ya que no se sabe cuánto tiempo habrá que tener eso almacenado... Hay obras maestras que se tardan diez años en vender, y el precio de adquisición se dobla por los intereses compuestos; pero yo pagaría la suma al contado.

—En la habitación hay vidrieras, esmaltes, miniaturas y tabaqueras de oro y plata —observó Rémonencq.

—Voy a ver si está bien dormido —observó la Cibot.

Y a una señal de la portera, las tres aves de rapiña entraron.

—Ahí están las obras de arte —dijo apuntando a la sala Magus, todos los pelos de cuya barba se agitaban—; pero aquí están las riquezas... ¡y qué riquezas!, los monarcas no tienen nada más hermoso entre sus tesoros.

Los ojos de Rémonencq, iluminados por las tabaqueras, relucían como carbunclos. Fraisier, tranquilo, frío como una serpiente que se hubiera erguido sobre la cola, alargaba su cabeza plana y se mantenía en la postura con que los pintores representan a Mefistófeles. Aquellos tres avaros diferentes, alterados por el oro como los diablos lo son por los rocíos del paraíso, dirigieron, sin ponerse de acuerdo, una mirada sobre el poseedor de tantas riquezas, ya que había hecho uno de esos movimientos inspirados por la pesadilla. De pronto, bajo el chorro de aquellos tres rayos diabólicos, el enfermo abrió los ojos y lanzó gritos penetrantes:

—¡Ladrones!... ¡Aquí están!... ¡Guardias!... ¡Me asesinan...!

Evidentemente, continuaba su sueño despierto ya del todo, pues se había incorporado en la cama quedando sentado, con los ojos dilatados, blancos, fijos, sin movimiento.

Elías Magus y Rémonencq intentaron llegar a la puerta; pero quedaron clavados por estas palabras:

—¡Magus aquí!... ¡Me han traicionado...!

El enfermo se había despertado por el instinto de conservación de su tesoro, sentimiento cuando menos igual al de la conservación personal.

—Señora Cibot, ¿quién es el señor? —gritó estremeciéndose ante el aspecto de Fraasier, que permanecía inmóvil.

—¡Pardiez!... ¿Acaso podía yo ponerle en la puerta? —respondió ella, guiñando un ojo y haciendo una seña a Fraasier—. El señor se ha presentado hace un momento en nombre de vuestra familia...

Fraasier dejó escapar un movimiento de admiración por la Cibot.

—Sí, señor —afirmó—. Yo venía de parte de la señora presidenta de Marville, de su esposo y de su hija, a testimoniarlos su sentimiento. Se han enterado fortuitamente de vuestra enfermedad y desearían cuidaros ellos mismos... Os ofrecen el traslado al dominio de Mandile, para que allí recobréis la salud; la señora vizcondesa Popinot, la pequeña Cecilia a la que tanto queríais, será vuestra enfermera... Ella ha tomado vuestra defensa ante su madre, y ha hecho que saliera del error en que se hallaba.

—¡Y ellos, mis herederos, os han enviado —clamó Pons indignado— dándoos por guía el más hábil conecedor, el más fino experto de París!... ¡Ah, la broma es buena! —añadió riendo como un loco—. ¡Venís a tasar mis cuadros, mis curiosidades, mis tabaqueras y miniaturas...! ¡Valorad!... tenéis con vos a un hombre que no sólo posee conocimientos de todo, sino que puede comprar, pues es diez veces millonario... Mis queridos parientes no esperarán mucho tiempo mi herencia —dijo con profunda ironía—, porque ya me han estrangulado... ¡Ah, señora Cibot, vos os decís mi madre e introducís a los marchantes, a mi competidor y a los Camusot aquí, mientras yo duermo!... ¡Salid todos...!

Y el desgraciado, sobreexcitado por la doble acción de la cólera y del miedo, se levantó descarnado.

—Tomad mi brazo, señor —dijo la Cibot, precipitándose sobre Pons para impedir que cayese—. Calmaos, esos señores ya se han ido.

—¡Quiero ver la sala...! —exclamó el moribundo.

La Cibot hizo una seña a los tres cuervos para que levantasen el vuelo, y luego, asiendo a Pons, lo alzó como una pluma y volvió a acostarle en su cama, a pesar de sus gritos. Viendo al desgraciado coleccionista completamente agotado, como se dirigió a cerrar la puerta del apartamento. Los tres verdugos de Pons se encontraban aún en el descansillo, y cuando la Cibot los vio, les dijo que la esperasen, oyendo como Fraasier decía a Magus:

—Escribidme una carta firmada por ambos, en la cual os comprometéis a pagar novecientos mil francos al contado por la colección del señor Pons, y veremos la forma de que obtengáis un buen beneficio.

Seguidamente sopló al oído de la Cibot una palabra, una sola, que nadie pudo oír, y descendió con los dos marchantes a la calle.

—Señora Cibot —dijo el desgraciado Pons, a la vuelta de la portera—. ¿Se marcharon ya...?

—¿Quiénes... se marcharon? —preguntó ella.

—¡Esos hombres!

—¿Qué hombres?... ¡Vaya, habéis visto hombres! —dijo ella—. Acabáis de tener un acceso de fiebre, que a no ser por mí os tiráis por la ventana, y me habláis todavía de hombres... ¿Vais a quedaros siempre así?...

—¡Cómo! Ahí, hace unos momentos... ¿no había un señor que decía enviado por mi familia?

—¡Pero vais a *ostinarme* todavía! —replicó ella—. ¡A fe mía que deberían encerraros en un manicomio...! Veis hombres...

—Elías Magus, Rémonencq...

—¡Ah!, en cuanto a Rémonencq, bien podéis haberle visto, ya que vino a decirme que mi pobre Cibot está tan mal cuidado que voy a tener que plantaros. ¡Mi Cibot ante todo, ya lo comprenderéis! Cuando mi hombre está enfermo, yo no conozco a nadie. Intentad permanecer tranquilo y dormir un par de horas. He mandado buscar al señor Poulain y volveré con él... Bebed y sed formal.

—¿No había nadie en mi habitación, ahí, hace un momento, cuando me he despertado?

—Nadie —afirmó ella—. Habréis visto a Rémonencq en vuestros espejos.

—Tenéis razón, señora Cibot —dijo el enfermo, tornándose tan manso como un cordero.

—Bien, ya estáis razonable... Adiós, mi querubín, quedaos tranquilo, que dentro de un instante volveré a estar con vos.

Al oír Pons cerrar la puerta del apartamento, reunió sus últimas fuerzas para levantarse, pues dijo para su fuero interno:

—¡Me engañan! ¡Me desvalijan! ¡Schmucke es un niño que se dejaría meter en un saco...!

Y el enfermo, animado por el deseo de aclarar la espantosa escena que le parecía demasiado real para ser una visión, pudo llegar a la puerta de la habitación y la abrió penosamente. La vista de sus amados lienzos, de sus estatuas, de sus bronce florentinos y de sus porcelanas, le reanimó. El coleccionista, en bata, con las piernas desnudas y la cabeza ardiendo, pudo darse una vuelta por las dos vías que se hallaban trazadas por los aparadores y armarios, cuya alineación dividía el salón en dos partes. Al primer vistazo el propietario lo contó todo, apercibiéndose que no faltaba nada. Iba a regresar a su dormitorio, cuando su mirada fue atraída por un retrato de Greuze colocado en el lugar del *Caballero de Malta* de Sebastián del Piombo. La sospecha espoleó su inteligencia igual que un rayo rasga un cielo tormentoso. Volvió a mirar el lugar ocupado por sus ocho cuadros principales, y los halló a todos reemplazados. Los ojos del pobre hombre se cubrieron súbitamente de un velo negro, y dándole un vahído, cayó sobre el entarimado. El desvanecimiento fue tan completo, que Pons permaneció tendido durante dos horas, hallándolo Schmucke, en tal estado, cuando, al despertarse, salió de su habitación para ir a ver a su amigo. El alemán pasó mil fatigas para levantar al moribundo y volver a acostarlo; pero cuando dirigió la palabra a aquel casi cadáver, recibiendo una mirada helada, seguida de palabras vagas y

tartamudeantes, el pobre alemán, en vez de perder la cabeza, se convirtió en héroe de la amistad. Bajo la presión de la desesperación, aquel hombre-niño tuvo esas inspiraciones propias de las mujeres amantes o las madres. Calentó toallas (¡las encontró!) y envolvió en ellas las manos de Pons, aplicándolas también a su estómago; luego, tomando entre sus manos aquella frente húmeda y fría, llamó a la vida con una potencia de voluntad digna de Apolonio de Tiana. Besó a su amigo en los ojos, como aquella *María* que el gran artista ha sabido esculpir en su magnífica *Piedad*, besa a Cristo. Esos esfuerzos divinos, esa efusión de una vida en otra, esa obra de madre y amante, fue coronada por el éxito. Al cabo de media hora, Pons, recalentado, cobró forma humana: el color vital volvió a los ojos y el calor exterior devolvió el movimiento a los órganos. Schmucke hizo beber a Pons agua de melisa mezclada con vino. El espíritu de la vida se infundió en su cuerpo y la inteligencia irradió de nuevo sobre la frente antes insensible como una piedra. Pons comprendió entonces a qué santa abnegación, a qué poderosa amistad se debía aquella resurrección.

—¡Sin ti, estaría muerto! —dijo sintiendo el rostro dulcemente bañado por las lágrimas del buen alemán, que reía y lloraba a la vez.

Al oír estas palabras, expresadas en el delirio de la esperanza, que es tanto como el de la desesperación, el pobre Schmucke, cuyas fuerzas se habían agotado, se desplomó como un globo deshinchado. Ahora le tocó a él la vez de caer, sentándose sobre un sillón, juntó sus manos y dio gracias a Dios en oración ferviente, ¡Un milagro se acababa de cumplir para él! No creía en el poder de su plegaria, sino en el de Dios, a quien había invocado. Sin embargo, el milagro lo había producido un efecto natural frecuentemente constatado por los médicos.

Un enfermo rodeado de cariño, cuidado por personas interesadas en salvarle, con iguales probabilidades, es salvado allí donde sucumbe otro velado por mercenarios. Los médicos no quieren ver en esto los efectos de un magnetismo involuntario, sino que atribuyen tal resultado a cuidados inteligentes y a la exacta observancia de sus prescripciones; pero muchas madres conocen la virtud de las ardientes proyecciones de un deseo constante.

—¡Mi buen Schmucke!...

—*No haples, yo oigüé bog et cogasón... ¡Rebosa! ¡rebosa!* —dijo el músico sonriendo.

—¡Pobre amigo!... ¡Noble criatura!... ¡Hijo de Dios viviendo en Dios! ¡Único ser que me ha amado!... —dijo Pons por interjecciones, hallando en su voz modulaciones desconocidas.

El alma, a punto de volar, se volcaba en aquellas palabras, que proporcionaron a Schmucke goces iguales a los del amor.

—*¡Higo, higo! ¡Yo me converdigué en un león! ¡Yo dgabagué bog dos!*

—¡Escucha, mi bueno, fiel y adorable amigo! Déjame hablar. El tiempo apremia pues ya estoy muerto, no volveré de estas crisis repetidas.

Schmucke lloró como un niño.

—Escucha, ya llorarás después... —replicó Pons—. Has de consolarte como cristiano. Me han robado, y es la Cibot... Antes de dejarte, he de esclarecerte sobre las cosas de la vida; tú no las sabes... Se han llevado ocho cuadros que valían sumas considerables...

—*Berdóname, yo los he vendido...*

—¿Tú?

—Yo... —confirmó el pobre alemán—. *Nos habían demandado a los alguaciles...*

—¿Demandado?... ¿Quién? .

—¡*Espega!*

Schmucke fue a buscar el papel timbrado dejado por el escribano y lo trajo.

Pons leyó atentamente aquel galimatías. Tras la lectura, dejó caer el papel y guardó silencio. Aquel observador del trabajo humano, que hasta entonces había desdeñado la moral, acabó por contar todos los hilos de la trama urdida por la Cibot. Su verbo de artista, su inteligencia de alumno de la Academia de Roma, toda su juventud le volvió durante algunos instantes.

—Mi buen Schmucke —dijo—, has de obedecerme militarmente. Escucha, baja a la portería y di a esa espantosa mujer que quisiera volver a ver a la persona que me fue enviada por mi primo el presidente, y que si no viene, tengo la intención de legar mi colección al Museo; que se trata de redactar mi testamento.

Schmucke cumplió el encargo; pero a la primera palabra, la Cibot respondió con una sonrisa.

—Nuestro querido enfermo, mi buen señor Schmucke, ha tenido un ataque de fiebre delirante, y ha creído ver gente en su habitación. Os doy mi palabra de mujer honrada que nadie ha venido de parte de la familia de nuestro querido enfermo...

Schmucke volvió con esta respuesta, que repitió textualmente a Pons.

—¡Ella es más fuerte, ladina, astuta y maquiavélica de lo que yo creía! —dijo Pons sonriendo—. ¡Miente hasta en su garita! Figúrate que esta mañana ha traído aquí a un judío llamado Elías Magus, a Rémonencq y a un tercero que me es desconocido, pero más espantoso todavía que los otros dos. Ha contado con mi sueño para evaluar mi herencia; la suerte ha hecho que me despertara, y he visto a los tres sopesando mis tabaqueras. En fin, el desconocido se ha dicho enviado por los Carausot, yo he hablado con él... ¡Esa infame Cibot ha sostenido que yo soñaba!... Mi buen Schmucke, ¡yo no soñaba!... He oído bien a ese hombre, él me ha hablado... Los dos marchantes se han asustado y salieron corriendo... Yo he creído que la Cibot se desmentiría... Esta tentativa es inútil. Voy a tender otro lazo en el que caerá la bribona... Mi pobre amigo, tú tomas a la Cibot por un ángel, y es una mujer que por codicia me viene asesinando desde hace un mes. No he querido creer tanta maldad en una mujer que nos había servido fielmente durante tantos años. Esta duda me ha perdido... ¿Cuánto te ha dado por los ocho cuadros?...



—*Cingo mil vrangos.*

—¡Santo Dios! ¡Pero si valían por lo menos veinte veces más! —exclamó Pons—. Es la flor de mi colección. No tengo tiempo de intentar un proceso; además, sería hacerte aparecer como un *primo* ante esos pillos... Un proceso te mataría. Tú no sabes lo que es la justicia... es el vertedero de todas las infamias morales... Contemplando semejantes horrores, almas como la tuya sucumben. Y además, serás bastante rico. Esos cuadros me han costado cuarenta mil francos, los tengo hace treinta y seis años... Pero hemos sido robados con una habilidad sorprendente. Estoy al borde de la fosa y solamente tú me preocupas... tú, el mejor de los seres. No quiero que seas despojado, pues todo cuanto poseo es tuyo. Es preciso que desconfíes de todo el mundo, y tú nunca has sentido desconfianza. Dios te protege, ya losé; pero puede olvidarte durante un momento, y serás pirateado como un buque mercante. La Cibot es un monstruo, ella me mata, y tú ves en esa mujer a un ángel. Quiero hacértela conocer; ve a pedirle que te indique un notario para que extienda mi testamento... y te la mostraré con las manos en la masa.

Schmucke escuchaba a Pons como si le hubiese relatado el Apocalipsis. Para él resultaba la negación de la Providencia, el que existiera una naturaleza tan perversa como debía ser la de la Cibot, en el caso de que Pons tuviera razón.

—*Mi pobre amigo Bons se encuentra tan mal* —dijo el alemán descendiendo a la portería y dirigiéndose a la Cibot—, *que quiegue haseg su desdamento; id a buscag un nodaguio...*

Esto fue dicho en presencia de varias personas, pues el estado de Cibot era casi desesperado. Rémonencq, su hermana, dos porteras venidas de las casas vecinas, tres criadas de inquilinos de la casa y el inquilino del primer piso que daba a la calle, se hallaban estacionados bajo la puerta cochera.

—¡Ah! Vos mismo podéis ir a buscar un notario —exclamó la Cibot con lágrimas en los ojos—, y hacer vuestro testamento por quien queráis... Cuando mi pobre Cibot está a la muerte no seré yo quien abandone su lecho... Daría a todos los Pons del mundo por conservar a Cibot... ¡un hombre que no me ha dado ni dos onzas de disgustos durante treinta años de hogar!...

Y a continuación entró en la portería, dejando a Schmucke lleno de confusión.

—Señor —preguntó a Schmucke el inquilino del primer piso—, ¿tan mal está el señor Pons?

Este inquilino, llamado Jolivard, era un empleado del registro, en el Palacio de Justicia.

—*Ha estado a bunto de moguig hace unos momendos...* —respondió Schmucke con acento de profundo dolor.

—Cerca de aquí, en la calle de Saint-Louis, hay un notario, el señor Trognon —observó Jolivard—. Es el notario del barrio.

—¿Queréis que le vaya a buscar? —preguntó Rémonencq a Schmucke.

—*De muy puena gana...* —respondió Schmucke— *bues si la señoa Zipod no*

*puede cuidag de mi amigo, yo no guisiega apagdagme de su lado en el estado en que esdá...*

—La señora Cibot nos contaba que se volvía loco —dijo Jolivard.

—*¿Bons loco?* —exclamó Schmucke aterrorizado—. *Nunga ha estado tan despegado... lo que me inquieda es su salud.*

Todas las personas que componían el grupo escuchaban esta conversación con una curiosidad bien natural, y que la grabó en su memoria. Schmucke, que no conocía a Fraisier, no pudo reparar en aquella cabeza satánica y en sus ojos brillantes. Él, Fraisier, vertiendo dos palabras al oído de la Cibot, había sido el autor de la audaz escena, tal vez por encima de los medios de la Cibot, pero que había desempeñado con magistral superioridad. Hacer pasar al moribundo por demente, era una de las piedras angulares del edificio construido por el abogado. El incidente de aquella mañana había prestado buenos servicios a Fraisier; y sin él, la Cibot, en su turbación, tal vez se habría desmentido en el momento en que el inocente Schmucke vino a tenderle un lazo pidiéndole que llamase al enviado de la familia. Rémonencq, que vio venir al doctor Poulain, no deseaba más que marcharse. Y he aquí la razón: Rémonencq, hacía diez días, desempeñaba el papel de Providencia, lo cual desagrade singularmente a la justicia, que pretende erigirse en su representante exclusiva. Este hombre quería desembarazarse a toda costa del único obstáculo que se oponía a su felicidad consistente para él en casarse con la apetitosa portera y triplicar sus capitales. Ahora bien, Rémonencq, viendo al sastrecillo beber tisana, había tenido la idea de convertir su indisposición en una dolencia mortal, y su oficio de chatarrero le había proporcionado el medio.

Cierta mañana, mientras fumaba su pipa, con la espalda apoyada en el jambaje de su tienda, soñando con aquel hermoso almacén en el bulevar de la Madeleine, donde tronaría la señora Cibot soberbiamente vestida, sus ojos se posaron sobre una arandela de cobre muy oxidada. Al punto le asaltó la idea de limpiar económicamente su arandela en la tisana de Cibot. La ató con una cuerdecita, y mientras la portera se hallaba ocupada en casa de sus señores, iba todos los días a saber noticias de su amigo el sastre. Durante esta visita, que duraba algunos minutos, procuraba emparar la arandela de cobre en la tisana, tirando de la cuerdecita para sacarla antes de marcharse. Aquella ligera adición de cobre cargado de su correspondiente óxido, comúnmente denominado cardenillo, introdujo secretamente un principio deletéreo en la saludable tisana, pero en proporciones homeopáticas, lo cual produjo incalculables estragos. He aquí cuales fueron los resultados de tan criminal homeopatía: al tercer día, los cabellos del pobre Cibot cayeron, sus dientes temblaron en sus alvéolos y la economía de su organismo fue perturbada por aquella imperceptible dosis venenosa. El doctor Poulain se devanó los sesos al ver el efecto de aquella decocción, pues era lo suficientemente inteligente como para reconocer la acción de un agente destructor. Sin que nadie lo supiera llevose la tisana y efectuó él mismo su análisis; mas no halló nada, ya que el azar había querido que, precisamente

aquel día, Rémonencq, espantado de su obra, no hubiese sumido la arandela fatal. En consecuencia, el doctor Poulain se bandeó consigo mismo y con la ciencia sosteniendo la hipótesis de que, como consecuencia de una vida sedentaria, en una portería húmeda, la sangre de aquel sastre acurrucado sobre una mesa, ante aquella ventana enrejada, había podido descomponerse, debido a la falta de ejercicio y, sobre todo, a la perpetua aspiración de las emanaciones de un regato fétido. La calle de Normandie es una de esas viejas arterias, de calzada hendida, en las cuales el municipio no ha puesto aún los desagües necesarios, discurriendo penosamente las aguas vertidas de los menajes de todas las casas, las cuales se filtran bajo el pavimento y producen ese barrillo característico de la ciudad de París.

En cuanto a la Cibot, iba y venía, mientras que su marido, trabajador intrépido, se hallaba siempre ante la ventana, sentado como un faquir. Las rodillas del buen hombre estaban anquilosadas, su sangre se detenía en el busto y las piernas enflaquecidas, torcidas, se tomaban en miembros casi inútiles. También la tez muy cobriza hacía parecería enfermizo desde hacía mucho tiempo. La buena salud de la mujer y la enfermedad del hombre, parecieron al doctor un hecho natural.

—¿Cuál es en realidad la enfermedad de mí pobre Cibot? —había preguntado la portera al doctor Poulain.

—Mi querida señora Cibot —respondió el médico—, muere de la enfermedad de los porteros... Su debilitamiento general denota la existencia de un vicio incurable en la sangre.

Un crimen sin objeto, sin ninguna ganancia, sin interés alguno, acabó por borrar en la mente del doctor Poulain sus primeras sospechas. ¿Quién podía querer matar a Cibot? ¿Su mujer? El médico la vio probar la tisana de su marido al ponerle azúcar. Una cantidad bastante grande de crímenes escapan a la vindicta de la sociedad; son, en general, los que se cometen, como éste, sin las pruebas espantosas producidas por la violencia: la sangre derramada, la estrangulación, los golpes, los procedimientos torpes en fin; pero sobre todo cuando el asesinato es sin interés aparente, y cometido en las clases inferiores. El crimen es denunciado siempre por su vanguardia, por odios o codicias que saltan a la vista de las gentes entre las que se vive. Pero en la circunstancias en que se encontraban el sastrecillo, Rémonencq, y la Cibot, nadie tenía interés en buscar la causa de la muerte, excepto el médico. Aquel portero enfermizo, azafranado, adorado por su mujer, no tenía fortuna ni enemigos. Los motivos y la pasión del chamarilero se ocultaban en la sombra, del mismo modo que la fortuna de la Cibot. El médico conocía a fondo a la portera y sus sentimientos, y la creía capaz de atormentar a Pons; pero conocía que no tenía interés ni valor suficiente para cometer un crimen. Además, ella bebía siempre una cucharada de tisana cada vez que venía el médico, antes de dársela a tomar a su marido. Poulain, el único de quien podía venir la luz, creyó en algún albur de la enfermedad, en una de esas asombrosas, excepciones que hacen de la medicina una profesión tan peligrosa. Y, en efecto, el sastrecillo se halló desgraciadamente, como consecuencia de su mísera

existencia, en tales, condiciones de debilidad, que aquella imperceptible adición de óxido de cobre sería suficiente para causarle la muerte. Las comadres y los vecinos se portaban también de manera absolutoria para Rémonencq, justificando aquella muerte repentina.

—¡Ah! —exclamaba uno—. Hace mucho tiempo decía yo que Cibot no iba bien.

—¡Trabajaba demasiado ese hombre! —respondía otro—. Se ha quemado la sangre.

—No quería escucharme —exclamaba un vecino—. Yo le aconsejaba que se paseara el domingo y que hiciera fiesta el lunes, pues es necesario solazarse dos días a la semana por lo menos.

En fin, el rumor del barrio, tan delator, y que la justicia escucha a través de los oídos del comisario de policía, ese rey de la clase baja, explicaba perfectamente el inevitable fallecimiento del sastrecillo. Sin embargo, el aire caviloso y los ojos inquietos del doctor Poulain embarazaban mucho a Rémonencq, por lo que, viéndole venir, se ofreció presuroso a Schmucke para ir en busca de aquel señor Trognon, a quien conocía Fraisier.

—Volveré para estar en el momento en que se haga el testamento —dijo Fraisier al oído de la Cibot—. A pesar de vuestro dolor, es preciso estar alerta.

El abogadete, que desapareció con la ligereza de una sombra, se encontró con su amigo el médico.

—¡Eh! Poulain —exclamó—, todo va sobre ruedas. ¡Estaros salvados!... Esta noche te diré cómo. ¡Elige la plaza que quieras, la tendrás! Y yo, ¡ya soy juez de paz! Tabareau no se atreverá a negarme a su hija... En cuanto a ti, me encargó de concertar tu boda con la señorita Vitel, la nieta de nuestro juez de paz.

Fraisier dejó a Poulain bajo los efectos asombrosos producidos por estas locas palabras y saltó al bulevar como disparado, donde hizo una señal de detenerse al ómnibus, hallándose en diez minutos, depositado por aquel coche moderno, a la altura de la calle de Choiseul. Eran alrededor de las cuatro. Fraisier estaba seguro de encontrar a la presidenta sola, pues los magistrados no abandonan el Palacio de Justicia antes de las cinco.

La señora de Marville recibió a Fraisier con una distinción demostrativa de que, según su promesa, hecha a la señora Vatinelle, Leboeuf había hablado favorablemente del antiguo abogado de Mantes. Amalia fue casi gata con Fraisier, como la duquesa de Montpensier debió serlo con Jacobo Clement, ya que este abogadete era su cuchillo. Pero cuando Fraisier presentó la carta colectiva, según la cual Elías Magus y Rémonencq que comprometían a adquirir en bloque la colección de Pons por una suma de novecientos mil francos pagaderos al contado, la presidenta lanzó sobre el agente de negocios una mirada en la que centelleaba aquella cantidad de dinero.

—El señor presidente —dijo—, me ha encargado que os invite a cenar mañana. Estaremos en familia: tendréis por comensales a Godeschal, sucesor de Desroches, mi aboga gado; Berthier, nuestro notario, mi yerno y mi hija... Tras la cena, vos y yo, en

compañía del notario y del abogado, sostendremos la pequeña conferencia que habéis pedido, y en la que os otorgaré mis poderes. Esos dos señores obedecerán, como lo exigís, a vuestras inspiraciones, y velarán porque *todo esto* resulte bien. Vos tendréis la procuración del señor de Marville en cuanto os sea necesaria...

—Me hará falta el día del fallecimiento...

—Estará preparada.

—Señora presidenta, si pido una procuración, si deseo que vuestro abogado no aparezca, es mucho menor en mi interés que en el vuestro... ¡Cuando me entrego... me entrego por entero! Así, señora, solicito en correspondencia la misma fidelidad, la misma confianza, de mis protectores, pues de vos no oso llamaros mi cliente. Podéis creer que obrando de este modo quiera yo aferrarme al asunto; no es esto, señora... Si se cometieran cosas reprehensibles... pues en materia de herencia se está arrastrado a ello... sobre todo por un peso de novecientos mil francos... en tal caso, vos no podéis contradecir a un hombre como el señor Godeschal, que es la probidad en persona; pero sí se puede lanzar todo sobre las espaldas de un agente de negocios de insignificante y malévolo...

La presidenta miró a Fraisier con admiración.

—Vos debéis llegar muy alto o muy bajo —dijo—. En vuestro lugar, en vez de ambicionar ese retiro de juez de paz, ambicionaría ser procurador del rey... en Mantes, y hacer una gran carrera.

—¡Dejadme hacer, señora! La justicia de paz es una cabalgadura de eclesiástico para el señor Vitel; yo haré de ella un caballo de batalla.

La presidenta fue conducida así a realizar una última confidencia a Fraisier.

—Me pareéis tan cabalmente leal a nuestros intereses —observó—, que voy a iniciaros en las dificultades de nuestra posición y en nuestras esperanzas. El presidente, *con* ocasión del casamiento proyectado para su hija y un intrigante que después se ha hecho banquero, deseaba vivamente aumentar el precio de Marville con varios terrenos que estaban a la sazón en venta. Como sabéis, nos hemos desprendido de esta magnífica residencia para casar a mi hija; pero siendo la única que tengo, deseo ardientemente adquirir también el resto de esos terrenos. Son unos bellos prados, que en parte han sido vendidos, y pertenecen a un inglés que vuelve a su país después de haber permanecido en ellos durante veinte años; ha construido la más encantadora quinta en un delicioso paraje, entre el parque de Marville y los prados que antaño dependían del dominio, y para hacerse un parque ha rescatado a precios carísimos, sotos, boscajes y jardines. Esa residencia, con sus dependencias, hace juego con el paisaje, y es contigua a los muros del parque de mi hija. Podría conseguirse los prados y la quinta por setecientos mil francos, ya que el producto neto de aquéllos es de veinte mil... Pero si Wadman sabe que somos nosotros quienes compramos, indudablemente exigirá doscientos o trescientos mil francos más, pues los pierde si, como se hace en materia rural, no se cuenta la casa...

—Señora, en mi opinión podéis considerar tan vuestra la herencia, que me

ofrezco a desempeñar el papel de comprador en vuestro provecho, y me encargo de conseguiros la tierra por contrato privado, como se hace para el comercio de bienes... Me presentaré al inglés en tal calidad mercantil. Conozco esos negocios, ya que precisamente en Mantes constituían mi especialidad. Vatinelle había doblado el valor de su estudio, pues yo trabajaba bajo su nombre...

—De ahí vuestra relación con la pequeña señora Vatinelle... Ese notario debe ser muy rico hoy...

—Pero la señora Vatinelle gasta mucho... Así pues, estad tranquila, señora; os serviré al inglés en bandeja...

—Si llegáis a ese resultado, tendréis derecho a mí eterno agradecimiento... Adiós, mi querido señor Fraisier. Hasta mañana...

Fraisier salió saludando a la presidenta con menos servilismo que la vez anterior.

—¡Ceno mañana en casa del presidente de Marville!... —se decía Fraisier—. Vaya, ya tengo a esa gente. Sólo que para ser dueño absoluto del asunto, sería preciso que fuese el consultor de ese alemán, en la persona de Tabareau, el escribano del juzgado de paz. Ese Tabareau, que me niega a su hija, una hija única, consentirá que me case con ella si soy su juez de paz. La señorita Tabareau, esa muchacha grande de cabello rojizo y tuberculosa, es propietaria, por parte de su madre, de una casa en la plaza Royale; así pues, seré elegible. A la muerte de su padre tendrá aún sus buenas seis mil libras de renta. No es guapa, pero ¡santo Dios!, para pasar de cero a dieciocho mil francos de renta, no es preciso fijarse en la *pinta*...

Y volviendo por los bulevares a la calle de Normandie se dejaba mecer al compás de aquel sueño de oro, abandonándose a la felicidad de estar para siempre al abrigo de la necesidad, y con el pensamiento de casar la señorita Vitel, la hija del juez de paz, con su amigo Poulain. Se veía, de concierto con el doctor, convertido en uno de los reyes del barrio; dominaría las elecciones municipales, militares y políticas. Los bulevares parecen cortos cuando, uno se pasea por ellos al mismo tiempo que la ambición a caballo de la fantasía.

Cuando Schmucke volvió al lado de su amigo Pons, le comunicó que Cibot agonizaba, y que Rémonencq había ido a buscar al notario señor Trognon. A Pons le impresionó este nombre, que la Cibot le lanzara tan a menudo en sus interminables discursos, recomendándolo como la probidad personificada. Y entonces el enfermo, cuya desconfianza se había convertido en absoluta desde aquella mañana, tuvo una idea luminosa que completó el plan formado por él para habérselas con la Cibot, desvelándola por entero al crédulo Schmucke.

—Schmucke —dijo tomando la mano al pobre alemán, aledado por tantas noticias y acontecimientos—, debe reinar una gran confusión en la casa. Si el portero se encuentra a las puertas de la muerte, estaremos poco más o menos libres durante algunos momentos, es decir sin espías, ya que se nos espía, puedes estar bien seguro de ello. Sal, loma un coche de punto, ve al teatro y di a la señorita Eloísa, nuestra primera bailarina, que quiero verla antes de morir, y que venga a las diez y media,

después de su trabajo. De allí irás a casa de tus dos amigos Schwab y Brunner, y les pedirás que estén aquí mañana, a las nueve de la mañana, como si vinieran a saber noticias mías, pretextando que pasaban por las inmediaciones, subiendo a verme.

He aquí cual era el plan forjado por el viejo artista, sintiéndose morir. Quería enriquecer a Schmucke instituyéndole heredero universal, y para sustraerle a todas las triquiñuelas posibles, se proponía dictar su testamento a un notario, en presencia de testigos, a fin de evitar la suposición de que no estaba ya en sus cabales, y para dejar a los Camusot sin pretexto con que atacar sus últimas disposiciones, El nombre de Trognon le hizo entrever alguna maquinación; creyó en algún vicio de forma proyectado de antemano, en alguna infidelidad premeditada por la Cibot, y resolvióse a servirse de aquel Trognon para dictar un testamento ológrafo que él sellaría y metería en el cajón de su cómoda. Contaba con mostrar a Schmucke, haciendo que se ocultara en una de las salitas de su alcoba, a la Cibot apoderándose del testamento, abriéndolo, leyéndolo y volviendo a sellarlo. Luego, al día siguiente a las nueve, destruiría ese testamento ológrafo, mediante otro extendido ante notario, perfectamente en regla e indiscutible. Al haberle tratado de loco y visionario la Cibot, había reconocido el odio y la venganza, así como la avidez de la presidenta, ya que, en los dos meses que el pobre hombre llevaba en su lecho, había pasado y repasado por el tamiz los acontecimientos de su vida, durante sus largas horas de soledad.

Los escultores antiguos y modernos han colocado con frecuencia, a cada lado de una tumba, genios que portan antorchas encendidas. Sus fulgores iluminan a los muertos el cuadro de sus faltas, de sus errores, al par que los caminos de la muerte. La escultura representa ahí grandes ideas; formula un hecho humano. La agonía posee una sabiduría peculiar. A menudo se ven simples muchachas jóvenes que tienen una razón centenaria, se convierten en profetas, juzgan a su familia y no se dejan engañar por ninguna comedia. Tal es la poesía de la muerte. Mas ¡cosa singular y digna de ser observada!, se muere de dos maneras diferentes. Esa poesía de la profecía, esa cualidad visionaria, sea hacia delante o hacia atrás, no pertenece sino a los moribundos cuya carne es la única que está atacada, que perecen por la destrucción de los órganos de la vida corporal. Así los seres atacados, como Luis XIV, por la gangrena, los tuberculosos, los enfermos que perece como Pons por la fiebre, como la señora de Mortsauf por el estómago, o como los soldados por heridas que les echan la zarpa en plena vida, gozan de esa lucidez sublime y tienen muertes sorprendentes, admirables; mientras que las personas que mueren a consecuencia de enfermedades, por así decirlo, de la inteligencia, cuyo mal radica en el cerebro, en el aparato nervioso que sirve de intermediario al cuerpo para suministrar el combustible del pensamiento, esos mueren por entero. En ellos, el espíritu y el cuerpo zozobran a la vez. Unos, almas sin cuerpo, realizan los espectros bíblicos; otros, son cadáveres. Este hombre virgen, este Catón delicado, este justo casi sin pecado, penetró tardíamente en las bolsas de hiel integrantes del corazón de la presidenta. Adivinó el mundo a punto de abandonarlo. Por ello, desde hacía algunas horas, había tomado

alegremente su partido, como un jovial artista, para quien cualquier cosa constituye un pretexto de *caricatura*, de burla. Los últimos lazos que le unían a la vida, las cadenas de la admiración, los poderosos brazos que sostenían al perito en obras maestras del arte, acababan de ser rotos por la mañana. Viéndose robado por la Cibot, Pons había dicho adiós cristianamente a las pompas y a las vanidades del arte, a su colección, a su cariño por las criaturas de tantas cosas bellas, y únicamente deseaba pensar en la muerte, a la manera de sus antepasados, que la consideraban como una de las fiestas del cristiano. En su tierno afecto por Schmucke, Pons trataba de protegerle desde el fondo de su féretro. Este pensamiento paternal fue el que motivó la elección que hizo de la primera figura de la danza, para tener ayuda contra las perfidias que le rodeaban, y que sin duda no perdonarían a su legatario universal.

Eloísa Brisetout era una de esas naturalezas que permanecen sinceras cuando mienten, capaz de todas las chanzas posibles con adoradores de pago, un producto de la escuela de las Jenny Cadine y de las Josefa; pero buena camarada, y no temiendo a poder humano alguno, a fuerza de verlos a todos débiles, acostumbrada como estaba a luchar con los polizontes en el baile poco campestre de Mabilie y en el carnaval.

—Si ella ha logrado que dieran mi puesto a su protegido Garangeot, tanto más obligada se creará de servirme —se dijo Pons.

Schmucke pudo salir sin que se prestara atención a su persona, gracias a la confusión que reinaba en la portería. Regresó con la máxima rapidez, a fin de no dejar solo durante mucho tiempo a Pons.

El señor Trognon llegó para confeccionar el testamento al mismo tiempo que Schmucke. Aunque Cibot estaba muriéndose, su mujer acompañó al notario, lo introdujo en el dormitorio del músico y se retiró, dejando juntos a Schmucke, Trognon y Pons; pero se armó de un espejito de mano de curioso trabajo y tomó posición en la puerta, que había dejado entreabierta. De tal manera podía no solamente oír, sino ver todo cuanto se diría y pasaría en aquel momento, para ella supremo.

—Señor —dijo Pons—, poseo desgraciadamente todas mis facultades, pues siento que voy a morirme y, sin duda, por voluntad de Dios, no me ha sido ahorrado ninguno de los sufrimientos de la muerte... Os presento al señor Schmucke.

El notario saludó al alemán.

—Es el único amigo que tengo sobre la tierra —prosiguió Pons—, y quiero instituirle heredero universal. Decidme qué forma debe tener mi testamento, para que mi amigo, que es alemán y no conoce nada de nuestras leyes, pueda recoger mi herencia sin impugnación alguna.

—Siempre se puede impugnar todo, señor —manifestó el notario—. Ese es el inconveniente de la justicia humana. Pero, en cuestión de testamentos, los hay inatacables...

—¿Cuáles?

—Un testamento hecho ante notario, en presencia de testigos que certifiquen que



el testador goza de todas sus facultades, y, si el causante no tiene mujer, ni hijos, ni padre, ni hermano...

—No tengo nada de eso, todos mis afectos se hallan reunidos en la cabeza de mi querido amigo Schmucke, aquí presente.

Schmucke lloraba.

—Así, pues, si no tenéis más que colaterales lejanos, la ley os deja la libre disposición de vuestros bienes muebles e inmuebles, caso de que no los leguéis en condiciones que la moral reprueba, pues habréis visto testamentos atacados a causa de la extravagancia de los testadores, aunque un testamento ante notario es inexpugnable. En efecto, la identidad de la persona no puede ser negada, habiendo comprobado el notario el estado de su razón, y la firma no puede dar lugar a discusión alguna... Sin embargo, un testamento ológrafo, en buena y debida forma, es también poco discutible.

—Me decido, por razones conocidas por mí, a escribir a vuestro dictado un testamento ológrafo y confiarlo a este amigo mío... ¿Puede hacerse eso?...

—Muy bien —respondió el notario—. ¿Queréis escribir? Voy a dictar...

—Schmucke, pásame mi pequeño escritorio portátil. Señor, dictadme en voz muy baja ya que —añadió—, pueden estar escuchándonos.

—En primer lugar, decidme cuales son vuestras intenciones —observó el notario.

Al cabo de diez minutos, la Cibot, a quien Pons veía a través de un espejo, vio sellar el testamento, después de que el notario lo hubo examinado mientras Schmucke alumbraba con una bujía; seguidamente, Pons se lo entregó a Schmucke, diciéndole que lo pusiera en un escondite de su escritorio. El testador pidió la llave del mismo, la ató a la punta de su pañuelo, y puso éste bajo su almohada. El notario, nombrado por cortesía ejecutor testamentario, y a quien Pons legaba un cuadro de valor, una de las cosas que la ley permite regalar a un notario, salió y hallose con la señora. Cibot en la sala.

—Y bien, caballero, ¿ha pensado en mí el señor Pons? —preguntó la portera.

—No esperaréis, amiga mía, que un notario traicione los secretos que le son confiados —respondió Trognon—. Todo lo que puedo deciros es que habrá muchas avideces desbaratadas y bastantes esperanzas defraudadas. El señor Pons ha hecho un hermoso testamento, pleno de buen sentido, un testamento patriótico y que yo apruebo en todos sus extremos.

No puede figurarse a qué grado de curiosidad llegó la Cibot, estimulada por tales palabras. Bajó a la portería y pasó la noche al lado de su marido, prometiéndose hacerse reemplazar por la señorita Rémonencq, e ir a leer el testamento entre las dos y las tres de la mañana.

La visita de Eloísa Brisetout a las diez y media de la noche pareció bastante natural a la Cibot; pero tuvo tanto miedo de que la bailarina hablase de los mil francos dados por Gaudissart, que acompañó a la primera figura prodigándole cortesías y arrumacos como a una soberana.

—¡Ah, querida, os halláis mucho mejor en vuestro terreno que en el teatro! —dijo Eloísa subiendo la escalera—. Os recomiendo que os quedéis en vuestro empleo.

Eloísa, llevada en coche por Bixiou, su íntimo, magníficamente vestida, se dirigía a una velada de Marieta, una de las figuras más ilustres de la ópera. Chapoulot, antiguo pasamanero de la calle Saint-Denis, el inquilino del primer piso, que regresaba del Ambigu-Comique con su hija, quedó tan deslumbrado como su mujer al encontrar en su escalera semejante atavío en una criatura tan linda.

—¿Quién es, señora Cibot? —preguntó la señora Chapoulot.

—Nada... una saltarina a la que se puede ver todas las noches por cuarenta sueldos... —respondió la portera al oído de la pasamanera.

—¡Victorina —dijo la señora Chapoulot a su hija—, deja pasar a la señora!

Este grito de madre espantada fue comprendido por Eloísa, quien dijo volviéndose:

—¿Acaso es peor que la yesca vuestra niña, señora, que teméis se incendie al tocarme?

Luego miró a Chapoulot con aire agradable y sonriendo.

—¡A fe mía que es muy linda! —comentó el marido, quedándose en el descansillo.

La señora Chapoulot pellizcó a su esposo hasta hacerle lanzar un terno, dándole un violento empujón hacia el interior de su apartamento.

—He aquí un segundo piso que parece haberse empeñado en ser un cuarto... —dijo Eloísa.

—Sin embargo, vos estáis acostumbrada a subir —repuso la Cibot, abriendo la puerta del apartamento.

—Vaya, viejo amigo —dijo Eloísa entrando en la habitación, donde vio al pobre músico extendido, pálido y con el rostro demacrado—. ¿Es que no te encuentras bien? Todo el mundo en el teatro se inquieta por ti; pero, ya sabes, aunque se tenga buen corazón, cada cual tiene también sus asuntos que atender, y no se encuentra una hora para ver a los amigos. Gaudissart habla de venir aquí todos los días, pero cada mañana queda enzarzado por los engorros de la administración. Sin embargo, todos te queremos...

—Señora Cibot —dijo el enfermo—, hacedme el favor de dejarnos solos con la señorita; tenemos que hablar de teatro y de mi puesto de director de orquesta... Schmucke acompañará luego a la señorita.

Schmucke, a una señal de Pons, puso a la Cibot en la puerta y echó el pestillo.

—Ah, ese miserable de alemán... ¡vaya, también se va maleando!... —se dijo la Cibot al oír aquel ruido significativo—. Es el señor Pons quien le enseña esos horrores... ¡Pero ya me las pagaréis, amiguitos!... —siguió diciéndose mientras bajaba las escaleras—. ¡Bah!, si esa saltimbanqui le habla de los mil francos, yo le diré que es una farsa de teatro.

Y seguidamente tomó asiento a la cabecera de la cama de Cibot, quien se quejaba

de sentir como fuego en el estómago, pues Rémonencq le había dado a beber en ausencia de su mujer.

—Mi querida niña —dijo Pons a la bailarina mientras Schmucke despedía a la Cibot—, solamente me fío de ti para escogerme un notario honrado, que venga mañana por la mañana, a las nueve y media exactamente, a recibir mi testamento. Quiero dejar toda mi fortuna a mi amigo Schmucke. Si este pobre alemán fuese objeto de persecuciones, cuento con ese notario para aconsejarle y defenderle. Por eso deseo un notario muy estimado, rico, y por encima de las consideraciones que hacen ceder a los hombres de ley, ya que mi pobre legatario debe hallar un apoyo en él. Desconfío de Berthier, sucesor de Cardot. Tú que conoces a tanta gente...

—¡Pues sí, tengo lo que te conviene! —respondió la bailarina—. El notario de Florina y de la condesa de Bruel, Leopoldo Hannequin, un hombre virtuoso, que no sabe lo que es una piruja... Es como un padre, un buen hombre que impide cometer tonterías con el dinero que se gana; yo le llamo el padre de las *ratas*, porque ha inculcado el principio de economía a todas mis amigas. En primer lugar, querido, tiene sesenta mil francos de renta, además de su estudio. Luego, es notario cómo se era antes... notario al andar y hasta durmiendo; no ha debido hacer más que pequeños notarios y pequeñas notarías... En fin, es un hombre pesado y pedante, pero de los que no se doblegan ante ninguna potencia cuando se halla en ejercicio de sus funciones... Jamás ha tenido *amiga*; es el padre de una familia fósil, y adorado por su esposa, que no le engaña, aunque sea mujer de notario... ¡Qué quieres!, es lo mejor que existe en París tratándose de notarios. Es patriarca; no es chistoso y divertido, como lo era Cardot con Málaga, pero tampoco buscará tres pies al gato, como el pequeño Chose que vivía con Antonia. Enviaré a mi hombre mañana por la mañana, a las ocho... Puedes dormir tranquilo. Ahora, espero que curarás, y que todavía nos harás una bonita música; pero después de todo, mira, la vida es bien triste, los empresarios andan con enredos y ponen chinitas, los reyes estafan, los ministros especulan e intrigan, las gentes ricas economizan como verdaderos avaros... ¡Los artistas ya no tienen esto! —añadió golpeándose el corazón—. Estamos en una época que dan ganas de morir... Adiós, viejo amigo.

—Ante todo, Eloísa, te pido la mayor discreción.

—No es un asunto de teatro —replicó ella—. Esto es sagrado para una artista.

—¿Quién es tu *marido* ahora, pequeña?

—El alcalde de tu barrio, Beaudoyer, un hombre tan imbécil como el difunto Crevel, pues debes saber que Crevel, uno de los antiguos comanditarios de Gaudissart, ha muerto hace unos días, y no me ha dejado nada, ni siquiera un frasco de pomada. Por eso no puedo por menos de considerar que nuestro siglo es indecente...

—¿Y de qué ha muerto?

—¡De su mujer!... Si se hubiese quedado conmigo, aún vivirla. ¡Adiós, viejo! Te hablo de reventar, porque veo que dentro de quince días estarás paseándote por el

bulevar, husmeando las bonitas curiosidades, pues tú no estás enfermo; tienes los ojos más vivos de lo que jamás te haya visto...

Y la bailarina se marchó, segura de que su protegido Garangeot tenía para siempre la batuta de director de orquesta. Garangeot era su primo hermano... por las puertas entreabiertas, todos los inquilinos atisbaron el paso de la primera figura. Fue un acontecimiento en la casa.

Fraisier, semejante a esos bulldogs que no sueltan el bocado al que han echado el diente, se hallaba en la portería, al lado de la Cibot, cuando la bailarina pasó ante la puerta cochera. Sabía que el testamento estaba hecho, y había venido a sondear la disposición de la portera, ya que el notario había rehusado decir media palabra, tanto a él como a ella. Naturalmente, el leguleyo miró a la bailarina y se prometió sacar partido de aquella visita *in extremis*.

—Mi querida señora Cibot —dijo Fraisier—, vuestro momento crítico ha llegado.

—¡Ay, sí! —se lamentó ella—. ¡Mi pobre Cibot!... ¡Cuando pienso que no disfrutaré de lo que yo podría tener...!

—Se trata de saber si el señor Pons os ha legado algo; en fin, si figuráis en el testamento o si habéis sido olvidada —prosiguió Fraisier—. Yo represento a los herederos naturales y nos no tendréis nada de ellos en cualquier caso... El testamento es ológrafo y por consiguiente muy vulnerable... ¿Sabéis dónde lo ha guardado nuestro hombre?

—En un escondite del escritorio —respondió la portera—. Se ha quedado con la llave, anudándola en una punta de su pañuelo y metiendo éste bajo su almohada... Lo he visto todo.

—¿Está sellado el testamento?

—¡Ay, sí!

—Constituye un crimen sustraer un testamento y suprimirlo, pero mirarlo no es sino un delito y, en cualquier caso, no es más que un pecadillo sin testigos... ¿Tiene el sueño pesado nuestro hombre?

—Sí, pero cuando quisisteis examinarlo y evaluarlo todo, debía dormir como un tronco y sin embargo despertó... ¡De todos modos, voy a ver! Esta madrugada iré a relevar al señor Schmucke hacia las cuatro, y si queréis venir, dispondréis del testamento durante diez minutos...

—¡Bien! A las cuatro me levantaré y llamaré suavemente.

—La señorita Rémonencq, que me reemplazará junto a Cibot, se hallará prevenida y tirará del cordón de la puerta; pero llamad en la ventana, a fin de no despertar a nadie.

—De acuerdo —contestó Fraisier—. Tendréis luz, ¿no es así? Una bujía me bastará.

A medianoche, el pobre alemán, sentado en un sofá y traspasado de dolor, contemplaba a Pons, cuyo rostro crispado como el de un moribundo se hundía a cada instante, hasta el punto de hacer pensar que iba a expirar.

—Creo que tengo fuerzas suficientes para aguantar hasta mañana por la noche —dijo Pons filosóficamente—. Mi agonía se producirá sin duda, mi pobre Schmucke, en la noche de mañana. Tan pronto se hayan marchado el notario y tus dos amigos, irás a buscar a nuestro buen abate Duplanty, el vicario de la iglesia de San Francisco. Ese digno hombre desconoce que estoy enfermo, y quiero recibir los Santos Sacramentos mañana, al mediodía...

Se produjo una larga pausa.

—Dios no ha querido que la vida fuese para mí como yo la soñaba —prosiguió Pons—. ¡Me habría gustado tanto tener una mujer, hijos, una familia...! ¡Ser querido por algunos seres, en un rincón, era toda mi ambición! La vida es amarga para todo el mundo, pues he visto personas que tenían todo cuanto yo he deseado en vano, y sin embargo no eran felices... Al fin de mi carrera, el buen Dios me ha hecho hallar un consuelo inesperado, dándome un amigo como tú... Y no tengo que reprocharme tampoco el haberte desconocido o apreciado mal, mi buen Schmucke; te he dado mi corazón y todas mis fuerzas amantes... No llores, Schmucke, porque si lo haces me callaré, ¡y es tan dulce para mí hablar de nosotros!... Si te hubiese hecho caso, viviría. Habría abandonado el mundo y mis costumbres, y no hubiera recibido heridas mortales. En fin, no quiero ocuparme más que de ti...

—*Hases mal...*

—No me contradigas, escúchame, querido amigo... Tienes la ingenuidad, el candor, de un niño de seis años que no hubiese abandonado nunca a su madre, y eso es muy respetable; me parece que Dios debe cuidar por sí mismo de los seres que son como tú. Sin embargo, los hombres son tan malos que debo prevenirte contra ellos. Vas, pues, a perder tu noble confianza, tu santa credulidad, esa gracia de las almas puras que no pertenece sino a los seres de genio y a los corazones como el tuyo... Pronto verás a la señora Cibot, que nos ha observado por la abertura de la puerta entornada, apoderarse de ese falso testamento... Sospecho que la bribona efectuará esa expedición esta madrugada, cuando te crea dormido. Escúchame con atención y sigue mis instrucciones al pie de la letra... ¿Me oyes? —preguntó el enfermo.

Schmucke, abrumado de dolor, apresado por una espantosa emoción palpitante, había dejado posar su cabeza sobre el respaldo del sofá y parecía desmayado.

—*Sí, te oigo, pego gomo si estuviegas a doscientos basos de mí... ¡Me baguese que yo me sumo en la tumba contigo!...* —contestó el alemán, aplastado por el dolor.

Se acercó a Pons, le tomó una mano entre las suyas, y mentalmente hizo así una plegaria ferviente.

—¿Qué murmuras en alemán?

—*¡He gogado a Dios que nos llame a él guntos!...* —respondió simplemente, al acabar su oración.

Pons se inclinó penosamente, pues sufría intolerables dolores en el hígado. Pudo agacharse hasta Schmucke y le besó en la frente, derramando su alma como una bendición sobre aquel ser comparable al cordero que reposa a los pies de Dios.

—Vamos, escúchame mi buen Schmucke, hay que obedecer a los moribundos...

—¡Escugcho!

—Tu habitación se comunica con la mía a través de la pequeña puerta que hay en tu alcoba.

—Sí, *bego esdá obstguída pog cuadgos*.

—Vas a despejar esa puerta inmediatamente, sin hacer demasiado ruido...

—Sí...

—Desembaraza el paso por ambos lados, tanto en tu habitación como en la mía, y deja luego la puerta entornada. Cuando venga a reemplazarte la Cibot (es capaz de venir hoy una hora antes), te retirarás como de costumbre a dormir, fingiendo estar muy fatigado. Trata de tener el aspecto muy adormilado... En cuanto ella se instale en su sofá, pasa por tu puerta y queda en observación allí, entreabriendo la cortinilla de muselina de la puerta encristalada, y mira bien lo que ocurrirá... ¿Has comprendido?

—*He gombendido: tú cgues que la malvada quemagá el desdamendo...*

—No sé lo que hará, pero estoy seguro que después no la tomarás ya por un ángel. Y ahora, hazme un poco de música, alégrame con alguna de tus improvisaciones... Eso te ocupará, ahuyentará tus ideas negras, y llenarás mi triste noche con tus poemas...

Schmucke se puso al piano. En este terreno, la inspiración musical, estimulada por el estremecimiento del dolor y la excitación que el mismo le causaba, arrebató al buen alemán, según su costumbre, más allá del mundo, a esferas supraterrrestres. Halló temas sublimes sobre los cuales bordó el recamado de caprichos ejecutados con el dolor y la perfección rafaelescas de Chopin, ora con la fuga de la grandiosidad dantesca de Liszt, los dos temperamentos que más se aproximan al de Paganini, La ejecución, llegada a ese grado de perfección, pone aparentemente al ejecutante a la altura del poeta; es al compositor lo que el actor es al autor, un celestial traductor de las cosas divinas. Pero, aquella noche, en la que Schmucke hizo escuchar de antemano a Pons los conciertos del paraíso, los deliciosos arpeggios que hacen caer de las manos de Santa Cecilia sus instrumentos, fue a la vez Beethoven y Paganini el creador y el intérprete. Inagotable como el ruiseñor, sublime como el cielo bajo el que canta, variado, frondoso como la floresta que llena con sus trinos, se superó y sumió al viejo músico que le escuchaba en el éxtasis que Rafael ha pintado, y que se puede contemplar en Bolonia. Esta poesía fue interrumpida por espantosos campanillazos. La sirvienta de los inquilinos del primer piso vino a rogar a Schmucke, de parte de sus señores, que acabara con «aquella baraúnda». La señora, el señor y la señorita Chapoulot se habían despertado, no lograban volver a conciliar el sueño y hacían observar que el día había sido lo bastante largo como para ensayar durante él la música del teatro, y que en una casa de vecinos no se debía *pianotear* durante la noche... Eran aproximadamente las tres de la madrugada. A las tres y media, según las previsiones de Pons, que parecía haber oído la conferencia de Fraisier con la

Cibot, apareció la portera. El enfermo dirigió a Schmucke una mirada de inteligencia que significaba: «¿No lo adiviné?», y se simuló dormir profundamente.

La inocencia de Schmucke le hacía creer firmemente en la Cibot, y esto es uno de los grandes medios y la razón del éxito de todas las picardías de la infancia, que no pudo sospechar que mentía cuando le vio acercarse a ella diciéndole con aire al par doliente y alegre:

—*¡Diene una noche hoguiple, una aguidación diabólica! Me he visto opligado a haceg música paga calmagle, y los inguilinos del brimer biso han supido paga decig que me callaga... Es esbandoso, bues se tgadaba de la vida de mi amigo. Estoy dan fadigado de habeg dogado dodá la noche que sugumbo esda mañana.*

—Mi pobre Cibot también va muy mal, y todavía tener que pasar una jornada como la de ayer, no tendrá recursos suficientes... ¡Qué queréis..., sea lo que Dios quiera!

—*Vos sois un cogasón dan hongado, un alma dan pella que si papá Zipod muegue, viviguemos guntos...* —dijo el astuto Schmucke.

Cuando las personas simples y rectas se ponen a disimular, son terribles, exactamente igual que los niños, cuyas trampas son tendidas con la perfección que despliegan los salvajes.

—Bueno, idos a dormir, hijito —dijo la Cibot—. Tenéis los ojos tan fatigados que parecen dos puños. ¡Idos! Lo que podría consolarme de la pérdida de Cibot sería pensar que terminaré mis días con un hombre como vos. Estad tranquilo, que voy a dar un meneo a la señora Chapoulot... ¿Es que esa mercera retirada puede exigir semejantes pretensiones?

Schmucke fue a situarse en observación en el puesto que tenía preparado.

La Cibot había dejado entreabierta la puerta del apartamento, y Fraisier, después de haber entrado, la cerró muy suavemente, una vez que Schmucke se hubo retirado a su habitación. El abogado venía provisto de una bujía encendida y un hilo de latón sumamente ligero, para poder abrir el sello del testamento. La Cibot pudo sacar tanto mejor el pañuelo al que estaba atada la llave del escritorio, y que se encontraba bajo la almohada de Pons, cuanto que el enfermo lo había hecho asomar adrede por encima de la misma, prestándose a la maniobra de la portera al sumir su nariz entre la cama y la pared, dejando con su postura plena libertad de cogerlo. La Cibot fue directamente al escritorio, lo abrió esforzándose por hacer el menor ruido posible, halló el resorte del escondite, y corrió con el testamento en la mano a la sala. Esta circunstancia intrigó sumamente a Pons. En cuanto a Schmucke, temblaba de pies a cabeza, como si hubiese cometido un crimen.

—Volved a vuestro puesto —dijo Fraisier recibiendo el testamento de manos de la Cibot. Si despierta es preciso que os encuentre allí.

Y tras haber abierto el sello del sobre, con una habilidad demostrativa de que no era un aprendiz en tal menester, quedó sumido en profundo asombro al leer este curioso texto:

## ÉSTE ES MI TESTAMENTO

En el día de hoy, quince de abril de mil ochocientos cuarenta y cinco, hallándome sano de espíritu, como lo demostrará este testamento redactado de concierto con el notario señor Trognon, sintiendo que pronto he de morir de la enfermedad que me aqueja desde los primeros días de febrero pasado, he querido disponer de mis bienes, expresando mi última voluntad, que es la siguiente:

Siempre me han afligido los inconvenientes que perjudican a las obras maestras de la pintura, y que con frecuencia han acarreado su destrucción. Me ha dolido ver esos bellos lienzos condenados a viajar de país en país, sin quedar fijos jamás en un sitio en el que los admiradores de esas obras maestras puedan ir a verlas. Nunca he dejado de pensar que las páginas verdaderamente inmortales de los famosos maestros deberían ser de propiedad nacional y expuestas constantemente a la contemplación del pueblo, como la luz, obra maestra de Dios, sirve a todos sus hijos.

Por consiguiente, como he pasado mi vida reuniendo, seleccionando algunos cuadros que son obras gloriosas de los más grandes maestros, cuadros que son auténticos, sin retoques ni repintados, he imaginado, no sin pesar, que estos lienzos, que me han proporcionado tanta felicidad, podrían ser vendidos en pública subasta, yendo a parar unos a los ingleses y otros a Rusia, quedando dispersos como lo estuvieron antes de su reunión en mi casa; por lo tanto, he resuelto sustraerlos a esas miserias, lo mismo que a los magníficos marcos que les sirven de orla, y que son todos ellos debidos a hábiles artesanos.

Así, por este motivo, doy y lego al rey, para que formen parte del Museo de Louvre, los cuadros que componen mi colección, con la condición de que si mi legado es aceptado se pase a mi amigo Wilhelm Schmucke una renta vitalicia de dos mil cuatrocientos marcos.

Si el rey, como usufructuario del Museo, no acepta este legado con la condición expresada, dichos cuadros pasarán a formar parte del legado que hago a mi amigo Schmucke de todos los valores que poseo, con la condición de que entregue por su parte la *Cabeza de mono*, de Goya, a mi primo el presidente Camusot; el cuadro *Flores*, de Abraham Mignon, compuesto de tulipanes, al notario señor Trognon, a quien nombro mi ejecutor testamentario, y de pasar doscientos francos de renta a la señora Cibot, que cuida mi casa desde hace diez años.

En fin, mi amigo Schmucke donará el *Descendimiento*, de Rubens, esbozo de su célebre cuadro de Amberes, a mi parroquia, para que decore una capilla, agradeciendo las bondades del señor vicario Duplanty, a quien debo la gracia de poder morir como buen cristiano y católico. Etc., etcétera...

«¡Es la ruina! —se dijo Fraisier—. ¡La ruina de todas mis esperanzas! ¡Ah, empiezo a creer todo lo que la presidenta me ha dicho sobre la malicia de este viejo artista!».



—¿Qué hay? —vino a preguntar la Cibot.

—Pues que vuestro amo es un monstruo... lo da todo al museo, al Estado... ¡Y no se puede pleitear contra el Estado!... El testamento es inexpugnable. ¡Somos robados, arruinados, despojados, asesinados!...

—¿Qué me ha dejado a mí?...

—Doscientos francos de renta vitalicia...

—¡Bonita ayuda!... ¡Qué redomado miserable es!...

—Id a ver —dijo Fraisier—, Yo voy a volver a introducir el testamento de vuestro miserable en el sobre.

En cuanto hubo vuelto la espalda la Cibot, Fraisier substituyó rápidamente el testamento por una hoja de papel en blanco, metiendo aquél en su bolsillo; luego volvió a sellar el sobre con tanto talento, que enseñándole su obra a la Cibot cuando regresó, preguntándole si podía percibir la menor huella de la operación. La portera tomó el sobre, lo palpó, lo sintió lleno y suspiró profundamente. Había esperado que Fraisier hubiera quemado aquella pieza fatal.

—Bien, ¿qué ha de hacerse, señor Fraisier? —preguntó.

—¡Ah, eso os concierne a vos! Yo no soy heredero; pero si tuviera el menor derecho a eso —añadió mostrando la colección—, ya sé lo que haría...

—Eso es lo que os pregunto... —respondió bobaliconamente la Cibot.

—Hay fuego en la chimenea... —sugirió él, levantándose para marcharse.

—¡Al fin y al cabo, únicamente vos y yo sabremos esto!... —repuso la Cibot.

—No se puede probar jamás que un testamento haya existido —añadió el leguleyo.

—¿Y vos?

—¿Yo?... Si Pons muere sin testamento, os aseguro cien mil francos.

—Siempre se prometen montañas de oro, pero cuando se ha logrado lo que se desea y llega el momento de pagar, las palabras se las llevó el viento...

Se detuvo a tiempo, pues iba a hablar de Elías Magus a Fraisier...

—¡Me voy! —dijo él—. En interés vuestro no conviene en modo alguno que se me haya visto en el apartamento; pero nos encontraremos abajo, en vuestra portería.

Tras haber cerrado la puerta, la Cibot volvió con el testamento en la mano, con la intención bien decidida de arrojarlo al fuego; pero cuando entró en la habitación y avanzó hacia la chimenea, sintió que la cogían por ambos brazos... Se vio entre Pons y Schmucke, que se habían adosado a uno y otro lado del tabique, a cada extremo de la puerta.

—¡Ah! —exclamó la Cibot.

Acto seguido se desplomó de bruces, en medio de convulsiones espantosas, reales o fingidas, nadie lo supo jamás. Aquel espectáculo produjo tal impresión sobre Pons, que le produjo un bahído, y Schmucke dejó a la Cibot en el suelo para volver a acostar a su amigo. Ambos temblaban como personas que, en la ejecución de un penoso deber, han sobrepasado el límite de sus fuerzas. Una vez acostado Pons y

recuperado algunas fuerzas Schmucke, oyéronse sollozos. La Cibot, de rodillas, lloraba a raudales y tendía la mano a los dos amigos, en pantomima sumamente expresiva de súplica.

—¡Fue mera curiosidad, mi buen señor Pons! —dijo viéndose objeto de la atención de los dos amigos—. ¡Ya sabéis que ése es el principal defecto de todas las mujeres! ¡Pero no he sabido cómo hacer para leer vuestro testamento y lo volvía a su sitio!...

—¡*Idos de aquí!* —gritó Schmucke, irguiéndose sobre sus pies en toda la altura de su indignación—, ¡*Vos sois un monsdquo!* ¡*Habéis dgadado de matag a mi puen Bons!* ¡*Él diene gasón!* ¡*Sois más que un monsdquo; esdáis gondenada!*

La Cibot, viendo el horror pintado en el rostro del cándido alemán, se levantó soberbia como Tartufo, lanzó sobre Schmucke una mirada que le hizo temblar, y salió, llevándose bajo el vestido un sublime lienzo pequeño de Metz, que Magus había admirado mucho, y del que había dicho: «¡Es un diamante!». La Cibot encontró en su portería a Fraisier, quien la esperaba, confiando que ella hubiera quemado el sobre y el papel blanco con el que había reemplazado el testamento, asombrándose mucho al ver a su cliente con el rostro deshecho por evidentes señales del espanto.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha sucedido, mi querido señor Fraisier, que so pretexto de darme buenos consejos y de dirigirme, me habéis hecho perder para siempre mis rentas y la confianza de esos señores...

Y se lanzó a una de las trombas de verborrea en las que sobresalía.

—¡No digáis palabras ociosas! —atajó con sequedad Fraisier—. ¡Al grano, al grano, y aprisa!

—Pues bien, he aquí lo que ha pasado...

Y contó toda la escena que se acababa de desarrollar.

—No os he hecho perder nada —comentó Fraisier—. Esos dos señores dudaban de vuestra probidad, puesto que os han tendido ese lazo; esperaban vuestra llegada, os espían... Vos no lo decís todo... —añadió el agente de negocios, lanzando una mirada de tigre sobre la portera.

—¡Yo, ocultaros yo algo... después de todo lo que hemos hecho juntos!... —protestó ella, estremeciéndose.

—Pero, amiga mía, yo no he cometido nada reprehensible —dijo Fraisier, manifestando así su intención de negar la visita nocturna al apartamento de Pons.

La Cibot sintió que el pelo le quemaba el cráneo, al tiempo que la envolvió un frío glacial.

—¿Cómo?... —dijo alelada.

—¡He ahí el asunto criminal a punto!... Podéis ser acusada de sustracción de testamento —respondió fríamente Fraisier.

La Cibot hizo un movimiento de horror.

—Tranquilizaos, soy vuestro abogado —prosiguió él—. No he querido sino

demostraros lo fácil que es, de una u otra manera, realizar lo que os decía. Veamos, ¿qué es lo que habéis hecho para que ese alemán tan cándido se haya ocultado en la habitación sin que lo supierais?

—Nada, es la escena del otro día, cuando sostuve que el señor Pons había visto musarañas... Desde aquel momento, los dos señores han cambiado por completo con respecto a mí. Así, pues, vos sois la causa de mis desgracias, pues si bien yo había perdido mi ascendiente sobre el señor Poras, estaba segura del alemán, que hablaba ya hasta de casarse conmigo, o de tomarme con él... lo cual viene a ser lo mismo...

Esta razón era tan plausible, que Fraisier se vio obligado a contentarse con ella.

—No temáis nada —prosiguió—. Os he prometido rentas: mantendré mi palabra. Hasta el presente, en este asunto todo era hipotético: ahora vale billetes de Banco... Vos no tendréis menos de mil doscientos francos de renta vitalicia. Sin embargo, para ello será preciso, mi querida señora Cibot, obedecer mis órdenes y ejecutarlas con inteligencia.

—Sí, mi querido señor Fraisier —respondió con servil ductilidad la portera, enteramente amansada.

—Bien, entonces adiós —dijo Fraisier, abandonando la garita de la portería y llevándose consigo el peligroso testamento.

Llegó a su casa rebotante de alegría, pues mediante aquel testamento tenía en su poder un arma terrible.

«Tendré con él —pensaba—, una buena garantía contra la mala fe de la señora presidenta de Marville. Si se le ocurriera no cumplir su palabra, perdería la sucesión...».

Al nacer el día, Rémonencq, tras abrir su tienda y dejarla al cuidado de su hermana, fue, según costumbre adoptada desde hacía algunos días, a ver cómo seguía su buen amigo Cibot, y halló a la portera contemplando el cuadro de Metz, preguntándose cómo un lienzo tan pequeño podía valer tanto dinero.

—¡Ah, ah! —exclamó él, mirando por encima del hombro de la Cibot—. Es el único que el señor Magus sentía no poseer; dijo que con esa pequeña cosa su felicidad sería completa.

—¿Cuánto daría? —preguntó la Cibot.

—Si prometéis casaros conmigo al año de vuestra viudedad —respondió Rémonencq—, yo me encargo de obtener veinte mil francos de Elías Magus. Si no lo hacéis así, jamás podréis vender ese cuadro por más de mil.

—¿Por qué?

—Porque os veríais obligada a firmar un recibo como propietaria, y entonces tendríais un pleito con los herederos. Siendo mi mujer, sería yo quien lo vendiese al señor Magus, y a un comerciante no se le pide más que la inscripción en su libro de compras. Yo lo inscribiré como vendido por el señor Schmucke. Ea, guardad esa tabla en mi casa... Si vuestro marido falleciese, podéis ser muy importunada, y nadie encontrará extraño que yo tenga en mi tienda un cuadro... Ya me conocéis bien.

Además, si lo deseáis, os extenderé un resguardo.

En la situación delictiva en que se hallaba sorprendida, la ávida portera accedió a tal proposición, que la ligaba para siempre al chamarilero.

—Tenéis razón, traedme vuestro resguardo —dijo guardando el cuadrito en su cómoda.

—Vecina —añadió el preñado en voz baja, llevando a la Cibot al umbral de la puerta—, bien veo que no salvaremos a nuestro pobre amigo Cibot; el doctor Poulain comentaba que su situación era desesperada ayer noche, y dijo que no pasaría el día... ¡Es una gran desgracia! Pero, después de todo, no estáis aquí en el lugar que os corresponde... Vuestro sitio es un hermoso almacén de antigüedades en el bulevar de los Capuchinos. Habéis de saber que he ganado cerca de cien mil francos desde hace diez años, y que, si un día tenéis otro tanto, me encargo de haceros una hermosa fortuna... si sois mi mujer... Seríais una burguesa... bien servida por mi hermana, que hace las labores de la casa, y...

El seductor fue interrumpido por los desgarradores lamentos del sastrecillo, cuya agonía comenzaba.

—Marchaos —dijo la Cibot—, Sois un monstruo al hablarme de esas cosas, cuando mi pobre hombre se muere en semejante estado...

—¡Ah! Es que os amo —dijo Rémonencq—, hasta el punto de confundirlo todo por teneros.

—Si me amaseis, no me diríais nada en estos momentos —replicó ella.

Y Rémonencq entró en su tienda, seguro de su próxima boda con la Cibot.

Hacia las diez, hubo a la puerta de la casa una especie de alboroto, pues se administraban los sacramentos a Cibot. Todos los amigos de éste, las porteras y los porteros de Ja calle de Normandie y vías adyacentes ocupaban la portería, el interior de la puerta cochera y la parte delantera, en la calle. No se prestó atención alguna a Leopoldo Hannequin, que vino con uno de sus colegas, ni a Schwab y Brunner, que pudieron llegar a casa de Pons sin ser vistos por la Cibot. La portera de la casa vecina, a quien se dirigió el notario para saber el piso donde vivía Pons, le indicó el apartamento. En cuanto a Brunner, que llegó con Schwab, ya había venido en otra ocasión a ver el museo Pons, por lo que pasó sin decir nada y mostró el camino a su asociado... Pons anuló formalmente su testamento de la víspera, instituyendo a Schmucke por legatario universal suyo. Una vez cumplida esta ceremonia, Pons, tras haber dado las gracias a Schwab y Brunner y haber recomendado vivamente al señor Hannequin los intereses de Schmucke, cayó en tal postración, como consecuencia de la energía que había desplegado en la escena nocturna con la Cibot y en éste último acto de la vida social, que Schmucke rogó a Schwab fuese a prevenir al abate Duplanty, ya que él no quería abandonar la cabecera de su amigo, y éste reclamaba los Sacramentos.

Sentada al pie del lecho de su marido, la Cibot, que por otro lado había sido despedida por los dos amigos, no se ocupó de la comida de Schmucke, pero los

sucesos de la mañana, el espectáculo de la agonía resignada de Pons, que moría heroicamente, habían estrujado a tal punto el corazón de Schmucke, que no sentía el hambre.

Sin embargo, hacia las dos, al no ver al viejo alemán, la portera, tanto por curiosidad como por interés, pidió a la hermana de Rémonencq que fuese a ver si Schmucke necesitaba algo. En aquel mismo instante, el abate Duplanty, a quien el pobre músico había hecho su última confesión, le administraba la Extremaunción. La señorita turbó, pues, esta ceremonia con reiterados campanillazos. Pero como Pons había hecho jurar a Schmucke que no dejaría entrar a nadie, a tal punto temía que le robasen, el alemán dejó llamar cuanto quiso a la señorita. Rémonencq, quien cansada de insistir en vano, volvió a bajar muy asustada, diciendo a la portera que Schmucke no le había querido abrir la puerta. Esta circunstancia bien señalada, fue anotada por Fraasier. Schmucke, que no había visto morir a nadie, iba a experimentar todos los engorros con que se tropieza en París con un muerto en brazos, sobre todo sin ayuda, sin representante ni socorro. Fraasier, sabedor de que los parientes verdaderamente afligidos pierden en semejante ocasión la cabeza, y que, desde la mañana, tras su desayuno, se hallaba estacionado en la portería, en conferencia perpetua con el doctor Poulain, concibió entonces la idea de dirigir todos los movimientos de Schmucke.

He aquí cómo los dos amigos, el doctor Poulain y Fraasier, se las apañaron para obtener tan importante resultado.

El capillero de la iglesia de San Francisco, antiguo comerciante en vidrio, llamado Cantinet, vivía en la calle de Orleáns, en la casa medianera de la del doctor Poulain. Ahora bien, la señora Cantinet, una de las cobradoras del alquiler de las sillas, había sido atendida gratuitamente por el doctor Poulain, al que, naturalmente, estaba ligada por el agradecimiento, y a quien asimismo había contado a menudo todas las desgracias de su vida. Los dos cascanueces, que todos los domingos y días festivos acudían a los oficios a San Francisco, estaban en buenas relaciones con el capillero, el pertiguero, el dador de agua bendita, en fin, con esa milicia eclesiástica llamada en París «el bajo clero», a la que los fieles suelen dar pequeñas propinas. La señora Cantinet, por consiguiente, conocía tan bien a Schmucke cómo éste a ella. Dicha dama estaba afligida por dos calamidades que permitían a Fraasier hacer de ella un ciego e involuntario instrumento. El joven Cantinet, apasionado por el teatro, se había negado a seguir el camino de la iglesia, donde podía llegar a pertiguero, y después de debutar en la comparsa del Cirque-Olympique, llevaba una vida desordenada que entristecía profundamente a su madre, cuya bolsa era a menudo dejada en seco por préstamos forzados. Además, Cantinet, padre, dado a los licores y a la pereza, se había obligado a abandonar el comercio debido a esos dos vicios. Y lejos de haberse corregido, el desgraciado había hallado en sus funciones la debida satisfacción de las dos pasiones: no hacía nada, y bebía con los cocheros de las bodas, con las gentes de las pompas fúnebres y con los desgraciados socorridos por el cura, de manera que se encandilaba el rostro desde el mediodía.

La señora Cantinet se veía abocada a la miseria en su vejez, después de haber aportado, según ella, doce mil francos de dote a su marido. La historia de sus desgracias, cien veces contada al doctor Poulain, le sugirió la idea de servirse de aquella mujer para facilitar en casa de Pons y Schmucke la colocación de la señora Sauvage, como cocinera y mujer de faenas. Presentar a esta señora era cosa imposible, pues la desconfianza de los dos cascanueces se había hecho absoluta, y la negativa a abrir la puerta a la señorita. Rémonencq había esclarecido suficientemente a Fraisier al respecto. Mas a los dos amigos pareció evidente que los piadosos músicos aceptarían con los ojos cerrados a una persona que les ofreciera el abate Duplanty. La señora Cantinet, en su plan, sería acompañada por la Sauvage; y la sirvienta de Fraisier, una vez allí, valdría por él mismo.

Cuando el abate Duplanty llegó a la puerta cochera, fue detenido un momento por la multitud de amigos de Cibot, quienes mostraban su interés por el más antiguo y estimado de los porteros del barrio.

El doctor Poulain saludó al abate Duplanty, y llevándolo aparte le dijo:

—Voy a ver a ese pobre señor Pons; aún podría salir de ésta si consintiese en ser operado para extraerle los cálculos que se le han formado en la vesícula. Se notan al simple tacto, y determinan una inflamación que le causará la muerte. Tal vez sería aún tiempo de practicar esa intervención. Creo que deberíais utilizar la influencia que tenéis sobre vuestro penitente, invitándole a prestarse a ella. Respondo de su vida, en el caso de que cuando se le practique no sobrevenga ninguna complicación.

—En cuanto haya llevado el santo copón a la iglesia, volveré —dijo el abate Duplanty—, ya que el señor Schmucke se halla en un estado que requiere los auxilios espirituales.

—Acabo de saber que se encuentra solo —añadió el doctor Poulain—. Ese buen alemán ha tenido esta mañana un altercado con la señora Cibot, quien llevaba diez años haciendo las labores de la casa a esos señores, y se han peleado, momentáneamente sin duda; pero él no puede permanecer sin ayuda en las circunstancias en que se encuentra. Es una obra de caridad el ocuparse de él... Oíd, Cantinet —añadió el doctor, llamando al capillero—, preguntad a vuestra esposa si quiere cuidar del señor Pons y atender al señor Schmucke durante algunos días, sustituyendo a la señora Cibot, la cual sin esa riña también habría tenido necesidad de ser reemplazada... Es una honrada mujer —dijo luego al abate.

—No se puede escoger mejor —respondió el buen cura—, pues tiene la confianza de la parroquia para la percepción del alquiler de las sillas.

Algunos momentos después, el doctor Poulain seguía a la cabecera de la cama los progresos de la agonía de Pons, a quien Schmucke suplicaba en vano que se dejara operar. El viejo músico no respondía a los ruegos del pobre alemán desesperado, más que con signos negativos de cabeza, entremezclados con movimientos de impaciencia. Finalmente, el moribundo reunió sus fuerzas, lanzó una terrible mirada sobre Schmucke y le dijo:

—¡Déjame morir tranquilamente!

A estas palabras, el propio Schmucke estuvo a punto de perecer de dolor; pero tomando la mano de Pons, la besó dulcemente y la tuvo entre las suyas, tratando así de comunicarle una vez más su propia vida. En aquel momento el doctor Poulain oyó llamar y fue a abrir la puerta al abate Duplanty.

—Nuestro pobre enfermo —dijo Poulain—, comienza a debatirse bajo el abrazo de la muerte, dentro de unas horas habrá expirado. Sin duda enviaréis un sacerdote para que lo vele esta noche, pero ya es hora de poner con el señor Schmucke a la señora Cantinet y a una mujer de faenas, pues el pobre es incapaz de pensar en nada; temo por su razón, y aquí hay objetos de valor que deben ser custodiados por personas de honradez a toda prueba.

El abate Duplanty, bueno y digno sacerdote, sin desconfianza ni malicia, se sintió impresionado por la verdad de las observaciones del doctor Poulain; por otra parte, creía en la honradez del médico del barrio. En consecuencia, hizo una señal a Schmucke para que fuese a hablarle, quedándose en el umbral de la cámara mortuoria. Schmucke no podía decidirse a abandonar la mano de Pons, la cual se crispaba y pegaba a la suya como si el agonizante cayese en un precipicio y quisiera asirse a algo para no abismarse en su fondo. Pero, como es sabido, los moribundos son presa de una alucinación que los lleva a apoderarse de todo, como personas que en un incendio quieren llevarse a toda costa sus objetos más preciados, y Pons soltó a Schmucke para asir sus cobertores y rodearlos en torno a su cuerpo, con horrible significativo ademán de avaricia y apresuramiento.

—¿Qué va a ser de vos, solo con vuestro amigo muerto? —dijo el buen cura al alemán, que aprovechó aquel instante para ir a atenderle—. Estáis sin la señora Cibot...

—*Es un monsdruo que ha madado a Bons...* —respondió él.

—Os hace falta alguien a vuestro lado —prosiguió el doctor Poulain—, pues hay que velar el cadáver esta noche.

—*¡Yo le velagué, yo gogagué a Dios!* —contestó el inocente alemán.

—*¡Pero es preciso comer!...* ¿Quién os cocinará ahora?

—*El dolog me guida el abedido* —respondió cándidamente Schmucke.

—Pero —insistió Poulain—, hay que declarar el fallecimiento con testigos, amortajar el cadáver, pedir el coche de pompas fúnebres, dar de comer al custodio y al cura que velarán al muerto... ¿lo podréis hacer todo solo? ¡No se puede morir como un perro en la capital del mundo civilizado!

Schmucke abrió unos ojos espantados y fue apresado por un corto acceso de locura.

—*¡Bego Bons no moguigá!... ¡Yo le salvagué!...*

—Vos no resistiréis mucho tiempo sin dormir un poco, ¿quién os reemplazará entonces? Ya que es preciso ocuparse del señor Pons, darle de beber, hacer remedios...

—¡Ah, es verdad!... —exclamó el alemán.

—Pues bien —prosiguió el abate Duplanty—, pienso enviaros para ello a la señora Cantinet, una buena y honrada mujer...

El detalle de sus deberes sociales para con su amigo muerto, atolondró de tal modo a Schmucke, que habría querido morir con Pons.

—¡Es un niño! —dijo el doctor Poulain al abate Duplanty.

—¡Un niño!... —replicó maquinalmente Schmucke.

—¡Ea! —dijo el vicario—. Voy a hablar a la señora Cantinet y enviároslo.

—No os toméis esa molestia —dijo el doctor—. Es mi vecina y yo regreso ahora mismo a casa.

La muerte es como un asesino invisible contra el cual lucha el moribundo; en la agonía recibe los últimos golpes, intenta replicarlos, y se debate. Pons se encontraba en esa escena suprema, exhalando gemidos semejantes a gritos. Al instante corrieron al lecho del moribundo, Schmucke, el abate Duplanty y Poulain. De pronto Pons, alcanzado en su vitalidad por la última herida que corta los lazos que ligan cuerpo y alma, recuperó durante algunos instantes el perfecto sosiego que sigue a la agonía, volvió en sí, con la serenidad de la muerte impresa en el rostro, y miró con aire risueño a quienes le rodeaban.

—¡Ah, doctor, cuánto he sufrido! Pero teníais razón, ya me encuentro mejor... ¡Gracias, mi buen abate, me preguntaba dónde estaría Schmucke...!

—Schmucke no ha comido desde ayer por la noche, y son ya las cuatro... No tenéis a nadie a vuestro lado, y sería peligroso volver a llamar a la señora Cibot...

—Ella es capaz de todo —afirmó Pons, manifestando todo su horror al oír pronunciar el nombre de la Cibot—. Es verdad, Schmucke tiene necesidad de alguna persona honrada.

—El abate Duplanty y yo —dijo entonces Poulain—, hemos pensado en los dos...

—¡Ah! Gracias —contestó Pons—. Yo no pensaba en ello...

—Y él os propone a la señora Cantinet...

—¿La alquiladora de sillas? —exclamó Pons—. Sí, es una excelente criatura.

—Ella no quiere a la señora Cibot —prosiguió el doctor—, y cuidará bien al señor Schmucke...

—Enviádmela, mi buen padre Duplanty... a ella y a su marido; estaré tranquilo. No se robará nada aquí...

Schmucke había vuelto a tomar la mano de Pons y la mantenía con alegría, creyendo vuelta la salud.

—Vámonos, señor cura —dijo el doctor—. Voy a enviar rápidamente a la señora Cantinet; ya veo de qué se trata: acaso ya no encuentre con vida a este pobre hombre.

Mientras el abate Duplanty decidía al moribundo a tomar por guardiana a la señora Cantinet, Fraisier había citado en su casa a la alquiladora de sillas y la sometía a su conversación corruptora, a las artimañas de su potencia trapacera, a las que



resultaba difícil resistir. Así, la señora Cantinet, mujer seca y amarilla, de grandes dientes y labios fríos, alelada por la desgracia, como muchas mujeres del pueblo, y acostumbrada a ver la felicidad en las más pequeñas ganancias cotidianas, consintió pronto en tomar consigo a la Sauvage por mujer de faenas, La sirvienta de Fraisiert había recibido ya instrucciones, y prometió tramar una alambrada en torno a los dos músicos, velando sobre ellos como la araña vela a una mosca capturada. La señora Sauvage obtendría un estanco como pago de sus desvelos; Fraisiert hallaba así el medio de desembarazarse de su pretendida nodriza, y colocaba junto a la señora Cantinet, un espía y un policía en la persona de la Sauvage. Como en el apartamento de los dos amigos había una habitación para la criada y una pequeña cocina, la Sauvage podía dormir en un catre de tijera y hacer la comida de Schmucke. En el momento en que las mujeres se presentaron, llevadas por el doctor Poulain, Pons acababa de exhalar el último suspiro, sin que Schmucke se hubiese percatado de ello. El alemán tenía todavía entre sus manos la de su amigo, cuyo calor se escapaba paulatinamente. Hizo una señal a la señora Cantinet para que no hablara; pero la soldadesca Sauvage le sorprendió de tal manera por su aspecto, que dejó escapar un movimiento de terror, habitual en aquella marimacho.

—Esta mujer —dijo la señora Cantinet—, es persona de quien responde el padre Duplanty; ha sido cocinera en casa de un obispo. Es la honradez personificada y se ocupará de hacer la comida.

—¡Ah, podéis hablar en voz alta! —exclamó la fornida y asmática Sauvage—. El pobre señor está muerto... acaba de irse al otro mundo.

Schmucke lanzó un grito penetrante, sintió que la mano de Pons se helaba y crispaba, y quedóse con los ojos fijos sobre los de su amigo, cuya expresión le hubiese vuelto loco a no ser por la señora Sauvage, quien, sin duda acostumbrada a esta clase de escenas, se acercó a la cama llevando un espejo que puso ante los labios del muerto y, como ningún hálito empañara el cristal, separó vivamente la mano de Schmucke de la del muerto,

—Retíradla, señor, pues dentro de un momento no podríais; no sabéis de qué manera se van a endurecer los huesos. Los muertos se enfrían rápidamente... Si no se amortaja un cadáver mientras está aún caliente, más tarde es preciso romperle los miembros...

Fue pues esta horrible mujer la que cerró los ojos al pobre músico muerto. Después, con el hálito peculiar a las enfermeras, oficio que había ejercido durante diez años, desnudó a Pons, lo extendió, colocó sus brazos a ambos lados del cuerpo y le subió el cobertor hasta la nariz con la misma naturalidad que un dependiente hace un paquete en un almacén.

—Hace falta un lienzo para amortajarle... ¿dónde lo cogeré?

Después de haber visto a la religión procediendo con su profundo respeto hacia la criatura destinada a tan grande porvenir en el cielo, fue un dolor disolver en el pensamiento los elementos de aquella especie de embalaje, viendo que su amigo era

tratado como una simple cosa.

—*Hased gomo gueráis...* —respondió maquinalmente Schmucke.

Esta inocente criatura veía por primera vez morir un hombre, ¡y aquel hombre era Pons, el único amigo, el único ser que le había comprendido y querido!

—Voy a preguntar a la señora Cibot dónde están las sábanas —dijo la Sauvage.

—Va a ser necesario un catre plegable para que se acueste esa mujer —dijo la señora Cantinet a Schmucke.

El alemán asintió con la cabeza y se echó a llorar. La señora Cantinet dejó tranquilo a aquel desgraciado; pero volvió al cabo de una hora, preguntándole:

—Señor, ¿tenéis dinero para que podamos hacer compras?

Schmucke dirigió a la señora Cantinet una mirada capaz de desarmar los odios más feroces, y señaló el rostro blanco, seco y afilado del muerto, como una razón que respondía a todo.

—*Domadlo dodo y degadme llogag y guesag* —dijo arrodillándose.

La Sauvage había ido a anunciar la muerte de Pons a Fraasier, quien corrió en coche de punto a casa de la presidenta a fin de pedirle, para el día siguiente, la procura que le daba el derecho de representar a los herederos.

—Señor —dijo a Schmucke la señora Cantinet, una hora, después de su última pregunta—, he ido a ver a la señora Cibot, que está al corriente de las cosas de vuestra casa, a fin de que me diga dónde están las cosas, pero; como, acaba de perder a su esposo, casi me ha hecho agonizar con sus disparates... ¡Escuchadme, pues, señor!

Schmucke miró a aquella mujer, que no parecía darse cuenta de su barbarie; pues las gentes del pueblo están acostumbradas a soportar impasibles los mayores dolores morales.

—Señor, hace falta ropa blanca para una mortaja, y dinero para un catre de tijera, a fin de que esa mujer pueda dormir en él; se precisa también para comprar batería de cocina, platos y fuentes, ya que va a venir un sacerdote a pasar la noche, y esa señora no encuentra absolutamente nada en la cocina... Además, necesito madera y carbón para preparar la cena, y no veo nada... No es de extrañar, ya que la Cibot os suministraba todo...

—Querida señora —dijo luego a la Sauvage, mostrándole a Schmucke que yacía a los pies del muerto en un estado de completa insensibilidad—, tal vez no me creeréis, pero no responde a nada.

—Está bien, amiga mía —contestó la Sauvage—, os voy a mostrar lo que se hace en estos casos.

Y lanzó en tomo a la habitación una mirada como la que pasean los ladrones para adivinar los escondites en los que debe hallarse el dinero. Luego se dirigió directamente a la cómoda de Pons, tiró del primer cajón, vio el saquito en el que Schmucke había puesto el dinero sobrante de la venta de los cuadros, y fue a enseñárselo a Schmucke, quien hizo un gesto maquinal de asentimiento.

—¡He aquí dinero, amiga mía! —dijo la Sauvage a la señora Cantinet—. Voy a contarle y tomaré lo que haga falta para comprar lo necesario... vino, víveres, bujías, en una palabra, todo, porque no tienen nada... Buscadme en la cómoda una sábana para amortajar el cadáver. Ya me advirtieron que ese pobre señor era un simple; pero yo no sé lo que es; es peor. Es como un recién nacido... habrá que soplarle la comida...

Schmucke miraba a las dos mujeres y lo que hacían, exactamente igual que las hubiera contemplado un demente. Quebrado por el dolor, absorto en un estado casi cataléptico, no cesaba de contemplar el rostro fascinante de Pons, cuyas líneas se depuraban a efectos del absoluto reposo de la muerte. Esperaba morir también y todo le era indiferente. Si la habitación hubiese sido devorada por un incendio, no se habría movido.

—Hay mil doscientos cincuenta y seis francos... —le dijo la Sauvage.

Schmucke se encogió de hombros. Mas cuando la Sauvage quiso proceder al amortajamiento de Pons y medir la sábana sobre el cuerpo, para coser y cortar la mortaja, hubo una lucha horrible entre aquella mujer y el pobre alemán. Schmucke pareció en todo un perro defendiendo a mordiscos la integridad del cadáver de su dueño. La Sauvage, impacientada, cogió al alemán, lo puso sobre un sofá, y le mantuvo en él con hercúlea fuerza.

—Vamos, amiga mía —dijo a la señora Cantinet—, cosed al muerto en su mortaja.

Una vez acabada la operación, la Sauvage volvió a dejar a Schmucke en su lugar al pie de la cama y le dijo:

—¿Comprendéis? Era necesario vestir de muerto a ese pobre hombre...

Schmucke se echó a llorar, y las dos mujeres le dejaron, yéndose a tomar posesión de la cocina, adonde llevaron entre las dos en pocos instantes todas las cosas necesarias para vivir. Tras haber hecho una primera cuenta de trescientos sesenta francos, la Sauvage se puso a preparar una cena para cuatro personas, ¡y qué cena! Había el llamado faisán de los remendones: una oca mantecosa, como plato fuerte, tortilla de confituras, ensalada de legumbres y el cocido sacramental, cuyos ingredientes eran en cantidad tan exagerada, que el caldo parecía gelatina. A las nueve de la noche vino con Cantinet el sacerdote enviado por el vicario para velar a Pons, trayendo cuatro cirios y blandones de iglesia. El sacerdote halló a Schmucke acostado al lado de su amigo, en la cama, y teniéndole estrechamente abrazado. Fue precisa la autoridad de la religión para lograr que Schmucke se separase del cadáver. El alemán se puso de rodillas y el sacerdote se arrellanó cómodamente en el sofá. Mientras el sacerdote leía sus oraciones, y Schmucke, postrado ante el cuerpo de Pons, rogaba a Dios que efectuase el milagro de reunirse con su amigo, a fin de ser enterrado en la misma fosa que él, la señora Cantinet había ido a comprar un catre de tijera completo para la Sauvage, pues la bolsa conteniendo los mil doscientos cincuenta y cinco francos estaba siendo saqueada. A las once de la noche, la señora

Cantinet vino a ver si Schmucke quería tomar un bocado. El alemán hizo seña de que le dejaran tranquilo.

—La cena os espera, padre Pastelot —dijo entonces la alquiladora de sillas al sacerdote.

Schmucke, nuevamente a solas, sonrió como un loco que se ve en libertad de cumplir un antojo comparable al de las mujeres embarazadas, y lanzándose sobre Pons, lo mantuvo una vez más estrechamente abrazado. A medianoche volvió el sacerdote, y Schmucke al verse reprendido por él, soltó a Pons poniéndose nuevamente a orar. Al alba se marchó el sacerdote y a las siete vino el doctor Poulain a conversar afectuosamente con Schmucke; quiso obligarle a comer, pero el alemán se negó.

—Si no coméis ahora, sentiréis hambre a vuestra vuelta, pues es preciso que vayáis a la alcaldía con un testigo para declarar el fallecimiento del señor Pons y hacer extender el acta.

—¡Yo! —exclamó con espanto el alemán.

—¿Y quién si no?... No podéis dispensarnos la formalidad, ya que sois la única persona que lo ha visto morir...

—*Ya no dengo biegnas...* —respondió Pons, implorando la asistencia del doctor Poulain.

—Tomad un coche —respondió suavemente el hipócrita doctor—. Yo ya he constatado el óbito. Pedid a alguien de la casa que os acompañe. Estas dos damas guardarán el apartamento en vuestra ausencia.

No se imagina lo que son los retortijones de la ley ante un auténtico dolor. Hace que se sienta odio a la civilización y se prefieran las costumbres salvajes. A las nueve, la Sauvage descendió a Schmucke tomándole del brazo, y él se vio obligado, en el fiacre, a rogar a Rémonencq que le acompañara a la alcaldía para certificar el fallecimiento de Pons. Por doquier y en todo, estalla en París la desigualdad de las condiciones, en este país ebrio de igualdad. Esta inmutable fuerza de las cosas se traiciona hasta en los efectos de la muerte. En las familias ricas, un pariente, un amigo, los agentes de negocios, ahorran esos espantosos detalles a los que lloran; pero en esto, así como en el reparto de los impuestos, el pueblo, los proletarios sin ayuda, sufren todo el peso del dolor.

—¡Ah! Tenéis razón al echarle de menos —comentó Rémonencq ante una lamentación escapada al pobre mártir—, ya que era un hombre bien bueno y honrado, que deja una bella colección. Sin embargo, si sois extranjero vais a encontraros en gran aprieto, ya que por todas partes se comenta que habéis sido instituido heredero del señor Pons.

Schmucke no escuchaba; estaba sumido en tal dolor que se aproximaba a la locura. El alma tiene su tuétanos, como el cuerpo.

—Haríais bien haciéndoos representar por un abogado, por un agente de negocios...

—¿Un aguende de negocios? —repitió maquinalmente Schmucke.

—Ya veréis cómo tenéis necesidad de él para que os represente. En vuestro lugar, yo tomaría a un hombre de experiencia, un hombre conocido en el barrio, un hombre de confianza... Yo, en todos mis pequeños asuntos, me sirvo de Tabareau... el escribano... Y dando vuestra procura a su primer pasante, no pasaréis ningún cuidado.

Esta insinuación, soplada por Fraasier, convenida entre Rémonencq y la Cibot, quedó en la memoria de Schmucke: ya que en los instantes en que el dolor coagula por decirlo así el alma, deteniendo sus funciones, la memoria recibe todas las impresiones que el azar hace llegar a ella. Schmucke escuchaba a Rémonencq contemplándole con mirada tan desprovista de inteligencia, que el chamarilero ya no le dijo nada más.

«Si se queda en ese estado de imbecilidad —pensó Rémonencq—, podré comprarle todos los cachivaches de allá arriba por cien mil francos, caso de que sean de él...».

—Señor —añadió en voz alta—, ya estamos en la alcaldía.

Rémonencq se vio obligado a sacar a Schmucke del fiacre y a tomarlo del brazo para hacerle llegar hasta el despacho de actas y expedientes del registro civil. En aquel momento se estaba celebrando una boda, por lo que Schmucke debió esperar su vez, ya que por uno de esos azares tan frecuentes en París el funcionario tenía cinco o seis actas de fallecimiento a extender. Allí, el pobre alemán debía ser presa de una pasión igual a la de Jesús.

—¿El señor es Schmucke? —preguntó un hombre vestido de negro, dirigiéndose al alemán, quien pareció estupefacto de oírse llamar por su nombre.

Schmucke miró a aquel hombre con el aire alhelado que había tenido respondiendo a Rémonencq.

—¿Qué es lo que queréis de él? —preguntó a su vez el chamarilero al desconocido—. Dejad a este hombre tranquilo; ya veis que está atenazado por la pena.

—El señor ha perdido a su amigo y seguramente se propone honrar dignamente su memoria, pues es su heredero —replicó el desconocido—. Sin duda no escatimará nada y comprará un terreno a perpetuidad para su sepultura. ¡Amaba tanto las artes el señor Pons! Sería una verdadera lástima no poner sobre su tumba a la Música, la Pintura y la Escultura... tres bellas figuras en pie, desconsoladas...

Rémonencq hizo un gesto de auvernés para alejar a aquel hombre, quien respondió con otro, por decirlo así, comercial, que significaba: “¡Ea, dejadme hacer negocios!”, y que el prendero comprendió.

—Soy corredor de la casa Sonet y Cía, empresarios de monumentos funerarios —prosiguió el hombre, que Walter Scott hubiese denominado *el joven de los sepulcros*. Si el señor quisiera confiarnos el encargo, le ahorraríamos la molestia de ir a la ciudad a comprar el terreno necesario para dar sepultura al llorado amigo de las artes.

Rémonencq meneó la cabeza con gesto de asentimiento, y tomó del codo a Schmucke.

—Diariamente nos encargamos, para las familias, de cumplir con todas las formalidades —siguió diciendo el corredor, alentado por el gesto del auvernés—. En el primer momento de su dolor, resulta muy difícil para un heredero ocuparse en persona de estos detalles, y estamos habituados a proporcionar esos pequeños servicios a nuestros clientes. Nuestros monumentos, señor, están tarifados a tanto el metro, en piedra tallada o en mármol... Abrimos las fosas para los panteones familiares... Nos encargamos de todo, al precio más ajustado. Nuestra casa ha hecho el magnífico monumento de la bella Ester Gobseck y de Luciano de Rubempré, uno de los más hermosos ornatos del cementerio del Padre Lachaise. Tenemos los mejores operarios, e invito al señor a desconfiar de los pequeños empresarios... que no hacen sino chapucerías —añadió viendo venir a otro hombre igualmente vestido de negro, el cual se proponía hablar en nombre de otra casa de marmolería y escultura.

Se ha dicho a menudo que la muerte es el fin de un viaje, pero no se sabe hasta qué punto es real esta semblanza en París. Un muerto, si es de calidad sobre todo, es acogido en la *sombría orilla* como un viajero que desembarca en el puerto, y al que todos los corredores de hoteles fatigan con sus recomendaciones. Nadie, a excepción de algunos filósofos o de algunas familias seguras de vivir, que se hacen panteones como tienen palacios, nadie piensa en la muerte y en sus consecuencias sociales; la muerte llega siempre demasiado pronto y, además, un sentimiento natural impide a los herederos suponerla posible. Así, casi todos los que pierden a sus padres, sus mujeres o sus hijos, se ven inmediatamente asaltados por esos corredores, que se aprovechan de la turbación en que sume el dolor, para lograr un encargo. En otros tiempos, los empresarios de monumentos funerarios, agrupados todos en los alrededores del célebre cementerio del Padre Lachaise, donde forman una calle que debería llamarse de los Sepulcros, asaltaban a los herederos en las proximidades de la tumba o al salir del camposanto; pero insensiblemente, la competencia, el genio de la especulación, les ha hecho ganar terreno, y hoy han descendido a la ciudad, hasta los alrededores de las alcaldías. En fin, los corredores penetran a menudo en el domicilio del fallecido, con un plano de la tumba en mano.

—Estoy tratando con el señor —dijo el corredor de la casa Sonet al que se presentaba.

—¡Fallecimiento Pons!... ¿Dónde están los testigos? —gritó el ordenanza.

—Venid, señor —invitó el corredor, dirigiéndose a Rémonencq.

Éste pidió al corredor que alzara a Schmucke, quien permanecía en su banco como una masa inerte, y entre los dos le llevaron a la balaustrada tras la cual se abriga contra los dolores públicos el redactor de las actas de fallecimiento. Rémonencq, la providencia de Schmucke, fue ayudado por el doctor Poulain, quien proporcionó los datos necesarios sobre la edad y el lugar de nacimiento de Pons. El alemán no sabía más que una cosa: que Pons era su amigo. Una vez estampadas las

firmas correspondientes, Rémonencq y el médico, seguidos por el corredor, instalaron en un coche al pobre alemán, deslizándose también el insistente corredor, que deseaba obtener una solución definitiva para su encargo. La Sauvage, en observación en el umbral de la puerta cochera, subió en volandas a Schmucke casi desvanecido, ayudada por Rémonencq y el corredor de la casa Sonet.

—¡Va a encontrarse mal!... —exclamó el corredor, que se empeñaba en acabar el asunto que había comenzado.

—¡Ya lo creo! —respondió la Sauvage—. Desde hace veinticuatro horas no deja de llorar, y no ha querido tomar ningún alimento. Nada socava tanto el estómago como la pena.

—Pero, mi querido cliente —dijo el corredor de la casa Sonet—, tomad un caldo. ¡Tenéis tantas cosas que hacer!... Es preciso ir al Ayuntamiento, comprar el terreno necesario para el monumento que queréis elevar a la memoria de ese amigo de las artes, y que debe constituir un testimonio perenne de vuestro agradecimiento...

—¡Ea, eso no es de buen sentido! —dijo la señora Cantonet a Schmucke, viniendo con una taza de caldo y pan.

—Mi querido señor, si tan débil estáis —intervino Rémonencq—, deberíais otorgar vuestra representación a otra persona, pues tenéis muchas cosas que hacer: encargar el coche fúnebre... no querréis que se entierre a vuestro amigo como a un pobre...

—¡Vamos, vamos, mi querido señor! —apoyó la Sauvage, aprovechando un momento en que Schmucke tenía la cabeza inclinada sobre el respaldo del sofá para meterle en la boca, como a un niño, una cucharada de sopa.

—Ahora, si fuerais juicioso, señor, ya que queréis entregaros tranquilamente a vuestro dolor, tomaríais alguien que os representara...

—Puesto que el señor —terció el corredor— tiene la intención de llevar un magnífico monumento a la memoria de su amigo, no tiene más que encargarme todas las gestiones; yo las haré...

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —repuso la Sauvage—. ¿El señor os ha encargado algo? ¿Quién sois, pues?

—Uno de los corredores de la casa Sonet, mi querida señora, los más fuertes empresarios de monumentos funerarios... —respondió él, sacando una tarjeta y presentándola a la fornida Sauvage.

—¡Bueno, está bien, está bien!... Ya iremos a veros cuando se juzgue conveniente; pero no hay que abusar del estado en que se encuentra el señor. Ya veis que no está en sus cabales...

—Si queréis encargarnos de que se nos pase el pedido —dijo el corredor al oído de la Sauvage llevándola al descansillo—, estoy autorizado para ofreceros cuarenta francos...

—Bien, dadme vuestra dirección —contestó la Sauvage, humanizándose.

Schmucke, al verse solo y encontrarse mejor por la ingestión del potaje con pan,

volvió al instante al dormitorio, reanudando sus rezos. Se hallaba perdido en los abismos de su dolor, cuando fue sacado de su profundo anonadamiento por un joven vestido igualmente de negro, que le espetó por undécima vez un «¡Señor!» que el pobre mártir oyó tanto mejor por cuanto que fue acompañado por un fuerte tirón de manga.

—¿*Gué hay dodavia?*

—Señor, debemos al doctor Gannal un descubrimiento sublime; no negamos su gloria, pues ha renovado los milagros de Egipto; pero se han hecho perfeccionamientos, y hemos obtenido resultados sorprendentes. Así, pues, si queréis volver a ver a vuestro amigo tal como estaba en vida...

—¡*Volvegle a veg!*... —exclamó Schmucke—. ¿*Me hablagá?*

—¡En absoluto! No le faltará más que la palabra —prosiguió el corredor de embalsamientos—, pero quedará para la eternidad tal como la operación os lo mostrará. En pocos instantes se realiza. Una incisión en la carótida y la inyección bastan; pero ya es hora de hacerla... Si esperáis un cuarto de hora más, ya no podríais tener la dulce satisfacción de haber conservado el cuerpo...

—¡*Idos al diablo!*... *Bons es un alma...* y *esa alma esdá en el sielo.*

—Ese hombre es un ingrato —dijo el joven corredor de uno de los rivales del célebre Gannal, al pasar bajo la puerta cochera—. ¡Se niega a embalsamar a su amigo!

—¡Qué queréis, señor! —comentó la Cibot, que acababa de hacer embalsamar a su amado esposo—. Es un heredero, un legatario. Una vez logrado lo suyo, el difunto ya no es nada para ellos.

Una hora después, Schmucke vio entrar en la habitación a la Sauvage seguida por un hombre también vestido de negro, con apariencia de obrero.

—Señor —explicó ella—, Cantinet ha tenido la amabilidad de enviaros a este hombre, que es el suministrador de los féretros de la parroquia.

El abastecedor de ataúdes se inclinó con aire de conmiseración y condolencia, pero como hombre seguro de su trabajo y que se sabe indispensable; seguidamente dirigió una mirada de perito al muerto.

—¿Cómo desea el señor *eso...* en pino, en roble sencillo o en roble forrado de plomo? Este último es el mejor. El cuerpo —añadió—, tiene la medida corriente...

Palpó los pies para medir el cuerpo.

—Un metro setenta —dijo—. ¿Piensa sin duda el señor encargarse el servicio fúnebre a la iglesia?

Schmucke lanzó sobre este hombre miradas como las que preceden a las barrabasadas de los locos.

—Señor —aconsejó la Sauvage—, deberíais encargarse a alguien que se ocupara de todos esos detalles en vuestro lugar.

—Sí... —convino la víctima.

—¿Queréis que vaya a buscaros a Tabareau, ya que tenéis muchas cosas entre



manos? Ese señor —recomendó—, es el hombre más honrado del barrio.

—*Sí, el señog Dabareau... Me han haplado de él...* —respondió Schmucke, vencido.

—Pues bien, el señor quedará tranquilo y libre de entregarse a su dolor, después de que hable con su apoderado.

Hacia las dos, el primer pasante de Tabareau, un joven que se destinaba a la carrera de ministril, se presentó modestamente. La juventud, que tiene asombrosos privilegios, no asusta. Este joven, llamado Villemot, se sentó al lado de Schmucke y esperó el momento de hablarle. Tal reserva enterneció mucho al alemán.

—Señor —le dijo el joven—, soy el primer pasante de Tabareau, quien me ha confiado la diligencia de velar aquí por vuestros intereses y encargarme de todos los detalles del sepelio de vuestro amigo... ¿Estáis de acuerdo?

—*Vos no me salvaguéis la vida, bues dengo pogo diembo бага vivig... ¿bego me dejaguéis dganguilo?*

—¡Oh! No tendréis la menor molestia —respondió Villemot.

—*Bueno, ¿qué hase falda бага eso?*

—Firmad este papel en el que nombráis al señor Tabareau mandatario vuestro para encargarse de todos los asuntos relacionados con vuestra herencia.

—*¡Bien, domad!* —dijo el alemán, queriendo firmar al punto.

—Esperad, debo leeros el acta.

—*¡Leed!*

Schmucke no prestó la menor atención a la lectura de aquella procura general, y la firmó. El joven tomó las órdenes de Schmucke para el cortejo fúnebre, para la compra del terreno donde el alemán deseaba enterrar a su amigo, y para el servicio de la iglesia, diciéndole que no experimentaría ninguna desazón, ni se le pediría cantidad alguna de dinero.

—*Bog deneg dranguilidad, daguía dodo cuando boseo* —manifestó el desgraciado, arrodillándose de nuevo ante: el cadáver de su amigo.

Fraisier triunfaba; el legatario no podía hacer un movimiento fuera del círculo en que le tenía encerrado por la Sauvage y Villemot.

No hay dolor al que el sueño no sea capaz de vencer. Así, hacia el fin de la jornada, la Sauvage encontró a Schmucke dormido en el suelo, al pie de la cama donde yacía el cuerpo de Pons. Cargó con el durmiente, lo acostó y lo dispuso maternalmente en su lecho, y el alemán siguió durmiendo hasta el día siguiente. Al despertarse, es decir, cuando, tras aquella tregua, retornó al sentimiento de sus dolores, el cadáver de Pons se hallaba expuesto bajo la puerta cochera, en la capilla ardiente a que tenían derecho los duelos de tercera clase, por lo que buscó en vano a su amigo en el apartamento, que le pareció inmenso, y en el que no encontró más que espantosos recuerdos. La Sauvage, que gobernaba a Schmucke con la autoridad de una nodriza a su crío, le obligó a desayunar antes de ir a la iglesia. Mientras la pobre víctima se violentaba para comer, la Sauvage le hizo observar, con lamentaciones

dignas de Jeremías, que no disponía de traje negro. El guardarropa de Schmucke, conservado por la Cibot, había llegado, antes de la enfermedad de Pons, lo mismo que la comida, a su más simple expresión, componiéndose de dos pantalones y dos levitas...

—¿Es que vais a ir como estáis al entierro del señor? ¡Es una monstruosidad a haceros vilipendiar por todo el barrio!

—¿Y cómo gueguéis que vaya?

—¡Pues de duelo!

—¿De dueglo?

—Las conveniencias...

—¡Las gonveniencias!... ¡me sisgo en dodas esas begueñeses! —dijo el pobre hombre, llegado al último grado de exasperación al que el dolor puede llevar a un alma de niño.

—Ya lo veis, es un monstruo de ingratitud —dijo la Sauvage, volviéndose hacia un caballero que apareció de pronto en el apartamento, y cuya vista hizo estremecer a Schmucke.

Aquel funcionario, elegantemente vestido de negro, con calzón corto también negro y medias de seda del mismo color, con puños blancos, colgando de su cuello una cadena de plata de la que pendía una medalla, portador de una corbata de muselina blanca, muy correcta, y con guantes blancos, aquel tipo oficial, acuñado por los dolores públicos, llevaba en la mano un bastoncillo de ébano, insignia de sus funciones, y bajo el brazo izquierdo un tricornio con escarapela tricolor.

—Soy el maestro de ceremonias —dijo este personaje con voz suave.

Acostumbrado debido a sus funciones a dirigir duelos todos los días y a tratar con familias sumidas en igual aflicción, real o fingida, aquel hombre, al igual de sus colegas, hablaba en voz baja y con dulzura; era decente, cortés y decoroso por profesión, semejándose a una estatua representativa del genio de la muerte. Su declaración causó un temblor nervioso a Schmucke, como si hubiese visto al verdugo.

—¿El señor es el hijo, el hermano o el padre del difunto?... —preguntó el hombre oficial.

—Soy *dodo* eso y más... ¡soy su amigo!... —respondió Schmucke a través de un torrente de lágrimas.

—¿Sois vos el heredero? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¿El *heguedego*?... —repitió Schmucke—. *Dodo me es igual en el mundo.*

Schmucke reasumió la actitud que le prestaba su melancólico dolor.

—¿Dónde están los parientes y los amigos? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¡*Helos ahí a dodos!* —exclamó Schmucke mostrando los cuadros y las curiosidades—. ¡*Gamás viegon ellos subir a mi buen Bons!*... ¡*He ahí dodo lo que él amaba gonmigo!*

—Está loco, señor —dijo la Sauvage al maestro de ceremonias—. Marchaos, es

inútil escucharle.

Schmucke se había vuelto a sentar, retornando a su continente idiotizado, y enjugándose maquinalmente sus lágrimas. En aquel momento apareció Villemot el primer pasante de Tabareau, y el maestro de ceremonias, dándose cuenta de aquél era quien había ido a encargarse del cortejo fúnebre, le dijo:

—Bueno, señor, ya es hora de partir... el carro ha llegado; pero raramente he visto duelo semejante a éste. ¿Dónde están los parientes y los amigos?...

—No hemos tenido mucho tiempo —respondió Villemot—. El señor se encuentra sumido en tal dolor que no pensaba en nada; solamente hay un pariente...

El maestro de ceremonias miró a Schmucke con aire de piedad, pues aquel experto en dolor sabía distinguir perfectamente lo verdadero de lo falso, y seguidamente se acercó a él.

—¡Vamos, mi querido señor, valor!... Pensad en honrar la memoria de vuestro amigo.

—Hemos olvidado enviar esquelas, pero sí he cuidado de pasar recado al señor presidente de Marville, el único pariente que os mencioné... No hay amigos... No creo que las gentes del teatro donde era director de orquesta el difunto vengan... Pero el señor, según creo, es el heredero universal.

—Entonces es él quien debe presidir el duelo —dijo el maestro de ceremonias—. ¿No tenéis traje negro? —preguntó reparando en el que vestía Schmucke.

—*¡Estoy dodo de neggo en el indeguiog!...* —contestó el pobre alemán con voz desgarradora—. *¡Y tan neggo que siendo la muedge en mí!... ¡Dios me hagá la ggasia de unigme a mi amigo en la dumba, y yo se lo aggadesgo!...*

Y unió las manos como en ferviente súplica para que el Señor oyera su petición.

—Ya se lo he comunicado a nuestra administración, la cual, con tantos perfeccionamientos como ha introducido hasta la fecha —prosiguió el maestro de ceremonias, dirigiéndose a Villemot—, debería tener un vestuario y alquilar Topa de heredero..., es una cosa que cada día se hace más necesaria... Pero, puesto que el señor hereda, debe tomar el manto de duelo, y el que he traído le cubrirá por completo, no advirtiéndose así la inconveniencia de su traje... ¿Queréis tener la bondad de levantaros? —dijo a Schmucke.

El alemán se levantó, pero sus piernas vacilaron.

—Sostenedle —pidió el maestro de ceremonias al primer pasante—, ya que vos sois su apoderado.

Villemot sostuvo a Schmucke, tomándolo por los sobacos, y entonces el maestro de ceremonias le colocó la amplia y horrible capa negra que se pone a los herederos para seguir el coche fúnebre desde la casa mortuoria a la iglesia, sujetádoselo con cordones de seda bajo el mentón.

Schmucke fue, pues, *ataviado* de heredero.

—Ahora se nos presenta una gran dificultad —observó el maestro de ceremonias—. Tenemos las cuatro borlas del paño mortuorio *a guarnecer*... Si no hay nadie,

¿quién las sostendrá?... Son ya las diez y media —añadió consultando su reloj—, y nos esperan en la iglesia.

—¡Ah, tenemos a Fraisier! —exclamó imprudentemente Villemot.

Pero nadie había allí que pudiese recoger aquella confesión de complicidad.

—¿Quién es ese señor? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¡Oh!... Es de la familia.

—¿De qué familia?

—De la familia desheredada. Es el apoderado del señor presidente Camusot.

—¡Bien! —dijo el maestro de ceremonias con aire satisfecho—. Por lo menos tendremos dos borlas sostenidas, una por vos y la otra por él.

El maestro de ceremonias, feliz por tener aquellas dos borlas *guarnecidas*, tomó dos magníficos pares de guantes de ante blanco y los presentó respectivamente a Fraisier y Villemot, con aire cortés.

—¿Querrán los señores sujetar cada cual una de las esquinas del paño mortuario? ... —preguntó.

Fraisier, de negro riguroso, con corbata blanca y aspecto oficial, hacía estremecer como un archivo conteniendo cien expedientes procesales.

—De muy buen grado, señor —contestó.

—Si pudiéramos disponer de otras dos personas —añadió el maestro de ceremonias—, quedarían *guarnecidas* las cuatro borlas.

En aquel momento llegó el infatigable corredor de la casa Sonet, seguido del único hombre que se acordaba de Pons, para prestarle los últimos servicios. Este hombre era un modesto empleado del teatro, el encargado de colocar las partituras en los atriles de la orquesta, y al que Pons daba todos los meses una moneda de cinco francos, pues sabía que era padre de familia.

—¡Ah, *Dobinagd (Topinard)*!... —exclamó Schmucke reconociéndole—. ¡*Du sí que quiegues a Bons!*...

—Señor, he venido todos los días a saber noticias de él...

—¡*Dodos los días! ¡Bobre Dobinagd!*... —dijo Schmucke, apretando la mano del humilde empleado.

—Sin duda me tomaban por un pariente y me recibían muy mal... —explicó el aludido—. Por más que insistiera diciendo que era del teatro y que venía a saber noticias del señor Pons, me respondían que a otro perro con ese hueso... Pretendía ver al pobre enfermo, pero nunca me dejaron subir.

—¡*La inbame Zipod!*... —exclamó Schmucke, estrechando contra su corazón la callosa mano del mozo de teatro.

—Era el rey de los hombres, ese pobre Pons. Todos los meses me daba cien sueldos... Sabía que tengo tres hijos y una mujer. Mi esposa está en la iglesia.

—¡*Yo gombagdigué mi bena condigo!* —exclamó Schmucke, gozoso, en medio de su dolor, por tener a su lado a un hombre que queda Pons.

—¿Quiere el señor tomar una de las borlas del paño mortuario? —dijo el maestro

de ceremonias—; así tendremos los cuatro.

Al maestro de ceremonias no le había resultado difícil convencer al corredor de la casa Sonet para que llevase una de las borlas, sobre todo mostrándole el bello par de guantes que, según costumbre, quedaba en poder del portador.

—¡Ya son las once menos cuarto!... Es preciso descender... La iglesia espera... —conminó el maestro de ceremonias.

Y las seis personas se pusieron en marcha a través de la escalera.

—Cerrad bien el apartamento y quedaos en él —encargó el atroz Fraisier a las dos mujeres, que estaban en el descansillo—, sobre todo, si queréis quedaros como gobernanta, señora Cantinet... ¡Vaya, son cuarenta sueldos por día!...

Por una casualidad, nada extraordinaria en París, se hallaban dos catafalcos bajo la puerta cochera, y consecuentemente dos convoyes fúnebres, el de Cibot, el portero difunto, y el de Pons. Nadie venía a rendir homenaje de afecto al brillante catafalco del amigo de las artes, y todos los porteros de la vecindad afluían y rociaban de un hisopazo los restos mortales del portero. Este contraste entre la muchedumbre que había acudido al duelo de Cibot, y la soledad en que se hallaba Pons tuvo lugar no sólo a la puerta de la casa, sino en la calle, donde el féretro de Pons no fue seguido más que por Schmucke, a quien sostenía un empleado de la funeraria, pues el heredero desfallecía a cada paso. Desde la calle de Normandie a la de Orleáns, donde se encuentra situada la iglesia de San Francisco, los dos cortejos pasaron entre dos filas de curiosos, ya que, como se ha dicho, constituía un acontecimiento en el barrio. Así, pues, se observaba el esplendor del carruaje, del que pendía un escudo sobre el cual estaba bordada una gran P., y el hecho de que no hubiese más que una persona en su acompañamiento; mientras que el coche sencillo, el de última clase, estaba seguido por una inmensa muchedumbre. Por fortuna, Schmucke, atolondrado por la gente que había en las ventanas y por la valla que formaban los curiosos, no oía nada ni veía a la concurrencia más que a través del velo formado por sus lágrimas.

—¡Ah, es el cascanueces, el músico! —decía uno.

—¿Quiénes son los que llevan los cordones?...

—¡Bah, comediantes!

—¡Vaya, ahí está el cortejo de ese pobre Cibot! ¡Un trabajador menos..., y qué voraz!

—No salía nunca de su casa...

—No; ni siquiera hacía fiesta el lunes...

—¡Quería mucho a su mujer!

—¡Qué desgraciada!...

Rémonencq estaba detrás del carruaje de Su víctima, y recibía los pésames por la pérdida de su vecino.

Los dos cortejos fúnebres llegaron a la iglesia, donde Cantinet, de acuerdo con el pertiguero, cuidó de que no se acercara ningún mendigo a Schmucke. Villemot había prometido al heredero que estaría tranquilo y sufragaba todos los gastos, velando por

su cliente. El modesto ataúd de Cibot, escoltado por sesenta u ochenta personas, fue acompañado por todo el mundo hasta el cementerio. A la salida de la iglesia, el cortejo de Pons tuvo cuatro coches de duelo: uno para el clero y los otros tres para los parientes; sin embargo, con uno solo habría sido suficiente, pues el corredor de la casa Sonet se había marchado durante la misa a prevenir al señor Sonet de la partida de la comitiva, a fin de que pudiera presentar el proyecto y el presupuesto del monumento al legatario universal al salir del cementerio. Fraisier, Villemot, Schmucke y Topinard cupieron en un coche. Los otros dos, en vez de regresar a la administración, fueron de vacío al Padre Lachaise. Esa carrera inútil de coches vacíos tiene lugar con frecuencia. Cuando los muertos no gozan de celebridad alguna, no atraen ninguna concurrencia y siempre quedan coches sobrantes. Los muertos tienen que haber sido muy queridos en vida para que en París, donde todo el mundo desearía hallar una hora veinticinco a cada día, acompañe a un pariente o a un amigo hasta el cementerio. Pero los cocheros perderían su salario si no cumplieran con su trabajo. Por lo tanto, llenos o vacíos, los coches van a la iglesia y al cementerio, y vuelven a la casa mortuoria en busca de una propina. No puede figurarse el número de personas para quienes la muerte es un abrevadero. El clero bajo de la iglesia, los pobres, los empleados de funeraria, los cocheros, los enterradores, todas esas naturalezas esponjosas se retiran infladas al sumirse en un féretro. Desde la iglesia, al salir de la cual el heredero se vio asaltado por una nube de mendigos, al punto reprimida por el pertiguero, hasta el cementerio del Padre Lachaise, el pobre Schmucke fue como los criminales iban del Palacio de Justicia al lugar donde estaba erigido el patíbulo, la célebre plaza de la Grève. Presidía su propio cortejo, teniendo en su mano la de Topinard, el único hombre cuyo corazón estaba realmente afligido por la muerte de Pons. Topinard, conmovido al extremo por el honor que se le había conferido como portador de uno de los cordones del paño mortuorio, y contento de poder ir en coche, poseedor de un par de guantes, comenzaba a entrever en la conducción de Pons uno de los grandes días de su vida. Aplastado por el dolor, sostenido por el contacto de aquella mano a la cual respondía su corazón, Schmucke se dejaba conducir exactamente del mismo modo que los desgraciados terneros llevados en carreta al matadero. En la parte delantera del coche tomaban asiento Fraisier y Villemot. Ahora bien, quienes han tenido la desgracia de acompañar a muchos de los suyos al lugar del último reposo, saben que toda hipocresía cesa en el interior del coche, durante el trayecto, con frecuencia muy largo, desde la iglesia al cementerio del Este, que es entre los camposantos parisienses aquél en que se dan cita todas las vanidades y todos los lujos, abundando en él los monumentos y panteones suntuosos. Los indiferentes comienzan la conversación, y aun los más tristes acaban por distraerse escuchándoles.

—El señor presidente ya había salido para la Audiencia —decía Fraisier a Villemot—, y no he creído conveniente ir a arrancarle de sus ocupaciones en el Palacio de Justicia, ya que de todos modos hubiera llegado tarde. Como es el heredero natural y legal, pero ha sido desheredado en favor del señor Schmucke, he

pensado que bastaría con que se hiciera representar por su apoderado.

Topinard aguzó el oído.

—¿Quién era ese tipo que sostenía la cuarta borla? —preguntó Fraisier a Villemot.

—Es el corredor de una *casa que hace el monumento funerario*, y que querría conseguir que le encargaran la realización de una tumba en la que se propone esculpir tres figuras en mármol: la Música, la Pintura y la Escultura derramando lágrimas sobre el difunto.

—Es una idea —observó Fraisier—. El buen hombre bien merece todo eso; pero el monumento costará sus buenos siete u ocho mil francos...

—¡Oh, ya lo creo!

—Si el señor Schmucke hace el encargo, eso no puede afectar a la sucesión, pues podría ser absorbida cualquier herencia por tales gastos...

—Motivaría un proceso, pero se ganaría...

—¡Bueno, eso es cosa que le concierne a él! —prosiguió. Fraisier—. Es una buena broma que podemos gastar a esos empresarios —añadió al oído de Villemot—, ya que si es anulado el testamento, de lo cual respondo..., o si no existiese, ¿quién les pagaría?

Villemot esbozó una sonrisa de mono. El primer pasante de Tabareau y el hombre de leyes se hablaron entonces en voz baja y al oído; pero a pesar del traqueteo del coche y de todas las impedimentas, el mozo de teatro, acostumbrado a adivinarlo todo en el mundo de entre bastidores, barruntó que aquellos dos individuos de la Justicia meditaban hundir en dificultades al pobre alemán, y acabó por oír la palabra significativa de *Clichy*. En consecuencia, el digno y honrado servidor del mundo cómico, resolvió velar por el amigo de Pons.

En el cementerio, donde por mediación del corredor de la casa Sonet había comprado Villemot tres metros de terreno al Ayuntamiento, anunciando la intención de construir un magnífico monumento, Schmucke fue conducido por el maestro de ceremonias, a través de una multitud de curiosos, hasta la fosa donde había de ser descendido Pons. Mas a la vista de aquel agujero cuadrado, sobre el cual cuatro hombres sostenían con cuerdas el féretro de Pons, mientras el clero dirigía su última oración, el alemán fue presa de tal estrujamiento del corazón que se desmayó.

Topinard, ayudado por el corredor de la casa Sonet y por el propio señor Sonet, llevó al pobre alemán hasta el establecimiento del marmolista, donde le fueron prodigados los más diligentes y solícitos cuidados por las señoras Sonet y Vitelot, esposa del asociado del señor Sonet. Topinard se quedó allí, pues había visto que Fraisier, cuya figura le parecía patibularia, conversaba confidencialmente con el corredor de la casa Sonet.

Al cabo de una hora, hacia las dos y media, el pobre inocente alemán recobró los sentidos. Schmucke, desde hacía dos días, creía hallarse soñando. Pensaba que al despertarse se encontraría vivo a Pons. Le aplicaron tantos paños mojados sobre la

frente, y se le hicieron respirar tantas sales y vinagres, que por fin abrió los ojos. La señora Sonet obligó a Schmucke a beber un buen caldo espeso, ya que el cocido estaba al fuego en casa de los marmolistas.

—No nos sucede a menudo recoger así a clientes que lo sientan tanto; pero cada dos años se ven todavía casos...

Finalmente, Schmucke habló de volver a la calle de Normandie.

—Señor —intervino entonces Sonet—, he aquí el dibujo que Vitelot ha realizado expresamente para vos. Ha pasado la noche trazándolo... ¡Qué inspiración ha tenido! ... Realmente será un monumento bellísimo...

—¡Uno de los más bellos del Padre Lachaise! —afirmó la esposa—. Debéis honrar la memoria de un amigo que os ha dejado toda su fortuna...

Aquel proyecto, que afirmaban haber sido ejecutado expresamente, en realidad había sido preparado para De Marsay, el famoso ministro. Sin embargo, la viuda había preferido confiar el monumento a Stidmann, siendo en consecuencia rechazado el proyecto de estos industriales, pues se consideró que era un horroroso monumento de pacotilla. En aquella ocasión, las tres figuras representaban las jornadas de julio, en las que se manifestó aquel gran ministro. Después, con modificaciones. Sonet y Vitelot habían hecho *Las tres glorias*: el Ejército, las Finanzas y la Familia, para el monumento de Charles Keller, confiado finalmente a Stidmann. En once años, el proyecto se había adaptado a todas las circunstancias de familia; pero al calcarlo, Vitelot había transformado las tres efigies en las de los genios de la Música, la Escultura y la Pintura.

—No es nada si se piensa en los detalles y en las construcciones, pero en seis meses lo acabaremos —dijo Vitelot—. Señor, he aquí el presupuesto y el pedido..., siete mil francos, sin contar los desbastadores.

—Si lo queréis de mármol —añadió Sonet, marmolista especialmente—, serán doce mil francos, y el señor se immortalizará con su amigo...

—Acabo de saber que el testamento será impugnado —dijo Topinard al oído de Vitelot—, y que los herederos recobrarán su herencia. Id a ver al señor presidente Camusot, pues ese pobre inocente se quedará sin un ochavo...

—¡Siempre nos traéis clientes de esta clase! —espetó la señora Vitelot al corredor, comenzando la discusión.

Topinard condujo a Schmucke, a pie, hasta la calle de Normandie, ya que los coches del duelo habían regresado allí.

—*¡No me apandonéis!*... —dijo Schmucke a Topinard cuando éste quiso marcharse tras haber dejado al pobre músico en manos de la señora Sauvage.

—Son las cuatro, mi querido señor Schmucke, y he de irme a comer... Mi mujer, que es acomodadora, estará intranquila sin saber nada de mí... Ya sabéis, el teatro abre a las seis menos cuarto...

—*Sí, ya lo sé... Bego bensad que esdoy solo sobgue la dierra, sin un amigo. Vos, que habéis llogado a Bons, iluminadme, esdoy en una noche oscuga, y Bons me ha*



*dicho que me engontgaba godeado de pillos...*

—Ya me he dado buena cuenta de ello; acabo de impedir que os enviaran a Clichy...

—¿*Glygy*? —exclamó Schmucke—. *No gombgendo...*

—¡Pobre hombre! Quedad tranquilo, ya vendré a veros, adiós.

—¡*Adiós...*, *hasda bgondo!*... —dijo Schmucke, cuyo cansancio le hacía desfallecer.

—¡Adiós, señor! —dijo la Sauvage al mozo de teatro, con un aire que le extrañó, por lo que no pudo por menos de preguntarle con cierta zumba:

—¿Qué es lo que os pasa, amiga?... Adoptáis una actitud de traidor de melodrama.

—¡Vos seréis el traidor! ¿Con qué razón os mezcláis aquí? ¿No será para meter las narices en los asuntos del señor y estafarle?

—¡Estafarle..., criadorra!... —respondió con soberbia Topinard—. Yo no soy más que un pobre mozo de teatro, pero tengo apego a los artistas, y sabed que nunca he pedido nada a nadie. ¿Acaso os he pedido algo? ¿Se os debe algo, vieja?...

—Mozo de teatro, ¿cómo os llamáis?... —preguntó la virago.

—Topinard, para serviros...

—Pues muchos recuerdos en casa —zumbó a su vez la Sauvage—, y mis cumplidos a la señora, si el señor está casado... Es cuanto deseaba saber.

—¿Qué es lo que os pasa, amiga mía?... —preguntó la señora Cantinet, apareciendo.

—Pues pasa que os vais a quedar aquí, a vigilar la comida, y voy a darme una vuelta por casa del señor...

—Está abajo, hablando con esa pobre señora Cibot, que derrama todas las lágrimas de su cuerpo —respondió la Cantinet.

La Sauvage se precipitó por la escalera con tal rapidez, que los peldaños temblaban bajo sus pies.

—Señor... —dijo a Fraasier, atrayéndole hacia ella varios pasos para separarle de la Cibot.

Seguidamente señaló a Topinard, en el momento en que el mozo de teatro pasaba, orgulloso por haber pagado su deuda a su bienhechor, impidiendo al amigo de Pons ser víctima de una trampa con una astucia inspirada por las bambalinas, donde todo el mundo tiene más o menos un espíritu picaresco. Igualmente se prometía proteger al músico de su orquesta contra las añagazas que se tenderían a su buena fe.

—¿Veis a ese pequeño miserable?... —dijo la Sauvage—. Es una especie de hombre honrado que quiere meter su nariz en los asuntos del señor Schmucke...

—¿Quién es? —preguntó Fraasier.

—¡Oh, un don nadie!...

—En negocios no existen los don nadie...

—Es un mozo de teatro, llamado Topinard...

—Bien, señora Sauvage, continuad así y tendréis vuestro estanco.

Y acto seguido. Fraisier volvió a su conversación con la Cibot.

—Digo, mi querida cliente, que no habéis jugado limpio con nosotros y que no estamos obligados a nada con un asociado que nos engaña.

—¿En qué os he engañado yo?... —preguntó la Cibot poniendo los brazos en jarras—. ¡Si creéis que me vais a hacer temblar con vuestras miradas agrias y vuestro aire de escarcha!... Buscáis malas razones para zafaros de vuestras promesas, ¿y os decís honrado? ¿Sabéis lo que sois? ¡Un canalla! ¡Sí, sí, rascaos el brazo... pero chupaos ésa!...

—Nada de palabras, nada de cólera, amiga mía —replicó Fraisier—, Escuchadme. Vos ya habéis hecho vuestro agosto... Esta mañana, durante los preparativos de la conducción, he encontrado este catálogo, por duplicado, escrito todo él de puño y letra del señor Pons, y por casualidad mis ojos han caído sobre esto...

Y abriendo el catálogo manuscrito leyó:

*N.º 7.— Magnífico retrato pintado sobre mármol por Sebastiano del Piombo, en 1546, vendido por una familia que lo despojó de la catedral de Terni. Este retrato, que tenía por pareja el de un obispo, comprado por un inglés, representa a un caballero de Malta en oración, y se hallaba sobre el sepulcro de la familia Rossi. A no ser por la fecha, se podría atribuir esta obra a Rafael, y me parece superior al retrato de Baccio Bandinelli, que se halla en el Museo, el cual resulta un poco seco, mientras que este caballero de Malta es de un gran frescor, debido a la conservación de la pintura sobre la «lavagna» (pizarra).*

—Mirando —prosiguió Fraisier— en el lugar número 7, he hallado un retrato de dama, firmado *Chardin*, y sin número 7... Mientras el maestro de ceremonias completaba su número de personas para sostener los cordones del paño mortuario, he examinado los cuadros y comprobado que han sido sustituidos por lienzos corrientes y sin número, ocho obras de las consideradas como capitales por el finado señor Pons, las cuales se han volatilizado... Y, finalmente, falta una pequeña tabla de Metz, designada asimismo como obra maestra...

—¿Es que había sido nombrada yo guardiana de sus cuadros? —dijo la Cibot.

—No, pero sí eráis la mujer de confianza, que hacía las labores en casa del señor Pons, y ha habido robo...

—¡Robo! Sabed, señor, que esos cuadros que decís han sido vendidos por el señor Schmucke, por orden del señor Pons, para atender a sus necesidades.

—¿A quién?

—A los señores Elías Magus y Rémonencq...

—¿En cuanto?

—¡No me acuerdo!...

—Escuchad, mi querida señora Cibot, ya os he dicho que vos habéis hecho vuestro agosto... ¡y bien gordo! —prosiguió Fraisier—. No os perderé de vista, os tengo en mis manos... Servidme y callaré. En todo caso, comprenderéis que no debéis contar con nada de parte del señor presidente Camusot, desde el momento que habéis juzgado conveniente despojarle...

—Ya sabía yo, mi querido señor Fraisier, que esto se quedaría en agua de borrajas para mí... —respondió la Cibot, dulcificada por la palabra: *callaré*.

—Vaya, vaya, con que buscando las cosquillas a la señora, ¿eh? —dijo Rémonencq, apareciendo en aquel momento—. ¡Eso no está nada bien! La venta de los cuadros ha sido efectuada amigablemente con el señor Pons, entre Magus y yo, que pasamos tres días antes de llegar a un acuerdo con el difunto, *quien soñaba con sus cuadros*. Tenemos recibos en regla, y si, como es de rigor, hemos dado algunas monedas de cuarenta francos a la señora, ella no ha percibido lo que acostumbramos a dar en todas las casas burguesas donde concluimos una transacción... ¡Ah, mi querido señor, si creéis engañar a una mujer indefensa, no haréis buen negocio!... ¿Entendéis, señor negociante? Magus es el amo de la situación, y caso de que no bajéis el pistón con la señora, si no dais lo prometido, os espero en la venta de la colección, y veréis lo que perderéis teniendo en contra vuestra a Magus y a mí, que sabremos sublevar a los marchantes... ¡En vez de setecientos u ochocientos mil francos no sacaréis más de doscientos mil!

—¡Bueno, bueno, eso ya lo veremos! No venderemos, —dijo Fraisier—, y en todo caso lo haremos en Londres.

—¡Conocemos Londres! —replicó Rémonencq— y allí Magus es tan poderoso como en París.

—Adiós, señora, voy a examinar minuciosamente vuestros asuntos —dijo Fraisier—, a menos que no sigáis obedeciéndome —añadió.

—¡Ratero!...

—Andad con cuidado —amonestó Fraisier—. Me van a nombrar juez de paz.

Se separaron con amenazas, cuyo alcance era bien apreciado por ambas partes.

—Gracias Rémonencq —dijo la Cibot—. Es agradable para una pobre viuda encontrar un defensor.

Por la noche, hacia las diez, Gaudissart llamó a su despacho al mozo de teatro. Gaudissart, en pie ante la chimenea, había adoptado una actitud napoleónica, adquirida desde que se había convertido en conductor de comediantes, bailarines, comparsas, músicos y tramoyistas, a los que trataba como si fuesen autores. Metía habitualmente su mano derecha en su chaleco, cogiendo su tirante izquierdo, y giraba la cabeza tres cuartas partes, lanzando una mirada al vacío.

—Topinard..., ¿tenéis rentas?

—No, señor.

—¿Buscáis entonces un puesto mejor que el que tenéis? —preguntó el director.

—No, señor... —respondió el mozo de teatro tomándose lívido.

—¡Qué diablo! Tu mujer es acomodadora en los estrenos... He sabido respetar el puesto que le dio mi predecesor... Te he dado empleo encargándote de limpiar los quinqués de los bastidores durante el día y, en fin, estás adscrito a las partituras. Y no es eso todo... tienes dietas de veinte sueldos por hacer de monstruo y dirigir a los diablos cuando hay que representar escenas infernales. Es una posición envidiada por todos los mozos de teatro, y te tienen celos, amigo mío, en el teatro, donde no faltan enemigos.

—¡Enemigos!... —exclamó Topinard.

—Y además tienes tres hijos, el mayor de los cuales desempeña papeles de niño, con un estipendio de cincuenta céntimos...

—Señor...

—Déjame hablar —atajó Gaudissart con fulminante voz—. ¡En esta posición quieres abandonar el teatro!...

—Señor...

—¡Quieres mezclarte en negocios, meter el dedo en asuntos de herencias!... Pero desgraciado, ¿no ves que vas a ser aplastado como un huevo? Yo tengo por protector a Su Excelencia el señor conde Popinot, hombre de talento y de un gran carácter, a quien el rey ha tenido el acierto de nombrar su consejero... Ese hombre de Estado, ese político superior, hablo del conde Popinot, ha casado a su primogénito con la hija única del presidente de Marville, uno de los hombres más considerables y más considerados de la Orden suprema judicial, una de las luminarias del foro, en el Palacio de Justicia. ¿Conoces el Palacio de Justicia?... Pues bien, él es el heredero de su primo Pons, nuestro antiguo director de orquesta, a cuyo entierro has ido esta mañana. No te censuro por haber acudido a rendir los últimos deberes a ese pobre hombre... Sin embargo, perderías tu puesto si te mezclas en los asuntos de ese digno señor Schmucke, a quien deseo todo el bien posible, pero que se va a encontrar en situación delicada con los herederos de Pons... Y como ese alemán, a fin de cuentas, me concierne poco, y el presidente y el conde Popinot me suponen mucho, te invito a que le dejes que arregle sus asuntos él solito. Hay un dios particular para los alemanes, y tú estarías muy mal en el papel de vicediós... Ya lo ves, sigue siendo mozo de teatro... no puedes hacer nada mejor.

—Basta, señor director —dijo Topinard, profundamente entristecido.

Schmucke, que esperaba ver al día siguiente al mozo de teatro, el único ser que había llorado a Pons, perdió así el protector que el azar le había enviado. Al despertarse, el pobre alemán sintió la inmensidad de la pérdida sufrida, al sentir un vacío enorme en el apartamento. La víspera y la antevíspera, los acontecimientos y el tráfago debido a la muerte, habían producido en tomo suyo esa agitación, ese movimiento que constituye un motivo de distracción. Pero el silencio que sigue al óbito de un amigo, de un padre, de un hijo, de una mujer amada, su partida para la tumba, hace terrible, glacial, el apagado y frío silencio del siguiente día. Llevado por una fuerza irresistible a la habitación de Pons, el pobre hombre no pudo afrontar su

aspecto y, retrocediendo, fue a sentarse en el comedor, donde la Sauvage servía el desayuno. Schmucke se sentó y no pudo comer nada. De pronto resonaron campanillazos bastante fuertes y aparecieron tres hombres vestidos de negro, a quienes las señoras Cantinet y Sauvage abrieron paso. Se trataba del señor Vitel, juez de paz, y de su actuario. En tercer lugar venía Fraisier, más seco y arisco que nunca, contrariado por la aparición de un testamento en regla que anulaba te poderosa arma audazmente sustraída por él.

—Venimos, señor —dijo el juez de paz con suavidad a Schmucke— a poner los sellos aquí...

Schmucke, para quien estas palabras eran griego, miró con aire espantado a los tres hombres.

—Venimos a instancia del señor Fraisier, abogado, mandatario del señor Camusot de Marville, heredero de su primo, el finado señor Pons... —añadió el escribano.

—Las colecciones están ahí, en esa vasta sala, y en el dormitorio del difunto —dijo Fraisier.

—Pues bien, pasemos. Perdón, señor, desayunad, seguid —dijo el juez de paz.

La invasión de aquellos tres hombres había helado de terror al pobre alemán.

—El señor —dijo Fraisier, dirigiendo sobre Schmucke una de aquellas venenosas miradas que magnetizan a sus víctimas como una araña lo hace con una mosca—, que se las ha apañado para hacer extender en su provecho exclusivo un testamento ante notario, debía haber esperado que la familia ofreciera cierta resistencia. Una familia no se deja despojar impunemente por un extranjero, y ya veremos, señor, quien saldrá vencedor, si el fraude y la corrupción, o la familia... Tenemos derecho, como herederos, de requerir la aplicación de sellos, y serán puestos. Quiero velar para que este acto conservador sea ejecutado con el máximo rigor, y lo será.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Hased que vaya yo al sielo!... —*exclamó el inocente Schmucke.*

—Se parlotea mucho de vos en la casa —dijo la Sauvage—. Mientras dormíais ha venido un jovenzuelo, vestido de negro, un mequetrefe, el primer pasante del señor Hannequin, y quería hablaros a toda costa; pero como dormíais y estabais tan fatigado de la ceremonia de ayer, le he dicho que habíais firmado un poder al señor Villemot, el primer pasante de Tabareau, y que si era para tratar de asuntos, se dirigiera a él. «¡Ah, tanto mejor así! —me dijo el joven—. Me entenderé bien con él. Vamos a depositar el testamento en el juzgado, después de presentárselo al presidente». Por lo tanto, yo le he pedido que nos enviase al señor Villemot en cuanto pudiera. Estad tranquilo, mi querido señor —si guió la Sauvage—, que tendréis personas que os defiendan No se os esquilará así como así. ¡Vais a disponer de alguien que tiene pico y garras! ¡El señor Villemot les cantará las cuarenta! Yo ya me he encolerizado con esa espantosa bribona de *mamá* Cibot, una portera que se mete a juzgar a sus inquilinos, y que sostiene que vos robáis esta fortuna a los herederos, que habéis secuestrado al señor Pons, que lo habíais mecanizado hasta el punto de que

estaba loco de atar. ¡Ya le he dicho lo suyo a esa infame, ya!... «¡Sois una canalla — le dije— y compareceréis ante los tribunales por todo lo que habéis robado a vuestros señores!...». Y no ha tenido más remedio que cerrar el pico.

—¿Desea el señor —dijo el actuario, viniendo a buscar a Schmucke—, hallarse presente en la colocación de los sellos en la cámara mortuoria?

—¡Hased! ¡Hased! —dijo Schmucke—. *Subongo que bodgé moguig dganguilo.*

—Siempre se tiene el derecho de morir —repuso riendo el actuario—, y es un asunto más grave para nosotros que las herencias. Pero raramente he visto a legatarios universales seguir a los testadores a su tumba.

—¡Bues yo sí que igué! —dijo Schmucke, el cual, después de tantos golpes, sintió en su corazón unos dolores intolerables.

—¡Ah, he aquí al señor Villemot! —exclamó la Sauvage.

—¡Señog Fillemod —dijo el pobre alemán—, *guepgesendadme...!*

—Al instante —contestó el primer pasante—. Vengo a comunicaros que el testamento está perfectamente en regla y será ciertamente homologado por el tribunal, que os otorgará la posesión... Tendréis una hermosa fortuna.

—¡Yo una flegmosa fogduna! —exclamó Schmucke, desesperado de que se le supusiese codicioso.

—Entretanto —dijo la Sauvage—, ¿qué es lo que hace ahí el juez de paz, con sus bujías y sus tiritas de cinta?

—¡Ah!, pone los sellos... Venid, señor Schmucke, tenéis el derecho de asistir a la operación.

—No, id vos...

—Pero ¿por qué los sellos, si el señor está en su casa y todo es de él? —dijo la Sauvage, estableciendo derecho a la manera de las mujeres, que interpretan el Código según los caprichos de su fantasía.

—El caballero no está en su casa, señora, sino en la del señor Pons; todo le pertenecerá sin duda, pero cuando se es legatario no se pueden tomar posesión de las cosas integrantes de la herencia, sino mediante lo que nosotros denominamos un auto de posesión, emanado del juzgado. Ahora bien, si los herederos desposeídos del caudal hereditario por voluntad del testador se oponen a tal auto de posesión, hay proceso... Y como no se sabe a quien le será concedida la herencia, se custodian todos los valores bajo sello, y los notarios de los herederos y del legatario procederán a efectuar inventario en el plazo fijado por la ley.

Ai oír este lenguaje por primera vez en su vida, Schmucke perdió por completo la cabeza, dejándola caer sobre el respaldo del sofá en que estaba sentado, pues la sentía tan pesada que le era imposible sostenerla. Villemot fue a hablar con el actuario y el juez de paz, y asistió, con la sangre fría de los practicantes, a la imposición de los sellos, tarea que cuando no se encuentra ningún heredero presente, no deja de ir acompañada de algunas cuchufletas y observaciones sobre las cosas que se encierran hasta el día del reparto. En fin, los cuatro curiales cerraron la sala y entraron en el

comedor, al que se trasladó el actuario. Schmucke contempló maquinalmente la operación que consiste precintar las puertas con el sello de la justicia de paz, cuando son de dos batientes, así como las de los armarios o puertas sencillas.

—Pasemos a esta habitación —dijo Fraisier señalando la de Schmucke, cuya puerta daba al comedor.

—¡Es la habitación del señor! —dijo la Sauvage, abalanzándose e interponiéndose entre la puerta y los hombres de la justicia.

—He aquí el contrato de alquiler del apartamento —replicó el horrible Fraisier—. Lo hemos hallado entre los papeles, y no está a nombre de los señores Pons y Schmucke, sino a nombre del señor Pons solamente. Este apartamento pertenece por entero a la herencia... Y además —dijo abriendo la puerta de la habitación de Schmucke—, ved, señor juez, está llena de cuadros.

—En efecto —contestó el juez de paz, que dio al punto sentencia favorable a Fraisier.

—Esperad, señores —intervino Villemot—. ¿Pensáis que vais a dejar en la calle al legatario universal, cuya cualidad no ha sido recusada hasta la fecha?

—¡Sí, sí! —dijo Fraisier—. Nos oponemos a la entrega del legado.

—¿Y bajo qué pretexto?

—¡Vos lo sabréis, amiguito! —respondió zumbonamente Fraisier—. En este momento, no nos oponemos a que el legatario retire de esta habitación lo que declare ser de su pertenencia, pero desde luego será sellada. El señor irá a alojarse donde le parezca bien.

—¡No —se opuso Villemot—, el señor permanecerá en su habitación!

—¿Y cómo?

—Voy a interponer un interdicto —replicó Villemot—, para que se reconozcan nuestros derechos como inquilinos a medias de este apartamento, y no nos echaréis... ¡Quitad los cuadros, distinguid lo que es del difunto, pero mi cliente se quedará..., amiguito!

—¡*Yo me igué!* —dijo el viejo músico, que halló algo de energía al escuchar aquel espantoso debate.

—¡Mejor haríais! —opinó Fraisier—. La partida os ahorrará gastos, ya que no ganaréis el incidente. El contrato de inquilinato es taxativo.

—¡El inquilinato, el inquilinato! —exclamó Villemot—, ¡Ésa es una cuestión de buena fe!...

—No se demostrará, como en los asuntos criminales, mediante testigos... ¿Vais a lanzaros a peritaciones, comprobaciones, juicios interlocutorios y un litigio?

—¡*No, no!* —exclamó Schmucke—, *yo me tgaslado, me magcho...*

La vida de Schmucke era la de un filósofo cínico sin saberlo, a tal punto se hallaba reducida a lo simple. No poseía más que dos pares de zapatos, un par de botas, dos trajes completos, doce camisas, doce pañuelos de seda para el cuello, doce pañuelos de bolsillo, cuatro chalecos y una soberbia pipa que Pons le había regalado

junto con una bolsa de tabaco bordada. Entró en la habitación, sobreexcitado por la fiebre de la indignación, tomó todas sus ropas y las puso sobre una silla.

—*¡Dodo esdo es mío!...* —dijo con una simplicidad digna de Cincinato—. *¡El biano dambién es mío!*

—Señora —ordenó Fraisier a la Sauvage—, requerid ayuda, sacad ese piano y dejadlo en la calle.

—Sois demasiado duro —dijo Villemot a Fraisier—. El señor juez de paz es dueño de ordenar, es soberano en esta materia.

—Ahí hay valores —observó el actuario, señalando la habitación.

—Además —opinó el juez de paz—, el señor sale por su propia voluntad.

—*¡Jamás se ha visto cliente semejante!* —clamó Villemot indignado, volviéndose contra Schmucke—. *¡Sois más blando que un higo!...*

—*¡Gué imborda dónde se muegue!* —dijo Schmucke saliendo—. *¡Esos hompgues dienen gostgos de tiggues...! Enviagué a buscag mis pobgues pegdenensias* —añadió.

—*¿Adónde va el señor?*

—*¡A la ggasia de Dios!* —respondió el heredero universal haciendo un gesto sublime de indiferencia.

—Hacédmelo saber —observó Villemot.

—Síguele —dijo Fraisier al oído del primer pasante.

La señora Cantinet fue constituida custodia de los sellos, y en cuanto a los fondos hallados, se le otorgó una provisión de cincuenta francos.

—Esto va bien —dijo Fraisier a Vitelot una vez que se hubo ido Schmucke—. Si queréis presentar la dimisión en mi favor, id a ver a la señora presidenta de Marville, y con ella os entenderéis.

—*¡Habéis dado con un hombre de manteca!* —afirmó el juez de paz, señalando a Schmucke, que desde el patio contemplaba por última vez a las ventanas del apartamento.

—*¡Sí, el asunto está en el saco!* —respondió Fraisier—. Vos podréis casar sin temor a vuestra nieta con Poulain; será médico jefe del *Quinze-Vingts*.

—*¡Ya veremos! Adiós, señor Fraisier* —respondió el juez de paz con aire de camaradería.

—Es un hombre de recursos —opinó el actuario—. *¡Irá lejos, el perro!*

Eran las once, y el viejo alemán tomó maquinalmente el camino que recorría con Pons, pensando en él; le veía sin cesar, le creía a su lado, y así llegó ante el teatro. En aquellos momentos salía su amigo Topinard, tras haber limpiado los quinqués de todos los montantes, pensando en la tiranía de su director.

—*¡Ah, he aquí lo gue me gonviene!* —exclamó Schmucke, deteniendo al pobre mozo de teatro—. *Dobinagd, ¿dienes un alogamiendo?...*

—Sí, señor.

—*¿Un hogag?*



—Sí, señor.

—*¿Guiegues tomagme en bensiión? ¡Oh!, bagagué bien, dengo novesiendos brangos de guenda... y no me queda ya mucho diembo de vida... No de molesdaqué... Gomo de dodo... Mi úniga nesesidá es fumag mi biba... Y gomo du egues el únigo que ha llogado a Bons gonmigo, de abresio.*

—Con mucho gusto lo haría; pero, en primer lugar, figuraos que el señor Gaudissart me ha dado para el pelo...

—*¿Baga el belo?*

—Me ha echado una bronca por haberme interesado por vos... Sería necesario tener una gran discreción si viniéseis a mi casa. Pero dudo que os quedaseis en ella, pues no sabéis lo que es el hogar de un pobre diablo como yo...

—*Amo más el pobge hogag de un hombge de gorasón que ha llogado a Bons, que la Dulleguías con hombges de caga de tiggue. Salgo de veg en gasa de Bons a unos tiggues que van a gomeg dodo...*

—Venid, señor —dijo el mozo de teatro—, y ya lo veréis; pero... En fin hay un desván... Consultemos a mi mujer.

Schmucke siguió como un cordero a Topinard, quien le condujo a uno de esos espantosos parajes que podrían llamarse los cánceres de París. El lugar se llama vecindario Bordin. Es un pasaje angosto, flanqueado de casas construidas únicamente para la especulación, que desemboca en la calle de Bondy, en aquella parte de la misma sombreada por el inmenso edificio del teatro de la Porte-Saint-Martin, una de las verrugas de París. Aquel pasaje, cuya vía está socavada en contrabajo de la calzada de la calle, se introduce en la calle Mathurins-du-Temple por una pendiente. El vecindario acaba por una calle interior que lo valla, en forma de T. Las dos callejas, así dispuestas, contienen una treintena de casas de siete y ocho pisos, con patios interiores cuyos apartamentos albergan almacenes, industrias y fábricas de todo género. Es el arrabal San Antonio en miniatura. En él se construyen muebles, se cincelan cobres, se cosen vestidos para los teatros, se trabaja el vidrio, se pintan porcelanas y se fabrican, en fin, todas las fantasías y variedades de artículos de París. Sucio y productivo como el comercio, ese pasaje, siempre lleno de transeúntes que van y vienen, de carretas y carromatos, presenta un aspecto repelente, y la población que en él bulle está en armonía con las cosas y los parajes. Es el pueblo de las fábricas, pueblo inteligente en los trabajos manuales, pero cuya inteligencia absorbe. Topinard residía en este arrabal floreciente, debido a la baratura de los alquileres. Vivía en la segunda casa de la entrada, a la izquierda. Desde su apartamento, situado en el sexto piso, se podía contemplar una zona de jardines que aún subsisten y que pertenecen a los tres o cuatro grandes palacios de la calle de Bondy.

El alojamiento de Topinard se componía de una cocina y dos habitaciones. En la primera de éstas se albergaban los niños. Veíanse en ella dos cainitas de madera blanca y una cuna. La segunda habitación era la de los esposos Topinard. Se comía en la cocina. Encima había una buhardilla de seis pies de altura y de techo de zinc, con

una claraboya por ventana. Se subía a ella por una escalera de madera blanca, llamada en el argot de la construcción, *escala de carpintero*. Aquella pieza, considerada como habitación de servicio, permitía anunciar el alojamiento de Topinard como apartamento completa y tasarlo en cuatrocientos francos de alquiler. A la entrada, para ocultar la cocina, había una cimbra, iluminada por una claraboya, formada por la reunión de la puerta de la primera habitación y la de la cocina, en total tres puertas. Estas tres piezas, enladrilladas, cubiertas de horrible papel de seis sueldos el rollo, decoradas con chimeneas llamadas de capuchino, embardurnadas con pintura ordinaria, color madera, cobijaban aquella familia de cinco personas, tres de ellas niños. Por lo tanto, cualquiera puede suponerse los profundos arañosos realizados por las criaturas hasta la altura alcanzada por sus brazos. Los ricos no se imaginarían la simplicidad de la batería de cocina, consistente en un pequeño asador, un caldero, una parrilla, una cacerola, dos o tres cafeteras panzudas y una sartén. La vajilla, de loza parda y blanca, lo más que podía valer era doce francos. La mesa servía al mismo tiempo de mesa de cocina y comedor. El mobiliario consistía en dos sillas y otros tantos taburetes. Bajo el fogón de campana se encontraba la provisión de carbón y madera. Y en una esquina se elevaba el balde donde se jabonaba, a menudo durante la noche, la ropa blanca de la familia. La pieza de los niños, atravesada por cuerdas para secar aquélla, estaba abigarradamente decorada por carteles de anuncio de espectáculo y grabados provenientes de periódicos y revistas, o de catálogos de libros ilustrados. El primogénito de la familia Topinard, cuyos libros escolares se veían en un rincón, estaba encargado del hogar, cuando el padre y la madre prestaban sus servicios en el teatro a las seis. En muchas familias de la clase inferior, en cuanto un hijo llega a la edad de seis o siete años, desempeña el papel de la madre para con sus hermanitas y hermanitos menores.

Por este ligero croquis se concibe que los Topinard eran, según la frase que se ha hecho proverbial, pobres pero honrados. Topinard tenía unos cuarenta años, y su mujer, antigua corista, amante, según se decía, del director en quiebra al que había sucedido Gaudissart, debía andar por la treintena. Lolotte había sido guapa, pero las desgracias de la precedente administración le habían afectado de tal moda, que se vio en la necesidad de contraer con Topinard una llamada boda de teatro. Ella no ponía en duda que, en cuanto su hogar se viera a la cabeza de ciento cincuenta francos, Topinard cumpliría con su juramento ante la ley, aunque no fuese más que para legitimar a sus hijos, a los que adoraba. Por la mañana, durante sus momentos libres, la señora Topinard cosía para el almacén del teatro. Estas valerosas empleadas perciben, a base de realizar gigantescos trabajos, hasta novecientos francos por año.

—¡Todavía un piso! —decía, después del tercero, Topinard a Schmucke, quien no se daba cuenta si bajaba a subía, a tal extremo se hallaba sumido en su dolor.

En el momento en que el mozo de teatro, vestido de blanco, como todas las gentes de servicio, abría la puerta de la habitación, se oyó la voz de la señora Topinard diciendo:

—¡Vamos, niños, callaos, que aquí está papá!

Y como sin duda los chiquillos hacían lo que querían de papá, el mayor continuó ordenando una carga en recuerdo del Circo Olímpico, a caballo sobre un mango de escoba, mientras el segundo soplaba en una trompetita de hojalata, y el tercero seguía al grueso del ejército como podía. La madre cosía un vestido de teatro.

—¡Callaos —conminó Topinard con voz formidable—, si no queréis recibir una paliza!... Hay que decirles siempre eso —añadió en voz muy baja a Schmucke—. Hola, pequeña —dijo a su mujer— éste es el señor Schmucke, el amigo del pobre señor Pons; no sabe adónde ir, y quisiera venir a nuestra casa, por más que le he advertido que no estábamos flamantes, que vivíamos en un sexto piso, que no teníamos más que un desván que poder ofrecerle, insiste...

Schmucke se había sentado sobre una silla que la mujer le había ofrecido, y los pequeños, suspensos por la llegada de un desconocido, se habían agrupado para entregarse a ese examen profundo, mudo y rápidamente ejecutado, que distingue a la infancia, acostumbrada, como los perros, a olfatear más que a juzgar. Schmucke se puso a contemplar aquel grupo tan lindo, en el que se encontraba una nimia de cinco años, la que soplaba la trompeta, que tenía una magnífica cabellera rubia.

—¡*Baguese una alemanida!* —dijo Schmucke, haciendo a la niña una señal para que fuese a su lado.

—El señor no estará nada bien arriba —dijo la acomodadora—. Si no me viera obligada a tener a mis pequeños cerca, le ofrecería nuestra habitación.

Abrió ésta e hizo pasar a ella a Schmucke. Aquella pieza constituía todo el lujo del apartamento. La cama de caoba estaba ornada de cortinas de calicó azul a franjas blancas. El mismo calicó guarnecía la ventana. La cómoda, el escritorio y las sillas, aunque de caoba, estaban muy limpias. Sobre la chimenea había un reloj de péndulo y candelabros, sin duda regalados en otro tiempo por el quebrado, cuyo retrato, un horrible retrato de Pedro Grassy, se encontraba colgado sobre la cómoda. Los niños, a quienes estaba prohibida la entrada en aquel lugar reservado, intentaron lanzar miradas curiosas.

—El señor estará bien aquí —dijo la acomodadora.

—¡*No, no!* —repuso Schmucke—. ¡*Oh! No me queda ya mucho diembo de vida... no deseo sino un quingón paga moguig.*

Una vez cerrada la puerta de la habitación del matrimonio, subieron al desván, y en cuanto Schmucke se encontró allí, exclamó:

—¡*Esdó es to que me gonviene!... Andes de esdag con Bons no estaba megog alogado.*

—Pues bien, no hay más que comprar un catre de tijera, dos colchones, una almohada, un par de sillas y una mesa. No es la muerte de un hombre... eso puede costar unos cincuenta escudos, con el cubo, el orinal y una pequeña, alfombra...

Todo fue convenido. Sólo que faltaban los cincuenta escudos. Schmucke, que se encontraba a dos pasos del teatro, pensó naturalmente en pedir su sueldo al director,

al ver la penuria de sus nuevos amigos... y así lo hizo al instante, hallando a Gaudissart. El director recibió a Schmucke con la cortesía un tanto apagada que desplagaba para con los artistas, y se asombró cuando Schmucke le pidió un mes de sueldo. Sin embargo, repasados los comprobantes, encontró que la reclamación era justa.

—¡Ah, diablo, amigo mío! —exclamó el director—. Los alemanes saben contar siempre, incluso mientras lloran... Yo pensaba que habríais sido sensible a la gratificación de mil francos... Todo un año de salarios que os he dado, y que con ello quedabais liquidado...

—*No hemos guesibido nada* —dijo el buen alemán—, *y si vengo a vegos, es que esdoy en la galle y sin un ogchavo... ¿A quien entgegásdeis la ggadifigación?*

—¡A vuestra portera!

—¡A la segnoga Zipod! —exclamó el músico—. *Ella ha madado a Bons, le ha gobado, le ha mendido... Queguía guemar su desdamento... ¡es una bgibona... un monstruo!...*

—Pero, mi buen amigo, ¿cómo es que estáis sin un ochavo, en la calle, sin cobijo, con vuestra posición de legatario universal? Eso no es lógico, como vulgarmente se dice.

—*Me han buesdo a la buegda... Soy esdganguero, no gonosgo nada de leyes...*

«¡Pobre hombre!», pensó Gaudissart, entreviendo el probable final de una lucha desigual.

—Escuchad —dijo en voz alta—, ¿sabéis lo que habéis de hacer?

—*Dengo un aguende de negocios.*

—Bien, transigid al punto con los herederos; obtendréis de ellos una cantidad y una renta vitalicia, y viviréis tranquilo...

—*No guiego odga gosa* —respondió Schmucke.

—Dejadme arreglaros esto —le animó Gaudissart, a quien la víspera había confiado su plan a Fraisier.

Gaudissart pensaba hacer méritos ante la vizcondesa Popinot y su madre en la conclusión de aquel turbio asunto, y sería por lo menos Consejero de Estado algún día, según se decía él.

—*Os doy dodos mis bodegues...*

—Bien, veamos... En primer lugar, tomad —dijo el Napoleón de los teatros del bulevar—, aquí tenéis cien escudos.

Sacó de su cartera quince lises y se los entregó al músico.

—Para vos, seis meses de salario... y si luego abandonáis el teatro, me los devolveréis. ¡Echemos cuentas! ¿Qué gastáis al año? ¿Qué os hace falta para ser feliz? Decidme... ¿hacéis una vida de Sardanápalo?...

—*No dengo nesesidá más que de un tgage de inviegno y uno de vegano...*

—Trescientos francos —dijo Gaudissart.

—*Sapados, guadgo, bagues...*

—Sesenta francos...

—*Galsedines...*

—Doce pares; treinta francos.

—*Seis gamisas.*

—Seis camisas de algodón, veinticuatro francos, y otras tantas de tela, cuarenta y ocho; pongamos setenta y dos. Estamos en cuatrocientos sesenta y ocho francos, digamos quinientos con las corbatas y los pañuelos, y cien francos de limpieza... seiscientas libras... Y después, ¿qué es lo que os hace falta para vivir... tres francos por día?

—*No, es demasiado...*

—En fin, también os hacen falta sombreros... Esto hace mil quinientos francos, y con otros quinientos de alquiler, dos mil. ¿Queréis que os obtenga dos mil francos de renta vitalicia... bien garantizados?...

—*¿Y mi dabaco?*

—Dos mil cuatrocientos francos... ¡Ah!, papá Schmucke, ¿así llamáis el tabaco? ... Pues bien, se os proveerá. Son, pues, dos mil cuatrocientos francos de renta vitalicia...

—*Eso no es dodo... guiego una suma al gondado...*

«¡Para alfileres, vaya! ¡Estos alemanes! —pensó Gaudissart—. ¡Y luego dirán que es ingenuo... es un viejo Roberto Macaire!».

Después añadió en voz alta:

—¿Qué es lo que queréis? Pero luego nada más, ¿eh?

—*Es бага ganselag una deuda saggada.*

«¡Una deuda! —se dijo Gaudissart—. ¡Qué fullero! Es peor que un hijo de familia... va a inventar letras de cambio. ¡Hay que zanjar inmediatamente esto! ¡Ese Fraisier no ve las cosas en grande!».

Y en voz alta añadió:

—¿Qué deuda, amigo mío? Decidme...

—*No hay más que un hombgue que haya llogado a Bons gonmigo... Diene una linda higuida gon unos gabellos magníficos... he greído ver en ella el guenio de mi bobre Alemania, que nuga debiega habeg abandonado... Baguis no es bueno бага los alemanes, se buglan de ellos...* —dijo haciendo con la cabeza el ademán de un hombre que cree ver claro en las cosas de este bajo mundo.

«¡Está loco!», pensó Gaudissart.

Y sintiendo piedad por aquel inocente, el director no pudo impedir que asomara una lágrima en sus ojos.

—*¡Ah, vos me gombgendéis, señog diguegtog!... Bues bien, ese hombgue de la higuida, es Dobinagd, que sigve la ogguesda y ensiende las lámbagas; Bons le queguia y le sogoguía... es el únigo gue ha agompañado a mí amigo a la iglesia, al cemendeguió... Guiego dges mil bgangos paga él, y odgos dges mil бага la begueña...*

«¡Pobre hombre!...», se dijo Gaudissart.

Y aquel feroz advenedizo se sintió conmovido por tanta nobleza y tanto agradecimiento por lo que para todo el mundo constituiría una nadería, pero que, a los ojos del Cordero Divino, pesaba, como el vaso de agua de Bossuet, más que las victorias de los conquistadores, Gaudissart escondía bajo sus vanidades, bajo sus brutales deseos de Hogar y de elevarse hasta su amigo Popinot un buen corazón, una excelente naturaleza. Así, pues, desechó los juicios temerarios sobre Schmucke, poniéndose de su lado.

—Tendréis todo eso —afirmó—. Pero todavía haré algo mejor, mi querido Schmucke. Topinard es un hombre probo.

—*Sí, le he visdo hase bogó, en su bobre hogag, donde esdá gondendo gon sus higos...*

—Pues bien, le daré el puesto de cajero, ya que Baudrand me deja.

—*¡Ah... que Dios os bendiga!* —exclamó Schmucke.

—Bien, hombre honrado y bueno, venid a las cuatro de esta tarde al despacho del notario Berthier. Todo estará listo, y os encontraréis al abrigo de la necesidad para el resto de vuestros días... Cobraréis vuestros seis mil francos, y haréis con Garangeot, con los mismos emolumentos, lo que hacíais con Pons.

—*¡No* —dijo Schmucke—, *yo no vivigué!... Ya no dengo ilusión bog nada... me siendo adagado...*

«¡Pobre cordero! —se dijo Gaudissart, saludando al alemán, que se retiraba—. Después de todo, se vive de chuletas. *Y como dijo el sublime Béranger: ¡Pobres corderos, siempre seréis esquilados!*».

Y cantó esta opinión política para ahuyentar su emoción.

—Haced que traigan mi coche —dijo luego al ordenanza.

Seguidamente descendió y ordenó al cochero:

—*¡A la calle de Hanovre!*

El ambicioso había reaparecido por entero; vislumbraba ya el Consejo de Estado.

Schmucke compraba en aquel mismo momento flores, y las llevó casi gozoso, junto con pasteles para los pequeños de Topinard.

—*¡Yo doy los guegalos!*... —dijo con una sonrisa.

Aquella sonrisa era la primera que aparecía en sus labios desde hacía tres meses, y quien la hubiese visto se habría estremecido.

—Es usted demasiado bueno, señor —dijo la madre.

—*La begueña me abgasagá y bondgá las flogues en sus gabellos, adognándolos gomo las begueñas alemanas...*

—Olga, hija mía, haz todo lo que quiere el señor... —añadió la acomodadora, adoptando un aire serio.

—*¡No guebunbuñes, mi begueña alemana!*... —exclamó Schmucke, que veía a su amado país en aquella criatura.

—Todos los cachivaches vienen a hombros de tres porteadores —dijo Topinard

entrando.

—*Amigo mío* —repuso el alemán—, *dened dosciendos bgangos paga bagaglo dodo... Bego denéis una mugeg muy gendil... os gasaguéis gomo gonviene, ¿no es así? Yo os doy mil esgudos... Y la bequeña dendgá una dode de odgos mil esgudos que gologaguéis a su nombgue. Y vos no seguéis ya más moso de teatgo... vais a seg el caggego...*

—¿Yo en el puesto del señor Baudrand?

—Sí.

—¿Quién os ha dicho eso?

—*¡El señoq Gaudissagt!*

—*¡Oh, es como para volverse loco de alegría!... ¡Eh, Rosalía, cómo van a rabiarse algunos en el teatro!... Pero eso no es posible* —añadió.

—*Nuestro bienhechor no puede habitar una buhardilla* —observó su mujer.

—*¡Bah... bog algunos días que me quedan de vida!* —dijo Schmucke—. *Ya esdá bien y de sobga... Bueno... adiós, voy al cemendeguiq, a veg lo que se ha hecho de Bons... y a encaggag flogues baga su dumba.*

La señora Camusot era presa de las más vivas alarmas. Fraisier celebraba consulta en su casa con Godeschal y Berthier. Éste, notario, y Godeschal, abogado, consideraban inexpugnable el testamento extendido por dos notarios en presencia de dos testigos, debido a la manera expresa cómo lo había formulado Hannequin. Según el honrado Godeschal, a Schmucke, caso de que su actual abogado llegara a engañarle, acabarían por serle reconocidos sus derechos, aunque no fuese más que por la intervención de uno de esos hombres de leyes que, para distinguirse, recurren a actos de generosidad y delicadeza. Los dos funcionarios ministeriales abandonaron el domicilio de la presidenta, invitando a ésta a que desconfiara de Fraisier, de quien, naturalmente, se habían informado. En aquel momento, Fraisier, de vuelta de la imposición de los sellos, redactaba una demanda en el despacho particular del presidente, al que la señora de Marville le había hecho pasar por indicación de los dos funcionarios ministeriales, quienes veían el asunto demasiado turbio para que un presidente se mezclara en él, según sus propias palabras, y que habían querido dar su opinión a la señora de Marville sin que Fraisier los escuchara.

—Bien, señora, ¿dónde están esos caballeros? —preguntó el antiguo abogado de Mantes.

—Se marcharon... aconsejándome que renunciara al asunto —respondió la señora de Marville.

—*¡Renunciar!* —exclamó Fraisier con acento de rabia contenida—. Escuchad, señora...

Y seguidamente le leyó la pieza siguiente:

A instancia de, etc... (paso por alto el preámbulo).

Considerando que ha sido depositado en manos del señor presidente del juzgado

de primera instancia un testamento recibido por los señores Leopoldo Hannequin y Alejandro Crottat, notarios del Colegio de París, acompañados de dos testigos, los señores Brunner y Schwab, extranjeros domiciliados en esta capital, por cuyo testamento el señor Pons, fallecido, ha dispuesto de su fortuna, en favor de un tal señor Schmucke, alemán, en perjuicio del recurrente, heredero natural y legal.

Considerando que el recurrente se obliga a demostrar que el testamento es obra de una odiosa captación y el resultado de maniobras reprobadas por la ley; que será demostrado, mediante el testimonio de personas eminentes, que la intención del testador era la de dejar su fortuna a la señorita Cecilia, hija del mencionado señor de Marville, y que el testamento, cuya anulación demanda el recurrente, ha sido arrancado debido a la debilidad del testador, que se hallaba en estado de completa demencia;

Considerando que el señor Schmucke, para obtener este legado universal, ha secuestrado privadamente al testador, habiendo impedido a la familia tener acceso a su lecho de muerte, y que, conseguido el resultado que se proponía, ha realizado notorios actos de ingratitud, escandalizando con ellos a todos los habitantes del barrio, que por casualidad se hallaban presentes para rendir los deberes póstumos al portero de la misma casa en que falleció el testador;

Considerando que actos más graves, y de los cuales el recurrente busca en este momento las pruebas, serán expuestos ante los señores jueces del tribunal,

Yo, el letrado abajo firmante, etc., etc., en nombre de mi representado, demando al señor Schmucke, etc., a comparecer ante los señores jueces que componen la Sala primera del Tribunal, a fin y efecto de que se dictamine que el testamento recibido por los señores letrados Hannequin y Crottat, sea considerado como nulo y sin efecto alguno, como resultado de una captación evidente; habiendo por mi parte, como poderdante, protestando además contra la calidad y capacidad de legatario universal que podría asumir el señor Schmucke, entendiéndolo el recurrente oponerse, como de hecho se opone, por su demanda de hoy, presentada al señor presidente, al auto de posesión solicitado por el mentado señor Schmucke, habiéndole transmitido copia de la presente instancia, cuyas costas se elevan a..., etc., etcétera...

—Conozco al hombre, señora presidenta —siguió Fraisier—, y cuando haya leído la copia de este escrito, transigirá. Consultaré a Tabareau, y éste le dirá que acepte nuestras proposiciones. ¿Estáis dispuesta a dar los mil escudos de renta vitalicia?

—Desde luego, y ya quisiera estar pagando el primer plazo.

—Pues la cosa estará hecha antes de tres días... Esta demanda llegará a su conocimiento cuando esté sufriendo el primer atolondramiento producido por su dolor, ya que es enorme la pesadumbre que ese hombre siente por Pons. Ha tomado muy en serio esa pérdida...

—¿Puede retirarse la demanda una vez presentada? —preguntó la presidenta.

—Desde luego, señora, siempre se puede desistir.



—En ese caso, señor —manifestó la señora Camusot—, adelante... proseguid... Sí, la adquisición que me habéis preparado merece la pena. Por lo demás, he arreglado el asunto de la dimisión de Vitel, pero vos le pagaréis los sesenta mil francos sobre los valores de la sucesión Pons... Por lo tanto, ya veis que es preciso lograr el éxito...

—¿Tenéis su dimisión?

—Sí, señor. Vitel confía en el señor de Marville.

—Pues bien, señora, ya os he desembarazado de sesenta mil francos que yo calculaba debían ser dados a esa innoble portera, esa señora Cibot. Pero en lo que sí me mantengo es en conseguir un estanco para la Sauvage, y el nombramiento de mi amigo Poulain para el puesto vacante de médico-jefe del Hospital *Quinze-Vingts*.

—De acuerdo, todo está arreglado.

—En ese caso, ya está dicho cuanto había que decir... Todo el mundo está de vuestra parte en este asunto, incluso Gaudissart, el director del teatro, a quien he ido a ver, y que me ha prometido aplanar a su empleado, el cual podría trastornar nuestros proyectos.

—¡Oh, ya lo sé, el señor Gaudissart es muy adicto a los Popinot!

Fraisier salió. Desgraciadamente no encontró a Gaudissart, y la demanda fatal fue presentada en seguida.

Todas las personas codiciosas comprenderán, al mismo modo que las hornadas lo execrarán, la alegría de la presidenta, a quien, veinte minutos después de la partida de Fraasier, Gaudissart informó sobre su conversación sostenida con el pobre Schmucke. La presidenta lo aprobó todo, y agradeció infinitamente al director de teatro que hiciera desaparecer sus escrúpulos mediante observaciones sumamente justas.

—Señora presidenta —dijo Gaudissart—, he venido porque pensaba que ese pobre diablo no sabría qué hacer con su fortuna. Es una naturaleza de una simplicidad patriarcal. Es un ingenuo ese alemán, una criatura a disecar, a poner bajo una campana de cristal, como a un Niño Jesús de cera... Es decir, que en mi opinión, se encuentra ya muy embarazado con sus dos mil quinientos francos de renta, y le provocaríais al desenfreno si...

—Es un rasgo propio de un corazón noble —manifestó la presidenta—, enriquecer a ese mozo que tanto echa de menos a nuestro primo. Yo deploro la reyerta insignificante que nos separó al señor Pons y a mí. ¡Si supierais cuanto ha sentido mi esposo el no haber recibido una participación de su fallecimiento! Existe la religión de los deberes de familia, y hubiera asistido a la conducción, a las exequias, al cementerio... y yo misma hubiera acudido a la misa...

—Muy bien, señora —repuso Gaudissart—. Disponed que preparen el acta, y a las cuatro os traeré al alemán... Recomendadme, os lo suplico, a la benevolencia de vuestra encantadora hija, la vizcondesa Popinot; que se sirva decir a mi ilustre amigo, su buen y excelente padre, a ese gran hombre de Estado, lo adicto que soy a todos los suyos, y que me siga reservando su precioso favor. Debo la vida a su tío, el juez, y a

él debo mi fortuna... Desearía mantener de vos y de vuestra hija la alta consideración que es privativa de las personas poderosas y bien situadas. Quiero abandonar el teatro, convertirme en un hombre serio.

—Ya lo sois, señor —dijo la presidenta.

—¡Adorable! —repuso galantemente Gaudissart, besando la seca mano de la señora de Marville.

A las cuatro se encontraban reunidos en el despacho del notario, señor Berthier, el abogado Fraisier, redactor de la transacción, y Tabareau, mandatario de Schmucke, así como el propio Schmucke, llevado por Gaudissart. Fraisier se había preocupado de tener dispuestos en billetes de banco los seis mil francos pedidos, y otros seiscientos para el primer plazo de la renta vitalicia, colocándolos sobre el escritorio del notario y ante los ojos del alemán, el cual, estupefacto ante la contemplación de tanto dinero, no prestó la menor atención a la lectura del acta. Aquel pobre hombre, capturado por Gaudissart a su vuelta del cementerio, donde había ido a hablar a Pons, prometiéndole reunírsele pronto, no gozaba de todas sus facultades, muy alteradas ya por tantas emociones. Así pues, no escuchó el preámbulo del acta, en el que aparecía asistido por Tabareau, actuario, su mandatario y su abogado, y donde se recordaban las causas del proceso intentado por el presidente en interés de su hija. El alemán desempeñaba un triste papel, ya que firmando el acta prestaba su reconocimiento a las espantosas aserciones de Fraisier; pero se sintió tan contento al ver el dinero que destinaba a la familia Topinard, y tan feliz por enriquecer, según sus limitadas ideas, al único hombre que quiso a Pons, que no reparó en nada acerca de aquella transacción procesal. En medio de la lectura del acta, un pasante entró en el despacho.

—Señor —dijo a su patrón—, se encuentra ahí un hombre que quiere hablar con el señor Schmucke...

—¿Su nombre?

—Se llama Topinard.

—Ya voy. Firmad tranquilamente —dijo Gaudissart a Schmucke—. Terminad; yo voy a ver que quiere de nosotros.

Gaudissart había comprendido a Fraisier, y ambos olían un peligro.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —preguntó el director al mozo de teatro—. ¿Es que no quieres ser cajero? El primer mérito de un cajero es la discreción.

—Señor...

—Anda, ve a ocuparte de tus negocios. Nunca serás nada si te mezclas en asuntos de los demás.

—Señor, no comeré pan, pues todos los bocados me quedarían en la garganta... ¡Señor Schmucke! —llamó.

El alemán, que había firmado ya y tenía su dinero en la mano, acudió a la voz de Topinard.

—*Esdo es baga la begueña alemanida y esdo baga vos...*

—¡Ah, mi querido señor Schmucke! ¡Habéis enriquecido a monstruos, a gentes

que os quieren arrebatar el honor! He llevado esto a un buen hombre, un abogado que conoce a ese Fraisier, y dice que debéis castigar tanta bribonería aceptando el proceso, y que ellos retrocederán... Leed...

Y el imprudente amigo presentó la demanda enviada a Schmucke a su nuevo domicilio. El alemán tomó el documento, lo leyó, y viéndose tratado de aquel modo, sin comprender las gentilezas del procedimiento, recibió un golpe mortal. Aquella zaborra le taponó el corazón. Topinard recibió a Schmucke en sus brazos; a la sazón estaban ambos bajo la puerta del notario. Acertó a pasar un coche, y Topinard hizo entrar en él al pobre alemán, que sufría los dolores de una congestión serosa en el cerebro. Su vista estaba turbia, pero aún tuvo fuerzas para tender el dinero a Topinard. El músico no sucumbió a este primer ataque, pero no recobró la razón; únicamente hacía movimientos inconscientes, dejando de comer. Murió a los diez días, sin quejarse, porque no pudo recuperar el habla. Fue atendido por la señora Topinard, y oscuramente enterrado, junto a Pons, encargándose de todo ello el mozo de teatro, única: persona que acompañó al cadáver de este alemán a su última morada.

Fraisier, nombrado juez de paz, es muy íntimo en la casa del presidente, y muy apreciado por la presidenta, quien no ha querido verle desposado con *la hija de Tabareau*; promete algo infinitamente mejor que eso al hábil hombre a quien, según ella, debe no sólo la adquisición de los prados de Marville y la quinta, sino también la elección del señor presidente, nombrado diputado en la reelección general de 1846.

Todo el mundo deseará sin duda saber lo que ha sido de la heroína de esta historia, desgraciadamente demasiado verídica en sus detalles, y que, superpuesta a la precedente, de la que es hermana gemela, demuestra que la gran fuerza social es el carácter. Vosotros, aficionados, conocedores y marchantes, ya adivináis que se trata de la colección de Pons... Bastará para ello con asistir a una conversación sostenida en casa del conde Popinot, hace pocos días, el cual la mostraba a varios extranjeros.

—¡Señor conde —decía un extranjero de distinción—, poseéis tesoros!

—¡Oh!, Milord —contestó modestamente el conde Popinot—, en cuestión de cuadros, no digo ya en París, sino en Europa, nadie puede jactarse de rivalizar con un desconocido, un judío llamado Elías Magus, viejo maníaco, el caudillo en esta especialidad. Ha reunido unos ciento y pico cuadros que son idóneos para desalentar a los aficionados a emprender colecciones. Francia debería sacrificar siete u ocho millones y adquirir su galería a la muerte de ese ricacho... En cuanto a las curiosidades, mi colección es lo bastante hermosa como para que se hable de ella.

—¿Cómo un hombre tan ocupado como vos lo estáis, cuya fortuna primitiva ha sido tan lealmente ganada en el comercio?...

—De droguería —interrumpió Popinot, acabando la frase—, ha podido continuar mezclándose de drogas...

—No —repuso el extranjero— ¿pero dónde hallabais tiempo para la búsqueda? Las curiosidades no vienen a uno...

—Mi padre —intervino la condesa Popinot—, tenía ya la base de la colección; amaba las artes y las bellas obras, pero la mayor parte de sus riquezas proviene de mí.

—¿De vos, señora?... ¿Tan joven teníais ya esos vicios? —preguntó un príncipe ruso.

Los rusos son imitadores hasta el punto de que todas las enfermedades de la civilización repercuten en ellos. La manía de esa búsqueda causa furor en San Petersburgo, y, como consecuencia de la natural arrogancia de ese pueblo, resulta que los rusos han motivado en *el artículo*, como diría Rémonencq, un encarecimiento de precios que hará imposibles las colecciones. Y este mencionado príncipe se encontraba en París únicamente animado por el deseo de coleccionar.

—Príncipe —dijo la vizcondesa—, este tesoro me tocó en suerte por herencia de un primo que me quería mucho, y que había pasado algunos años, desde 1805, recogiendo en todos los países, principalmente en Italia, todas estas obras maestras...

—¿Y cómo le llamáis vos? —preguntó el milord.

—Pons —dijo el presidente Camusot.

—Era un hombre encantador —añadió la presidenta con su vocecilla aflautada—, lleno de espíritu, original y con un gran corazón. Ese abanico que admiráis, milord, y que perteneció a *madame* de Pompadour, me lo regaló una mañana, diciéndome una frase deliciosa, que me excusaréis sino la repito...

Y miró a su hija.

—Decídnosla señora vizcondesa —pidió el príncipe ruso.

—¡La frase es digna del abanico!... —respondió la vizcondesa, que tenía esta respuesta estereotipada—. Dijo a mi madre que ya era tiempo de que lo que había estado en manos del vicio quedase en manos de la virtud.

El milord miró a la señora Camusot con un aire de duda extremadamente halagador para una mujer tan seca.

—Comía tres o cuatro veces por semana en casa —prosiguió ella—. ¡Nos quería tanto! Nosotros sabemos apreciarlo; los artistas se complacen con quienes comprenden su talento... Por lo demás, mi marido era su único pariente. Cuando esta sucesión llegó al señor de Marville, que no la esperaba en absoluto, el señor conde quiso comprarla toda en bloque antes que dejarla vender en pública subasta, y nosotros también hemos preferido venderla así, ya que resulta espantoso ver dispersarse tantas cosas bellas y que tanto habían entretenido a nuestro querido primo. Elías Magus fue en aquella ocasión el tasador. De esta forma, milord, yo pude obtener la quinta construida por vuestro tío, a la que nos haréis el honor de venir a vernos...

El cajero del teatro, cuyo privilegio cedido por Gaudissart ha pasado desde hace un año a otras manos, sigue siendo Topinard; pero este personaje se ha tomado sombrío, misántropo, y habla poco. Pasa por haber cometido un crimen, y las mordaces lenguas del mundillo del teatro pretenden que su amargura proviene de haberse casado con Lolotte. El nombre de Fraisier causa un sobresalto en el honrado

Topinard. Tal vez se hallará singular que la única alma digna de Pons y de Schmucke se haya encontrado en el tercer estrato de un teatro de los bulevares.

La señora Rémonencq, impresionada por la predicción de la señora Fontaine, no quiere retirarse al campo, siguiendo en su magnífico almacén del bulevar de la Madeleine, y viuda una vez más. En efecto, el auvernés, después de haber establecido en las capitulaciones matrimoniales la mancomunidad de bienes sucesorios al cónyuge sobreviviente, había puesto al alcance de su mujer un vasito conteniendo vitriolo, contando con un error; pero su mujer, con excelente intención, colocó en otro lugar el vasito. Rémonencq lo bebió inadvertidamente. Este final, digno de aquel bribón, es una demostración en favor de la Providencia, que los pintores de costumbres son acusados de olvidar, tal vez a causa de lo que abusan de ella para los desenlaces de sus dramas.

¡Excusad las faltas del copista!

París, julio 1846-mayo 1847.



## **LOS COMEDIANTES SIN SABERLO**



# LOS COMEDIANTES SIN SABERLO

*Al señor Conde Jules de Castellane*

León de Lora, nuestro célebre pintor paisajista, pertenece a una de las más nobles familias del Rosellón, española de origen, y que, si bien es respetada por la antigüedad de su estirpe, su existencia se desenvolvió, desde hacia cien años, sometida a la proverbial pobreza de los hidalgos. Venido con pie ligero a París del departamento de los Pirineos Orientales, con una suma de once francos por todo viático, había olvidado en cierto modo las miserias de su infancia y a su familia, en medio de las calamidades que acompañan a todos los alumnos de pintura que no poseen más fortuna que una intrépida vocación. Luego, los halagos de la gloria y los del éxito fueron otras causas de este olvido.

Si habéis seguido el curso sinuoso y caprichoso de estos Estudios, acaso os acordéis de Mistigris, discípulo de Schinner, uno de los héroes de *Un debut en la vida (Escenas de la vida privada)*, y de sus apariciones en algunas otras escenas. En 1845, el paisajista, émulo de los Hobbéma, los Ruysdaël y los Lorrain, no se parece ya a aquel alumno de pintura, sin dinero e inquieto, que habéis visto. Hombre ilustre, posee una encantadora casa en la calle Berlín, no lejos del hotel de *Brambourg*, donde vive su amigo Bridéau, y no lejos de la de Schinner, su primer maestro. Es miembro de la Academia y oficial de la Legión de Honor, tiene treinta y nueve años y veinte mil francos de renta, sus telas son pagadas a peso de oro y, lo que le produce más satisfacción que ser invitado a los bailes de la Corte, su nombre, lanzado con tanta frecuencia desde hace dieciséis años por la prensa de Europa, ha terminado por penetrar en el valle de los Pirineos Orientales, donde vegetan tres verdaderos Lora: su hermano mayor, su padre y una vieja tía paterna, la señorita Urraca y Lora.

Por línea materna no queda al pintor célebre más que un primo, sobrino de su madre, de cincuenta años de edad, que vive en una pequeña ciudad fabril del departamento. Este primo fue el primero en acordarse de León. Transcurría el año 1840 cuando León de Lora recibió una carta de M. Sylvestre Palafox-Castel-Gazonal (llamado simplemente Gazonal), a quien respondió que en efecto era él mismo, es decir el hijo de la finada Leonie Gazonal, esposa del conde Femando Didas y Lora.

El primo Silvestre Gazonal fue, en la primavera de 1841, a comunicar a la ilustre familia de los Lora que el pequeño León no había partido para Río de la Plata, como se creía, que no había muerto, como igualmente se pensaba, sino que era uno de los descollantes genios de la escuela francesa de pintura, lo que no fue creído. El hermano mayor, don Juan de Lora, dijo a su primo Gazonal que era víctima de algún bromista de París.

Ahora bien, el mentado Gazonal, que se proponía ir a París con motivo de un pleito sostenido a consecuencia de ciertas disputas, y para entender del cual el

prefecto de los Pirineos Orientales estimó que no era competente la jurisdicción ordinaria, por lo que ordenó se diese traslado al Tribunal Supremo, el provinciano se propuso aclarar el hecho y *pedir satisfacción* de su impertinencia al pintor parisiense. Sucedió que el señor Gazonal, alojado en un apartamento *parcamente amueblado* de la calle Croix-des-Petits Champs, quedóse turulato al ver el palacio de la calle de Berlín. Y al saber que el maestro se hallaba de viaje por Italia, renunció momentáneamente a *pedir satisfacción*, y dudó de ver reconocido su parentesco materno por hombre tan célebre.

Gazonal siguió su pleito de 1834 a 1844. Este litigio, relativo a una cuestión de curso y de altura del agua, y de una presa a quitar, en el cual se mezclaba la administración, apoyada por los ribereños, amenazaba la propia existencia de la fábrica. En 1845, Gazonal consideraba el pleito como enteramente perdido, habiéndole confiado el secretario del relator del Consejo de Estado encargado de hacer el informe que éste sería opuesto a sus conclusiones, cosa que su abogado le confirmó asimismo. Gazonal, aunque comandante de la Guardia Nacional de su villa y uno de los más hábiles fabricantes de su departamento, se sentía tan poca cosa en París y estaba tan espantado de lo caro de la vida y de lo que valían las chucherías en la capital, que se había mantenido sin decir esta boca es mía en su mezquino hotel. Este meridional, privado de su sol, execraba a París, que él denominaba una fábrica de reumas. Al sumar los gastos de su pleito y de su estancia, se juraba asesinar al prefecto a su regreso.

Cierta mañana, al acabar de comer, tomó el periódico mientras refunfuñaba echando pestes. Unas líneas que terminaban un artículo, y que decían así: «Nuestra gran paisajista León de Lora, que regresó hace un mes de Italia, expondrá varias telas en el Salón; la exposición promete resultar muy brillante...», impresionaron a Gazonal como si la voz que habla a los jugadores cuando ganan hubiese resonado en su oído. Y con el rápido hacer que distingue a las gentes del Mediodía, Gazonal saltó del hotel a la calle, de la calle a un cabriolé y se hizo conducir por la calle de Berlín, hasta el domicilio de su primo.

León de Lora mandó comunicar a su primo Gazonal que le invitaba a comer en el café *París* al día siguiente, ya que, por el momento, se hallaba ocupado de tal modo que le resultaba imposible recibirle. Gazonal, como buen meridional, contó todas sus cuitas al ayuda de cámara.

El día siguiente, a las diez, Gazonal, vestido de punta en blanco para tal acontecimiento (se había endosado su levita azul-barbo con botones dorados, una camisa de pechera, un chaleco blanco y guantes amarillos), quedóse a la espera de su anfitrión paseándose durante una hora por el bulevar, tras haberle comunicado el *cafetero* (nombre de los dueños de café en provincias) que aquellos señores comían habitualmente entre las once y mediodía.

Hacia las once y media, dos parisienses, con levita sencilla —así decía al contar sus aventuras a los de su lugar— y que no tenían el aire de nada, exclamaron



viéndome sobre el bulevar: «¡He ahí tu Gazonal!...».

Este interlocutor era Bixiou, de quien se había provisto León de Lora para *dar el chasco* a su primo.

—«No os enfadéis, querido primo; soy vuestro pariente», exclamó el joven León abrazándome —según dijo Gazonal a sus amigos, al regresar—. La comida fue espléndida. Y creí ver musarañas ante el número de piezas de oro que necesitó para pagar la consumición. Esas gentes deben ganar lo que pesan, pues mi primo dio de propina treinta sueldos al camarero, o sea el jornal de un hombre.

Durante aquel ágape monstruoso, puesto que en él se consumieron seis docenas de ostras de Ostende, seis chuletas a la Soubise, una mayonesa de bogavante, guisantes y una olla de champiñones, regado todo ello con tres botellas de vino de Burdeos, tres de champaña, más las tazas de café y los licores, no contándose los entremeses, Gazonal estuvo magnífico despotricando contra París. El noble fabricante se quejó de la longitud de los panes de cuatro libras, de la altura de las casas, de la indiferencia mutua de los viandantes, del frío y de la lluvia, de lo caro de los coches, y todo ello tan espiritualmente, que los dos artistas le cobraron amistad y le pidieron que les contase los pormenores de su pleito.

—Mi proceso —dijo él, pronunciando con sonido gutural las erres y acentuándolo todo a lo provenzal— es cosa de lo más sencilla: ellos quieren mi fábrica. He encontrado aquí un bestia de abogado al que doy veinte francos por consulta para que se espabile, y lo encuentro siempre dormido... Es una especie de babosa que anda en coche mientras yo voy a pie, me estafa indignamente, no hago sino andar de un laido para otro, y veo que debería haber tomado también coche... ¡No se considera aquí más que a aquellas personas que poseen un hermoso coche!... Por otra parte, el Consejo de Estado está compuesto por una partida de gandules que dejan hacer su trabajo a bribones *untados* por nuestro prefecto. ¡Así está mi proceso!... Ellos quieren mi fábrica...; pues bien, la tendrán... y se apañarán con mis obreros, que sos un centenar y que les harán cambiar de idea a cachiporrazos...

—Dime, primo —preguntó el paisajista—, ¿desde cuándo estás aquí?

—¡Desde hace dos años!... ¡Ah!, el conflicto del prefecto, él lo pagará caro; le quitaré la vida, y daré la mía a la audiencia...

—¿Quién es el consejero de Estado que preside la sección?

—¡Un antiguo periodista que no vale diez sueldos y se llama Massol!

Los dos parisienses cambiaron una mirada.

—¿Y el ponente?

—¡Un pillo más grande todavía! Es un antiguo relator del Tribunal Supremo, profesor de alguna cosa en la Sorbona, que ha escrito en alguna revista y a quien profeso un desprecio profundo...

—¿Claude Vignon? —dijo Bixiou.

—El mismo... —respondió el meridional—. Massol y Vignon, ésa es la razón social, sin duda, de los chanchullos de mi prefecto.

—Hay un recurso —dijo León de Lora—. Mira, primo, en París todo es posible, para bien o para mal, en lo justo como en lo injusto. Todo se hace, se deshace y se rehace.

—¡Al diablo si permanezco aquí diez segundos más!... Es el lugar más molesto de toda Francia.

En este momento los dos primos y Bixiou se paseaban de un extremo a otro de ese mantel de asfalto sobre el cual, de una o dos, es difícil no ver pasar algunos de los personajes para quienes la Fama hace sonar, con elevado tono, alguna de sus trompetas. En otro tiempo fue la plaza Real y luego el Puente Nuevo quienes disfrutaron de este privilegio, logrado ahora por el Bulevar de los Italianos.

—París —dijo luego el paisajista a su primo— es un instrumento que hace falta saber tocar; si nos quedamos aquí diez minutos te voy a dar una lección. Vaya, mira —añadió, alzando su bastón y señalando con él a una pareja que salía del pasaje de la Opera.

—¿Qué es *eso*? —preguntó Gazonal.

*Eso* era una mujer vieja tocada con un sombrero que debía haber permanecido durante seis meses en el escaparate, vestida muy presuntuosamente, con un chal de tartán desteñido, cuya figura parecía haber estado veinte años en un lugar húmedo y cuyo abultado capacho de que era portadora no anunciaba una posición social mejor que la de ex portera; iba acompañada de una chiquilla esbelta y delgada, cuyos ojos bordeados de negras pestañas no tenían ya inocencia y cuya tez traslucía signos de gran fatiga, aunque el rostro, de lindo corte, era fresco, el cabello abundante, la frente encantadora y audaz y el talle breve; en pocas palabras, una fruta en agraz.

—Eso —le respondió Bixiou— es una rata acompañada de su madre.

—Una rata... ¿Qué es eso?

—Esa rata —dijo León, quien hizo un gesto amistoso con la cabeza a la señorita Ninette— puede hacerte ganar tu pleito.

Gazonal dio un bote, pero Bixiou le mantenía asido por el brazo desde la salida del café, pues le hallaba la cara un tanto encendida de color.

—Esa rata, que sale de un ensayo de la Ópera, va a hacer una modesta comida y volverá dentro de tres horas para vestirse, si es que aparece esta tarde en el «ballet», pues hoy estamos a limes. Esa rata tiene trece años; es una rata vieja ya. Dentro de dos años, esa criatura valdrá sesenta mil francos en plaza, será nada o todo, una gran danzarina o una figurante, un nombre célebre o una vulgar cortesana. Trabaja desde la edad de ocho años. Tal como la ves, está agotada de fatiga, se ha roto el cuerpo esta mañana en la clase de baile y sale de un ensayo en el que las evoluciones son tan difíciles como las combinaciones de un rompecabezas chino. La rata es uno de los elementos de la ópera, ya que es, con respecto a la primera bailarina, lo que el pasante al notario. La rata es la esperanza.

—¿Quién produce la rata? —preguntó Gazonal.

—Los porteros, los pobres, los actores y los bailarines —respondió Bixiou—. No

hay como la profunda miseria para aconsejar a una niña de ocho años a someter sus pies y sus articulaciones a los más duros suplicios y permanecer juiciosa hasta los dieciséis o dieciocho años, únicamente por especulación, flanqueada por una horrible vieja como si se pusiera estiércol en tomo a una linda flor. Vais a ver desfilan una tras otra todas las gentes de talento, pequeñas y grandes, artistas en embrión o sazonados, que elevan, a la gloria de Francia, ese monumento de todos los días llamado la ópera, reunión de fuerzas, de voluntades, de genios que no se encuentran sino en París...

—Ya he visto la ópera —observó Gazonal con aire de suficiencia.

—Desde tu entrada de tres francos con cincuenta céntimos —replicó el paisajista—. Del mismo modo que has visto París en la calle Croix-des-Petits-Champs... sin enterarte de nada... ¿Qué representaron en la ópera cuando fuiste?

—Guillermo Tell.

—Bueno —prosiguió el paisajista—, el gran dúo de Matilde debe haberte sabido a gloria. Pues bien, según tu idea, ¿en qué ha debido ocuparse la cantante al abandonar la escena?

—Pues ella se ha... ¿qué?

—En sentarse a comer dos chuletas sangrantes de cordero que su criado le tenía dispuestas.

—¡Qué glotonería!

—La Malibrán se sostenía con aguardiente, y eso es lo que lo ha matado... Otra cosa: tú has visto el «ballet»; vas a volverlo a ver desfilando aquí, con el sencillito atuendo mañanero, sin saber que tu pleito depende de una de esas piernas...

—¿Mi pleito?

—Mira, primo, he ahí a lo que se llama una *figuranta*.

León señaló a una de esas soberbias criaturas que a los veinticinco años han vivido ya sesenta, de una belleza real y cultivada. Era de elevada estatura, de armonioso andar, tenía la mirada firme de un dandy y su atavío se caracterizaba por una extrema simplicidad.

—Es Carabina —dijo Bixiou, quien, al mismo tiempo que el pintor, hizo un leve saludo con la cabeza, al que Carabina respondió con una sonrisa.

—Una más que puede hacer destituir a tu prefecto...

—¡Una figuranta! ¿Qué es, pues?

—La *figuranta* es una rata de gran belleza, a la que su madre, falsa o verdadera, vendió el día en que comprendió que no podía llegar a ser ni el primer, ni el segundo, ni el tercer personaje de la danza, habiendo ella preferido el estado de corista a cualquier otro, porque habiendo empleado toda su juventud en él ya no podía elegir otro; habrá sido rechazada en los pequeños teatros en los que faltan bailarinas, no habrá tenido éxito en las tres ciudades de Francia en las que se representan «ballets», no habrá dispuesto de suficiente dinero o no deseó ir al extranjero pues has de saber que la gran escuela de danza de París suministra al mundo entero bailarines y

bailarinas, Así, para que una rata se convierta en *figuranta* de la danza, es preciso que tenga algún afecto sólido que la haya retenido en París, un hombre rico al que no amaba, o un hombre pobre al que amaba demasiado. Esa que has visto pasar, que se desnudará y volverá a vestir acaso tres veces esta noche, de princesa, de campesina, de tirolesa, etc., gana unos doscientos francos por mes.

—Pues está mejor vestida que la mujer de nuestro prefecto.

—Si fueras a su casa —dijo Bixiou— verías camarera, cocinera y criada; ocupa un magnífico apartamento en la calle de San Jorge; en fin, ella es, en la proporción de las fortunas francesas de hoy con las antiguas, la reliquia de la *muchacha de la ópera* del siglo XVIII. Carabina es poderosa; en estos momentos domina a Tillet, un banquero muy influyente en el Parlamento...

—¿Y qué hay sobre esos dos escalones de «ballet»? —preguntó Gazonal.

—¡Mira! —le respondió su primo, señalándole una elegante calesa que pasaba por el extremo del boulevard—, he ahí uno de los *primeros personajes* de la danza, cuyo nombre en el cartel atrae a todo París, que gana sesenta mil francos por año y vive como una princesa: el precio de tu fábrica no te bastaría para comprar el derecho de darle treinta veces los buenos días.

—¡Oh!, yo diría que no es para tanto...

—¿Ves —añadió Bixiou— a ese guapo joven en la delantera de la calesa? Es un vizconde que porta un gran nombre: es su primer gentilhombre de cámara, quien se ocupa de sus asuntos en los periódicos, quien va a llevar por la mañana palabras de paz o de guerra al director de la Ópera, y que se ocupa también de los aplausos que se le prodigan cuando ella entra o sale del escenario.

—Esto, mis queridos señores, es el golpe de gracia... No sospechaba nada de París.

—Pues bien, enteraos, cuando menos, de todo lo que se puede ver en diez minutos en el pasaje de la Ópera. ¡Vaya...! —dijo Bixiou.

Su exclamación la originaron dos personas que desembocaban en aquel momento del pasaje, un hombre y una mujer. La mujer no era ni fea ni guapa, y su atavío tenía esa distinción de corte y de color que suele caracterizar a las artistas; en cuanto al hombre, su aspecto era más bien el de un chantre.

—He ahí —le dijo Bixiou— un bajo cantante y a una segunda figura de la danza. Él es hombre de inmenso talento, pero siendo el papel de bajo cantante accesorio en las partituras, gana apenas lo que la bailarina. Célebre ella antes de que la Taglioni y la Elsler aparecieran, ha conservado entre nosotros la danza de carácter, la mímica; si las otras dos no hubiesen revelado en la danza una poesía desconocida hasta entonces, ésta sería un primer talento; mas se encuentra en segunda línea hoy; sin embargo, cobra sus buenos treinta mil francos y tiene por fiel amigo a un par de Francia muy influyente en la Cámara. ¡Vaya!..., he ahí la bailarina de tercera categoría, una danzarina que no existe sino sostenida por el omnímodo poder de un periódico. De no haber sido renovado su contrato el Ministerio hubiese tenido un

enemigo más a la espalda. El cuerpo de «ballet» es la gran potencia en la Ópera, y es así también del mejor buen tono, en las altas esferas del dandismo y de la política, poseer buenas relaciones con la danza antes que con el canto. En las localidades de orquesta, ocupadas por los frecuentadores de la Ópera, las palabras «El señor está por el canto» son una especie de burla.

Pasó luego un hombrecillo de figura vulgar y sencillamente vestido.

—En fin —siguió comentando Bixiou—, he ahí la otra mitad de las ventas de la ópera; es el tenor. No existe posibilidad de representación alguna si no figura en el reparto algún tenor de cierta categoría. El tenor es el amor, es la voz que conmueve el corazón, que vibra en el alma, y por ello se recompensa con una asignación más elevada que la de un ministro. Cien mil francos a una garganta, cien mil francos a un par de tobillos, he ahí las dos plagas financieras de la ópera.

—Estoy pasmado —dijo Gazonal— de los cientos de miles de francos que se pasean por este lugar.

—Y lo estarás aún más, mi querido primo; síguenos... Vamos a tomar París como un artista toma un violoncelo, y te haré ver cómo se le toca, es decir, cómo se divierte uno en esta hermosa ciudad.

—¡Es un caleidoscopio de siete leguas de contorno! —exclamó Gazonal.

—Antes de acompañar al señor debo ver a Gaillard —dijo Bixiou.

—Gaillard puede sernos útil para el primo.

—¿Qué es toda esa tramoya? —preguntó Gazonal.

—No es una tramoya... es un tramoyista. Gaillard es uno de nuestros amigos que ha terminado por convertirse en gerente de un periódico y cuyo carácter, así como su caja, está sujeto a movimientos comparables a los de las mareas. Gaillard puede contribuir a hacerte ganar el pleito.

—Está perdido...

—No. Estamos a tiempo de lograr una sentencia favorable —respondió Bixiou.

En el domicilio de Teodoro Gaillard, que vivía a la sazón en la calle de Ménars, el ayuda de cámara hizo esperar a los tres amigos en una salita, diciéndoles que el señor celebraba una conferencia secreta.

—¿Con quién? —inquirió Bixiou.

—Con un hombre que le vende el encarcelamiento de un deudor inapresable —respondió una magnífica mujer que se mostró en delicioso atavío mañanero.

—En tal caso, querida Susana, nosotros podemos entrar...

—¡Oh, qué bella criatura! —exclamó Gazonal.

—Es la señora Gaillard —le dijo León de Lora, hablando al oído de su primo—. Ya lo ves, querido, es la mujer más modesta de París: tenía al público, y se ha contentado con un marido.

—¿Qué deseáis, señores míos? —dijo el donairoso gerente, al ver a los dos amigos, imitando a Federico Lemaître.

Teodoro Gaillard, antaño hombre de talento, había terminado por convertirse en

estúpido al permanecer en el mismo ambiente, fenómeno moral que se observa frecuentemente en París. Su principal gracia consistía en sembrar su diálogo de frases tomadas de las obras de moda, pronunciándolas imitando el tono con que las pronunciaban los actores célebres.

—Venimos a *bromear* —respondió León.

—¿Todavía, joven? (*Odry en Los saltimbanquis*).

—En fin, de seguro que le echaremos la garra... —dijo el interlocutor de Gaillard, a guisa de conclusión de la entrevista que habían estado sosteniendo.

—¿Estáis bien seguro, padre Fromenteau? —preguntó Gaillard—, ya son once veces que lo hemos atrapado por la noche y que lo habéis fallado por la mañana.

—¡Qué queréis! Jamás he visto deudor como ése; es una verdadera locomotora; se duerme en París y se despierta en Seine-et-Oise. Es una *cerradura de combinación*.

Y viendo una sonrisa en los labios de Gaillard, añadió:

—Así se dice en nuestra *partida*. *Echar la garra* a un hombre, *apretarle las clavijas*, es detenerle. En la policía judicial se expresan de otro modo. Vidocq decía a sus parroquianos: *Estás servido*. Es más chusco, pues se trata de la guillotina.

A un codazo que le dio Bixiou, Gazonal aguzó toda su atención.

—¿Se sirve el señor untar la mano? —preguntó Fromenteau con tono amenazador, aunque frío.

—Se trata de *cincuenta céntimos* (*Odry en Los saltimbanquis*) —respondió el gerente tomando cien sueldos y tendiéndolos a Fromenteau.

—¿Y para la canalla?... —dijo el hombre.

—¿Cuál? —preguntó Gaillard.

—La que empleo —replicó Fromenteau tranquilamente.

—¿Es que hay otros debajo? —inquirió Bixiou.

—Sí, señor —respondió el espía—. Hay los que nos dan informaciones sin saberlo y sin cobrarlas. Pongo a los bobos y a los mastuerzos por debajo de la canalla.

—¡La canalla es a menudo bella y espiritual! —exclamó León.

—¿Sois, pues, de la policía? —preguntó Gazonal, mirando con inquieta curiosidad a aquel hombrecillo seco, impassible y vestido como un tercer pasante de escribano.

—¿De cuál habláis? —dijo Fromenteau.

—¿Es que hay varias?

—Ha habido hasta cinco —respondió Fromenteau—. La policía judicial, cuyo jefe ha sido Vidocq; la contrapolicía, cuyo jefe es siempre desconocido; la policía política, la de Fouché; luego la de los asuntos extranjeros, y la del castillo (el emperador, Luis XVIII, etc.), que andaba a la greña con la otra. Esto ha acabado con Decazes. Yo pertenecía a la de Luis XVIII, y estuve en ella desde 1793, con ese pobre Contenson.

León de Lora, Bixiou, Gazonal y Gaillard se miraron expresando todos el mismo

pensamiento: «¿A cuántos hombres habrá hecho cortar el cuello?».

—Ahora se quiere marchar sin nosotros... ¡Qué tontería! —prosiguió tras breve pausa aquel hombrecillo que se había vuelto tan terrible en un momento—. En la prefectura, desde 1830, quieren gente honrada. Yo he presentado mi dimisión y realizo pequeños asuntejos con los arrestos por deudas.

—Es el brazo derecho de la justicia comercial —dijo Gaillard al oído de Bixiou—. Pero jamás se puede saber quién le paga mejor, si el deudor o el acreedor.

—Cuanto más canalla es un Estado, tanta más probidad hace falta —dijo sentenciosamente Fromenteau—. Yo soy de quien me paga más. Queréis recuperar cincuenta mil francos y regateáis con el medio de acción. Dadme quinientos francos y mañana por la mañana tendréis *enganchado* a vuestro hombre, pues ya lo habremos *tumbado* ayer.

—¿Quinientos francos para vos solo? —exclamó Teodoro Gaillard.

—Lisette está sin echarpe —respondió el espía sin que se moviese un solo músculo de su cara—. La llamo Lisette a causa de Béranger...

—¡Tenéis una Lisette y permanecéis en vuestra partidas! —exclamó el virtuoso Gazonal.

—¡Es tan divertido! Se puede alabar la pesca y la caza, pero acosar a un hombre en París es algo mucho más interesante.

—En efecto —dijo Gazonal, hablándose a sí mismo en voz alta—, se necesita estar dotado de una gran inteligencia.

—Si os enumerase las cualidades que hacen notable a un hombre en nuestra *partida* —le dijo Fromenteau, cuyo rápido golpe de vista le había hecho adivinar cabalmente el pensamiento de Gazonal—, creeríais que hablo de un hombre de genio. Una vista de lince en primer lugar; audacia (entrar como un ciclón en las casas, abordar a las personas como si se las conociera, proponer bajezas casi siempre aceptadas, etc.); memoria; sagacidad; inventiva (hallar ardidés rápidamente concebidos, jamás los mismos, pues el espionaje se moldea sobre los caracteres y las costumbres de cada cual): es un don celeste. En fin, la agilidad, la fuerza, etc. Todas esas facultades, señores, están pintadas sobre la puerta del gimnasio Amorós como signo de virtud... Debemos poseer todo eso, so pena de perder la asignación de cien francos por mes que nos da el Estado, la calle de Jerasulén o el Tribunal de Comercio.

—Me parecéis un hombre realmente extraordinario —le dijo Gazonal.

Fromenteau miró al provinciano sin exteriorizar la menor emoción y se marchó sin saludar a nadie. ¡Un auténtico rasgo de genio!

—Pues bien, primo, acabas de ver a la policía encarnada —dijo León a Gazonal.

—Me hace el efecto de un digestivo —respondió el honrado fabricante, mientras que Gaillard y Bixiou hablaban entre sí en voz baja.

—Te daré la respuesta esta noche en casa de Carabina —dijo en voz alta Gaillard, volviendo a tomar asiento ante su escritorio, y sin ver ni saludar a Gazonal.

—¡Es un impertinente! —exclamó Gazonal al traspasar el umbral de la puerta.

—Su periódico tiene veintidós mil abonados —dijo León de Lora—. Es una de las cinco grandes potencias del día, y por la mañana no tiene tiempo de ser cortés...

—Si hemos de ir a la Cámara para solucionar su pleito, tomemos el camino más largo —dijo León a Bixiou.

—Las palabras dichas por los grandes hombres son como el dorado de las cucharas que se pierde por el uso; a fuerza de ser repetidas pierden todo su brillo —replicó Bixiou—. ¿Pero adónde iremos?

—Aquí cerca, a casa de nuestro sombrerero —respondió León.

—¡Bravo! —exclamó Bixiou—. Si continuamos así, puede ser que tengamos un día divertido.

—Gazonal —prosiguió León—, le *haré posar* para ti; únicamente te pido que estés serio como el rey sobre una moneda de cien sueldos, ya que verás gratis a un encopetado original, a un hombre al que su importancia ha hecho perder la cabeza. Hoy, querido, todo el mundo quiere cubrirse de gloria, y muchos se cubren de ridículo; de ahí que existan miles de caricaturas vivientes, enteramente nuevas...

—Cuando todo el mundo tenga gloria, ¿cómo podrá distinguirse? —preguntó Gazonal.

—La gloria... consistirá en ser un memo —le respondió Bixiou—. Vuestro primo está condecorado y yo estoy bien vestido; pero es a mí a quien se mira...

Tras esta observación, que puede explicar por qué los oradores y otros grandes hombres políticos no se ponen nada en el ojal de su traje en París, León hizo leer a Gazonal, en letras de oro, el nombre ilustre de «Vital, sucesor de Finot, Fabricante de Sombreros» (y no *sombrerero*, como antaño). Tales anuncios producen a los periódicos tanto dinero como los de tres vendedores de píldoras o de bombones. Además, dicho señor era autor de una pequeña publicación sobre el sombrero.

—Querido —dijo Bixiou a Gazonal mostrándole los esplendores del escaparate—. Vital tiene cuarenta mil francos de renta.

—¡Y continúa de sombrerero! —exclamó el meridional quebrando el brazo a Bixiou por un violento sobresalto.

—Vas a ver al hombre —respondió León—. Necesitas un sombrero; tendrás uno gratis.

—¿No está Vital? —preguntó Bixiou al no ver a nadie en el mostrador.

—El señor está corrigiendo pruebas en su despacho —respondió un primer oficial.

—¡Eh!, ¿ves qué estilo? —dijo León a su primo. Y luego, dirigiéndose al primer oficial—. ¿Podríamos hablarle sin entorpecer su inspiración?

—Haced entrar a esos señores —dijo una voz.

Era una voz burguesa, la voz de un candidato en las elecciones, una voz potente de holgado rentista. Y, acto seguido, Vital se dignó mostrarse en persona, completamente vestido de negro, luciendo una magnífica camisa de pechera, ornada con un diamante. Los tres amigos descubrieron la existencia de una mujer joven y



bonita sentada ante el escritorio y ocupada en realizar un bordado.

Vital es un hombre de treinta a cuarenta años, de una jovialidad primitiva, recluida en el interior bajo la presión de sus ideas ambiciosas. Disfruta de esa estatura mediana que es el privilegio de los buenos organismos. Bastante grueso, es harto cuidadoso de su persona; su frente despoblada, ayudada por la calvicie, le presta el aspecto de un hombre devorado por el pensamiento. Por la manera con que lo mira y escucha su mujer, se ve que ella cree en el genio y en la ilustración de su marido. Vital aprecia a los artistas, no porque guste de las artes, sino por confraternidad, ya que él mismo se cree un artista y lo hace presentir amparándose en este título de nobleza, situándose premeditadamente a enorme distancia de las artes, provocando el que alguien le diga: «Pero vos habéis elevado el oficio de hacer sombreros a la categoría de ciencia».

—¿Me habéis hallado por fin un sombrero? —le preguntó el paisajista.

—Pero, ¡cómo, señor!..., ¿en quince días? —respondió Vital—. ¿Y para vos...? ¿Bastará acaso con dos meses para hallar la forma que conviene a vuestra fisonomía? Ved, he aquí vuestra litografía; os he estudiado bien... No me tomaría tanta molestia por un príncipe, pero vos sois algo más, sois un artista..., y vos me comprendéis, mi querido señor.

—He aquí uno de nuestros más grandes inventores, un hombre que sería grande como Jacquart si quisiera dejarse morir un poquito —dijo Bixiou, presentando a Gazonal—. Nuestro amigo, fabricante de paños, ha descubierto el medio de regenerar el añil de las viejas levitas azules, y quería conoceros como un gran fenómeno, ya que vos habéis dicho: *El sombrero hace al hombre*. Esta frase ha entusiasmado al señor. ¡Ah, Vital, vos tenéis la fe..., vos creéis en algo, os apasionáis por vuestra obra!

Vital apenas escuchaba, pálido de placer.

—¡En pie, esposa mía...! El señor es un príncipe de la ciencia.

La señora Vital se levantó a un gesto de su marido, y Gazonal la saludó.

—¿Tendré el honor de ser vuestro proveedor de sombreros? —preguntó Vital con jovial obsequiosidad.

—Al mismo precio que para mi —dijo Bixiou.

—Desde luego... No pido por honorarios más que el placer de ser citado alguna vez por vos, caballeros... El señor precisa un sombrero pintoresco, al estilo del señor Luosteau —añadió mirando a Bixiou con aire magistrat—. Lo pensaré.

—Os tomáis una gran molestia —dijo Gazonal al industrial parisiense.

—¡Oh, para algunas personas tan sólo, para aquellas que saben apreciar el valor de mis atenciones! Ved, entre toda la aristocracia únicamente hay un hombre que haya comprendido el valor del sombrero: el príncipe de Béthune. ¿Cómo es que no piensan los hombres, al igual que las mujeres, que el sombrero es lo primero que salta a la vista en el atavío, y no intentan cambiar el sistema actual, que podemos calificar de innoble? Pero entre todos los pueblos, el francés es el que más persiste en lo disparatado... ¡Conozco bien las dificultades, señores! No hablo de mis escritos sobre

la materia, donde abordo el problema de manera filosófica, sino que, como sombrerero solamente, soy el único que ha puesto en juego todos los medios para dignificar al infame cubrecabezas que padece Francia y no dejaré de luchar hasta lograr derribarlo.

Y mostró el horrible sombrero que se usa en la actualidad.

—He aquí al enemigo, señores —prosiguió—. ¡Decir que el pueblo más espiritual de la tierra consiente en llevar sobre la cabeza este trozo de tubo!, ha dicho uno de nuestros escritores... Ved todas las inflexiones que he dado a estas espantosas líneas —añadió señalando una a una *sus creaciones*—. Mas aunque sepa apropiarlas al carácter de cada cual, como podréis ver observando estos tipos de sombrero: aquí tenéis el de un médico, el de un tendero de ultramarinos, el de un dandy, el de un artista, el de un hombre gordo, el de uno flaco..., ¡siempre resulta horrible! ¡Ved, captad bien todo mi pensamiento...! —Tomó un sombrero bajo de forma y de alas anchas—. Éste es el antiguo sombrero de Claudio Vignon, gran crítico, hombre liberal y vividor... Se adhiere al Ministerio, se le nombra profesor, bibliotecario, no trabaja más que en el *Debate*, se le nombra relator del Consejo de Estado, tiene dieciséis francos de asignación, gana cuatro mil en su periódico, está condecorado... Pues bien, éste es su nuevo sombrero.

Y Vital mostró uno de corte y diseño verdaderamente discretos.

—¡Deberíais haberle hecho un sombrero de polichinela! —exclamó Gazonal.

—Sois un hombre que posee un genio de primera, señor Vital —dijo León.

Vital se inclinó, sin barruntar el retruécano.

—¿Podrías decirme por qué en París vuestros establecimientos son los últimos que permanecen abiertos, aun después de los cafés y de los bares? Verdaderamente, eso me intriga —dijo Gazonal.

—Todo es raro en París —manifestó León.

—Pues bien, a pesar de mis esfuerzos y mis éxitos —continuó Vital reanudando el curso de su elogio—, es preciso llegar al sombrero de casquete redondo. ¡Como éste...!

—¿Y qué obstáculo se presenta?

—¡La baratura, señor! En primer lugar, se os ofrecen bellos sombreros de seda a quince francos, precio ruinoso para nuestro comercio, ya que en París no se dispone nunca de quince francos para un sombrero nuevo. Si el castor cuesta treinta francos, el problema es siempre el mismo. Cuando digo castor, no se compran ya diez libras de su pelo en Francia, pues este artículo cuesta trescientos cincuenta francos la libra, y se requiere una onza para un sombrero; por lo demás, el sombrero de castor no vale nada: este pelo toma mal el tinte, enrojece en diez minutos al sol, y el sombrero se abolla con el calor. Lo que nosotros llamamos *castor* es pura y simplemente pelo de liebre. Los de buena calidad se hacen con el lomo de la bestia, los de segunda con las ijadas y los de tercera con el vientre. Os confío el secreto del oficio, pues soy hombre de honor. Pero el problema sigue siendo insoluble, bien tengamos liebre o seda sobre

la cabeza, quince o treinta francos. Hay que pagar siempre el sombrero, y por ello continúa siendo lo que es. ¡El honor de la indumentaria francesa será salvado el día en que los sombreros grises de casquete redondo cuesten cien francos! Entonces podremos conceder crédito igual que hacen los sastres. Para llegar a obtener esos resultados sería preciso decidirse a llevar la hebilla y la cinta de oro, la pluma y las vueltas de raso, como en los tiempos de Luis XIII y Luis XIV. Nuestro comercio, entrando entonces en el terreno de la fantasía, se decuplicaría. El mercado del mundo pertenecería a Francia, como las modas femeninas, a las cuales dará, siempre París el tono, mientras que nuestro sombrero actual puede fabricarse en cualquier lugar. Hay diez millones de francos en el mercado internacional que se pueden conquistar anualmente para nuestro país en este mercado...

—¡Esto supondría una revolución! —le dijo Bixiou simulando entusiasmo.

—Sí, radical, pues se hace preciso cambiar la forma.

—Sois feliz a la manera de Lutero —dijo León, que cultiva siempre el retruécano—. Soñáis una reforma.

—Así es, señor. ¡Ah, si doce o quince artistas, capitalistas o dandys que dan el tono quisieran tener valor durante veinticuatro horas, Francia ganaría una batalla comercial! Mirad, yo lo digo a mi esposa: «¡Para lograrlo daría toda mi fortuna!». ¡Sí, toda mi ambición es regenerar el sombrero y desaparecer!...

—Este hombre es colosal —dijo al salir Gazonal, pero os aseguro que todos vuestros originales tienen algo de meridional...

—Vayamos por allí —dijo Bixiou, señalando a la calle San Marcos.

—¿Qué vamos a ver ahora?

—Vais a ver a la usurera de las ratas, de las figurantas, una mujer que posee tantos espantosos secretos, que percibiréis ropas colgando tras su escaparate —dijo Bixiou, indicando a una de esas tiendas cuyo abandono constituye como un borrón en medio de los deslumbrantes establecimientos modernos.

Era una tienda de portada pintada en 1820 y a la que una quiebra había dejado al propietario de la casa en un estado sospechoso; el color había desaparecido bajo una doble capa impresa por el uso y crasamente espesada por el polvo; los cristales estaban sucios, y el picaporte giraba por sí mismo, como en todos aquellos lugares en los que se sale más rápidamente aún de lo que se ha entrado.

—¿Qué decís de esto? ¿No es la prima hermana de la muerte? —dijo el dibujante al oído de Gazonal, señalándole a una terrible comadre en el mostrador—. Pues bien, ella se llama la señora Nourrisson<sup>[3]</sup>.

—¿Cuánto vale esta blonda, señora? —preguntó el fabricante, que quería competir en chispa con los dos artistas.

—Para vos que venís de lejos, señor, no serán más que cien escudos.

Y observando una cucamona peculiar a los meridionales, añadió con aire convencido.

—Esto proviene de la pobre princesa de Lambelle.

—¡Cómo!..., ¿tan cerca del castillo? —exclamó Bixiou.

—Señor, *ellos* no lo creen —respondió la comadre.

—Señora, no venimos a comprar —manifestó valientemente Bixiou.

—Bien que lo veo, señor —replicó la señora Nourrisson.

—Tenemos diversas cosas para vender —añadió el ilustre caricaturista—. Yo vivo en la calle de Richelieu, 112, piso sexto. Si quisierais pasar por allá un momento, creo que podríais hacer un buen negocio...

—¿El señor desea venderme tal vez algunas varas de excelente muselina? —preguntó ella sonriendo.

—No, se trata de un vestido de boda —respondió gravemente León de Lora.

Un cuarto de hora después, la señora Nourrisson acudió a casa de Bixiou, quien, para acabar esta broma, había llevado consigo a León y a Gazonal; la señora Nourrisson los halló serios como autores cuya colaboración *no obtiene todo el éxito que merece*.

—Señora —le dijo el intrépido bromista, mostrándole un par de zapatillas de mujer—, esto procede de la emperatriz Josefina.

Preciso era devolver a la señora Nourrisson la pelota de su princesa de Lamballe.

—¿Eso?... —dijo ella—. Pero si ha sido hecho este año; ved esta marca de abajo.

—¿No adivináis que estas zapatillas son un prefacio —dijo León—, aunque generalmente suelen ser una conclusión, de un romance?

—Mi amigo aquí presente —añadió Bixiou señalando al meridional— desearía saber si cierta joven doncella, de buena y rica casa, y con la que desea desposarse, ha cometido una falta...

—¿Cuánto dará el señor? —preguntó ella, mirando a Gazonal, a quien nada asombraba ya.

—Cien francos —respondió el fabricante.

—¡Gracias! —dijo ella, con una mueca de desdén que habría desesperado a un macaco.

—¿Qué deseáis, pues, mi pequeña señora Nourrisson? —preguntó Bixiou, tomándola del talle.

—En primer lugar, mis queridos señores, desde que trabajo, jamás vi a nadie, ni hombre ni mujer, regateando la felicidad. Y además sois tres chunguistas —añadió haciendo aflorar una sonrisa en sus fríos labios y reforzándola con una mirada helada por una desconfianza de gata—. Si no se trata de vuestra felicidad, es cuestión de vuestra fortuna; y tal como estáis alojados, se regatea todavía menos una dote. Veamos —dijo adoptando un aire meloso—, ¿de qué se trata, corderitos míos?

—De la casa Veunier y Compañía —respondió Bixiou, muy satisfecho de saber a que atenerse con una persona que le interesaba.

—¡Oh!, Para eso —respondió ella— con un luis es bastante...

—¿Por qué tan poco?

—Tengo todas las joyas de la madre; y de tres en tres meses ella está entre la

espada y la pared, pasando aprietos para abonarme los intereses de lo que le he prestado. ¿Y con esa mujer queréis casaros, papanatas?... Dadme cuarenta francos y charlaré por más de cien escudos.

Gazonal mostró una pieza de cuarenta francos, y la señora Nourrisson dio detalles espantosos sobre la miseria secreta de algunas mujeres de las denominadas *como Dios manda*. La revendedora, animada por la conversación, se retrató. Sin traicionar ningún nombre ni ningún secreto, hizo estremecer a los dos artistas demostrándoles que en París se hallaban pocas felicidades que no estuvieran asentadas sobre la vacilante base del préstamo. Ella poseía en sus cajones fallecidas abuelas, hijos vivos, maridos difuntos, nietas muertas, recuerdos rodeados de oro y de brillantes. Revelaba terribles historias a través del montón de sus experiencias, arrancando sus secretos a su clientela en sus momentos de pasión, de querellas, de cóleras, y en esos preparativos anodinos que exige la conclusión de un préstamo.

—¿Cómo fue usted inducida a hacer ese comercio? —preguntó Gazonal.

—Para mi hijo —dijo ella con ingenuidad.

Casi siempre, las revendedoras de ropa justifican su comercio por razones llenas de bellos motivos. La señora Nourrisson se presentó como habiendo perdido varios pretendientes y tres hijas que habían ido por mal camino, todas sus ilusiones, en una palabra. Mostró, como sus más bellos valores, recibos del Monte de Piedad para demostrar hasta qué punto su comercio era arriesgado. Se vería apurada el día 30 próximo. Se la *robaba* mucho...

Los dos artistas se miraron al oír esta palabra un tanto expresiva.

—Ved, hijos míos, cómo se nos *trastea*... No se trata de mí, sino de mi vecina de enfrente, la señora Mahuchet, la zapatera de señoras. Yo había prestado dinero a una condesa, una mujer que tiene excesivas pasiones, dado los ingresos de que dispone. Se da tono entre bellos muebles, en un magnífico apartamento. Recibe, *hace*, como decimos nosotras, una *fanfarria* del diablo. Adeuda trescientos francos a su zapatera, y daba una cena, una velada, anteayer. La zapatera, enterada de esto por la cocinera, viene a verme, se nos sube la sangre a la cabeza y ella quiere armar un escándalo; pero yo le digo: «Mi querida amiga Mahuchet ¿de qué sirve eso? Solamente para hacerse odiar. Más vale obtener buenas prendas. ¡A *tramposa, tramposa y media!* Y una se ahorra bilis...». Conviene en ello, me pide que la apoye y vamos adelante. «La señora no está...». Cosa sabida... «La esperaremos —responde la Mahuchet—, aunque tuviera que quedarme hasta medianoche». Y con la misma, acampamos en la antesala y hablamos. ¡Vaya! Las puertas se abren y se cierran, se oyen pasitos y voces quedas... Todo esto me producía cierta pena. La gente llegaba para cenar. Os supondréis el giro que aquello tomaba. La condesa envió a su camarera para engatusar a la Mahuchet. «¡Seréis pagada mañana!». Todas las bolas, en fin... Pero nada cuela. Por fin, la condesa, vestida de tiros largos, llega al comedor. Mi Mahuchet, al oírla, abre la puerta y se presenta. Al ver una mesa centelleante de platería (los escalfadores, los candelabros, todo brillaba como joyeros) se destapa

como una gaseosa y lanza su estampido: «¡Cuando se gasta el dinero de los demás, se debería ser comedida y no derrochar en cenas! ¡Ser condesa y deber cien escudos a una desgraciada zapatera que tiene siete hijos...!». Ya podéis adivinar lo que suelta esta mujer que tiene poca educación. Y a unas palabras de excusa («No hay fondos») de la condesa, mi Mahuchet exclama: «¡Eh, señora, ahí está esa plata!... ¡Empeñad vuestros cubiertos y pagadme!». «Tomadlos vos misma», responde la condesa, recogiendo seis y poniéndoselos en la mano. Nos echamos escaleras abajo... ¡Habíamos logrado un verdadero éxito!... Pero en la calle, la Mahuchet no pudo contener las lágrimas, pues es una buena mujer, y ha vuelto a llevar los cubiertos a la condesa, dándole excusas: había comprendido la miseria de la dama, pues la cubertería era de alpaca...

—Ha quedado en *descubierto* —dijo León de Lora, en quien reaparecía a menudo el antiguo Mistigris.

—¡Ah, mi querido señor! —dijo la señora Nourrisson, iluminada por este retruécano—. Vos sois un artista, componéis piezas de teatro, residís en la calle de Helder, os habéis quedado con la señora Antonia y tenéis unas mañas que conozco... ¡Vaya!, ¿queréis tener alguna rareza en el gran género, Carabina o Mosquetón, Málaga o Jenny Cadine?

—¡Málaga, Carabina! ¡Si somos nosotros quienes las han hecho lo que son!... —exclamó León de Lora.

—Os juro, mi querida señora Nourrisson, que únicamente deseábamos tener el placer de conoceros y que deseábamos informes sobre vuestros antecedentes, saber por qué pendiente os habéis deslizado a vuestro oficio —dijo Bixiou.

—Yo era mujer de confianza en casa de un mariscal de Francia, el príncipe de Ysembourg —respondió ella, adoptando una pose de Dorina—. Una mañana apareció una de las condesas de más alto copete de la Corte imperial, diciendo que deseaba hablar al mariscal secretamente. Yo me preparé para que no se me escapara palabra alguna. Aquella mujer se deshace en llanto y confía al bendito mariscal (¡el príncipe de Ysembourg, ese Condé de la República, un bendito!) que su marido, que servía en España, la había dejado sin un billete de mil francos; que si ella no disponía de uno o dos al instante, sus hijos quedaban sin pan y ella no tenía qué comer al día siguiente... Mi mariscal, que era bastante dadivoso por aquel tiempo, saca dos billetes de mil francos de su escritorio. Yo observo a la bella condesa en la escalera, sin que ella pueda verme; reía con un contento tan poco maternal, que me deslizo hasta el peristilo y oigo que dice en voz muy baja a su lacayo; «¡A casa Leroy!». Corro también allá. Mi madre de familia entra en el famoso establecimiento, calle de Richelieu, ya sabéis... Y al instante encarga y paga un vestido de mil quinientos francos, pues en aquel tiempo se pagaba la ropa al encargarla... Así, dos días después, pudo ella aparecer en un baile de embajada, ataviada como una mujer debe estarlo para gustar a la vez a todo el mundo y a alguien determinado. Desde aquel día me dije: «Ya tengo empleo... Cuando haya perdido la juventud, prestaré por sus

trapos a las grandes damas, pues la pasión no calcula y paga ciegamente». Si son temas de vodeviles lo que buscáis, os los venderé a manos llenas...

Y tras esta tirada en la que se había desteñado cada una de las fases de su vida anterior, se marchó dejando a Gazonal tan espantado por su confidencia como por los cinco dientes amarillos que había mostrado al intentar sonreír.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Gazonal.

—¡Billetes!... —dijo Bixiou, lanzando un silbido a su portero—, pues tengo necesidad de dinero, y os haré ver para qué sirven los porteros; vosotros creéis que sirven para tirar del cordón de la campanilla...; pero no... es para sacar de apuro a gentes sin crédito como yo, a artistas que toman bajo su protección; el mío obtendrá cualquier día un premio de beneficencia por su filantrópica labor...

Gazonal abrió los ojos de manera que hacía comprensible la expresión de «abrir unos ojos como una claraboya».

Súbitamente hizo acto de presencia un hombre de edad intermedia, aspecto de lacayo u ordenanza de despacho, pero más aceitoso, de cabello espeso y abdomen regordete, tez cerúlea y húmeda como la de una superiora de convento, calzado con zapatillas de franela, y vestido con una chaqueta de paño azul y pantalón grisáceo.

—¿Qué desea el señor?... —dijo con aire que era al par protector y sumiso.

—Ravenouillet... Se llama Ravenouillet —dijo Bixiou, volviéndose a Gazonal—. ¿Tienes nuestro registro de vencimientos?

Ravenouillet sacó de su bolsillo el cuadernito más viscoso que jamás viera Gazonal.

—Inscríbeme, a tres meses, estos dos pagarés de quinientos francos cada uno, que vas a firmarme.

Y Bixiou presentó los dos efectos comerciales ya preparados, extendidos a su nombre por Ravenouillet, quien firmó al instante, verificando acto seguido la correspondiente inscripción sobre el mugriento cuadernito en el que su mujer anotaba las deudas de los inquilinos.

—Gracias, Ravenouillet —dijo Bixiou—. Ten, un palco para el Vodevil.

—¡Oh, mi hija se divertirá esta noche! —dijo Ravenouillet marchándose.

—Somos aquí setenta y un inquilinos —dijo Bixiou—. El promedio de lo que se le debe a Ravenouillet es de seis mil francos por mes, o sea dieciocho mil francos por trimestre, entre adelantos y franqueos de cartas, sin contar los alquileres. Es la Providencia... le damos el treinta por ciento que no pagamos, sin que él jamás haya pedido nada...

—¡Oh, París, París!... —exclamó Gazonal.

—Vamos todavía —dijo Bixiou, quien acababa de endosar los pagarés— a ver a un comediante que va a representar gratis una encantadora escena...

—¿Adónde? —interrumpió Gazonal.

—A casa de un usurero... Mientras nos encaminamos hacia su casa os contaré el debut del amigo Ravenouillet en París.

Al pasar ante la portería, Gazonal percibió a la señorita Luciana Ravenouillet estudiando solfeo, pues era alumna del Conservatorio, mientras el padre leía el periódico y la señora Ravenouillet tenía en la mano un fajo de correspondencia para subirla a los inquilinos.

—Gracias, señor Bixiou —dijo la pequeña.

—Ésta no es una rata —dijo León a su primo—. Es una larva de cigarra.

—Según parece, la amistad de la portería se obtiene, como la de todo el mundo, por los palcos<sup>[4]</sup>....

—¡Va usted adquiriendo forma en nuestra compañía...! —exclamó León, encantado del retruécano de su primo.

—La historia de Ravenouillet —reanudó su hilo Bixiou al hallarse los tres en el bulevar— es como sigue: En 1831, Massol, vuestro consejero de Estado, era un abogado-periodista que no tenía a la sazón deseo mayor que el ser ministro de Justicia, teniendo la delicadeza de dejar a Luis Felipe sobre el trono; mas es preciso perdonarle su ambición, pues es de Carcasona. Cierta mañana ve entrar a un joven paisano, que le dice: «Vos me conocéis bien, señor Massol; soy el hijo de vuestro vecino el tendero de ultramarinos, y he venido de allí porque se nos ha dicho que aquí se encontraba colocación...». Al oír estas palabras, un escalofrío estremeció a Massol, y se dijo para su capote que si tenía la desgracia de colocar a aquel compatriota, que por lo demás le era perfectamente desconocido, iba a caer por su casa toda su provincia, que sonarían continuamente los campanillazos, que romperían los cordones y las alfombras, que su único criado le dejaría, que tendría dificultades con su propietario a causa de la escalera, que los inquilinos se quejarían del olor a ajo y del jaleo que se produciría en su casa. Así, pues, miró al solicitante como un matarife contempla a un cordero antes de degollarlo; pero, aunque el paisano recibiera aquella mirada semejante a una puñalada, según Massol, volvió a la carga de esta guisa: «Tengo ambición como cualquier otro, y no quiero volver sino rico a mi pueblo, si es que vuelvo..., ya que París es la antesala del paraíso. Se dice que vos, que escribís en los periódicos, tenéis gran influencia y que os basta pedir para obtener lo que sea del Gobierno; pero aunque tengo facultades, como todos nosotros, reconozco que carezco de la suficiente instrucción; aunque tengo capacidad, no sé escribir, lo cual es una desgracia, ya que poseo ideas; no pienso, pues, en haceros la competencia, y juzgándome sé que no tendré éxito; pero como vos lo podéis todo y somos casi hermanos, ya que hemos jugado juntos durante nuestra niñez, cuento con que me lanzaréis y me protegeréis... ¡Oh! Es preciso, quiero un puesto, un empleo que convenga a mis medios, a lo que soy, y donde pueda yo hacer fortuna...». Massol iba a poner brutalmente a su paisano en la puerta, lanzándole a la nariz alguna frase bestial, cuando éste concluyó así: «No pido, pues, entrar en la Administración, donde se va a paso de tortuga... Vuestro propio primo está de interventor ambulante desde hace veinte años... No, yo quisiera solamente debutar...». «¿En el teatro?...» —le preguntó Massol, satisfecho del desenlace—. «No; poseo el gesto, la presencia, la



memoria; pero hay demasiadas dificultades; quisiera debutar en la carrera... de los porteros». Massol quedóse grave y le dijo: «El camino será mayor; pero, cuando menos, dispondréis de los palcos que queráis». Y, como dice Ravenouillet, le hizo obtener su primer galón.

—Soy el primero —manifestó León— que se ha preocupado por la especie *portero*. Existen en este mundo bribones de moralidad, histriones de vanidad, sicofantes modernos, septembristas<sup>[5]</sup> con el caparazón de la gravedad, inventores de cuestiones de palpitante actualidad que predicán la emancipación de los negros, la mejora de los ladronzuelos, la beneficencia con respecto a los forzados puestos en libertad, pero nadie se preocupa de sus porteros dejándolos en un estado peor que el de los irlandeses, en prisiones más espantosas que mazmorras, dándoles para vivir menos por año que el Estado abona a un presidiario... Yo no he hecho más que una buena acción en mi vida: la casilla de mi portero.

—Si un hombre —continuó Bixiou— que ha construido grandes jaulas divididas en mil compartimientos como los alvéolos de una colmena o las casillas de un establo, destinados a recibir a criaturas de toda especie y de todo arte; si ese animal con figura de propietario consultara a un sabio y le dijera: «Quiero un individuo del género bimanio que pueda vivir en una sentina llena de zapatos viejos, apestada por los harapos, y de diez pies cuadrados, en la que deseo que pase toda su vida; que duerma en ella y sea feliz y tenga hijos bellos como amorcillos; que trabaje allí, cocine, se pasee, cultive flores, cante y no salga, que no vea claro y perciba todo cuanto ocurre en el exterior...», a buen seguro que el sabio no podría inventar al portero; era preciso París para crearlo o, si lo queréis mejor, el diablo...

—La industria parisiense ha ido lejos en lo imposible —opinó Gazonal—. Hay los obreros... Vos no conocéis todos los productos de la industria, aunque los exponéis. Nuestra industria combate contra la del continente a golpe de desgracias, como bajo el imperio combatía Napoleón a Europa a golpe de regimientos.

—Hemos ya en casa de mi amigo Vauvinet, el usurero —dijo Bixiou—. Una de las mayores faltas que cometen quienes pintan nuestras costumbres es repetir viejos retratos. En la actualidad, todo empleo se ha renovado. Los abaceros se convierten en pares de Francia, los artistas en capitalistas, los vodevilistas disfrutan de rentas. Si algunas raras figuras siguen siendo lo que fueron en otro tiempo en general las profesiones no tienen su etiqueta especial ni sus antiguas costumbres. Si hemos tenido a Gobseck, Gigonnet, Chaboisseau y Samanou, los últimos de los romanos, hoy en día disfrutamos de Vauvinet, el usurero de buena pasta, petimetre que anda entre bambalinas y «loretas», y que se pasea en un pequeño cabriolé tirado por un caballo... Observad bien a mi hombre, amigo Gazonal, y veréis la comedia del dinero, al hombre frío que no quiere dar nada, al hombre ardiente que produce un buen beneficio; y sobre todo, escuchadle.

Con la misma, los tres entraron en el segundo piso de una casa de muy bello aspecto, situada en el bulevar de los Italianos, hallándose al punto rodeados de todas

las elegancias a la sazón de moda. Un hombre joven, de unos veintiocho años, salió a recibirlos con aire casi risueño, pues vio primero a León de Lora. Vauvinet apretó con mayor cordialidad las manos de Bixiou, saludó con aire frío a Gazonal. Les hizo entrar en una sala en la que, a través de un artístico mobiliario, se adivinaban los gustos del burgués y, a pesar de las estatuillas de moda, las mil pequeñas cosas que el arte moderno crea para nuestros también pequeños apartamentos, haciéndose tan insignificantes como aquello para cuyo adorno se han realizado. Vauvinet, al igual que los jóvenes que se dedican a los negocios, estaba vestido con excesivo refinamiento, lo cual, para muchos de entre ellos, es una especie de prospecto publicitario.

—Vengo a que me des cambio —dijo Bixiou riendo al par que presentaba sus pagarés endosados.

Vauvinet adoptó una grave expresión que hizo sonreír a Gazonal, tanta fue la diferencia entre el sonriente rostro acogedor y aquel de usurero que puso más tarde.

—Querido —dijo Vauvinet mirando a Bixiou—, te serviría con el mayor placer, pero no dispongo de dinero en este momento.

—¡Ah, vamos!

—Así es, lo he dado todo; ya sabes a quién... Ese pobre Lousteau se ha asociado para la dirección de un teatro con un viejo vodevilista muy protegido por el Ministerio... Ridal, y ha necesitado treinta mil francos ayer. Estoy sin blanca.

y de tal modo, que he de enviar a buscar dinero a Cérizet para poder pagar cien luisas que he perdido esta mañana al lansquenet en casa de Jenny Cadine.

—Preciso es que estéis, en efecto, muy seco para no atender a este pobre Bixiou —dijo León de Lora—, pues tiene muy mala lengua cuando se encuentra *varado*...

—Bueno —manifestó Bixiou—, yo no puedo decir sino bien de Vauvinet, pues está lleno de bondad...

—Querido —reanudó Vauvinet—, aunque tuviese dinero me sería imposible descontarte, ni al cincuenta por ciento, pagarés endosada por tu portero... Ravenouillet no es un valor cotizado. No se trata de Rotschild. Está ya muy venteado; necesitas inventar algo distinto. Búscate un tío..., pues un amigo que nos firma los pagarés ya no es algo que se vea... El positivismo del siglo ha hecho horribles progresos.

—Tengo —repuso Bixiou, señalando al primo de León— al señor..., uno de nuestros más ilustres fabricantes de paño del Mediodía, llamado Gazonal... No está muy bien peinado —añadió mirando la cabellera enmarañada y frondosa del provinciano—, pero lo voy a llevar a casa Mario, quien le va a quitar ese aspecto de perro de aguas, tan perjudicial a su consideración y a la nuestra.

—No creo en los valores del Mediodía, dicho sea sin ofender al señor —respondió Vauvinet, lo cual produjo tal satisfacción a Gazonal, que no se enfadó por la insolencia.

Gazonal, hombre excesivamente penetrante, creyó que el pintor y Bixiou

intentaban, para hacerle conocer la capital que pagará mil francos por la comida del *Café de París*, pues el hijo del Rosellón no se había despojado aún de la enorme desconfianza que domina a todos los provincianos en la Ciudad-Luz.

—¿Cómo quieres que tenga negocios a doscientas cincuenta leguas de París, en los Pirineos? —añadió Vauvinet.

—¿Así, pues, es tu última palabra? —dijo Bixiou.

—Sólo tengo veinte francos en casa —repuso el joven descontador.

—Lo siento por ti —replicó el burlador—. Creía valer mil francos —añadió secamente.

—Vales cien mil —manifestó presuroso Vauvinet— y a veces hasta eres inapreciable...; pero, ya te lo he dicho, estoy sin blanca.

—Bueno, entonces no hablemos más... Para esta noche te había preparado en casa de Carabina el mejor asunto que podrías desear... ¿sabes?

Vauvinet guiñó un ojo mirando a Bixiou, mueca que se hacen entre sí los chalanes para decirse: «No nos andemos con finezas».

—Tú no te acuerdas de cuando me tomabas por el talle, cual si fuera una hermosa muchacha, acariciándome con la mirada y la palabra —prosiguió Bixiou— mientras me decías: «Lo haré todo por ti si puedes procurarme, a la par, las acciones del ferrocarril que emiten du Tillet y Nucingen...». Pues bien, querido, Máximo y Nucingen van esta noche a casa de Carabina, quien recibe hoy a muchos hombres políticos. Te pierdes ahí una buena ocasión... ¡Vaya, adiós, estafador!

Y con las mismas, Bixiou se levantó, dejando a Vauvinet bastante frío en apariencia, pero realmente descontento, como hombre que reconoce haber cometido una tontería.

—Querido, un instante... —dijo el descontador—. Si bien no tengo dinero, dispongo de crédito... Si tus pagarés no valen nada, puedo guardarlos y darte en cambio valores de cartera... En fin, podemos entendemos para las acciones del ferrocarril... Nos repartiríamos, en la debida proporción, los beneficios de esta operación, y entonces te haría un descuento sobre los benef...

—No, no —respondió Bixiou—. Tengo necesidad de dinero. Necesito negociar mi Ravenouillet...

—Por lo demás Ravenouillet es muy bueno —opinó Vauvinet—. Posee cuenta en la Caja de Ahorros; es excelente...

—Es mejor que tú —le dijo León—, ya que no mantiene «loreta», no paga alquiler ni realiza especulaciones, temiéndolo todo del alza o de la baja...

—¿Queréis sonreír, gran hombre? —replicó Vauvinet, tomado jovial y agasajador—. Habéis puesto en elixir la fábula de La Fontaine *La encina y la caña*. Vamos, *Gubetta, mi viejo cómplice* —añadió, rodeando con su brazo la cintura de Bixiou—. Te hace falta dinero... Pues bien, puedo pedir prestados tres mil francos a mi amigo Cérizet, en vez de dos mil... ¡Y seamos amigos, Cinna!... Tiéndeme tus dátiles... Si me he negado es porque resulta muy duro a un hombre que no puede hacer su pobre

comercio sino pasando sus valores a la banca el guardar a tu Ravenouillet en un cajón de su escritorio... Es duro, muy duro...

—¿Y qué cobras de descuento? —preguntó Bixiou.

—Casi nada —respondió Vauvinet—. Eso te costará, a tres meses, cincuenta miserables francos...

—Como decía antaño Emile Blondet, tú serás mi bienhechor —respondió Bixiou.

—¡El veinte por ciento de interés! —exclamó Gazonal al oído de Bixiou, quien le replicó con un codazo en el esófago.

—¡Vaya! —dijo Vauvinet abriendo el cajón de su escritorio—. Aquí veo un viejo billete de quinientos que se pegado a una esquina... No me creía tan rico, pues te buscaba un efecto a cancelar, a fines del mes próximo, de cuatrocientos cincuenta. Cérizet te lo tomará sin gran disminución... y ya tienes la suma. Pero nada de bromas, Bixiou..., ¿eh? Esta noche iré a casa de Carabina... ¿Tú me juras?...

—¿Es que no somos ya *re-amigos*? —repuso Bixiou, tomando el billete de quinientos francos y el efecto de cuatrocientos cincuenta—. Te doy mi palabra de honor de que esta noche verás a du Tillet y a muchas personas que quieren hacer su... ferrocarril en casa de Carabina.

Vauvinet acompañó a los tres amigos hasta el descansillo al par que lagoteaba a Bixiou. Éste permaneció serio hasta el umbral de la puerta de salida, escuchando a Gazonal, quien intentaba esclarecerle aquella operación, demostrándole que si el compadre de Vauvinet, el tal Cérizet, le tomaba veinte francos de descuento sobre el efecto de cuatrocientos cincuenta, era dinero al cuarenta por ciento... Ya en la calle, Bixiou heló a Gazonal con la risa del burlador parisiense, esa risa muda y fría, que constituye una especie de cierzo labial.

—La adjudicación del ferrocarril será positivamente remitida a la Cámara —dijo—. Lo sabemos desde ayer por la figuranta a la que sonreímos... Y si gano esta noche cinco o seis mil francos al lansquenet, ¿qué son setenta francos de pérdida para poder hacer las *puestas*?

—El lansquenet es todavía una de las mil facetas de París. También, primo, contamos con presentarte en la mansión de una duquesa de la calle San Jorge, donde podrás ver a la aristocracia de las «loretas» y donde puedes ganar tu pleito. Mas es imposible que te muestres con tus cabellos pirenaicos; tienes todo el aspecto de un erizo; vamos a llevarte aquí cerca, a la plaza de la Bolsa, a casa Mario, otro de nuestros actores...

—¿Quién es ese nuevo actor?

—He aquí la anécdota —respondió Bixiou—. En 1800, un tolosano llamado Cabot, joven peluquero devorado por la ambición, vino a París y *abrió tienda*. Este hombre de genio (disfrutaba de veinticuatro mil francos de renta en Libourne, adonde se ha retirado) comprendió que con ese nombre vulgar e innoble no alcanzaría jamás la celebridad. El señor de Parny, a quien peinaba, le sugirió el nombre de Mario, infinitamente superior a los de Armando e Hipólito, bajo los cuales se ocultan

patronímicos atacados del mal Cabot. Todos los sucesores de Cabot se han llamado Mario. El actual es Mario V, y se llama Mougín. Lo mismo sucede en muchos comercios, como por ejemplo con el agua de Botot y la tinta de la Pequeña Virtud. En París, un nombre se convierte en una propiedad comercial y acaba por constituir una particular especie de nobleza. Mario, que por lo demás tiene discípulos, ha creado, según él dice, la primera escuela de peinado del mundo.

—Ya he visto atravesando Francia —observó Gazonal— muchos rótulos en los que se leen estas palabras: Fulano de tal, *alumno de Mario*.

—Estos discípulos deben lavarse las manos tras cada rizado que ejecutan —explicó Bixiou—, pero Mario no admite a cualquiera: deben tener una mano bien modelada y no ser feos. Los más notables van a peinar a domicilio y vuelven muy fatigados. En cuanto a Mario, no se desplaza sino por las mujeres de título, haciéndolo en cabriolé, con su lacayo.

—¡Pero si no es, después de todo, más que un peluquero! —exclamó indignado Gazonal.

—¡Peluquero! —repuso Bixiou—. Pensad que es capitán de la guardia nacional y que está condecorado por haber saltado el primero una barricada en 1832.

—Cuidado, que no se trata de un peluquero cualquiera, sino de un director de salones de peinado —añadió León mientras subían una escalera de balaustradas de vidrio y barandillas de caoba, cuyos peldaños estaban cubiertos por un suntuoso alfombrado.

—¡Eso es, no vayáis a comprometernos! —apostilló Bixiou a Gazonal—. En la antesala hallaréis a lacayos que os quitarán la levita y el sombrero para cepillarlos, y que os acompañarán hasta la puerta de uno de los salones de peinado para abrirla y cerrarla. Conviene informaros sobre el particular, mi amigo Gazonal —añadió finamente Bixiou—, ya que podáis gritar: «¡Al ladrón!».

—Esos salones —siguió León— son tres «boudoirs» en los que el director ha reunido todas las invenciones del lujo moderno. En las ventanas, lambrequines; por todas partes festonajes, muelles divanes en los que se puede esperar la vez leyendo los periódicos. Al entrar podrás palparte el bolso y creer que se te va a pedir cinco francos; pero de toda especie de portamonedas no se extrae más que diez sueldos por un rizado y veinte por un peinado con corte de cabello. Hay elegantes lavabos y brota el agua de surtidores. Por doquier, espejos enormes reproducen las imágenes. Así, pues, no pongas cara de asombro. Cuando el *cliente* (tal es la palabra elegante con la que ha sustituido Mario a la innoble de *parroquiano*) aparece en el umbral, Mario le lanza una mirada y lo calibra al punto: para él, uno es *una cabeza* más o menos digna de su atención personal. Para Mario no existen hombres; no hay más que *cabezas*.

—Vamos a haceros oír a Mario en todos los tonos de su gama —dijo Bixiou— si sabéis imitar nuestro juego.

En cuanto Gazonal se mostró, el vistazo de Mario le fue favorable, pues exclamó:

—¡Régulo, para ti esta cabeza! ¡Recórtala primero con las tijeras pequeñas!

—Perdón —dijo Gazonal al auxiliar, a una seña de Bixiou—. Deseo ser arreglado por el propio señor Mario.

Mario, muy alagado por la pretensión, se adelantó abandonando la cabeza en la que estaba ocupado.

—Soy con vos, ya acabo; no os inquietéis, mi ayudante os preparará; sólo yo decidiré el corte.

Mario, hombre menudo con el cabello rizado como el de Rubini, de un negro azabache, vestía de negro de la cabeza a los pies, con manguitos blancos y la pechera de su camisa impoluta ornada de un diamante. En seguida reconoció a Bixiou, a quien saludó con gran deferencia.

—Esa es una cabeza ordinaria —dijo a León, mostrando al señor que estaba peinando—. Un tendero de ultramarinos... ¡Qué queréis!, si no se hiciera más que arte, uno moriría en el manicomio de Bicêtre, loco de atar...

Y con las mismas volvióse con inimitable gesto hacia el cliente, después de haber recomendado a Régulo:

—Cuida bien del señor, pues se trata evidentemente de un artista.

—Periodista —afirmó Bixiou.

A esta aseveración, Mario dio dos o tres toques de peine a la cabeza ordinaria y se lanzó sobre Gazonal, asiendo a Régulo por el brazo en el momento en que iba a manipular sus pequeñas tijeras.

—Yo me encargo del señor... —Y dirigiéndose al tendero—: Contemplaos en el gran espejo, señor... ¡Osián!

A esta llamada entró un lacayo, quien se hizo cargo del cliente para ayudarle a ponerse el traje.

—Pagaréis en la caja, señor —dijo Mario al estupefacto parroquiano que sacaba ya su bolso.

—¿Es necesario, querido, proceder a esa operación de las tijeras pequeñas? —preguntó Bixiou.

—Ninguna cabeza me llega sino mondada —respondió el ilustre fígaro—; mas en atención a vos haré entera la del señor. Mis ayudantes preparan, pues yo no resistiría. El lema de todo el mundo es el vuestro: «¡Ser peinado por Mario!». Yo no puedo dar sino el acabado... ¿En qué periódico trabaja el señor?

—En Vuestro lugar, yo tendría tres o cuatro Marios —dijo Gazonal.

—Ah, señor, ya lo veo. ¿Es folletinista? —dijo Mario—. ¡Ay, en peluquería se hace la cosa en persona; es imposible...! ¡Perdón!

Y dejó a Gazonal para ir a examinar el trabajo de Régulo, quien preparaba una cabeza recién llegada. Y al contemplarla, golpeando la lengua contra el paladar, hizo un ruido desaprobador que puede traducirse por «¡Titt, titt, titt!».

—¡Vaya por Dios!, esto no está bastante encuadrado; tus tijeretazos forman sombreados... Mira aquí... Régulo, no se trata de esquilar a perros de agua, sino que es cuestión de hombres que tienen su personalidad y si continuas mirando al techo en

vez de repartirte entre el espejo y el rostro, deshonrarás *mi casa*.

—Sois severo, señor Mario.

—Soy deudor de los secretos del arte.

—¿Es, pues, un arte? —exclamó Gazonal.

Mario, indignado, miró a Gazonal en el espejo y se quedó parado, con el peine en una mano y las tijeras en la otra.

—Señor, habláis como un... niño... Y sin embargo, por el acento, parecéis ser del Mediodía, el país de hombres de genio.

—¡Oh!, sí, ya sé que hace falta cierto gusto... —corrigió Gazonal.

—¡Oh!, callaos, señor; esperaba algo mejor de vos. Es decir que un peluquero, ya que se es o no peluquero..., un peluquero... es más difícil de hallar... que... ¿qué es lo que diría para expresarme con exactitud?... que un... yo no sé que..., un ministro... (no os mováis); no, no, ya que no se puede juzgar el valor de un ministro..., las calles están llenas de ellos... ¿Un Paganini?... No, no es bastante... Un peluquero, señor, un hombre que adivina vuestra alma y vuestras costumbres, a fin de componeros la cabeza según vuestra fisonomía, requiere que reúna los sabios caracteres de un filósofo. ¡Y en cuanto a las mujeres...! Ellas nos aprecian, ellas saben lo que valemos... Valemos la conquista que quieren hacer el día en que se hacen peinar para obtener un triunfo...; es decir que no se sabe lo que es un peluquero... Ved, yo que os hablo soy poco más o menos lo que se puede hallar de... Sin jactarme, se me conoce... Pues bien, no, considero que debe haber una superación... La ejecución, he ahí el quid... ¡Ah, si las mujeres me diesen carta blanca, si yo pudiese ejecutar cuantas ideas me asaltan...! Es que ten go una imaginación infernal... Pero las mujeres no se prestan a ello; ellas tienen sus planes, y en dejando a uno meten sus dedos o el peine en nuestros deliciosos edificios que debían ser graves y recoletos, pues nuestras obras, señor, no duran sino algunas horas... Un gran peluquero, ¿eh?, viene a ser algo así como los grandes actores en sus papeles... (Por aquí la cabeza, y ahí, por favor, yo *hago los rostros*). Nuestra profesión se encuentra echada a perder por chapuceros que no comprenden ni su época ni su arte... Hay comerciantes de pelucas o de lociones para hacer brotar el pelo... No ven sino fracasos para venderos... Da pena..., comercio puro. Esos miserables cortan el cabello o peinan como pueden... Yo, cuando llegué de Tolosa aquí, tenía la ambición de suceder al gran Mario, de ser un verdadero Mario y de ilustrar el nombre por mí mismo más que los cuatro predecesores. Así me dije: «Vencer o morir...». (¡Ea!, manteneos derecho, que voy a dar el acabado). Soy yo el primero que ha introducido la elegancia. He convertido mis salones en objeto de la curiosidad. Desdeño el anuncio y lo que cuesta el anuncio lo empleo en bienestar, en agrandar. El próximo año tendré un cuarteto en una pequeña sala; se tocará música, y de la mejor. Sí, hace falta distraer los hastíos de quienes se peina. No se me escapan los sinsabores de la clientela. (Miraos al espejo). Hacerse arreglar la cabeza es fatigoso, tal vez tanto como posar para un retrato, y el señor sabe acaso que el famoso

señor de Humboldt (he sabido sacar partido del escaso cabello que América le ha dejado; la ciencia tiene esta relación con el salvaje, que arranca el cuero cabelludo a su víctima), este ilustre sabio ha dicho que al dolor de hacerse colgar seguía el de hacerse pintar; pero según ciertas mujeres, yo sitúo el de hacerse peinar antes del de hacerse pintar. Pues bien, señor, mi intención es que se venga a peinar por placer. (Tenéis un mechón que hace falta domar). Un judío me había propuesto cantantes italianas, que en los entreactos habrían depilado a los jóvenes de cuarenta años; pero han resultado ser muchachas del Conservatorio y profesoras de piano de la calle Montmartre. Ya estáis peinado, señor, tal como corresponde a un hombre de talento... Osián —dijo a su lacayo de librea—, cepillad y conducir al señor... ¿A quién toca la vez? —añadió con orgullo, mirando a las personas que esperaban.

—No rías, Gazonal —dijo León a su primo al llegar al pie de la escalera, desde donde su mirada se hundía en la plaza de la Bolsa—. Allá percibo a uno de nuestros grandes hombres: vas a poder comparar su lenguaje al de este peluquero, y después de haberlo oído, ya me dirás quién es más original de los dos.

—No rías, Gazonal —dijo Bixiou, remedando burlescamente la entonación de León—. ¿De qué creéis que se ocupa Mario?

—De peinar.

—Ha conquistado —repuso Bixiou— el monopolio de la venta de cabello al por mayor, como tal comerciante de comestibles que nos vende un bote de conserva de un escudo se ha atribuido el de la venta de trufas; descuenta el papel de su comercio, presta sobre prendas y alhajas a sus clientes en apuros, hace la renta vitalicia, juega a la Bolsa, es accionista en todas las revistas de modas y, en fin, vende, bajo el nombre de un farmacéutico, una infame droga que le produce treinta mil francos de renta y que cuesta cien mil de anuncios por año.

—¿Es posible? —exclamó Gazonal.

—Retened esto —dijo gravemente Bixiou—. En París no hay comercio pequeño; todo se engrandece, desde la venta de trapos viejos hasta la de las cerillas. El cafetero que con su servilleta al brazo os ve entrar en su establecimiento puede tener cincuenta mil francos de renta; un camarero es elector elegible, y tal individuo, al que tomaríais por indigente al verle pasar por la calle, lleva en su chaleco cien mil francos en diamantes a montar, y no los ha robado...

Los tres inseparables, cuando menos por la jomada, iban, dirigidos por el pintor, a tropezar con un hombre de unos cuarenta años, condecorado, que venía del boulevard por la calle Neuve-Vivienne.

—¡Vaya! —dijo León—, ¿en qué vas soñando, mi querido Dubordieu? ¿En alguna bella composición simbólica?... Mi querido primo, tengo el placer de presentaros a nuestro ilustre pintor Dubordieu, no menos célebre por su talento que por sus convicciones humanitarias... Dubordieu, mi primo Palafox...

Dubordieu, de pequeña estatura, tez pálida y melancólicos ojos azules, saludó levemente a Gazonal, quien se inclinó ante el hombre de genio.



—¿Habéis, pues, nombrado a Stidmann en lugar de...?

—¡Qué quieres!... Yo no estaba —respondió el gran paisajista.

—Desacreditáis a la Academia —añadió el pintor—, ¡Ir a escoger un hombre así! ... No quiero hablar mal, pero hace oficio. ¿Adónde se llevará la primera de las artes, cuyas obras son las más duraderas, que revela a las naciones después de que el mundo lo ha perdido todo de ellas, hasta su recuerdo..., que consagra las ideas de una época..., y vais a reclutar a un constructor de monigotes y chimeneas, a un adornista..., a uno de los mercaderes del Templo? ¡Ah!, como lo decía Chamfort, para soportar la vida en París es preciso empezar por tragar una víbora todas las mañanas... En fin, nos queda el arte, no se nos puede impedir cultivarlo...

—Y además, querido, vos tenéis un consuelo que pocos artistas poseen: el porvenir os pertenece —dijo Bixiou—. Cuando el mundo se haya convertido a nuestra doctrina, vos estaréis a la cabeza de vuestro arte, ya que sois portador de ideas que se comprenderán... cuando hayan sido generalizadas. Dentro de cincuenta años seréis para todo el mundo lo que ahora no sois sino para nosotros: un gran hombre. ¡Únicamente se trata de ir hasta allá!

—Acabo —reanudó el artista, cuyo rostro se dilató como el de un hombre al que se halaga— de terminar la figura alegórica de la Armonía y, si queréis venir a verla comprenderéis bien que haya tardado dos años en ejecutarla. ¡Lo posee todo! Al primer vistazo que sobre ella se lanza, se adivina el destino del mundo. La reina tiene el cayado pastoral en una mano, símbolo del engrandecimiento de la libertad, y sus pechos son séxtuples, pues los egipcios habían presentido a Fourier; sus pies reposan sobre dos manos unidas que abrazan al globo en señal de la fraternidad de las razas humanas; holla cañones destruidos para significar la abolición de la guerra; he intentado hacerle expresar la serenidad de la agricultura triunfante... Por otra parte, he puesto junto a ella una enorme col que, según nuestro maestro, es la imagen de la concordia. ¡Oh!, no es uno de los mejores justos títulos de Fourier a la veneración el haber restituido el pensamiento a las plantas; lo ha enlazado todo en la creación por el significado de las cosas entre sí y también por su lenguaje especial. En cien años el mundo será mucho más grande de lo que es...

—¿Y cómo, señor, sucederá? —preguntó Gazonal, estupefacto de oír hablar así a un hombre sin que estuviera en un manicomio.

—Por la extensión de la producción. Si se quiere aplicar el sistema, no será imposible ejercer una acción sobre los astros...

—¿Y qué será entonces de la pintura? —preguntó Gazonal.

—Será más grande.

—¿Y tendremos ojos más grandes? —dijo Gazonal, mirando con aire significativo a sus dos amigos.

—El hombre retomará a lo que era antes de su degeneración... Nuestros hombres de seis pies de estatura serán entonces enanos...

—¿Está acabado tu cuadro? —preguntó León.

—Enteramente terminado —respondió Dubourdieu—. He tratado de ver a Hiclar para que componga una sinfonía; quiero que contemplando esta composición se oyera una música con resonancias de Beethoven, que desarrollaría las ideas a fin de ponerlas al alcance de las inteligencias de dos modos. ¡Ah, si el Gobierno quisiera prestarme una de las salas del Louvre...!

—Yo hablaré, si tú quieres, pues no hay que descuidar nada para llamar la atención...

—¡Oh!, mis amigos preparan artículos, pero temo que no vayan demasiado lejos...

—Bah —dijo Bixiou— no irán tan lejos como el porvenir...

Dubourdieu miró a Bixiou de soslayo y prosiguió su camino.

—Es un loco —comentó Gazonal—. El curso de la luna le guía.

—Tiene buena mano, tiene saber... —dijo León—, pero el fourierismo lo ha matado. Acabas de ver, primo, uno de los efectos de la ambición en los artistas. Demasiado a menudo, en París, el deseo de llegar más rápidamente que por vía natural a esa celebridad que para ellos es la fortuna hace que los artistas tomen prestadas las alas de la circunstancia, crean engrandecerse por ser creadores de algo al convertirse en sostenedores de un sistema, y esperen transformar a una camarilla en público. Uno es republicano, otro sansimoniano, el de más allá aristócrata, católico, medieval o germanófilo por prejuicio. Pero si la opinión no confiere el talento, lo estropea siempre; testigo, el pobre muchacho que acabáis de ver. La opinión de un artista debe ser la fe en las obras..., y su único medio de éxito el trabajo, cuando la naturaleza le ha concedido el fuego sagrado.

—Huyamos —dijo Bixiou—. León moraliza.

—¿Y ese hombre era de buena fe? —exclamó Gazonal, estupefacto aún.

—De muy buena fe —replicó Bixiou—. De tan buena fe como hace unos momentos el rey de los peluqueros.

—¡Está loco! —dijo Gazonal.

—Y no es el único al que las ideas de Fournier hayan vuelto loco —dijo Bixiou—. No sabéis nada de París. Pedid cien mil francos para realizar la idea más útil al género humano, para intentar algo parecido a la máquina de vapor y moriréis, como Salomón de Caus, en el manicomio; pero si se trata de una paradoja, se muere por ella, junto con su fortuna. Y con los sistemas sucede lo mismo que con las cosas. Los periódicos imposibles han devorado millones desde hace quince años. Lo que hace que sea tan difícil ganar vuestro pleito es que tenéis razón y que tiene, según vos, razones secretas para el prefecto.

—¿Concibes que una vez que ha comprendido la moral de París pueda vivir en otra parte un hombre de talento? —dijo León a su primo.

—Si llevásemos a Gazonal a casa de La Fontaine —opinó Bixiou, al par que hacía señas a un cochero que avanzaba con su carruaje— sería pasar de lo severo a lo fantástico, ¿no te parece?... ¡Cochero, calle Vieille-du-Temple!

Y los tres rodaron en dirección del antiguo barrio parisiense.

—¿Qué vais a hacerme ver? —preguntó Gazonal.

—La prueba de lo que te ha dicho Bixiou —respondió León— mostrándote a una mujer que gana veinte mil francos por año explotando una idea.

—¡Una echadora de cartas! —añadió Bixiou, quien no pudo dejar de interpretar como un interrogante la expresión del meridional—. La señora Fontaine pasa, entre quienes tratan de conocer el futuro, por ser más sabia que lo era la finada Lenormand.

—¡Debe ser muy rica! —exclamó Gazonal.

—Ha sido la víctima de su idea mientras que ha existido la lotería —respondió Bixiou—, pues en París no hay gran ingreso sin gran gasto. Todas las cabezas fuertes se cascan, como para dar una válvula a su vapor. Todos los que ganan mucho dinero tienen vicios o fantasías, sin duda, para establecer un equilibrio.

—¿Y ahora que la lotería está abolida? —preguntó Gazonal.

—Ahora tiene un sobrino para quien amasa.

Una vez llegados, los tres amigos percibieron, en una de las más viejas casas de la calle, una escalera de peldaños palpitantes y tabiques deteriorados que los llevó, entre la penumbra y un hedor particular, hasta un tercer piso, ante una puerta que únicamente la pintura es capaz de describir, pues la literatura tendría que llenar miles de páginas para dar una idea exacta de su aspecto.

Una vieja, que armonizaba con la puerta, y que acaso era la misma puerta animada, introdujo a los tres amigos en una pieza que hacía veces de antesala, y en el cual, a pesar de la cálida atmósfera que bañaba las calles de París, sintieron el frío glacial de las criptas más profundas. De un patio interior semejante a un vasto tragaluz provenía un aire húmedo, envuelto en una difusa luminosidad gris, y sobre el alféizar de la ventana se hallaba un pequeño jardín repleto de plantas malsanas. En aquel aposento que tenía una capa de una sustancia grasienta y fuliginosa, todo, sillas y mesa, tenían un aspecto miserable. El suelo enlosado resudaba como la alcarraza. En fin, el menor accesorio estaba en armonía con la horrible vieja de nariz ganchuda, de cara pálida y vestida de harapos que invitó a los visitantes a sentarse, manifestándoles que no se entraba sino uno a uno en casa de «madame».

Gazonal, haciéndose el intrépido, entró valientemente, hallándose ante una de esas mujeres olvidadas por la Parca, sin duda intencionadamente, para dejar algunos ejemplares que la representen entre los vivos. Era un rostro desecado en el que brillaban dos ojos grises de una inmovilidad opresiva, una nariz sumida, embadurnada de tabaco, y unos huesecillos muy bien montados por músculos semejantes y que, so pretexto de ser manos, barajaban negligentemente unos naipes, al igual que una máquina cuyo movimiento va a detenerse. El cuerpo, una especie de escoba, cubierto decentemente por un vestido, gozaba de las ventajas de la naturaleza muerta, no realizando el menor movimiento. Sobre la frente se elevaba una cofia de terciopelo negro. La señora Fontaine tenía a su derecha una gallina negra y a su izquierda un hinchado sapo llamado Astaroth, al que Gazonal no vio de buenas a

primeras.

El sapo, de un volumen sorprendente, espantaba todavía menos por sí mismo que por dos topacios, grandes como monedas de cincuenta céntimos, que lanzaban extraños resplandores. Era imposible sostener aquella mirada. Como decía el ya finado Lassailly, quien acostándose en el campo quiso salirse con la suya con un sapo que le había fascinado, este animal es un ser inexplicable. Tal vez toda la creación animal, comprendido el hombre, se resume en él; pues, decía Lassailly, el sapo vive indefinidamente, y, como es sabido, es de todos los animales creados aquel cuyo maridaje dura más.

La gallina negra tenía su jaula a dos pies de la mesa, cubierta por un tapete verde, y caminaba por una plancha que formaba como un puente levadizo entre la jaula y la mesa.

Cuando aquella mujer, la menos real de las criaturas que poblaban aquel cuchitril hofmánico, dijo a Gazonal: «¡Cortad!», el honrado fabricante sintió un estremecimiento involuntario. Lo que hace a esas criaturas tan formidables es la importancia de lo que queremos saber. Se va hacia ellas, para comprarles la esperanza, cosa que saben muy bien.

El antro de la sibila era mucho más sombrío que la antesala, siendo imposible de distinguir el color del empapelado. El techo, ennegrecido por el humo, lejos de reflejar la escasa luz que dejaba penetrar el enrejado obstruido de vegetaciones entecas y pálidas, absorbía una gran parte de ella; pero aquel crepúsculo iluminaba de lleno la mesa ante la cual estaba sentada la adivina. Aquella mesa, el sillón de la vieja y la butaca sobre la que se sentaba Gazonal componían todo el mobiliario del pequeño aposento, partido en dos por un desván, donde sin duda dormía la señora Fontaine. Gazonal oyó, proveniente de una puerta entornada, el murmullo peculiar del hervor de un puchero. Este ruido de cocina, acompañado de una mezcla de olores, en el que dominaba el de un fregadero, mezclaba incongruente las necesidades de la vida real con las ideas de un poder sobrenatural. Era el asco en la curiosidad. Gazonal percibió un peldaño de madera blanca, el último sin duda de la escalera interior que conducía al desván. Abarcó todos aquellos detalles de un vistazo y sintió náuseas. Era un terror distinto al de los relatos de los novelistas y las escenas de los dramas alemanes; su verismo asfixiaba. El aire poseía una pesadez de vértigo y la oscuridad culminaba aquella excitación nerviosa. Cuando el meridional, estimulado por una especie de facultad, miró al sapo experimentó como un calor de emético en el hueco del estómago, sintiendo un terror semejante al que experimenta el criminal ante el policía. Intentó reanimarse examinando a la señora Fontaine, pero tropezó con dos ojos casi blancos, cuyas inmóviles y heladas pupilas le resultaron insoportables. El silencio se hizo entonces terrible.

—¿Qué deseáis, señor? —dijo la señora Fontaine a Gazonal—. ¿El juego de cinco francos, el de diez o el grande?

—El de cinco francos es ya bastante caro —respondió el meridional, que se

sometía a esfuerzos inauditos para no dejarse impresionar por el ambiente en el que se encontraba.

En el momento en que Gazonal intentaba reconcentrarse, una voz infernal le hizo dar un bote en su butaca: era el cacareo de la gallina negra.

—Vete, hija mía, vete —dijo la vieja—. El señor no quiere gastar más que cinco francos.

Y la gallina pareció haber comprendido a su ama, pues tras haber llegado a un paso de las cartas fue a instalarse gravemente en su puesto.

—¿Qué flor os gusta? —preguntó la vieja con voz enronquecida por los humores que subían y descendían incesantemente en sus bronquios.

—La rosa.

—¿Y el color?

—El azul.

—¿Cuál es el animal que preferís?

—El caballo. ¿Por qué esas preguntas? —preguntó a su vez Gazonal.

—El hombre se adhiere a todas sus formas por sus estados anteriores —respondió ella sentenciosamente—. De ahí provienen sus instintos, y sus instintos dominan su destino. ¿Qué es lo que coméis con más placer: el pescado, la caza, los cereales, la carne, los dulces, las legumbres o las frutas?

—La caza.

—¿En qué mes habéis nacido?

—En septiembre.

—Tended vuestra mano.

La señora Fontaine examinó con suma atención la mano que le era presentada, haciéndolo todo seriamente, sin pretensión de brujería, con la simplicidad que un notario habría dedicado a inquirir las intenciones de un cliente antes de redactar un acta. Una vez suficientemente mezcladas las cartas, pidió a Gazonal que cortara la baraja e hiciera él mismo tres montones. Tomó luego la vieja éstos, los desplegó uno bajo el otro y los examinó como un jugador examina los treinta y seis números de la ruleta antes de arriesgar su puesta. Gazonal sentía los huesos fríos, no sabía ya dónde se encontraba; pero su asombro fue creciendo cuando la espantosa vieja de capota verde, cuyo borde dejaba ver más cintajos que cabellos rizados en signos de interrogación, le espetó con su voz cargada de pituita todas las particularidades, hasta las más secretas, de su vida anterior, refiriéndole sus gustos, sus costumbres, su carácter y hasta las ideas de su infancia, todo cuanto podía haber influido en él, su casamiento fracasado, por qué y con quién, la descripción exacta de la mujer que había amado, y finalmente de qué región había venido, su pleito, etc.

Gazonal creyó que aquello era una burla preparada por su primo; pero este temor lo desechó inmediatamente después de asaltarle tal idea, quedándose pasmado ante aquel poder verdaderamente infernal cuya encarnación prestaba a la humanidad la apariencia de lo que en todo tiempo consideraron pintores y poetas como la cosa más

espantosa: una atroz viejuca asmática, desdentada, de labios fríos, nariz chata y ojos blancos. La pupila de la señora Fontaine se había animado, pasando por ella un resplandor nacido en las profundidades del futuro o del infierno. Gazonal preguntó maquinalmente, interrumpiendo a la vieja, para qué le servían el sapo y la gallina.

—Para poder predecir el futuro. El *consultante* lanza por sí mismo y al azar granos sobre las cartas. Cleopatra viene a picotearlos; Astaroth se arrastra para buscar el alimento que el cliente le tiende, y estas dos admirables inteligencias no se han equivocado nunca. ¿Queréis verlas en funciones, y saber así vuestro futuro? Son cien francos.

Gazonal, espantado por la mirada de Astaroth, se precipitó a la antesala, tras haber saludado a la terrible señora Fontaine. Estaba, todo sudoroso y como bajo la incubación infernal del espíritu maligno.

—¡Vámonos!... —dijo a los dos artistas—. ¿Habéis consultado alguna vez a esta bruja?

—Yo no hago nada importante sin hacer hablar a Astaroth —respondió León— y siempre me ha ido bien.

—Yo espero la fortuna que Cleopatra me ha prometida —añadió Bixiou.

—¡Tengo fiebre! —exclamó el meridional—. Si creyera en lo que me decís, ¿creería, por consiguiente, en la brujería, en un poder sobrenatural?...

—Lo cual es de lo más natural —replicó Bixiou—. La tercera parte de las «loretas», la cuarta de los estadistas y la mitad de los artistas consultan a la señora Fontaine; y hasta se conoce a un ministro a la que sirve de confidente.

—¿Te ha predicho el futuro? —dijo León.

—No, he tenido bastante con mi pasado. Pero si con ayuda de sus espantosos colaboradores puede predecir el futuro —manifestó Gazonal, asaltado por una idea—, ¿cómo pudo perder a la lotería?

—¡Ah!, pones el dedo sobre uno de los mayores misterios de las ciencias ocultas —respondió León—. En cuanto esa especie de espejo interior en el que se reflejan para ellos el futuro o el pasado se empaña con el aliento de un sentimiento personal, de una idea cualquiera ajena al acto de poder que ejercen, brujos y brujas no ven ya nada más, del mismo modo que el artista que contamina el arte por una combinación política o sistemática pierde su talento. Hace cierto tiempo, un hombre dotado del don de la adivinación por las cartas, el rival de la señora Fontaine, que se dedicaba a prácticas criminales, no pudo echarse las cartas a sí mismo y saber que sería detenido, juzgado y condenado. La señora Fontaine, que predice el futuro ocho veces sobre diez, jamás pudo saber que perdería a la lotería.

—Sucede así en magnetismo —observó Bixiou—. Uno se magnetiza por sí mismo.

—¡Ahora el magnetismo! —exclamó Gazonal—. ¡Vaya por Dios! ¿Es que lo conocéis todo?

—Amigo Gazonal —replicó gravemente Bixiou—, para poder reír de todo es

preciso conocerlo todo. En cuanto a mí,, estoy en París desde mi infancia, y mi lápiz me ha hecho vivir de lo ridículo, a cinco caricaturas por mes... Así, pues, a menudo me burlo de una idea en la que tengo fe...

—Pasemos a otros ejercicios —dijo León—. Vamos a la Cámara, donde arreglaremos el asunto del primo.

—Eso —dijo Bixiou, imitando a Odry y Gaillard— es alta comedia, ya que haremos *posar* al primer orador que hallemos en la sala de espera, y reconoceréis allí, como en todas partes, el lenguaje parisiense, que no tiene jamás sino dos ritmos: el interés o la vanidad.

Montados de nuevo en coche, León apercibió en un cabriolé que pasaba rápidamente a un hombre a quien con un ademán de la mano hizo comprender que quería decirle algo.

—Es Públícola Masson —dijo León a Bixiou—. Le voy a pedir audiencia para esta tarde a las cinco, después de la sesión de la Cámara. El primo tendrá ocasión de contemplar al más curioso de todos los tipos...

—¿Quién es? —preguntó Gazonal, mientras León hablaba a Públícola Masson.

—Un pedicuro, autor de un tratado de corporística, que os trata los callos por abono, y que, si los republicanos triunfan durante seis meses, se convertirá de seguro en inmortal.

—¿Y en coche? —exclamó Gazonal.

—¡Pero, amigo Gazonal, únicamente los millonarios disponen de bastante tiempo en París para andar a pie!...

—¡A la Cámara! —ordenó León al cochero.

—¿A cuál, señor?

—A la de los diputados —respondió León tras haber caminado una sonrisa con Bixiou.

—París comienza a confundirme —dijo Gazonal.

—Para haceros conocer la inmensidad moral, política y literaria, actuamos en este momento como el cicerone romano, que os muestra el pulgar de la estatua de San Pedro, que habíais creído de tamaño natural, y halláis que es igual al de un pie. ¡Todavía no habéis medido uno de los dedos gordos de París!...

—Y observad, primo Gazonal, que no seleccionamos a los tipos que ofrecemos a vuestra observación, si no que os mostramos los que hallamos al paso.

—Esta noche cenarás como se festineaba en el palacio de Baltasar, y verás nuestro París jugando al *lansquenet* y arriesgando cien mil francos de golpe, sin pestañear.

Un cuarto de hora después, el coche de punto se detenía al pie de la escalinata de la Cámara de los Diputados, al lado del puente de la Concordia, que, paradójicamente, conduce a la discordia.

—¡Yo creía la Cámara inabordable!... —manifestó el meridional, sorprendido de hallarse en medio de la gran sala de espera.

—Eso, según —respondió Bixiou—. Materialmente hablando, cuesta treinta sueldos de cabriolé; políticamente se gasta algo más. Las golondrinas han pensado, ha dicho un poeta, que se había construido el Arco de Triunfo para ellas; nosotros los artistas pensamos que se ha erigido este monumento para compensar las nulidades del Teatro Francés y hacernos reír; pero estos comediantes cuestan mucho mascaros, y no nos compensan todos los días el dinero que pagamos.

—¡Ésta es, pues, la Cámara!... —repetía Gazonal, al par que recorría a grandes zancadas la sala, en la cual se hallaban en aquellos momentos una decena de personas mirándolo todo con un aire que Bixiou grababa en su memoria para trazar una de aquellas célebres caricaturas con las cuales competía contra Gavarni.

Los ujieres van y vienen constantemente de esta sala a la de sesiones, con la cual comunica por el pasillo en donde se sitúan los taquígrafos del *Monitor* y algunas personas agregadas a la Cámara. León se acercó a uno de ellos.

—El señor ministro —respondió el ujier a León, en el momento en que Gazonal se aproximaba a ellos— sí que está; pero no sé si el señor Giraud ha llegado aún... Voy a ver...

Al abrir el ujier uno de los batientes de la puerta por la cual no entran sino los diputados, los ministros o los comisarios del rey, Gazonal vio salir a un hombre que le pareció joven aún, aunque tuviera cuarenta y ocho años, y a quien el ujier indicó a León de Lora.

—¡Ah, vosotros por acá! —exclamó yendo a dar un apretón de manos a León y a Bixiou—. ¡Bribones!... ¿Qué venís, a hacer en el santuario de las leyes?

—¡Pardiez! Venimos a aprender a contar patrañas —respondió festivamente Bixiou—. De lo contrario nos embotaríamos.

—Pasemos entonces al jardín —replicó el joven, sin creer que el meridional estuviese acompañándolos.

Al ver a aquel desconocido bien vestido, todo de negro y sin ninguna condecoración, Gazonal no sabía en qué categoría política clasificarlo, pero le siguió al jardín contiguo hasta la sala que bordea el muelle ribereño llamado de Napoleón. Una vez en él, el joven dio rienda suelta a una risa que contenía desde su entrada en la sala de espera.

—¿Qué te pasa?... —le preguntó León de Lora.

—Mi querido amigo, para poder establecer la sinceridad del gobierno constitucional nos vemos obligados a lanzar tremendas mentiras con un aplomo increíble. Pero yo soy muy variable. Si hay días en los que miento como un programa, en otros no puedo estar serio. Y hoy me encuentro en mí día de hilaridad. En este momento el jefe del Gobierno, requerido por la oposición a descubrir los secretos de la diplomacia, que ella misma se negaría a descubrirlos si fuese el *ministerio*, se encuentra haciendo sus ejercicios en la tribuna; y como es hombre sincero que no miente por su cuenta, antes de ir al asalto me ha dicho al oído; «¡No sé qué encajarles!». Viéndole así, me ha atacado una risa incontenible, y he salido, pues



no se puede reír en el banco de los ministros, donde mi juventud se manifiesta, en ocasiones, intempestivamente.

—¡Al fin encuentro un hombre honrado en París! —exclamó Gazonal—. ¡Debéis ser un hombre muy superior! —dijo mirando al desconocido.

—¡Vaya! ¿Quién es el señor? —dijo el aludido, examinando a Gazonal.

—Mi primo —respondió vivamente León—, Respondo de su silencio y de su probidad como de mí mismo. Es él quien nos ha traído aquí, pues tiene un pleito administrativo que depende de tu ministerio; su prefecto quiere pura y simplemente arruinarle y hemos venido a verte para impedir que consume una injusticia el Consejo de Estado...

—¿Quién es el ponente?

—Massol.

—Bien.

—Y nuestros amigos Giraud y Claudio Vignon están en la sección —dijo Bixiou.

—Dites una palabra y que vengan esta noche a casa de Carabina, donde du Tillet da una fiesta so pretexto de ferrocarriles, pues ahora más que nunca se producen asaltos por los caminos —añadió León.

—¡Vaya!... ¿Y eso está en los Pirineos?... —preguntó el joven tomándose serio.

—Sí —respondió Gazonal.

—¿Y no votáis por nosotros en las elecciones? —inquirió el estadista mirando a Gazonal.

—No, pero después de lo que acabáis de decir ante mí me habéis corrompido, y doy mi palabra de comandante de la guardia nacional que haré nombrar a vuestro candidato...

—Bien, ¿puedes garantizar aún a tu primo? —preguntó el estadista a León.

—Lo estamos formando... —dijo Bixiou con aire profundamente cómico.

—Bueno, ya veré... —dijo el personaje, abandonando a sus amigos y volviendo con precipitación a la sala de sesiones.

—¡Vaya, vaya!... ¿Quién es? —preguntó Gazonal.

—El conde de Rastignac, ministro del departamento en el que se encuentra tu asunto.

—¡Un ministro!... ¿No es más que eso?

—Pues sí. Es antiguo amigo nuestro, tiene trescientas mil libras de renta, es par de Francia, el rey le ha hecho conde, es yerno de Nucingen y uno de los dos o tres hombres de Estado producidos por la revolución de julio; pero cuando el poder le aburre, viene a reír en nuestra compañía...

—Mira, primo, tú no nos habías dicho que eras de la oposición allá abajo... —observó León, tomando a Gazonal por el brazo—. ¿Eres idiota? ¿Te beneficia acaso que haya un diputado de más o de menos a derecha o a izquierda?

—Nosotros estamos para los demás...

—Dejadlos —replicó Bixiou de manera tan cómica como lo hubiese hecho

Monrose—. Ellos tienen para sí la Providencia, la cual los llevará a buen puerto sin vos y a pesar de ellos... Un fabricante debe ser fatalista.

—¡Bueno, he aquí a Máximo con Canalis y Giraud! —exclamó León.

—Venid, amigo Gazonal; los actores entran en escena —dijo Bixiou.

Y los tres avanzaron hacia los personajes indicados, quienes parecían casi ociosos.

—¿Es que se os ha mandado a paseo?... —dijo Bixiou a Giraud.

—No; mientras se efectúa el escrutinio secreto —respondió Giraud— hemos venido a tomar el aire.

—¿Y cómo se ha zafado el jefe del gabinete?

—¡Ha estado magnífico! —dijo Canalis.

—¡Magnífico! —repitió Giraud.

—¡Magnífico! —apostilló Máximo.

—¡Vaya, vaya!... ¿Así que la derecha, la izquierda y el centro son unánimes?

—Todos tenemos una idea diferente —observó comedidamente Máximo de Trailles, diputado ministerial.

—Así es —añadió riendo Canalis, quien, aunque ya hubiera sido ministro, en este momento ocupaba un escaño de tendencia derechista.

—¡Ah, habéis tenido ahora mismo un bello triunfo! —dijo Máximo a Canalis—, ya que sois vos quien habéis obligado al ministro a subir a la tribuna.

—Y a mentir como un charlatán —replicó Canalis.

—¡Hermosa victoria! —respondió el honrado Giraud—. ¿Qué habríais hecho vos en su lugar?

—Habría mentido.

—Eso no se llama mentir —dijo Máximo de Trailles—, Eso se llama tapujar.

Y llevó a Canalis a algunos pasos de allí.

—¡Es un gran orador! —dijo León a Giraud, señalando a Canalis.

—Sí y no —respondió el consejero de Estado—. Es vacuo, es sonoro, es más bien un artífice de la palabra que un orador. En fin, es un magnífico instrumento, pero no es la música; por ello no tiene ni tendrá nunca *el oído de la Cámara*. Se cree necesario a Francia, pero en ningún caso puede ser *el hombre de la situación*.

Canalis y Máximo habían vuelto hacia el grupo en el momento en que Giraud, diputado del centro izquierda, acababa de pronunciar este juicio. Máximo tomó a Giraud por el brazo y lo llevó lejos del grupo para hacerle, acaso, las mismas confidencias que a Canalis.

—¡Qué muchacho tan honrado y digno! —dijo León señalando Giraud a Canalis.

—Es de esas probidades que matan a los gobiernos —respondió Canalis.

—¿Es, a vuestro juicio, un buen orador?

—Sí y no —respondió Canalis—; es verboso, machaconamente prolijo. Es un artesano en razonamientos y un buen lógico, pero no comprende la gran lógica, la de los acontecimientos y los asuntos; por lo tanto no tiene ni tendrá nunca *el oído de la*

Cámara.

En el momento en que Canalis emitía este dictamen sobre Giraud, éste volvió con Máximo al grupo y, olvidando que en él se encontraba un extraño cuya discreción no les era conocida como la de León o Bixiou, dio la mano a Canalis de manera significativa, diciéndole:

—Está bien, consiento en lo que propone el conde de Trailles: os haré la interpelación, pero con gran severidad.

—Tendremos entonces la Cámara con nosotros en esta cuestión, ya que un hombre de vuestro alcance y elocuencia *posee siempre el oído de la Cámara* —respondió Canalis—. Yo responderé..., pero vivamente, de manera aplastante.

—Podréis decidir un cambio de gabinete, ya que sobre tai terreno haréis cuanto queráis en la Cámara, y *os convertiréis en el hombre de la situación*.

—Máximo les ha engañado a los dos —dijo León a su primo—. Ese tipo se encuentra en las intrigas de la Cámara como el pez en el agua.

—¿Quién es? —preguntó Gazonal.

—Un ex bribón camino de convertirse en embajador —respondió Bixiou.

—¡Giraud! —dijo León al consejero de Estado—. No os vayáis sin haber pedido a Rastignac lo que me ha prometido deciros respecto a un pleito que juzgáis pasado mañana y que concierne a mí primo aquí presente; os iré a ver mañana por la mañana sobre el particular.

Y los tres amigos siguieron a los tres hombres políticos a distancia, dirigiéndose a la sala de espera.

—Mira, primo, a esos dos hombres —dijo León a Gazonal señalándole un antiguo ministro muy célebre y al jefe del centro-izquierda—. He ahí dos oradores que tienen el oído de la Cámara y a los que se ha apodado festivamente ministro del departamento de la oposición; tienen tan bien el oído de la Cámara, que a menudo tiran de su oreja.

—Son las cuatro; volvamos a la calle de Berlín —dijo Bixiou.

—Sí, acabas de ver el corazón del Gobierno; ahora hace falta mostrarte los helmintos, las ascárides, la tenia, el republicano en fin, pues es preciso llamarlo por su nombre —dijo León a su primo.

Una vez sentados los tres amigos en su coche de punto, Gazonal miró burlonamente a su primo y a Bixiou, como hombre que quisiera dar suelta a un chorro de bilis verbal de tipo meridional.

—Ya recelaba yo bien de este gran bagazo de ciudad, pero desde esta mañana la desprecio... La provincia, tan mezquina, es una hija honrada; pero París es una prostituta, ávida, mentirosa, comedianta, y estoy bien contento de no haber dejado nada de mi pellejo...

—La jomada no ha terminado —dijo sentenciosamente Bixiou, guiñando un ojo a León.

—¿Y por qué te quejas neciamente —dijo León— de una pretendida prostitución

a la cual vas a deber el triunfo en tu proceso? ¿Es que te crees más virtuoso que nosotros y menos comediente, menos ávido, menos capacitado para descender una pendiente cualquiera, menos vanidoso que todos aquéllos con quienes hemos jugado como polichinelas?

—Tratad de quebrar mi reputación...

—¡Pobre muchacho! —dijo León encogiéndose de hombros—. ¿No has prometido ya tu influencia electoral a Rastignac?

—Sí, porque es el único que se ha echado a reír de sí mismo...

—¡Pobre muchacho! —repitió Bixiou—. ¡Me desafiáis a mí, que no he hecho sino reír!... Parecéis un gozquecillo impacientando a un tigre... ¡Ah, si nos hubieseis visto burlándonos de alguien!... ¿Sabéis que podemos volver loco a un hombre en sus cabales?

Esta conversación llevó a Gazonal hasta el domicilio de su primo, donde la vista de las riquezas mobiliarias le cortó el habla y puso fin al debate. El meridional se dio cuenta, pero más tarde, de que Bixiou le había ya hecho *posar*.

A las cinco y media, en el momento en que León de Lora se vestía para la noche, con gran embeleso de Gazonal, quien enumeraba las mil y una superfluidades de su primo y admiraba la seriedad del ayuda de cámara en funciones, se anunció al *pedicuro del señor*. Y acto seguido hizo su entrada Públícola Masson, hombre de pequeña estatura y de unos cincuenta años, cuyo rostro se asemejaba al de Marat. Depositando una cajita de instrumentos, sentóse sobre una silla baja frente a León, tras haber saludado a Gazonal y a Bixiou.

—¿Cómo van los asuntos? —le preguntó León, tendiéndole un pie ya previamente lavado por el ayuda de cámara.

—Me veo obligado a tener dos alumnos, dos jóvenes que desesperando de la fortuna han abandonado la cirugía por la corporística; se morían de hambre, y sin embargo tienen talento...

—¡Oh! No os hablo de asuntos pedestres, sino que me refiero a vuestros asuntos políticos.

Masson lanzó sobre Gazonal una mirada más elocuente que toda especie de interrogación.

—¡Oh! Ya podéis hablar; es mi primo, y casi de los vuestros; se cree legitimista.

—¡Pues bien, ya vamos, marchamos! ¡Dentro de cinco años, toda Europa será nuestra! Suiza e Italia están ardientemente trabajadas, y llegada la circunstancia estamos preparados. Aquí tenemos cincuenta mil hombres armados, sin contar los doscientos mil ciudadanos que no tienen un sueldo...

—¡Bah! —observó León—. ¿Y las fortificaciones?

—Cuscurros a zampar en un santiamén —respondió Masson—. En primer lugar, no dejaremos llegar los cañones; además tenemos una pequeña máquina más potente que todos los fuertes del mundo, una máquina debida al médico que ha curado más gente de la que los médicos mataban en la época en que funcionaba...

—¡Cómo vais...! —exclamó Gazonal, a quien la expresión de Públícola producía carne de gallina.

—¡Es necesario! Venimos tras Robespierre y Saint-Just para hacerlo mejor; ellos han sido tímidos, pues ya veis lo que nos ha legado: un emperador, la rama primogénita y la segundona... Los hombres de la Montaña no habían escamondado bastante el árbol social.

—¡Vaya! Vos que seréis, según se dice, cónsul o algo así como tribuno, pensad bien —dijo Bixiou— que desde hace doce años he pedido vuestra protección.

—No os pasará nada, pues nos harán falta chirigotos, y podréis tomar el empleo de Barère —respondió el pedicuro.

—¿Y yo? —dijo León.

—¡Ahí Vos sois mi cliente, y eso os salvará, pues el genio es un odioso privilegio al que se le concede demasiada importancia en Francia, y nos veremos obligados a demoler a algunos de nuestros grandes hombres para enseñar a los demás a ser simples ciudadanos...!

El pedicuro hablaba con un aire a medias serio y a medias chancero que hacía estremecer a Gazonal.

—¿Así, pues —inquirió el meridional—, nada de religión?

—Nada de *religión de Estado* —respondió el pedicuro, subrayando las dos últimas palabras—. Cada cual tendrá la suya. Es excelente que se protejan en este momento los conventos, pues ello nos prepara los fondos de nuestro Gobierno. Todo conspira en nuestro favor. Así, todos los que compadecen a los pueblos, que *berrean* sobre la cuestión de los proletarios y de los salarios, que obran contra los jesuitas, que se ocupan del mejoramiento de no importa qué..., los comunistas, los humanitarios, los filántropos, ya comprendéis, todas esas gentes son nuestra vanguardia. Mientras nosotros amontonamos la pólvora, ellos trenzan la mecha a la cual pondrá fuego la chispa de una circunstancia.

—¡Vaya, vaya!... ¿Qué es lo que queréis, pues, para la felicidad de Francia? —preguntó Gazonal.

—La igualdad para todos los ciudadanos, la baratura de todos los artículos... Queremos que no haya más gentes que estén faltas de todo y millonarios, vampiros y víctimas...

—¡Eso es! *¿El máximo y el mínimo?* —dijo Gazonal.

—Vos lo habéis dicho —replicó tajantemente el pedicuro.

—¿Ya no más fabricantes? —preguntó Gazonal.

—Se fabricará por cuenta del Estado; todos seremos usufructuarios de Francia... Se tendrá una ración, como sobre un navío, y todo el mundo trabajará según su capacidad.

—Bien —dijo Gazonal—, Y esperando a que podáis cortar la cabeza a los aristócratas...

—Les recorto las uñas —dijo el republicano radical rematando humorísticamente

la frase, al par que guardaba el instrumental en su estuche.

Tras lo cual saludó cortésmente y salió.

—¿Es posible... en 1845? —exclamó Gazonal.

—Si dispusiéramos de tiempo —respondió el paisajista— te mostraríamos todos los personajes de 1793 y hablarías con ellos. Acabas de ver a Marat; pues bien, conocemos a Fouquier-Tinville, a Collot-d'Herbois, a Robespierre. Chabot Fouché, Barràs y hasta una magnífica señora Rolland.

—¡Vaya por Dios! En esta representación no ha faltado lo trágico —dijo el meridional.

—Son las seis; antes de que te llevemos a ver *Los saltimbanquis*, que representa Odry esta noche —dijo León a su primo—, es necesario hacer una visita a la señora Cadine, una actriz que cultiva mucho tu ponente Massol y a la que habrás de hacer esta noche una asidua corte...

—Como es preciso que esta potencia esté de vuestra parte, voy a daros algunas instrucciones —añadió Bixiou—. ¿Empleáis obreras en vuestra fábrica?

—Desde luego —respondió Gazonal.

—Eso es todo lo que quería yo saber —dijo Bixiou—. No estáis casado, sois un gran...

—¡Sí! —exclamó Gazonal—. Habéis adivinado mi fuerte, me gustan las mujeres...

—Pues bien, si queréis ejecutar la pequeña maniobra que voy a prescribiros, conoceréis, sin gastar un ochavo, los encantos que se disfrutaban en la intimidad de una actriz.

Al llegar a la calle Victoria, en la que vivía la célebre actriz, Bixiou, que meditaba una diablura contra el receloso Gazonal, apenas había acabado de explicarle su papel; pero como va a verse, el meridional lo había comprendido a medias tintas.

Los tres amigos subieron al segundo piso de una casa bastante hermosa; hallando a Jenny Cadine acabando de cenar, pues actuaba en la segunda pieza representada en el Gimnasio, Tras la presentación de Gazonal a esta potencia, León, y Bixiou, para dejarlo a solas con ella, hallaron el pretexto de ir a ver un nuevo mueble; pero antes de separarse de la actriz, Bixiou le había dicho al oído:

—Es el primo de León, un fabricante que varea millones y que para ganar su pleito en el Consejo de Estado contra el prefecto juzga oportuno el seduciros, con el fin de tener a Massol de su parte.

Todo París conoce la belleza de la joven primera actriz, por lo que se comprenderá la estupefacción del meridional, al verla. Recibido de buenas a primeras casi con frialdad, durante los pocos minutos que quedaron solos fue objeto de las más graciosas atenciones por parte de Jenny Cadise.

—¿Cómo es posible —dijo Gazonal, mirando con desdén el mobiliario de la sala por la puerta que sus cómplices habían dejado entreabierta, y calculando lo que valía el del comedor— que se deje a una mujer como vos en semejante pocilga?

—¡Ah, qué queréis! Massol no es rico... Espero que sea ministro...

—¡Hombre feliz! —exclamó Gazonal, exhalando un suspiro de provinciano.

«Bien —se dijo para su capote la actriz—. Mi mobiliario será renovado... Podré, pues, luchar con Carabina».

—Vendréis, querida, esta noche a casa de Carabina, ¿no es así? —dijo León entrando—. Hay cena y lansquenete...

—¿Irá también el señor? —preguntó la actriz; con expresión graciosa e ingenua.

—Sí, señora —dijo Gazonal deslumbrado por aquel rápido éxito.

—Pero Massol estará —observó Bixiou.

—Bueno, ¿y qué importa? —replicó Jenny—. Nos marchamos... Mis joyas... Tengo que ir a mi teatro.

Gazonal dio la mano a la actriz hasta el coche de punto que la esperaba, y se la oprimió tan tiernamente, que Jenny Cadine protestó picarescamente sacudiéndose los dedos:

—¡Eh que no tengo otra de recambio!

Una vez en su coche. Gazonal trató de abrazar por el talle a Bixiou, exclamando:

—¡Ella ha picado! ¡Sois un bribón de tomo y lomo!

—Así lo dicen las mujeres —replicó Bixiou.

A las once y media, tras el espectáculo, un coche de punto llevó a los tres amigos a casa de la señorita Serafina Sinet, más conocida por Carabina, uno de esos nombres de guerra que toman las ilustres «loretas», o que se les da, y que probablemente procedía de que siempre había dado buena cuenta de su pichón.

Carabina, convertida casi en una necesidad para el famoso banquero du Tillet, diputado del centro izquierda, vivía a la sazón en una encantadora casa de la calle Sao Jorge. Existen en París casas cuyos destinos no varían, y aquélla había visto ya siete generaciones de cortesanas. Un agente de cambio había albergado en ella, hacia 1827, a Susana du Val-Noble, convertida después en señora Gaillard. La famosa Esther hizo cometer allí al barón de Nucingen las únicas locuras de su vida. A su vez habían brillado en ella Florina, después la que jocosamente había sido designada por el apelativo de *la finada madame* Schontz. Hastiado de su mujer, du Tillet había adquirido esta pequeña casa moderna, instalando a la ilustre Carabina, cuyo vivo espíritu, modales desenvueltos y brillante descaro formaban un contrapeso a los trabajos de su vida doméstica, política y financiera. Estuvieran o no en casa du Tillet o Carabina, su mesa estaba siempre servida, y espléndidamente, por diez cubiertos, todos los días. Los artistas, los literatos, los periodistas y los amigos comían allí cuando lo deseaban. Por la noche se jugaba. Más de un miembro de una u otra Cámara iba a buscar allí lo que en París se compra a precio de oro: el placer. Las mujeres excéntricas, esos meteoros del firmamento parisiense que se clasifican tan difícilmente, llevaban las riquezas de sus atavíos. El tono era muy espiritual, pues podía decirse todo, y se decía. Carabina, rival de la no menos famosa Málaga, se había convertido finalmente en heredera del salón de Florina, transformada a su vez

en señora Nathan; del de Tulia, ahora señora du Bruel; y del de señora Schontz, señora la presidenta du Ronceret. Al entrar, Gazonal no dijo más que una frase, pero que a la vez era legítima y legitimista: «Esto es más bello que las Tullerías...». El raso, el terciopelo, los brocados, el oro y los objetos de arte que abundaban cautivaron de tal modo los ojos del provinciano, que no apercibió a Jenny Cadine ataviada de manera que inspiraba respeto y que, oculta tras Carabina, estudiaba la entrada del pleiteante, hablando con ella.

—Querida —dijo León a Carabina—, he aquí a mi primo, un fabricante que me ha caído de los Pirineos esta mañana; no conocía aún nada de París y tiene necesidad de Massol para un pleito en el Consejo de Estado; así, pues, nos hemos tomado la libertad de traerlos a cenar al señor Gazonal, recomendándoos que respetéis toda su razón...

—Como lo desee el señor; el vino es caro —dijo Carabina, midiendo de cabeza a pies a Gazonal y no viendo en él nada de extraordinario.

Gazonal, aturdido por los atavíos, las luces, el oro y el parloteo de los grupos a los que creía ocupados de su persona, no pudo más que balbucir estas palabras:

—Señora..., señora... es muy buena.

—¿Qué fabricáis? —le preguntó sonriendo la dueña de la casa.

—¡Encajes! ¡Ofrecedle blondas! —sopló Bixiou al oído de Gazonal.

—Pues... enc... enc... encajes y blondas —acabó por decir Gazonal, comprendiendo que había de pagar su cena—. Tendré el mayor placer ofreciándoos un vestido..., un echarpe... y una mantilla de mi fábrica.

—¿Tres cosas nada menos? Veo que sois mucho más galante de lo que parecís —replicó Carabina.

«¡París me ha echado la garra!», se dijo Gazonal reparando en Jenny Cadine y dirigiéndose a saludarla.

—Y yo, ¿qué es lo que tendré? —le preguntó la actriz.

—Pues... toda mi fortuna —respondió Gazonal, pensando que ofrecerlo todo era no dar nada.

Entraron Massol, Claudio Vignon, du Tillet, Máximo de Trailles, Nucingen, du Bruel, Málaga, los señores Gaillard, Vauvinet y una multitud de personajes.

Tras una conversación a fondo con el fabricante sobre el pleito, Massol, sin prometer nada, le dijo que estaba por hacerse aún el informe, y que los ciudadanos podían confiar en las luces y en la independencia del Consejo de Estado. Ante esta fría y digna respuesta, Gazonal, desesperado, creyó necesario seducir a la encantadora Jenny Cadine, de la que estaba perdidamente enamorado. León de Lora y Bixiou dejaron a su víctima en manos de la más traviesa de las mujeres de esta sociedad singular, pues Jenny Cadine es la rival única de la famosa Déjazet. En la mesa, donde Gazonal quedó fascinado por una platería debida al Benvenuto Cellini moderno, a Froment Meurice, y cuyo contenido valía los intereses del recipiente, los dos burladores tuvieron cuidado de situarse lejos de él; pero siguieron con ojo



solapado y socarrón los progresos de la espiritual actriz, quien, seducida por la insidiosa promesa de la renovación de su mobiliario, se propuso llevar a Gazonal a su casa. Y jamás cordero de Corpus puso mayor complacencia en dejarse conducir por su San Juan Bautista que Gazonal en obedecer a aquella sirena.

Tres días después, León y Bixiou, que no veían ya a Gazonal, fueron a buscarlo a su hotel, hacia las dos de la tarde.

—Ya está; primo, una providencia del Consejo te da la sentencia favorable.

—¡Ay, ya es inútil, primo! —dijo Gazonal, alzando sobre los dos amigos unos ojos melancólicos—. Me he hecho republicano...

—¿Qué dices? —exclamó León.

—No tengo ya nada, ni siquiera con qué pagar a mi abogado —respondió Gazonal—. La señora Jenny Cadine tiene en su poder letras de cambio mías por más dinero que mis bienes...

—En efecto, Cadine es un tanto cara, pero...

—¡Oh! Ya he sido compensado por mi dinero —replicó Gazonal—. ¡Qué mujer! ... Bueno, la providencia no puede luchar con París... Me retiro a la Trapa.

—Bien, ahora estáis razonable —dijo Bixiou—. Ved, reconoced la majestad de la capital...

—¡Y del capital! —exclamó León, tendiendo a Gazonal sus letras de cambio.

Gazonal miró a los documentos con aire pasmado.

—No diréis que no entendemos la hospitalidad —dijo Bixiou—. Os hemos instruido y salvado de la miseria, regalado y... divertido.

—¡Y gratis! —añadió León, haciendo el gesto de los pilludos cuando quieren expresar la acción de *birlar*.

París, noviembre de 1845.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

# Notas

[1] Juego de palabras Intraducible: *Bichon*, falderito, suena a Schmucke a *Pichón*, e hijito es *fiston*. <<

[2] Doctrina pasada de moda. <<

[3] Niño de pecho. (*N. del T.*) <<

[4] Juego de palabras intraducible: *L'amitié de la loge* (portería)... *par les loges* (palcos de teatro). (N. del T.) <<

[5] La chusma que tomó parte en el degüello de los presos políticos en Parla (del 2 al 6 de septiembre de 1792). (*N. del T.*) <<